

**ERLE STANLEY
GARDNER**

**PERRY
MASON**



*EL CASO DEL
FANTASMA ATRACTIVO*

se

—¡Salga! —gritó la joven al ver entrar en su habitación a Perry Mason—. ¡Salga o...!

—¿Llamará a la policía? —preguntó Mason.

Una pistola relució en la mano de la joven.

—Haré algo más eficaz que eso, señor Mason.

—Y entonces, ¿qué le dirá a la policía?

—Le diré que usted intentó atacarme, y me mantendré firme en mi declaración.

Pero antes de que Perry Mason se marchara, la violenta muchacha se convirtió en testigo importantísimo de un emocionante caso judicial...



Erle Stanley Gardner

El caso del fantasma atractivo

Perry Mason - 46

ePub r1.0

Titivillus 30.10.2017

Título original: *The Case of the Glamorous Ghost*

Erle Stanley Gardner, 1955

Traducción: Carmen Pascual

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

George Burgess Magrath ha ejercido una gran influencia en el campo de la medicina legal y en el esclarecimiento del crimen.

La vida del doctor Magrath es un interesante ejemplo de cómo la personalidad de un hombre dinámico puede influir, a través de los años, en la existencia de los demás, aún después de su propio fallecimiento.

Muchos de mis lectores recordarán lo que ya he escrito sobre Frances G. Lee, la mujer de fabulosa eficiencia que fue fundadora del Departamento de Medicina Legal, en la Universidad de Medicina de Harvard. Era una mujer, que ya entrada en los sesenta años, seguía siendo respetada por todos los oficiales de la Policía y que fue promovida al grado de capitán en el distrito policial de Hampshire State.

El hecho de que el capitán Frances G. Lee se interesase por la medicina legal, se debe a la influencia del doctor Magrath. Y el hecho de que el doctor Frances G. Lee inventase sus concisos estudios, referentes a los casos de muertes por causas desconocidas, ha dado ocasión para preparar y entrenar a cientos de oficiales competentes, para que supiesen desenvolverse con éxito ante crímenes que, de otro modo, no tan sólo no habrían sido conocidos, sino ni tan siquiera sospechados.

La mayor de las cualidades que sirvió de dirección al doctor Magrath fue su amor a la verdad.

En cada uno de sus libros de anotaciones acostumbraba a copiar, en primera página, la declaración del doctor Paul Brouardel, el conocido doctor francés, que fue uno de los precursores de la medicina legal.

Esta declaración es la siguiente:

«Si la ley te nombra testigo, sigue siendo hombre de ciencia: no tienes víctima que vengar, no has de condenar ni salvar a ninguna

persona, culpable o inocente. Tus testimonios deben atenerse a los límites de la ciencia.»

El doctor Magrath era un hombre de personalidad pintoresca. Tenía como un sexto sentido que le hacía presentir lo dramático. Era alto y corpulento, con fornida espalda, y una de sus aficiones primordiales consistía en el remo, que solía practicar en Charles River. Llevaba el pelo largo, al estilo de Paderewski, su traje era habitualmente de suave *tweed*, y su corbata, de tipo Windsor, de color oscuro.

Había algo en él que le ayudaba a resolver las más arduas situaciones, sin que, aparentemente, ello representase para él el menor esfuerzo. Era virtualmente un pionero que supo abrirse paso en el camino de la investigación. Nació en el día 2 de octubre de 1870 y falleció el 11 de diciembre de 1938. Durante su vida, estudió más de veinte mil casos de muertes con causa desconocida, y el auge actual de la medicina legal se debe en gran parte a los denodados trabajos del doctor Magrath. El lema que dirigía sus trabajos podía compendiarse en pocas palabras: Verdad, eficiencia, integridad científica y precisión. Hoy en día, son muchos los que siguen sus huellas y que, a su vez, han adoptado este lema.

Por esto es por lo que dedico este libro a la memoria del doctor:
GEORGE BURGESS MAGRATH, M. D.

Erle Stanley Gardner

CAPÍTULO PRIMERO

Fue Della Street, la secretaria privada de Perry Mason, quien por vez primera llamó su atención hacia la aparición seductora.

—¿Qué hay? —preguntó Mason, cuando Della Street le tendió el periódico doblado.

—Algo que puede interesarte.

—¿De qué se trata?

—De un fantasma que ha sido visto anoche en *Sierra Vista Park*. Una aparición seductora y sugestiva. Podría convertirse en un caso muy interesante para ti.

—Has conseguido intrigarme —dijo Perry Mason cogiendo el periódico que la joven le tendía y recorriendo con los ojos las líneas del encabezamiento.

SEDUCTORA APARICIÓN, ANTE UN PUBLICO ASOMBRADO
UNA MUCHACHA SE LANZA AL ATAQUE, ARMADA DE UNA
HERRAMIENTA

La noticia se daba a conocer con alegre ligereza, combinándola con unos toques de humor. Decía así:

«La noche pasada fue una noche encantada. Había luna llena, y ráfagas de perfumada brisa acariciaban las hojas de árboles y abetos.

»George Belmont, domiciliado en el 1532 de la calle Woodwane, y Diane Foley, se hallaban sentados en su automóvil, aparcado a un lado del camino, y miraban a la luna llena. De repente apareció, en dirección al coche, un fantasma seductor, envuelto en diáfanos velos.

»Según las declaraciones de George, el fantasma interpretaba, al parecer, una danza clásica. La descripción que de ello hace Diana no coincide con la de su amigo... Diferentes puntos de vista, no hay

duda.

»—Estábamos allí, hablando —le dijo Diana al jefe de la patrulla del parque—, cuando apareció una muchacha ligeramente vestida, que se dedicó a seducir a mi compañero. No bailaba. Aquello era una provocación descarada, y yo me di cuenta de ello en el acto.

»—¿Una provocación descarada? —inquirió el oficial Stanley.

»—Llámelo usted como quiera —masculló Diana—; se trataba de un contoneo muy provocativo.

»—¿Y qué es lo que hizo George?

»—Dijo: “¡Mira!” y se dispuso a salir del coche. Fue entonces cuando yo entré en acción.

»—¿Qué hizo usted?

»—Cogí lo primero que me vino a las manos y corrí tras ella, gritándole que le iba a enseñar algo mejor que hacerle pases y exhibiciones a mi amigo.

»Según los datos recogidos por la policía, “lo primero que le vino a las manos” fue una llave maestra capaz de hacerle incurrir en lo que la ley llamaría “atentado material grave” y que era, indiscutiblemente, un arma mortífera.

»Sin embargo, la aparición no se detuvo a comprobar lo apurado de su situación, y abandonó el lugar a toda prisa. Diana Foley, llena de justificada indignación, no abandonó la persecución del fantasma, y acompañó su carrera de gritos e injurias, que sobresaltaron a los paseantes y alertaron a la policía.

»Según la declaración de Diana, era la aparición la que gritaba, pero el posterior informe de un testigo dice así:

»—Aquello me hizo recordar a los coyotes en el desierto... Ya saben lo que quiero decir. Cada chillido parecía convertirse en media docena. Llegué a la conclusión de que estaban asesinando a alguien en el parque, o que se trataba de una lucha a muerte.

»Sea como fuere, la aparición, que según describió George, “era algo que no pertenecía a este mundo”, ganó la partida y se esfumó, y Diana, sin aliento y llena de indignación, regresó al coche sosteniendo aún en la mano la llave maestra.

»Sin embargo, la policía, alertada por las llamadas, no tardó en detener a una joven que pasaba solitaria, envuelta en un impermeable que resultaba totalmente incongruente, dado el buen tiempo que se disfrutaba.

»Interrogada por la policía, la joven mostró una absoluta ignorancia en cuanto a su identidad y lugar de residencia. “Su mente —dijo— era un caos”.

»En la Jefatura de Policía, pudo comprobarse que el caos no sólo reinaba en su mente, ya que, bajo el impermeable, tan sólo llevaba los sutiles restos de un valioso camisón, que muy bien podía hacer las veces del séptimo velo de Salomé.

»La policía estaba segura de haber aprehendido al fantasma, pero Diana no pudo hacer más que una identificación muy vaga, y, por otra parte, se negó rotundamente a que George se presentase a identificarlo a su vez. En este caso, la prueba era tan sólo circunstancial.

»En vista del estado amnésico de la aparición, ésta se encuentra ahora en el hospital de emergencia, hasta que las oportunas diligencias aclaren su identidad.»

—Bien —dijo Mason—, esta identificación va a constituir un problema muy interesante. Quizá ha cometido algún crimen. ¡Qué mala suerte!

—No te lamentes tan pronto de tu mala suerte —dijo Della Street—. No te he enseñado este artículo con el fin de hacer volar tu imaginación sino en el uso del ejercicio de mis funciones, como secretaria capaz y eficiente. La hermanastra de esa seductora aparición, está esperando en la sala.

—¡Diantre! —exclamó Mason—. ¿Qué es lo que quiere?

—Al parecer, la familia desea que representes al fantasma. Parecen coincidir en la opinión de que se halla en un trance apurado y desean que tú la saques de él.

—¿Cómo se llama la hermanastra, Della?

—Es la señora William Kensington Jordan. Parece ser una mujer de buena salud y muy respetable.

Mason sonrió.

—Tus descripciones, Della, son excelentes. No obstante, veamos a esta señora William Jordan. Dime, ¿cómo es?

—Pulcra, refinada, bien vestida, zapatos caros...

—¿Qué edad?

—Veintiocho o treinta años.

—¿Bien parecida?

Della Street vaciló unos instantes.

—Sus labios son demasiado delgados. Trata de agrandarlos pintándoselos mucho, pero... en fin, no acierta, porque una boca amplia no encaja en sus facciones. Sus ojos son muy bonitos y denotan inteligencia.

—Voy a verla —dijo Mason—. Ese fantasma empieza a interesarme.

—No lo dudo —contestó secamente Della Street dirigiéndose a la sala contigua.

En el umbral de la puerta que conducía al despacho particular de Perry Mason, apareció la señora Jordan; se detuvo un instante, mirando al abogado con ojos inquisidores. Della Street presentó:

—El señor Mason, señora Jordan.

—Tanto gusto —contestó la dama sin apartar de él sus ojos.

—¿Cómo está usted, señora Jordan? —preguntó el abogado sonriendo afablemente.

La señora Jordan se acercó, tendiéndole la mano.

—Es para mí un placer conocerle, y comprobar que su aspecto está en línea con su extraordinaria reputación.

—Muy agradecido —contestó gravemente el abogado, tratando de evitar la divertida mirada con que le obsequiaba Della.

—Tenga la amabilidad de sentarse —dijo Mason ofreciendo una silla a su cliente—, y dígame con qué fin ha venido a visitarme.

—¿Ha leído usted el periódico? —preguntó la señora Jordan mientras se sentaba y cruzaba las piernas, no sin cuidar de que la falda le cubriese las rodillas.

La voz de la dama, así como sus gestos, denotaban una fría y concisa personalidad. Mason lanzó una ojeada a su secretaria y miró interrogante a la señora Jordan.

—Bueno —dijo ésta—, en tal caso ya habrá usted leído lo relacionado con ese fantasma, con esa exhibicionista de *Sierra Vista Park*, que dio anoche un espectáculo, bajo el claro de luna.

Mason afirmó.

—Deduzco de su comentario, que no cree en las apariciones sobrenaturales.

—No, cuando se trata de Eleanor.

—¿Quién es Eleanor?

—El fantasma; la aparición. Se trata de mi hermanastra —contestó ella.

—¿Ha dado usted este informe a las autoridades? —preguntó Mason.

—No.

—¿Por qué no?

—Yo... yo deseo conocer antes el terreno que piso.

—Tal vez —dijo Mason—, será mejor que me explique de qué se trata.

La señora Jordan no intentó disimular el rencor que vibraba en su voz.

—Eleanor —dijo—, es una engreída y una intrigante. También es una embustera.

—Me parece que no siente usted demasiado afecto por su hermanastra.

—No me juzgue mal, señor Mason. Lo que yo detesto es su modo de conducirse.

—Me figuro —dijo Mason— que habrá usted reconocido la fotografía que los periódicos han publicado de esa muchacha amné...

—¿Amnésica? ¡Cielos! —interrumpió la señora Jordan—. Ella no padece otra clase de amnesia que la que pueda padecer yo. Lo que ocurre es que se ha metido en un lío y trata de librarse de él, con el truco de la amnesia. Ha hecho algo, que por una vez se sale de la raya, y ahora trata de inspirar simpatía y compasión, con el fin de reintegrarse al seno de la familia.

—Creo —dijo Mason—, que será preferible que me dé *todos* los detalles.

—Hace dos semanas —dijo la señora Jordan— que Eleanor se fugó con Douglas Hepner.

—¿Quién es Douglas Hepner?

—Un vago, un aventurero, un intrigante y un buscador de dotes. Es más falso que un billete de tres dólares.

—¿Y dice usted que su hermanastra se fugó con él?

—Así es.

—¿Se casaron?

—Eso es lo que *ella* dice.

—¿No asistió usted a la ceremonia?

—Claro que no. Se escaparon, sencillamente. Mi padre, mi marido y yo, nos hallábamos ausentes, pasando el fin de semana; a

nuestro regreso encontramos un telegrama en el que nos anunciaban que estaban casados y que eran felices.

—¿De dónde procedía ese telegrama?

—De Yuma, Arizona.

—En Yuma se celebran infinidad de matrimonios —comentó Mason—. La mayoría de la gente no va allí más que para casarse.

—Es posible que también ellos fueran allí con ese único fin.

—¿Con el fin de casarse?

—No. Sólo porque Yuma tiene esa fama.

—No sé lo que está usted pensando, señora Jordan, pero en el caso concreto de Eleanor y Douglas, ¿no cree usted que estén verdaderamente casados?

—Yo no creo nunca nada, cuando se trata de Eleanor.

—Bien, hábleme usted de ella —dijo Mason.

—Mi nombre de soltera es Corbin. Soy Olga Corbin.

—¿Vive su esposo?

Ella afirmó.

—¿Viven juntos?

—Desde luego; Bill y yo somos muy felices en nuestro matrimonio. Si no me ha acompañado, es porque le ha sido imposible.

—¿Pero él no ignora que ha venido usted a visitarme?

—Bill lo sabe. No tengo secretos para él. Mi padre no está al corriente de todos los hechos. Únicamente le dije que iba a consultar a un abogado, y que él no debía contestar a las preguntas de ningún periodista o policía, sin antes haber hablado conmigo.

—¿Reconoció usted en el periódico la fotografía de su hermanastra?

—Sí, es una buena instantánea y serán muchos los que van a reconocerla. Por ello tenía yo interés en ponerme en contacto rápidamente con usted. No va a sobrnos tiempo.

—Bien, ¿qué desea usted que haga?

—Eleanor ya se ha visto en cuatro o cinco enredos, y siempre ha encontrado a alguien que la sacase del apuro. Nuestro padre ha sido siempre excesivamente indulgente. Creo que siente por ella una marcada preferencia. Eleanor está muy mal criada y se empeña en hacer bailar a la gente a su antojo. Tiene un gran atractivo y no desperdicia ocasión para aprovecharse de ello.

—¿No tiene moralidad?

—No es eso. El caso es que se comporta siempre de tal modo que los que la tratan se figuran que es inmoral. Usted es hombre de experiencia, señor Mason; ya sabe cómo son las mujeres de esta clase.

—¿Cómo se lleva con las demás mujeres?

—No trata con mujeres; tan sólo con hombres, y créame que sabe desenvolverse con ellos maravillosamente. Naturalmente, les halaga, les hace creer que son extraordinarios. Pero cuando, día tras día y hora tras hora, hay que vivir con semejante persona y ver cómo cada víctima no es para ella más que un pasatiempo, se llega a sentir asco de ello.

—Y más, teniendo en cuenta que no siente usted mucha simpatía por ella —comentó Mason secamente.

—Es verdad —corroboró Olga Jordan—; no la aprecio. Desde que cumplió los cinco años, ejerce sobre nuestro padre una influencia perniciosa.

—¿Vive su madre?

Ella denegó con la cabeza.

—¿Y dice usted que Eleanor es su hermanastra?

—Le daré más detalles, señor Mason. Yo nací cuando mi padre tenía treinta años. En la actualidad yo he cumplido los veintidós. Tengo treinta años. Mi padre tiene, pues, sesenta. Mi madre falleció cuando yo tenía cinco, y cuando cumplí los ocho, esa Sally Levan entró a formar parte de la vida de mi padre.

—¿Se trata de la madre de Eleanor?

—Sí. En cuanto conoció a mi padre, su único propósito fue apoderarse de su voluntad, para llegar a la consecución de sus propios fines. Se portó con él como si estuviese locamente enamorada. Se empeñó en fundar una familia, y Eleanor ha sido el resultado... No es que a ella le importase poco o mucho la familia. Lo que ocurrió fue que en seguida comprendió que no iba a poder desbancarme fácilmente si no conseguía tener un hijo, que lo fuese también de mi padre. ¡Oh!, ya sé que entonces contaba yo tan sólo ocho años, y que a esa edad una niña no se da cuenta de ciertas cosas, pero puedo asegurarle, señor Mason, que lo comprendí tan perfectamente como ahora.

—¿Vive su madrastra?

—No, murió repentinamente. Y puedo afirmarle, señor Mason, que yo jamás he tenido nada de hipócrita. Tenía entonces once años y me alegré mucho al producirse su muerte. Actualmente, sigo satisfecha de que haya muerto.

—¿Y crecieron juntas Eleanor y usted?

—Mi padre me llamó un día y me puso al corriente de mis responsabilidades. Esperaba que me comportase con Eleanor como madre y hermana mayor. Decidí hacerlo lo mejor que pudiese. Por entonces Eleanor no me desagradaba. Yo había odiado a su madre, pero no albergaba sentimientos de rencor hacia mi hermanastra.

—¿Eso vino más tarde? —preguntó Mason.

—Sí, así fue.

—¿Cuándo? —preguntó Mason, dirigiendo una mirada a su secretaria.

—No tardé mucho en sentir aversión por Eleanor —confesó la señora Jordan—. Cuando alcanzó los cinco años, se manifestó como la viva estampa de su madre. Era muy bonita, con ojos grandes y azules y un cabello rubio fino y ondulado que rodeaba su rostro de una aureola de candor angelical. A partir de entonces se dedicó a explotar su aspecto inocente, y todos se volcaron a una para compadecer y mimar a la pobre e indefensa huerfanita. Empleó esta técnica con todo el mundo, hasta que se dio cuenta de la existencia de los hombres... No ha habido nada capaz de detenerla, hasta ahora.

—Continúe —dijo Mason.

—Pues, la verdad es que le hubiese causado a nuestro padre un sinfín de sinsabores, a no ser porque Bill y yo nos ocupamos de mantenerle en la ignorancia de muchas cosas. Siempre tratamos de suavizar los hechos. Incluso en cierta ocasión en que Eleanor fingió pasar en nuestra compañía un fin de semana, nosotros encubrimos su mentira, como si fuésemos sus cómplices.

—¿Quiere decir que ella no estaba con ustedes?

—No. ¡Cualquiera sabe dónde estaba! Ella dijo a papá que iba a reunirse con nosotros, y nosotros quizá no hubiésemos llegado a saber nada, si no hubiera sido porque mi padre telefoneó para preguntar si estábamos bien y si Eleanor se divertía en nuestra compañía. Tardé unos instantes en comprender, y después, para evitarle el disgusto, le dije que sí, que Eleanor se estaba divirtiendo

como nunca.

—¿Se padre la quiere mucho?

—Papá está tan ciego por ella, como lo estuvo por su madre. Pero ahora sospecho que empieza a caérsele la venda de los ojos.

—Entonces, ¿usted sospecha que ella es ese fantasma que...?

—Lo sé positivamente —interrumpió ella—. Lo sabría aunque no hubiese visto la fotografía del periódico. Esa es la técnica de Eleanor. Se fugó con Douglas Hepner, y sabe Dios lo que habrá ocurrido, pero tratándose de ella, puede asegurarse lo peor. Ahora le interesa regresar al seno familiar, pero teme algo. Alguna cosa ha debido ocurrir, por lo que a ella le conviene crear un clima de simpatía por medio del cual pueda coger a papá favorablemente dispuesto. En vista de ello se lanzó bajo el claro de luna a interpretar el baile de los siete velos y consigue ser detenida por la policía —cosa que ella había ya planeado—. Entonces se queda mirando a todos, abriendo de par en par sus hermosos ojos, y asegura que no recuerda nada. Su mente está totalmente vacía. La policía la conduce a un hospital y su fotografía aparece en los periódicos. Como es de suponer, sus allegados intervienen a toda prisa. Hay un consejo de familia y se reúne a los psiquiatras para que la ayuden a recuperar la memoria, y, así, rodeada por la simpatía que ha despertado su invalidez, todo lo que ha hecho le será inmediatamente perdonado.

Los ojos de Mason escrutaron el rostro de la señora Jordan.

—En tal caso —dijo el abogado—, ¿por qué no va usted al hospital para identificarla? Si todo esto es solamente una comedia que ella interpreta, no creo que pueda usted hacer mucho más. ¿Con qué fin consulta usted a un abogado?

—Señor Mason, yo le consulto a usted, en parte, porque estoy cansada de todo éste asunto, y también porque quiero evitar a mi padre cuantos disgustos pueda. Temo... temo lo que Eleanor haya podido hacer esta vez.

—¿Por qué?

—Es que... en fin; que esto es ya llevar las cosas demasiado lejos, aunque se trate de Eleanor.

—¿Y qué quiere usted que haga yo?

—Que me acompañe al hospital. Deseo que se halle presente en el momento en que yo la identifique. He venido aquí con el

propósito de que usted se encargue de todo. Usted sabe manejar todo cuanto se relaciona con la publicidad, y sabrá entenderse con los reporteros. También deseo que se enfrente con Eleanor y la obligue a confesarle a usted por qué se fugó, lo que sucedió y qué es lo que la indujo a emplear este sistema, con el fin de asegurarse la simpatía general y reintegrarse a la familia.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Después de todo esto, deseo que emplee usted su máxima influencia para echar tierra encima de este asunto, de modo que los periódicos no puedan publicar nada que se relacione con él, y así evitaremos a mi padre un disgusto.

—¿Su padre disfruta de buena salud?

—Físicamente es fuerte como un toro, pero su situación es muy delicada. Mi padre tiene un negocio de joyería al por mayor. Está especializado en diamantes. La gente confía en él y su palabra equivale a una garantía que nadie discute. Si ocurriese algo que le desprestigiase, si se produjese un gran escándalo familiar, ello sería para él un golpe que no podría soportar.

—¿Y usted supone que Eleanor, tal vez...?

—Yo creo que, sea lo que sea, lo que Eleanor ha hecho en esta ocasión va a ser algo realmente escandaloso.

Mason vaciló.

—Temo, señora Jordan —dijo finalmente—, que su imaginación y sus prejuicios la inducen a forjar una serie de conjeturas puramente fantásticas. ¿Por qué no esperamos a?...

Ella sacudió la cabeza con impaciencia.

—No hay tiempo que perder, señor Mason. Son muchos los que conocen a Eleanor. Seguramente en estos momentos se suceden las llamadas telefónicas en el hospital para dar cuenta de la identidad de la muchacha. Vamos a tener que actuar con rapidez. —Abrió un bolso y extrajo de él un papel alargado—. Yo sé —añadió— que es usted un abogado muy ocupado y que se valora muy alto. Hemos preparado para usted un cheque por valor de dos mil quinientos dólares, señor Mason. Considérelolo como un anticipo.

Mason enarcó las cejas.

—Por lo corriente —dijo—, la gente le pregunta al abogado cuánto...

—Ya lo sé —interrumpió ella—, pero éste no es un caso como

los demás; lo considero en extremo urgente.

El abogado preguntó:

—Así, pues, quiere usted que la acompañe al hospital; ¿y qué más?

—Yo identificaré a Eleanor, y después deseo que se libre usted de los reporteros y la interrogué en privado.

—Naturalmente, la identificará usted como a su hermanastra, ¿no es así? —preguntó Mason.

—Sí, y delante del público que esté allí, representaré una escena en la que predominarán el cariño y la simpatía, tal como la situación lo requiere.

—¿Desea usted que su padre vaya a verla?

—No, hasta que usted haya puesto en claro lo ocurrido.

—¿Cree usted que ella me lo confesará?

—Tal vez no. Tendrá usted que hablarle y conseguir alguna pista. Necesitará emplear detectives. Naturalmente, todos los gastos correrán por cuenta nuestra.

—¿Qué actitud supone usted que adoptará Eleanor?

—Puedo describírsela con la mayor exactitud. Nos mirará y apartará la vista con la mayor indiferencia. ¡Pobre niñita que ha olvidado todo su pasado! Entonces yo le diré: «Eleanor ¿es que no me conoces?» Volverá hacia mí sus ojos, mirándome como a una extraña. De pronto, asomará a ellos una luz de comprensión, una ligera sonrisa cruzará por sus labios y finalmente recuperará la memoria y correrá hacia mí, gritando: «¡Olga! ¡Olga, querida!» Y se abrazará a mí, como un hombre que, en trance de ahogarse, alcanza una tabla de salvación.

—¿Qué más? —preguntó Mason.

—Se producirá entonces un trabajoso reajuste de su memoria. Los recuerdos se presentarán confusamente. Pero, al fin, conseguirá recordar su vida entera hasta el momento de su fuga con Douglas Hepner. A partir de aquí, su memoria fallará de nuevo. Le será imposible recordar dónde estuvo y qué hizo durante las dos últimas semanas. Hará preguntas, que demostrarán que cree que no han pasado esas últimas dos semanas. Preguntará por papá y sufrirá una vivísima impresión cuando comprenda que, en su pobre mente trastornada, hay un lapso de tiempo de dos semanas que ella no consigue recordar.

—¿Y ella no recordará ni tan siquiera el espectáculo que dio en el parque?

—Se limitará a mirar a los periodistas con escandalizada sorpresa, en cuanto aludan a ello.

—Para mantener una situación semejante, va a tener que hacer uso de todas sus dotes artísticas —dijo Mason—. ¿Cree usted que será capaz de representar esa comedia con éxito?

—Eleanor es capaz de engañar al mundo entero. Sí, engañará a todos menos a una sola persona.

—¿Quién es esa persona?

—Yo. Le prevengo, señor Mason, que a usted también le engañará.

Mason sonrió.

—Los abogados son seres bastante desconfiados.

—Lo conseguirá, señor Mason —aseguró Olga Jordan, con una voz que no dejaba lugar a dudas—. Le engañará, y en cuanto sepa para qué está usted allí, no tardará en conquistarle. Será usted como todos los demás. Deseará protegerla. No me entienda mal. Yo deseo que usted la proteja, porque es la única manera de sacarla de este embrollo y salvar así la tranquilidad de mi padre y la situación de la familia.

—¿Cuándo vamos a ir al hospital? —preguntó Mason.

—Ahora mismo —dijo ella consultando su reloj—; no nos sobra tiempo.

Mason hizo una seña a Della Street.

—Estaré ausente durante una hora, o, tal vez, hora y media, Della.

Luego se volvió a la señora Jordan y dijo:

—Estoy a su disposición; podemos marcharnos.

CAPÍTULO II

La enfermera-directora de la oficina de recepción dijo:

—Sí, señora Jordan. La policía está intentando localizarla hace ya media hora. Están impacientes por saber si puede usted llevar a cabo una identificación.

—Existe un gran parecido entre la fotografía que publican los periódicos y mi hermana —dijo la señora Jordan—. Es más, creo que, en efecto, se trata de la misma.

—Sí, hemos recibido ya varias llamadas telefónicas, en que se nos informa que se trata de la señorita Corbin.

—Eleanor Hepner —corrigió con firmeza la señora Jordan—. Contrajo matrimonio hace dos semanas.

—¡Ah, ya! ¿Quiere hacer el favor de subir, señora Jordan? El doctor indicó que visitase a la enferma en cuanto consiguiésemos encontrarla. Él espera que la emoción de verla ayude a la paciente a recuperar la memoria. Sin embargo, nunca se sabe a ciencia cierta la reacción de los pacientes en estos casos. La enfermera le indicará la actitud que conviene que usted adopte; ha recibido instrucciones del doctor. En el caso de que su presencia trastorne a la paciente, deberá usted retirarse. Conviene, como es natural, que nada en el comportamiento de usted tienda a inquietar o excitar a la enferma. Si su presencia la emociona hasta el punto de hacerle recuperar la memoria, venciendo así la amnesia, entonces... bueno, entonces serán las circunstancias las que dicten la norma a seguir.

—Comprendo —dijo la señora Jordan.

—¿Está usted dispuesta a seguir las instrucciones de la enfermera?

—Sí, siempre y cuando el señor Mason esté presente.

La enfermera vaciló:

—No he recibido instrucciones en cuanto al señor Mason, pero...

—Considero imprescindible que el señor Mason se halle presente

—dijo Olga Jordan con firmeza—, sobre todo en el caso de que mi hermana recobrase la memoria. He podido observar que a la entrada esperan varios reporteros y el señor Mason debe tomar determinadas medidas para que la publicidad no se apodere de este asunto. Además, él está al corriente de varias cosas.

—De acuerdo, señora Jordan; los periodistas también han estado molestándonos a nosotros —dijo la enfermera—. Como es natural, usted será la que hablará con la enferma, al menos hasta que hayamos comprobado su reacción. Aquí está la enfermera que le indicará lo que debe hacer. Mirna, ésta es la hermana de la paciente de la habitación 981. Es decir, suponemos que es su hermana. Y éste es el señor Mason, su abogado. Haga el favor de conducirles junto a la enferma, con el fin de observar si, ante la presencia de su hermana, ella recupera la memoria.

La enfermera afirmó y se volvió con profesional eficiencia hacia los visitantes:

—Síganme, por favor —dijo.

Les precedió con silenciosos pasos, haciendo susurrar su almidonada falda. Un ascensor les condujo al noveno piso, y después se dirigieron a la habitación número 981. La enfermera abrió la puerta.

—Acérquese usted a la cama, señora. Manténgase inmóvil ante la enferma, y si advierte en su rostro muestras de que la reconoce, pronuncie su nombre.

—Comprendo —dijo Olga Jordan penetrando en la habitación, seguida a corta distancia por Perry Mason.

La joven que se hallaba en cama, envuelta en un camisón del hospital. Miraba al techo con ojos carentes de expresión. Todo en ella demostraba una situación de desamparo, que movía a compasión.

Cuando Olga Jordan se acercó a la cama, los ojos azules de la enferma cayeron sobre ella y se apartaron después, sin el menor gesto de interés. De repente, aquellos ojos se volvieron hacia Olga, la estudiaron unos instantes y de nuevo parecieron querer apartarse de ella. Sin embargo, no lo hicieron. El rostro de la joven se contrajo y parpadeó repetidas veces.

—¡Eleanor! —dijo la señora Jordan, controlando el tono de su voz.

Por un momento, una expresión de incredulidad se extendió por el rostro de la paciente, pero súbitamente se incorporó en la cama.

—¡Olga! —gritó—. ¡Oh, querida, querida, Olga! ¡Cuánto me alegro de volver a verte!

Tendió los brazos y rodeó con ellos a su hermana. Olga le devolvió el abrazo.

—¡Pobre pequeña! —dijo a su vez, con voz vibrante de cariño.

Mason se mantenía a la cabecera de la cama, y sus ojos buscaron los de la enfermera. Esta le sonrió tranquilizadora y se colocó más cerca, en un ángulo de la habitación, donde no podía ser vista por la enferma.

—¡Olga, Olga!, parece como si hubiese estado muchos años sin verte, y, sin embargo, no pueden haber pasado ni dos horas desde que nos vimos por última vez. ¿Qué he hecho y dónde he estado durante estas últimas dos horas? ¿Dónde estoy? ¿Qué habitación es esta?

La rubia cabeza giró en ambas direcciones, y fue entonces cuando advirtió la presencia de Mason.

—¿Quién es? —preguntó.

—Es el abogado Perry Mason, que ha venido a ayudarte.

—¿Un abogado? ¿Y en qué va ayudarme a mí un abogado?

—Creo que es mejor que dispongas de un abogado.

—¿Para qué? No le necesito para nada. De todos modos —dijo mirando a Mason, con una ligera sonrisa—, si necesitase de un abogado, me gustaría que fuese como usted.

—Gracias —contestó Mason.

—Bueno, sea como sea —dijo Eleanor—, voy a vestirme y marcharme de aquí.

Echó a un lado las sábanas, mostrando unas piernas esbeltas, de cutis suave y ambarino; entonces, dándose cuenta de que el camisón no la cubría lo suficiente, tiró rápidamente de él. Olga la retuvo cariñosamente, cogiéndola por los hombros.

—Tendrás que quedarte aquí algún tiempo, Eleanor —dijo.

—Pero ¿dónde estoy, y por qué debo quedarme?

—Estás en un hospital, querida.

—¿Un hospital? —exclamó Eleanor.

Olga afirmó.

—Pero ¿qué hago yo en un hospital? ¡Esto es completamente

absurdo, Olga! Pero... Ah, claro... El accidente de automóvil. ¿Qué día es hoy?

—Martes.

—Eso es —dijo Eleanor—, ayer fue lunes. Nos marchamos el lunes, día dos, por la noche.

—¿Dónde está Douglas? —preguntó Olga.

—¿Douglas? ¡Cielos! ¿Dónde está Doug? Él conducía el automóvil. ¿Qué le ha pasado? ¿Está herido? Dímelo, Olga. No trates de dar rodeos. ¿Dónde está? Te suplico que me lo digas, Olga.

—No lo sabemos, querida —dijo Olga—. Hoy es martes, pero es martes, día diecisiete, y no día tres. Recibimos un telegrama y varias postales, en la que nos anunciabas que os habíais casado.

—Entonces, fueron enviadas después del accidente, y eso quiere decir que Doug se encuentra bien.

—¿A qué accidente te refieres, querida?

—Al accidente del lunes por la noche. Unos focos de luz blanca aparecieron atravesando la oscuridad, cegándome, y luego...

Se interrumpió, cubriéndose el rostro con las manos. Olga le dio unas palmadas en la espalda.

—Vamos, vamos, querida, no debes preocuparte. No te esfuerces en recordar nada.

—Me encuentro bien —dijo Eleanor—, y debo tratar de poner en claro lo que ocurrió. Tengo un magnífico marido, cuyo paradero ignoro en estos momentos, y no es ésta la idea que tengo yo de lo que debe ser una luna de miel. Me figuro que me habré dado un golpe en la cabeza, en el momento del accidente.

Se mesó los cabellos con gracioso gesto y se volvió en dirección a Mason, mirándole con franca simpatía.

—Va usted a tener que marcharse de aquí, o le ruego que se vuelva de espaldas, porque voy a vestirme.

—Tranquilícese usted —dijo Mason—; deberá permanecer aquí durante algún tiempo; su memoria ha sufrido algún trastorno.

—Me parece que me han dejado fuera de combate —admitió Eleanor riendo—. Pero eso no tiene importancia; hay muchas personas a quienes les ocurren cosas parecidas. Los boxeadores están tan acostumbrados a ellas, que rebotan sobre el *ring* como pelotas de goma. Claro que me parece que no es esto precisamente, lo que me ocurrió a mí. ¿Qué es lo que han dicho sobre el

accidente? ¿Quién fue el que se lanzó sobre nosotros?

—No hemos tenido noticia alguna de ese accidente, querida —dijo Olga.

—Eso sí que me sorprende... Lo natural es que hicieran un reportaje. Pero ¿cómo se explica que hayas podido llegar hasta aquí, si no estabas enterada del accidente?

—Vi tu fotografía en el periódico —contestó Olga.

—Mi fotografía...

—Esperábamos que nos diese usted una explicación de lo ocurrido —terció Mason.

—Todo lo que sé es que Doug y yo, nos dirigíamos a Yuma, para casarnos... Entonces surgieron aquellos focos, se produjo un choque terrible, y ahora me encuentro en este hospital... Ustedes dicen que es un hospital...

—Escucha, Eleanor —dijo Olga—; todo el mundo ignora lo que ha sucedido, y desconocemos lo que has podido hacer. Lo único que sabemos es que fuiste detenida por la policía, la noche pasada, sin más indumentaria que un impermeable y un velo transparente...

—¿Yo, en un parque, y sin ropa? ¡Cielos! —exclamó Eleanor, rompiendo a reír.

Olga enarcó sus cejas.

—Bien —prosiguió Eleanor—, existe un dicho según el cual «nunca sabe uno lo que le espera». Temo que me encuentro en ese caso. Va usted a tener que ser mi mentor y guardián, señor Mason.

—No pretendo tanto, pero tal vez pueda serle de alguna ayuda. ¿No recuerda nada verdaderamente de lo ocurrido en las últimas dos semanas? —preguntó Mason.

—No recuerdo nada, en absoluto, de lo ocurrido después del accidente.

—Es probable que el accidente ocurriese hace dos semanas.

—Pues bien, todo lo que yo recuerdo es que estaba echada aquí. Había gente que entraba y salía, cuando de pronto reconocí a Olga, sentí como una reacción en mi cerebro y me desperté. Aquí estaba... Quiero decir que aquí estoy. Me siento normalmente. Recuerdo todo, hasta el momento en que aquel coche se abalanzó sobre nosotros.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Mason.

—En algún lugar de la carretera que conduce a Yuma.

—¿No recuerda el sitio?

—No. Ahora, cuando me habla de ello, todo me parece borroso. Cuando recuerdo aquellos focos, me siento aturdida... Es como si fuera a dormirme.

—En tal caso, no intente recordar nada. Permanezca echada y descanse.

—Gracias, señor Mason.

La puerta de la habitación se abrió silenciosamente, dando paso a un hombre de severo ademán y aspecto profesional. Mason abandonó en el acto la cabecera de la cama y se interpuso entre el recién llegado y la paciente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El hombre se quedó mirando a Mason, con marcada indignación:

—¿Y usted? Yo soy el médico que se encarga de este caso.

Mason se volvió a la enfermera, en demanda de confirmación. La joven afirmó con un gesto. Mason sonrió.

—Me llamo Mason, y soy el abogado encargado de este caso. Temí que fuese usted un reportero.

—Estos ya han hablado con la policía. —El doctor se dirigió a Eleanor—: Parece usted encontrarse mejor, ¿no es cierto?

—¿Mejor? ¡Estoy perfectamente! Puedo valerme por mí misma.

—Doctor, la señora Hepner ha recuperado la memoria, y al parecer, está en buen estado de salud. Le agradecemos cuanto ha hecho por ella, pero deseamos sacarla de aquí de prisa y sin ruido.

—Espere, señor Mason. Esta paciente...

—Usted conocerá sin duda al doctor Ariel.

El doctor afirmó.

—Vamos a convocarle inmediatamente. Queremos que se encargue de la señora Hepner, cuanto antes.

—La policía...

—No existen cargos contra la señora Hepner, de manera que la policía no puede oponerse. La señora Hepner está de acuerdo en pagar la factura que corresponda, en pago de sus cuidados, doctor.

—¿Y los reporteros? —preguntó el doctor, perplejo.

Mason reflexionó durante unos segundos.

—Dígales que su paciente ha sido identificada y que ha abandonado el hospital. No haga más comentarios. Le aseguro que su cooperación será recompensada.

El doctor observó a Eleanor pensativamente; finalmente dijo:

—Bien, sea como ustedes quieren.

Se volvió y abrió la puerta que daba al pasillo:

—Enfermera, deseo hablar con usted unos momentos.

La joven salió con él al pasillo, y cerraron la puerta tras sí.

—Olga, me gusta el señor Mason. Me pondré bajo su custodia —dijo Eleanor.

Olga Jordan hizo caso omiso de su hermana.

—Señor Mason —dijo—, ¿está usted seguro de actuar acertadamente?

—Mi plan es bueno —dijo Mason fríamente—. ¿Quiere hacer el favor de alcanzarme ese teléfono?... Gracias.

Se puso en comunicación con el doctor Claude Ariel, que era cliente suyo, y le puso al corriente de lo que ocurría. El doctor indicó que, de acuerdo con su opinión, Eleanor debía permanecer descansando y no recibir visitas.

—Muy bien —dijo el doctor—, yo mismo llamaré al hospital. Estoy bien considerado allí, y arreglaré las cosas de manera que Eleanor sea trasladada a un sanatorio privado. Emplearemos una ambulancia. El sanatorio que recomiendo es el *Pine Haven Sanatorium*, situado en Glendale. A no ser que ustedes prefieran otro.

—Estamos de acuerdo con el *Pine Haven* —dijo Mason.

—Bien, entonces voy a ocuparme de ello ahora mismo. Pondré una enfermera de toda confianza al servicio de la paciente, e iré ahí, dentro de media hora. Avisaré también que envíen la ambulancia y me pondré en contacto con el sanatorio. ¿Hay algún cargo de la policía en contra de la paciente?

—Por ahora, no —dijo Mason—, y espero que no los haya. De todos modos, en caso de haber dificultades, depositaría una fianza, para que no se opusiesen a nuestras intenciones. De momento, lo que interesa es que no reciba visitas de nadie.

—Comprendo —dijo el doctor Ariel—. Confíe en mí sobre este particular.

Mason colgó el auricular, tras darle las gracias.

Minutos después, golpearon levemente a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Mason.

—Soy la enfermera encargada por el doctor Ariel para que la

paciente no sea molestada.

Mason abrió la puerta y la enfermera entró, cerrando firmemente la puerta tras de sí. Sonrió al abogado:

—Cree usted en la acción inmediata, ¿no es cierto?

—Tengo ante mí las pruebas de ello.

La enfermera se acercó a la paciente con benévola expresión.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Mejor —contestó Eleanor con cierta prudencia—. Me encuentro muy bien, salvo cuando trato de recordar algunos acontecimientos.

—Pues, en ese caso, no trate de recordar nada —dijo la enfermera.

Eleanor clavó en Mason unos ojos llenos de desamparo y dijo:

—Quisiera poder ayudarle a esclarecerlo todo, señor Mason, se lo aseguro.

—No se preocupe —respondió Mason—; regresaré más tarde.

—Recuerdo —dijo la enferma— que íbamos a casarnos. Nos dirigíamos a Yuma y... allí estaba la madre de Doug. La llamó por teléfono y le dijo... No lo sé; no lo recuerdo. Yo hablé también con ella. Tenía una voz muy agradable y...

—¿Recuerda desde dónde hicieron esa llamada?

—En una estación de servicio, en la que nos habíamos detenido para repostar.

—¿Dónde vive la madre de Doug? —preguntó Mason.

—En Salt Lake City, pero no recuerdo la dirección. Después, continuamos el viaje y entonces aparecieron aquellos faros que se echaron sobre mí... —De nuevo cubrió su rostro con las manos y habló a través de ellas—. Señor Mason, debo dominarme. Me siento trastornada cada vez que pienso en esto. Lo lamento.

La enfermera miró al abogado y le hizo una señal para que no insistiese.

—No intente recordar nada más —dijo Mason.

—Es que no puedo evitarlo. No ceso de pensar en ello, pero en cuanto llego a este punto, mis ideas se confunden.

—El doctor llegará en seguida —dijo Mason—, y le dará un calmante para que se tranquilice. Después, la llevará a un sanatorio privado, en el cual podrá descansar sin temor a que nadie la moleste. —Mason se dirigió a Olga—. Creo, señora Jordan, que ha

llegado el momento de retirarnos —dijo.

—Yo también lo estimo así —dijo la enfermera—; el doctor me ha ordenado que administre un calmante a la enferma, en el caso de que se excite.

—No quiero calmantes —dijo Eleanor—. Quiero que me traigan mi ropa para marcharme de aquí en seguida, y averiguar qué es lo que le ha pasado a Douglas.

Mason sonrió comprensivo.

—Será mejor que descanse y espere hasta que el doctor Ariel haya hablado con usted. Él arreglará las cosas de manera que usted se sienta tranquila y...

—Acaba usted de decir que van a llevarme a un sanatorio y yo no quiero ir a ninguno. ¿Para qué he de ir yo a un sanatorio? A esos lugares llevan a la gente que empieza a fallar. Yo...

Una vez más, apartó las sábanas, mostrando sus hermosas piernas. La enfermera se interpuso rápidamente entre Mason y la cama y cubrió a la muchacha de nuevo.

—No debe usted hacer eso. Le conviene estar tranquila. El doctor Ariel está a punto de llegar.

—No quiero ver al doctor Ariel. Sólo quiero ver a Doug —dijo Eleanor, al parecer a punto de llorar.

La enfermera abrió un pequeño maletín que había traído consigo, y un olor a alcohol se extendió por la habitación. Se oyó la voz de Eleanor, exclamando:

—¡Ay, cómo duele!

—Estese quieta un momento —dijo la enfermera—. Son órdenes del doctor.

La enfermera apartó la aguja hipodérmica, y volviéndose hacia Olga y Mason, les indicó la puerta con un gesto.

—Ahora se encontrará bien —dijo—. El doctor Ariel desea que me ocupe de ella en el hospital. Según creo, no desea que la enferma reciba visitas. No deben preocuparse.

Mason cogió el brazo de Olga Jordan.

—Vámonos —dijo.

Una vez en el pasillo, Olga dijo al abogado:

—Bonita comedia, ¿no?

—Comedia o no —dijo Mason—, interesa no perder tiempo y actuar rápidamente.

—Bien —dijo Olga—, ella ya nos ha informado de lo que quiere que sepamos. Ha habido un accidente. No sabe dónde está Douglas. Es asunto nuestro intentar encontrarle. Así es que vamos a tener que averiguar dónde tuvo lugar el casamiento. También deberemos averiguar la dirección de la madre de Douglas, en Salt Lake City. Tengo el presentimiento de que vamos a tener que apresurarnos, pues sea lo que sea, es seguro que, esta vez, Eleanor se ha metido en un lío de los grandes, que va a tener resonancia en cuanto quede aclarado. Hemos de apresurarnos, señor Mason.

—Trabajar de prisa resulta costoso —dijo Mason—. ¿Está usted dispuesta a pagar las facturas de un detective?

—Estamos dispuestos a pagar lo que convenga, señor Mason. Pero, por lo que más quiera, empiece cuanto antes y no perdamos más tiempo.

—De acuerdo —contestó Mason—. ¿Qué informes puede usted darme de ese tal Hepner?

—No es mucho lo que sé de él.

—¿Desde cuándo le conoce?

—Desde nuestro último viaje a Europa. Fue en el viaje de regreso. Él iba también en el barco.

—¿Tiene alguna fotografía de él?

—Sí, me parece que podré encontrar alguna. Será una instantánea, pero...

—Muy bien —dijo Mason—, llévela a mi despacho, lo antes que pueda. De momento, ¿quiere hacer el favor de describírmelo?

—Sí. Es alto; un metro ochenta, aproximadamente. Su pelo es oscuro y su nariz aguileña, sonrisa simpática y personalidad llena de magnetismo.

—¿Qué edad tiene?

—Veintisiete o veintiocho años.

—Habría tenido un éxito entre el público femenino del barco —dijo Mason.

—Puede asegurarlo. Ya sabe usted lo que ocurre en la actualidad. Las mujeres viajan y los hombres atractivos escasean. La mayoría de ellos se trasladan de un lugar a otro cuando están jubilados.

—Es usted bastante mordaz —comentó Mason.

—He viajado mucho. Papá está metido en negocios de joyería al

por mayor. Vamos a menudo a Europa y...

—Oiga —dijo Mason—, usted está casada. ¿Es que usted y su marido acostumbran acompañar a su padre?

—¡Oh!, siempre que Bill lo desea, papá le lleva consigo. Pero Bill no siente gran afición por los viajes. Prefiere quedarse en casa y pasar el rato en su club. Es aficionado al tenis y al golf y le gustan también los caballos.

—¿Y usted le deja para acompañar a su padre?

—Sí, papá nos necesita a nosotras como secretarias, para concertar entrevistas y cosas parecidas.

—¿Así que Eleanor también va con ustedes?

—¡Ya lo creo que va! No se ha perdido un solo viaje a Europa en los últimos veinte años. En cuanto se habla de viaje, la pequeña Eleanor comienza a preparar en seguida su equipaje.

—¿Dónde conoció a Hepner?

—En el barco.

—¿A qué se dedica?

—Aparentemente, a nada. Parece un caballero ocioso. Es uno de los hombres más enigmáticos que he conocido. Nunca habla de sí mismo ni de sus ocupaciones. Yo creo que es por eso por lo que no le gusta a papá. La verdad es que Hepner es más escurridizo que una anguila.

—Pero —dijo Mason—, por lo visto, sabe hacerse simpático a algunos...

—Hay en él algo extraño. Es como si a su lado se sintiese uno oprimido. Bueno, en realidad no es eso lo que quiero decir. Tiene uno la impresión de que se está jugando al póquer con él. Es amable, educado y comunicativo y de pronto, el que está con él se da cuenta de que le está observando como si quisiera analizarle fríamente. Sea como fuere, Eleanor estaba loca por él. Creímos que se trataba tan sólo de una pasajera aventura que duraría lo que el viaje. Había tenido ya infinidad de caprichos de esta clase.

—¿Pero esta vez fue en serio?

—Bueno, ya estamos otra vez ante la incógnita de lo sucedido. Nadie es capaz de saber si sus intenciones eran serias o no, hasta el momento en que se fueron a Yuma.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que hicieron ese crucero?

—Unos tres meses.

—¿Eleanor y Douglas estaban siempre juntos durante la travesía?

—Sí, pero no por ello dejó Douglas de alternar con todo el mundo. Es uno de los rasgos del carácter de ese hombre; es muy sociable y creo que llegó a hacer amistad con la tripulación entera del barco.

—Y, cuando llegaron a tierra, ¿siguió tratando a Eleanor?

—Pues, durante una temporada, no. Nada se supo de él durante un mes aproximadamente; de pronto apareció y volvió a salir con Eleanor. Ninguno de nosotros dio a este hecho demasiada importancia, hasta que nos dimos cuenta de que ella parecía tomárselo en serio.

—¿Y qué dijo su padre?

—Que jamás le había gustado ese hombre. Sentía desde el principio, una antipatía instintiva hacia él. No es fácil engañar a mi padre.

—Y, por lo visto, Hepner se llevó a Eleanor a Yuma, con el fin de casarse con ella.

—Eso es lo que decía la postal que recibimos.

—¿De dónde eran los estampillados de las cartas?

—De Yuma y de Las Vegas.

—¿Conservan las postales?

—Lo siento, no las tenemos ya. Lo que conservamos es el telegrama.

—Conforme —dijo Mason—; envíeme todas las instantáneas que pueda encontrar de Douglas Hepner, así como el telegrama, y todo lo que crea usted que pueda ser de utilidad para esclarecer este asunto. Contrataré detectives. Será fácil averiguar la procedencia del telegrama.

—¿Tiene usted confianza en el médico que ha escogido? —preguntó ella.

—Absoluta.

—¿La mantendrá apartada de todos?

—Puede estar segura de ello —contestó el abogado—. Como es natural, los periódicos se enterarán de una parte de la historia. No sabemos hasta qué extremo escuchó lo que hablamos la enfermera del hospital, y es probable que la interroguen a ella.

—Sí, claro —dijo Olga—; así es como lo planeó Eleanor. Hablaba de cara al público. Pero en cuanto usted empezó a presionarla, varió el sistema. Tuvo miedo de que la sometiese a un careo y que saliese a relucir la verdad. Entonces empezó a ver las cosas borrosas, a sentirse cansada, y para acabar, le dio a usted ocasión de admirar sus bonitas piernas.

—¿Y, usted cree que todo esto no ha sido más que una táctica fríamente calculada?

Olga le miró despectivamente.

—¡Por favor, señor Mason, no sea usted cándido!

CAPÍTULO III

Mason telefoneó a Paul Drake desde una cabina telefónica pública.

—¿Está Drake? —preguntó.

—¿Es el señor Mason?

—Él mismo.

—Sí, el señor Drake está aquí. Le paso la comunicación.

Unos momentos después, Mason oyó la voz de Paul, a través del auricular.

—¡Hola, Paul! —dijo Mason—. Tengo un trabajo para ti. Es un caso urgente.

—Todos tus casos lo son —protestó Paul—. ¿De qué se trata esta vez?

—¿Has leído los periódicos?

—Los leo siempre. Es parte de mi oficio.

—¿Has leído lo referente al fantasma sugestivo de *Sierra Vista Park*?

—¿Te refieres a esa aparición que bailaba ligeramente vestida en un parque?

—Eso es.

—Esa es la clase de misión que desearía cumplir todo detective. Estar sentado con unos gemelos y haber recibido la orden de...

—Bien, Paul, pues vas a trabajar en este caso. Ese fantasma se llama Eleanor Hepner, de soltera, Eleanor Corbin. Se fugó de su casa el día dos de este mes. Al parecer, ella y Douglas Hepner se fueron a Yuma, Arizona, donde contrajeron matrimonio. Averigua cómo y en qué fecha exacta y procúrate copias de los certificados. Tuvieron un accidente de automóvil en la carretera. Reúne todo lo referente a éste. Me interesa conocer el nombre de los ocupantes del coche, que entró en colisión con el de ellos. Después de haberse casado, fueron a Las Vegas. Investiga en hoteles y fondas. También

deseo que encuentres a Hepner. Tiene pasaporte. Entérate de lo que puedas a través de la oficina de pasaportes. Dentro de una hora, tendré en mi despacho unas fotografías de él. Contrata los hombres que necesites. Sigue la pista de Hepner y entérate de lo que hace, cuánto dinero tiene y de dónde lo saca.

»En la noche del día dos, se puso en comunicación telefónica con su madre, que reside en Salt Lake City. Pidieron la conferencia en una estación de servicio, camino de Yuma, donde se detuvieron a repostar gasolina. No sabemos exactamente el lugar, pero suponiendo que al comenzar el viaje llevasen el depósito lleno, es de suponer que sería cerca de Indio. Localiza todas las llamadas hechas a Salt Lake City, en la noche del día dos. Localiza también a la madre de Hepner. Averigua si conoce el paradero de su hijo. Encuentra a Hepner y pon en claro por qué se han separado.

»Infiltrate en la Jefatura de Policía y entérate de lo que han averiguado sobre Eleanor y de si se disponen a tomar alguna medida. No pierdas el tiempo con Eleanor: de momento no nos puede ayudar mucho. Para tu gobierno, te diré que está a buen recaudo. La mantengo alejada por mi cuenta.

—¡Conforme! —dijo Drake—. ¿Para cuándo necesitas estos informes?

—Dámelos lo antes posible —contestó Mason, colgando el aparato.

CAPÍTULO IV

Cuando Olga Jordan llevó las fotografías a la oficina de Mason, iba acompañada de su padre. Llegaba con más de veinte minutos de retraso y se disculpó, apenas hubo traspasado la puerta; después presentó a su padre a Mason y a Della Street.

—Lo siento mucho, señor Mason. De ordinario soy muy puntual, pero mi padre creyó que le interesarían los negativos, además de las copias.

—Sí, serán de gran ayuda —dijo Mason sin apartar los ojos del padre de Olga.

Homer Corbin hubiera sido un buen modelo para un retrato de un coronel del Sur. Era un hombre alto, que se mantenía en postura recta. Su barba blanca, cortada a lo *Vandyke*, estaba cuidadosamente recortada y unas cejas pobladas y grises sombreaban sus ojos fríos, del color del acero.

—Mi hija —dijo hablando con cierta dignidad— es una compañera encantadora, una magnífica secretaria, pero una fotógrafa que deja bastante que desear. Sin embargo, me parece que estas instantáneas bastarán para darle una idea bastante clara del aspecto de ese hombre. Me alegro de que haya usted enfocado el asunto por este lado, porque tengo el convencimiento de que Douglas Hepner es la clave de todo este desdichado asunto.

—Siéntense ustedes —invitó Mason, dirigiéndose luego a Corbin—. ¿Cree usted que ha sucedido algo?

—A mi entender, se necesita una impresión muy fuerte para provocar la amnesia.

—Desde luego —dijo Mason—, es casi seguro que sufrió una conmoción física, ya que hubo un accidente de automóvil.

—Sí, sí, ya sé. Es claro que pudo ocurrir, pero Olga es muy observadora y está familiarizada con el temperamento de Eleanor. En realidad, Olga ha sido para su hermana como una madre, por ser

mayor que ella.

—Eso es lo que me ha dicho —corroboró Mason.

—Olga tiene la impresión de que tras todo esto se oculta un choque emocional, que es el que, en realidad, ha provocado la amnesia. Si eso es cierto, no cabe duda de que cuando se descubran las causas que lo han provocado, nos enfrentaremos con un problema, que será el de evitar a Eleanor los consiguientes disgustos. Siento un gran cariño por Eleanor, señor Mason. Estoy convencido de que se casó con ese indeseable de Hepner, y de ser así, tengo la impresión de que su ataque de amnesia nos va a ser muy provechoso. Se podrá anular la ceremonia de su matrimonio, alegando que fue celebrado cuando ella no se hallaba en pleno uso de sus facultades mentales.

—Sin embargo —subrayó Mason—, ella sabía perfectamente quién era, después del accidente y después de su boda. Les envió ese telegrama.

—Es verdad —admitió el anciano, a disgusto.

—Y también envió unas postales —prosiguió Mason.

—Dos, una desde Yuma y otra desde Las Vegas.

—¿Estaban escritas de su puño y letra?

Homer Corbin se acarició la barba permaneciendo pensativo durante unos momentos.

—Pues bien, señor Mason, nos hallamos ante una situación difícil. No puedo asegurar que las postales estuviesen escritas por Eleanor. No me fijé en la letra, puesto que siempre pensé que era ella la que realmente las enviaba. Desde luego, la escritura era parecidísima a la suya, pero esto no basta para que yo pueda asegurar que fue ella quien las escribió. En cuanto al telegrama, pudo ser enviado por cualquiera. Por mi parte, creo muy capaz a ese aventurero de Hepner, de haber abusado del deficiente estado mental de Eleanor para inducirla a contraer matrimonio con él, y después, enviar un telegrama y unas postales para mantener a la familia ignorante del estado de la muchacha. Esas postales estaban escritas en un estilo muy breve, poco usual en Eleanor. Mi hija nunca fue tan reservada.

Olga pareció disponerse a hablar, pero desistió de ello.

—¿Con qué fin podía Hepner contraer matrimonio con Eleanor?
—preguntó Mason.

—Le considero un aventurero, oportunista y buscador de dotes.

—Deduzco de ello que Eleanor está en muy buena posición económica —dijo Mason.

Corbin miró fijamente a Mason, después dirigió sus ojos con cautela hacia Olga y finalmente, mirando de nuevo a Mason, dijo:

—Cuando yo muera, Eleanor cobrará una fuerte suma de dinero. Cada una de mis hijas quedará bien asegurada, en cuanto a bienes materiales se refiere.

—Muy bien —dijo Mason—. Veamos ahora las fotografías.

—He traído unas instantáneas que he arrancado a toda prisa del álbum de fotografías —dijo Olga—. He marcado en ellas a Douglas Hepner. Aquí puede usted verle, en compañía de Eleanor y otra muchacha. En esta otra fotografía está en un grupo. Aquí está hablando con Eleanor, en la cubierta del barco. Y ésta es sin duda la mejor de todas ellas. Fue tomada por mi hermana con mi cámara fotográfica. Está solo sobre cubierta. Creo que es la única vez, en toda la travesía, en que no le vi acompañado de una mujer. Y aquí tiene usted los negativos de estas fotografías. ¿Se pondrá usted a trabajar inmediatamente, señor Mason?

—¿Ponerme a trabajar? —exclamó Mason—. ¡Llevo más de hora y media trabajando! La Agencia de detectives Drake ha puesto en movimiento ya a varios hombres. Intentamos localizar el lugar del accidente de automóvil y averiguar lo relacionado con la llamada telefónica que Hepner celebró con su madre, que reside en Salt Lake City...

—¿Pero usted ignora desde dónde fue hecha esa llamada? —preguntó Olga.

—Parto de la base de que empezaron su viaje con el depósito de gasolina lleno, y probablemente repostarían en Indio o en Banning, o tal vez, en Brawley. Indagaremos en los tres sitios. Pediremos también información acerca de todos los accidentes de carretera ocurridos en la noche del día dos. Tomaremos nota de los tipos y matrículas de los coches y... ¿tal vez, sabe usted la clase de coche que pudieron emplear?

—Hepner era dueño de un «Oldsmobile», con aire acondicionado. Modelo grande; se sentía muy orgulloso de él.

El teléfono privado de Mason sonó. Como quiera que Drake y Della Street eran los únicos en conocer aquel número de teléfono,

Mason indicó a su secretaria que le acercase el aparato y dijo:

—¡Hola, Paul!

—Vamos a tener que pedir un suplemento para llamadas telefónicas, Perry —dijo la voz de Paul Drake.

—Explícate, Paul —dijo Mason—. Mis clientes están ahora aquí, en mi despacho, y les gustaría obtener la información.

—De acuerdo —dijo Drake—, tu suposición fue acertada. La llamada fue hecha desde Indio. Fue solicitada a las nueve treinta y cinco de la noche del día dos de agosto, por Douglas Hepner, llamando a Sadie Hepner de Salt Lake City. El número es Wabash 983226.

—¿Has hecho ya alguna investigación? —preguntó Mason.

—Todavía no —contestó Drake—. He preferido darte el informe y preguntarte lo que deseas que haga.

—Volveré a llamarte —dijo Mason.

Colgó el auricular y se volvió hacia Corbin, diciéndole:

—Hemos localizado a la madre de Hepner en Salt Lake City. Ahora, si quieren ustedes que actuemos con rapidez, creo que lo oportuno es que la llamemos y le digamos que nos interesa conocer el paradero de su hijo. Si disponemos de algún tiempo, encargaré a un detective que haga averiguaciones discretas acerca de ella y conseguiremos la información en forma menos directa.

Olga y su padre cambiaron entre sí miradas significativas y fue Olga la que contestó:

—Será mejor que la telefonee usted en seguida.

Mason se dirigió a Della Street.

—Pide una conferencia directa con Sadie Hepner. Wabash 983226, y toma nota de la conversación cuando nos den la llamada.

Della Street cogió el auricular:

—Ponme línea exterior, Gertie —dijo.

Cuando la hubo conseguido, le indicó al empleado que se apresurase, por tratarse de un asunto importante. Un silencio tenso reinó entre los presentes.

De pronto, Della Street hizo un signo a Mason, y éste cogió el auricular.

—¡Hola! —dijo Mason.

Una voz suave y bien timbrada contestó al otro lado del hilo.

—Sí, ¿diga?

—¿Es usted la señora Hepner? —preguntó Mason.

—Sí, soy la señora Hepner.

—Soy Perry Mason, señora Hepner, y me interesa ponerme cuanto antes en contacto con su hijo, Douglas Hepner. Quisiera saber dónde puedo encontrarle.

—¿Ha llamado a Las Vegas?

—¿Está allí? —preguntó Mason.

—Hace dos o tres noches, me telefoneó desde Barstow, cuando iba camino de Las Vegas... Espere un momento... eso fue... puedo decirle la fecha con exactitud; fue el trece; en la noche del día trece.

—Y ¿dice usted que se dirigía a Las Vegas?

—Sí, me dijo que intentaría venir a verme, pero por lo visto no le fue posible.

—¿Y no sabe usted dónde se hospeda en Las Vegas, para qué se dirigía allí y si iba acompañado de alguien?

—Lamento no poder darle esos datos, señor Mason. ¿Me permite preguntarle para qué desea saber todo esto?

—¿Podría usted decirme —dijo Mason ignorando la pregunta de la mujer— si su hijo es casado o soltero?

—Pues, es soltero.

—Tengo entendido que una tal Eleanor Corbin...

—¡Ah, sí, Eleanor Corbin! —dijo la voz femenina—. Me telefoneó hará unas dos semanas, y al parecer, estaba con esa muchacha. Por lo que me dijo, parecía que tuviese intención de casarse con ella. Pero cuando me telefoneó desde Barstow, me presentó por teléfono a otra joven llamada Suzanne. ¿Quiere decirme por qué le interesa a usted todo esto, y por qué me ha telefonado a mí, señor Mason?

—Trato de localizarle y éste ha sido el único medio de que he dispuesto.

—¿Cómo consiguió mi dirección?

—Sabía que era usted su madre y que se mantiene siempre en contacto con usted.

—¿Cómo sabía usted esto, señor Mason?

—Me lo han dicho unos amigos.

—¿Es usted periodista, señor Mason?

—Desde luego que no.

—¿En qué se ocupa usted?

—Soy abogado.

—¿Trabaja para mi hijo?

—No; sin embargo me interesa.

—Temo, señor Mason, que va usted a tener que dirigirse directamente a mi hijo, si desea más informaciones. Siento haber sido indiscreta, contestando a sus preguntas, pero creí que se trataba de un amigo de Doug. ¡Que usted lo pase bien!

La comunicación quedó cortada. Mason se dirigió a su secretaria:

—Della, ponte al habla en seguida con Paul y dile que envíe detectives a Salt Lake para que vigilen a la señora Hepner. Que una mujer de cierta edad y aspecto agradable entable amistad con ella y trate de hacerla hablar e intente conseguir alguna confidencia.

Della Street cogió su cuaderno.

—¿Quieres que repita a Paul la conversación que habéis sostenido?

—Sí —dijo Mason—. Léesela entera.

—Nosotros deseáramos también saber lo que han hablado —dijo Olga en cuanto la puerta se hubo cerrado tras la secretaria.

Mason les repitió toda la conversación. Cuando hizo alusión a Suzanne, Olga y el anciano cambiaron una ojeada.

—Ahora bien —dijo Mason—, ¿conocen ustedes a alguna joven que responda al nombre de Suzanne? Hagan memoria en cuanto a los nombres de los pasajeros del barco. Seguramente se trata de alguna mujer joven y atractiva, que mostraría interés por Hepner...

De pronto, Olga Jordan chasqueó los dedos.

—¿Recuerda algo? —preguntó Mason.

—¡Suzanne Granger! —exclamó volviéndose hacia su padre.

El hombre contrajo sus cejas y bajó los párpados, mientras reflexionaba, y dijo, hablando despacio:

—Sí, pudo muy bien ser la señorita Granger.

—¿Quién es Suzanne Granger? —preguntó Mason.

—Para nosotros, no es más que un nombre, aunque claro está que la conocemos. La que más sabe de ella es Eleanor. Formaba parte del grupo de pasajeros que, en el barco, bailaban juntos y después se reunían en el bar, antes de retirarse a descansar. Creo que vive aquí, en la ciudad.

—¿Conocen por casualidad, su dirección? —preguntó Mason.

—Pues... tal vez podamos conseguirla. Eleanor tiene un cuaderno en el que apunta las direcciones de sus amistades. Ignoro si se lo llevaría consigo. Voy a ver si está Bill en casa, y de ser así, él podría...

Olga se acercó al teléfono y Mason se lo tendió, al paso que le decía:

—Diga a la señorita de la centralita que le dé línea con el exterior.

—Línea con el exterior —dijo Olga hablando sobre el receptor, y, al momento marcó diligentemente un número.

Pocos momentos después, dijo:

—¡Bill, soy Olga! Lo que voy a decirte es importante. No pierdas el tiempo haciendo preguntas. Sube en seguida a la habitación de Eleanor y busca en su escritorio su cuaderno de direcciones. Si no lo encuentras, mira si tiene una lista de los pasajeros del barco en el que hicimos nuestro último viaje. Es posible que en ella haya algún autógrafo o dirección. El nombre y la dirección que nos interesan son los de Suzanne Granger.

—Podríamos localizarla a través de la oficina de pasaportes, pero así ganaremos tiempo —dijo Mason al señor Corbin.

Cogió el otro teléfono y dijo a la telefonista:

—Gertie, haz el favor de mirar en la lista de abonados, si hay un teléfono a nombre de Suzanne Granger.

Mientras Gertie consultaba la lista de abonados y Olga esperaba a que su marido encontrase la dirección de Suzanne Granger en el escritorio de Eleanor, Mason permaneció con el teléfono en la mano. Pocos minutos después, Gertie dijo:

—No encuentro ninguna Suzanne Granger, señor Mason. Hay un S. Granger y un D. S. Granger y...

—Ya lo tenemos —interrumpió Olga desde el otro teléfono...

—Está bien, Gertie, déjalo —dijo Mason, colgando el auricular.

—Estaba en la lista de pasajeros. Suzanne Granger había escrito en ella su nombre y dirección. Reside en los *Apartamentos Belinda*. —Luego se dirigió de nuevo al teléfono—. Gracias, Bill, estamos en la oficina del señor Mason. No tardaremos en regresar; será mejor que nos espere.

Colgó el auricular y se dirigió a Perry Mason:

—Bueno —dijo— esto nos será de gran ayuda. Sin embargo, va a

ser bastante difícil de manejar este asunto. No puede usted presentarse en casa de una joven para preguntarle si ha pasado un fin de semana con el marido de una cliente suya que padece de amnesia.

—El señor Mason sabrá cómo enfocar las cosas, Olga —dijo Homer Corbin—. Como abogado, no puede ignorar que ninguno de nosotros desea que se ponga en entredicho nuestro buen nombre.

—Sí, este es, desde luego, el peligro que entrañan estos asuntos —dijo Mason—. Por eso me ocuparé de él personalmente.

—Eso es precisamente lo que yo deseo —dijo Corbin levantándose—. Vamos, Olga; me parece que ya no nos queda más que hacer aquí. Tiene usted el telegrama, los negativos y el informe sobre Suzanne Granger. No dudo de que sabe usted lo que hay que hacer. Pero aún hay algo que quiero que sepa usted. Cuando Eleanor abandonó nuestra casa, llevaba consigo un equipaje muy valioso y harto llamativo. Solemos viajar mucho, cosa que usted seguramente ya sabe, y por lo corriente, el paso por las aduanas es bastante complicado. Es difícil localizar los bultos que cada uno lleva, porque todos ellos se parecen. Por eso encargué unas maletas especiales para cada una de las muchachas y para mí. La de Olga es de color rojo y tiene los vivos y cierres blancos. La de Eleanor es roja y blanca. Eleanor tiene dos maletas y un neceser. Tengo la seguridad de que cualquiera que las haya visto las recordará en seguida. Creo que éste es un detalle que puede servirle de ayuda, cuando intente usted hacer averiguaciones en Yuma y Las Vegas.

—Gracias —dijo Mason—, esa indicación puede serme muy útil. ¿Así, pues, su equipaje era rojo y blanco?

—Sí, a cuadros rojos y blancos y completamente ribeteado —dijo Corbin—. Como le digo, es muy llamativo. Eso es precisamente lo que yo pretendí cuando lo encargué.

—Bien —dijo Mason—, pues ahora voy a ver lo que hago con la señorita Granger.

—Le recomiendo prudencia —dijo Corbin volviéndose desde la puerta—. No escatime gastos. Utilice toda la ayuda que necesite, y haga todo lo que las circunstancias requieran.

Mason afirmó.

Corbin cruzó la puerta y luego volvió sobre sus pasos.

—Es decir, no escatime gastos verdaderamente *necesarios* —dijo,

y finalmente abandonó la habitación.

CAPÍTULO V

Los *Apartamentos Belinda* tenían un aspecto digno que podía competir con el de los suntuosos edificios que los rodeaban.

El conserje miró a Della Street y a Mason con expresión de desconfianza:

—Deseamos hablar con Suzanne Granger —dijo Mason.

—¿Su nombre, por favor?

—Mason.

—¿El nombre completo?

—Perry Mason.

Si aquel nombre le sugería algo, el empleado no lo dejó traslucir.

—La señorita Granger no está.

—¿Cuándo regresará?

—Lo lamento; esto es algo que no puedo decirle.

—¿Sabe usted si está fuera de la ciudad?

—Lo lamento, señor. No puedo decírselo.

—¿Será tan amable de poner un mensaje para ella en su departamento de correspondencia?

—Sí, señor.

Mason tendió la mano y el empleado le entregó un sobre y una hoja de papel que cogió de un cajón que había bajo el escritorio. Mason sacó una pluma estilográfica de su bolsillo, y tras una ligera vacilación, escribió:

»Della:

»Aquí hay algo que no me gusta. Hay demasiada frialdad y formalidad. La cara de este individuo se ha petrificado en cuanto ha oído mi nombre. Voy a escribir una nota. Quédate junto a la telefonista y trata de averiguar algo».

Mason tendió el pliego a Della Street y de repente dijo:

—¡Ahora pienso que sería mejor que le escribiese con todo detalle el motivo de mi visita! ¿Tiene otra hoja de papel?

Sin decir nada, el empleado le ofreció otro pliego.

Mason se dirigió a uno de los escritorios y se sentó. Della permaneció junto al conserje, y al poco rato, se alejó despacio y fingiendo descuido, en dirección a la centralita telefónica.

El conserje se retiró a un compartimiento, separado de la conserjería por un cristal.

Mason fingió, durante un rato, estar escribiendo. Finalmente trazó estas pocas palabras:

»Señorita Granger:

»Le interesa, en su propio beneficio, ponerse en contacto conmigo en cuanto regrese a sus habitaciones».

Mason firmó con su nombre entero, guardó el pliego en el sobre y cerró éste. Sobre él escribió: *Señorita Suzanne Granger*.

Della Street le dijo en voz baja:

—Ha penetrado en su despacho y ha pedido comunicación con la habitación número 360. Todavía habla con ese apartamento; como puedes ver, la clavija permanece puesta.

El conserje miró a través del cristal y colgó casi inmediatamente el auricular. Luego se dirigió a Mason y le tendió la mano para que le diese el sobre. Mason, con la pluma en la mano, le preguntó:

—¿Cuál es el número del apartamento de la señorita Granger?

El empleado vaciló ostensiblemente, pero la pluma de Mason permanecía en alto esperando, por lo que se vio obligado a contestar:

—Habitación 358. Sin embargo, no es necesario que lo escriba. La señorita Granger recibirá de todos modos su mensaje.

Mason apuntó el número del apartamento bajo el nombre de la joven, y entregó al empleado el sobre.

—¿Quiere hacer el favor de colocarlo de modo que lo reciba a su regreso? —dijo.

Cogiendo el brazo de Della Street, cruzaron el vestíbulo y salieron a la calle.

—¿Qué te parece? —exclamó ella— Suzanne Granger ocupa el departamento número 358 y él telefona al 360. ¿Cómo se explica

esto?

—Esto es algo que hemos de poner en claro —dijo el abogado—. Nosotros no *sabemos* si Suzanne ocupa el 358.

—Si pudiésemos poner un petardo en el cuello planchado de la camisa de ese conserje, me sentiría reconfortada —dijo Della Street.

Mason hizo un gesto de afirmación.

—Tengo la impresión, Della, de que hay varias personas que tratan de ponernos zancadillas. De momento, demos la vuelta a la manzana.

—¿Quieres andar?

—Sí —dijo, cogiéndola por el codo y echando a andar a toda prisa—. Dejaremos el coche aparcado donde está, y estudiaremos el edificio. Ha de haber una entrada de servicio, aunque no sea más que para uso de los suministradores... Aquí hay un sendero; veamos a dónde nos conduce.

Se adentraron por el caminito y no tardaron en verse ante una ancha puerta encristalada. Mason y Della la cruzaron, encontrándose poco después ante un letrero en el que se leía: «Servicio de ascensores.»

Mason apretó un botón, y un silencioso ascensor ascendió de la parte baja del edificio. El mozo ascensorista les miró inquisitivo.

Mason se dirigió a Della Street y le dijo con indignación:

—¡Atreverse a tratarnos como asalariados, y obligarnos a emplear el ascensor de servicio!

Della Street contestó enfadadísima:

—Ya llegará el día de arreglar cuentas con él.

Entraron en el ascensor, y Mason le dijo al mozo:

—Tercer piso; es decir, si no tiene *usted*, inconveniente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el otro.

—Nada —contestó Mason, como disponiéndose a pelear—; ocurre que soy un vulgar trabajador, eso es todo. Por lo visto, los ascensores de la entrada principal se reservan para los huéspedes.

—Bueno, no se ponga así conmigo. También yo tengo mis disgustos —dijo el ascensorista, dando la vuelta a la manivela y dirigiendo el ascensor al tercer piso—. Hay muchos que sienten antipatía por el individuo del que están hablando.

Della Street y Mason abandonaron el ascensor y se orientaron mirando los números que encabezaban las diferentes puertas.

Pronto se hallaron ante el número 360. Mason apretó el timbre situado a la derecha de la puerta.

Una mujer de unos treinta años, arreglada como si fuese a salir en aquel momento, abrió la puerta; se dispuso a decir algo, pero finalmente se hizo atrás, boquiabierta de sorpresa.

—¡Usted! —exclamó.

—Así es —dijo Mason quedándose allí parado, sin hacer comentario alguno.

—¿Por qué?... yo... yo... ¿qué hace usted aquí?

—Tal vez el conserje me dio mal las señas.

Una consternación vivísima se pintó en sus facciones. Mason añadió:

—O, tal vez, fue usted la que no dio su dirección con exactitud.

—¿Qué desea usted?

Mason no contestó a su pregunta.

—Parece usted conocerme —observó.

—Le he reconocido por sus fotografías. Es usted el abogado Perry Mason y ésta es la señorita Della Street, su secretaria.

Mason permaneció silencioso.

—Bueno —continuó la mujer—, ¿he acertado, no es cierto?

—Sí, y lo que deseo es hablar con usted.

Ella miró a los dos con perplejidad, durante unos instantes, y Della Street y Mason entraron en el apartamento.

Mason observó que varios periódicos se hallaban tirados en el suelo y que alguien había recortado la reseña de lo ocurrido en el parque aquella noche. No había rastro de los recortes, pero aquello bastaba para tener la certeza de que alguna persona se interesaba allí por el caso.

—¿Está usted seguro de no haberse confundido, señor Mason? ¿No me habrá tomado por otra persona? Yo me llamo Ethel Belan.

Mason y Della Street cambiaron una mirada de inteligencia.

—Siéntate, Della —dijo Mason arrellanándose en una butaca lujosamente tapizada.

—No, no me he confundido, señorita Belan. Es con usted con quien tengo interés en hablar. Soy el representante de la joven sobre la que ha estado usted leyendo —dijo mostrando los periódicos recortados, dispersos por el suelo.

Ethel Belan pareció tener intención de decir algo, pero

permaneció silenciosa.

—Su apartamento es muy confortable —dijo Mason.

—Gracias.

—¿Domina usted *Sierra Vista Park* desde sus ventanas?

—Sí. Resulta agradable tener un parque al otro lado de la calle.

—¿Este apartamento es doble?

—Sí.

—¿Lo comparte con alguien?

Ethel Belan miró a su alrededor, como buscando algo que le inspirase la forma de salir del atolladero. Sus ojos se detuvieron un instante en el teléfono y luego en la ventana.

—Últimamente lo arrendé a una joven con quien congeniaba, pero la trasladaron a un empleo hacia el Este y aún no he encontrado a nadie que me convenga para arrendarlo de nuevo. En estos casos es mejor obrar con cautela.

Mason afirmó, y tendió su pitillera a Ethel Belan.

—¿Fuma usted?

—No, gracias. No fumo.

—¿Tiene inconveniente en que fume yo?

—¡No faltaría más!

Mason encendió un cigarrillo y se acomodó.

—El caso es que me disponía a salir —apuntó Ethel Belan.

Mason hizo un gesto de aquiescencia y continuó fumando en silencio.

—Señor Mason, ¿puedo preguntarle para *qué* ha venido?

Mason pareció sorprenderse.

—¿Pero, es que no lo sabe?

—Yo... yo... prefiero que usted me lo diga. Yo...

Mason pareció estudiar detenidamente el humo que escapaba de su cigarrillo.

—Cuando representa uno a un cliente, debe tomarse algunas precauciones. Es fácil hacer aseveraciones y comentarios que se prestan a ser mal interpretados, dando lugar a complicaciones. Por ello, es más prudente dejar que la parte contraria haga las declaraciones, y limitarse a estar o no estar de acuerdo.

—Pues bien, señor Mason. No tengo absolutamente nada que decirle. No dudo que es usted un abogado conocido y eficiente, pero...

Los ojos de Mason se clavaron en los de ella:

—¿Era de usted el impermeable que llevaba Eleanor?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—Pero —dijo—, yo... Oh, es eso lo que le ha traído hasta aquí. ¡Ha seguido la pista del impermeable!

De nuevo se absorbió Mason en la contemplación del humo de su cigarrillo.

—Señor Mason, ¿fue Eleanor quien le envió aquí, o vino usted siguiendo la pista del impermeable?

Mason se encaró con Ethel Belan y le dijo a quemarropa:

—Hemos venido a recoger sus cosas.

—Pues... yo...

—He traído conmigo a mi secretaria, por si había que hacer el equipaje.

—Es que yo... ¿Qué le ha hecho suponer que el equipaje de Eleanor se encuentre aquí?

Mason meneó la cabeza.

—Según tengo entendido, ella no recuerda absolutamente nada de lo ocurrido en las dos últimas semanas —dijo Ethel Belan.

La sonrisa de Mason fue tan enigmática como la de una esfinge.

—De acuerdo —dijo resueltamente Ethel Belan—; es usted un abogado famoso y no estaría usted aquí reclamando sus cosas si Eleanor no se lo hubiese indicado. Sígame, por favor.

Se dirigió a uno de los dos dormitorios y abrió una puerta lateral.

—Todo lo que hay en estos estantes es de ella. También son suyos el neceser, las dos maletas y...

—Y el saco de mano —interrumpió Mason, indicando un pequeño saco de mano, rojo y blanco.

—Eso es.

Mason le dijo a Della Street con la mayor naturalidad:

—Procurarás empaquetarlo todo lo mejor que puedas, ¿verdad? Della afirmó.

—Podemos salir de esta habitación y sentarnos fuera, mientras Della se encarga de arreglarlo todo.

—Es que... tengo una cita, señor Mason. Esperaré a que la señorita Street lo haya recogido todo para poderme marchar en seguida. ¿Puedo ayudarla para ir más de prisa?

Mason afirmó.

Las dos mujeres descolgaron los trajes y los fueron colocando en las maletas. Ethel Belan abrió los cajones de una cómoda y sacó la ropa interior, pañuelos y medias de *nylon* y se los entregó a Della, quien los guardó sin hacer comentarios.

—Bueno, me parece que hemos terminado —dijo Ethel Belan.

—Me figuro que podemos contar con su discreción —dijo Mason, significativamente.

Ethel Belan pareció dudar unos momentos y dijo:

—La señorita me debe el alquiler de una semana.

—¡Oh, claro! —dijo Mason, sacando la cartera de su bolsillo—. ¿Cuánto se le debe?

—Ochenta y cinco dólares.

Mason vaciló ostensiblemente.

—Claro está que ésta no es la cantidad que yo cobro por el apartamento, pero es el precio que convinimos.

—Comprendo —dijo Mason contando los billetes, que entregó a Ethel Belan.

—El caso es —prosiguió el abogado— que como habré de presentar facturas para el cobro de mis honorarios, me convendría tener un comprobante del pago que acabo de efectuar. Si fuese usted tan amable...

—Sí, señor Mason.

Cogió un papel y escribió:

«Recibo del Señor Perry Mason, abogado de la señorita Eleanor Corbin, la cantidad de ochenta y cinco dólares. Plazo del 16 al 23 de agosto.»

Firmó y Mason guardó cuidadosamente el pliego de papel.

—Yo cogeré las dos maletas, Della. ¿Podrá usted llevar lo demás?

La curiosidad venció a Ethel Belan.

—¿Quieren decirme cómo han conseguido llegar hasta aquí? —preguntó.

—Después de haber visto que el conserje la telefoneaba —dijo Mason—, comprendimos que no podíamos contar con su cooperación.

—Pero... pero ¿no preguntaron ustedes por mí?

Mason sonrió.

—Un abogado ha de ser discreto; muy discreto, señorita Belan.

—Comprendo —dijo ella gravemente—. Y ahora espero que sea usted lo bastante discreto como para mantener en secreto mi conexión en este asunto, señor Mason. Ocupo un cargo de importancia en una tienda del centro de la ciudad. Esta es la tarde de que dispongo para mí todas las semanas. Ha sido una casualidad que me encontrasen en casa.

—Sí —dijo Mason—, y yo me permito sugerirle que no mencione a nadie nuestra visita.

—¿Cómo se las compondrán para sacar el equipaje?

—Ya veremos —dijo Mason—. Vamos, Della. ¿Tendrá la amabilidad de salir cinco minutos después de nuestra marcha, señorita Belan?

La mujer dio un vistazo a su reloj.

—Me es imposible; he de irme ahora mismo. He de... ¡Oh, ya entiendo, han subido en el ascensor de servicio!

Mason afirmó.

—En tal caso... yo... ¡Ah, claro, pensarán ustedes regresar de la misma manera!... Bien, le quedo agradecida, señor Mason.

Con una sonrisa cordial tendió la mano a Mason y luego, con menos entusiasmo, a Della Street. Inmediatamente salió disparada del apartamento, dirigiéndose al ascensor destinado a los inquilinos. Mason y Della Street se adentraron por el pasillo en busca del ascensor del servicio.

—¿Crees que va a contárselo al conserje? —preguntó Della Street.

—¡Eso sí que no lo sé! —contestó Mason—. Pero lo esencial es que tenemos el equipaje de Eleanor y que vamos a quedarnos con él.

Della emitió un largo silbido.

—¡Cielos! Me baila todavía la cabeza. Ha sido la mayor sorpresa de mi vida comprobar que Suzanne Granger era Ethel o, mejor dicho... bueno, ya me entiendes. ¡Y vaya faroles que te has lanzado! Se me ha cortado la respiración cuando te he oído preguntarle si el impermeable que usaba Eleanor le pertenecía.

—Tenía que serlo —dijo Mason—. Estamos en una estación seca,

por lo que es seguro que Eleanor no llevaba en su equipaje un impermeable, o si lo llevaba, tenía que ser de esos de plástico transparente, que ocupan muy poco espacio...

—¿Con qué fin se quitó Eleanor la ropa, y envolviéndose en el impermeable de Ethel, se fue al parque a bailar de noche? ¿Y por qué Ethel le dio su impermeable y...?

—No debemos desdeñar una posibilidad —dijo Mason—; y es que Eleanor pudo muy bien apoderarse del impermeable de Ethel sin que ésta se lo entregase. Recuerda que Ethel dijo que aquel era su impermeable, pero no añadió nada más.

—Es verdad —convino Della Street.

—Claro está que Ethel actuó de acuerdo con su creencia de que nosotros estábamos al corriente de todo. Pero observa que el recibo del alquiler que nos dio se refiere al plazo del dieciséis al veintitrés de agosto. Hoy estamos a diecisiete. No cabe duda de que Ethel tiene buen ojo cuando se trata de finanzas, por lo que podemos suponer sin temor a equivocarnos, que el arriendo de la habitación comenzó el día dos o el nueve de este mes.

—Pero Eleanor abandonó su casa el día dos, por la noche.

—Así es —dijo Mason—; por eso es probable que el arriendo comenzase el día nueve, lo cual convierte lo sucedido entre los días dos y nueve en un misterio.

—¿Has observado que Ethel se refiere a ella como Eleanor Corbin y no como Eleanor Hepner?

—Claro que sí —dijo Mason.

—¿Y qué estaría ella haciendo en ese apartamento desde el día nueve hasta el dieciséis...?

El ascensor de servicio se detuvo ante ellos, y la puerta se abrió. Mason se colocó junto a Della Street y penetraron en el ascensor, llevando cuidadosamente el equipaje, de manera que no pudiese advertirse si las maletas iban llenas o vacías. Mason dijo al ascensorista:

—Un trabajo de reparación de equipaje, y nos envían a la escalera de servicio. ¡El ascensor de la entrada se reserva para los inquilinos!

—Ya sé, ya sé —comentó el empleado—. Si le hubiese usted dado un dólar al botones, hubiera podido entrar por la puerta principal... ¡Esas cosas extrañas son las que suceden aquí!

—¿Darle un dólar al botones? —exclamó Mason—. ¿Y para qué? ¿Para llevar unas maletas desde la puerta a un coche?

El mozo detuvo el ascensor en la planta baja. Perry Mason y su secretaria salieron de él y empujaron la pesada puerta que conducía a la calle.

Mason dijo a Della Street:

—Dirígete al coche y tráelo aquí. Yo te esperaré con el equipaje.

—¿Por qué no traes el coche tú, mientras yo...?

—Podrían intentar quitártelo —dijo Mason sonriendo.

En pie junto a las maletas de cuadros blancos y rojos, Mason vio cómo se alejaba la esbelta silueta de su secretaria.

A los pocos minutos estuvo de regreso con el automóvil y Mason cargó en él el equipaje. Inmediatamente se colocó al volante, y Della se sentó junto a él.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—¿Y si fuésemos a tu piso? —preguntó el abogado—. Estas maletas son muy llamativas y si las llevamos al despacho no dejarán de llamar la atención. Tarde o temprano, la descripción saldrá en la prensa.

Della afirmó. Mason condujo el coche a través del tráfico callejero, bastante intenso a aquella hora de la tarde. A poco detuvo el coche junto a un quiosco de periódicos, y pidió la última edición de la tarde al muchacho encargado de la venta. Mientras Mason continuaba la ruta, Della ojeó el periódico.

—¡Vaya! —exclamó.

—¿Interesante? —preguntó Mason.

—¡Y tanto! Los periodistas parecen tener interés en hacerte saber que no eres persona grata.

—¿Por qué?

—Se han enterado de que deseabas evitar toda publicidad y han decidido dártela en abundancia. Claro está, que la historia se presta a ello. «Sugestiva aparición, identificada por familia acaudalada. Importante abogado, contratado para evitar publicidad y representar a la joven en cualquier circunstancia que pudiera presentarse.» Pensándolo bien, jefe, esta familia Corbin ha actuado de modo bastante extraño, ¿no crees?

Mason afirmó.

—Bueno, hay que reconocer que tu conversación no contribuye

a aclararme las cosas —dijo Della Street.

—Es que, sencillamente, estoy de acuerdo contigo.

—De pronto me he dado cuenta de lo extraño que es el comportamiento de esa gente. Acuden a ti para evitar publicidad, y lo que hacen es precisamente aumentar la importancia de los hechos, de cara al público. Perry Mason, el famoso abogado, contratado por la familia, convoca a un doctor que se hace cargo de la paciente, a la que conduce a un sanatorio privado en una ambulancia provista de una sirena que se oye a varias millas a la redonda. Todo el mundo ignora dónde se ha ocultado a la paciente. La acaudalada familia, con sus viajes y su pintoresco padre; la fuga de Eleanor Corbin con Douglas Hepner... La verdad, jefe, es que todo esto es incongruente. Todo lo que te han dicho que debía evitarse, es lo que han conseguido, que aparezca en la primera página de los periódicos.

Mason volvió a afirmar.

—¿Puedo preguntarte desde cuándo estás al corriente de esta idea que se me acaba de ocurrir ahora mismo?

—Todo esto se me ocurrió en el preciso momento en que me entregaron los dos mil quinientos dólares.

—¡No comprendo cómo no me di cuenta entonces! ¿Por qué crees que obran de esta manera?

—Porque, según Olga, teniendo en cuenta las anteriores escapadas de su hermana, tienen la seguridad que esta vez se trata de algo serio.

—Bien —dijo Della—, va a ser interesante interrogar a Suzanne Granger y averiguar su relación con este asunto. Aseguraría que ella es el tercer punto del triángulo.

—Es posible —dijo Mason.

Della Street, molesta por la reticencia de que daba prueba Mason, se recostó en el asiento y se mantuvo silenciosa, hasta que llegaron a su casa.

—¿Quieres que llame al botones? —preguntó.

—No —dijo Mason—, subiré contigo. Así parecerá que has estado de viaje y acabas de regresar. ¡Rayos, quisiera que estos equipajes no fueran tan llamativos!

—¡Si al menosuviésemos la suerte de no tropezamos con nadie! —dijo Della Street—. Pero de todos modos, no es la primera vez

que nos verán acarreado bultos y paquetes, así que yo creo que deben estar acostumbrados a vernos.

Aparcaron el coche. Mason cogió las maletas y dijo a Della:

—Coge el saco de mano y yo llevaré el resto.

Cuando entraron en el vestíbulo, vieron con satisfacción que se hallaba desierto, y sin pérdida de tiempo, se dirigieron al piso de Della.

—¿Qué hago ahora con estas cosas? —preguntó Della—. ¿Quieres que las desempaque y que cuelgue los vestidos en el armario?

—Déjalo todo como está —dijo Mason—. Me figuro que habrás registrado los objetos a medida que los guardabas.

—Tan sólo los trajes y ropas —contestó Della—. Algunos de ellos ni tan siquiera habían sido sacados de las maletas. Tiene todo un equipo de ropa interior, trajes y montones de medias. Me figuro que sus objetos más personales estarán en el saco de mano.

—Pues vamos a ver lo que contiene —dijo Mason—; seguramente será interesante.

—¿Y si está cerrado con llave? —terció Della, mostrando las impresionantes cerraduras del maletín.

—En tal caso, buscaremos una ganzúa y lo forzaremos. Quiero saber lo que lleva ahí dentro.

Della Street apretó los resortes y la cerradura cedió en el acto. Levantó la tapa.

—¡Oh, oh! —exclamó— ¡Qué maravilla!

El interior del maletín había sido diseñado cuidadosamente con el fin de contener tarros de crema y frascos de lociones. En el interior de la tapa había un hermoso espejo biselado, y alrededor, sujeto por diferentes arandelas, se extendía un completo juego de enseres para manicura. En el espacio vacío del centro había un camisón y varios pares de medias.

Della Street sostuvo el camisón, apoyándolo en sus hombros.

—Vaya, vaya, vaya —dijo.

Era un moderno camisón, no más largo que la chaqueta de un pijama.

—Según dicen —comentó Mason—, la brevedad es el alma de la sabiduría.

—Pues, difícilmente podías aspirar a algo más sabio que esto —

dijo Della.

—Vivir para ver —prosiguió Mason—. Temo que vivo atrasado de noticias.

—¡Y que lo digas! Por mi parte me siento avergonzada.

Della rió para disimular su confusión, y doblando la prenda, la colocó de nuevo en el lugar que anteriormente ocupara. Al hacerlo tropezó con la tapa de uno de los tarros de crema.

—No cabe duda de que Eleanor da gran importancia al cuidado de su cutis —dijo.

—Sí, debiste verla en el hospital, cuando echó a un lado las sábanas para levantarse.

—¿Es guapa?

Mason sonrió significativamente.

—Me parece —dijo Della no sin cierto sarcasmo— que una chica que lleva camiones como el que acabamos de ver, debiera tener talgo más de prudencia cuando se levanta de la cama.

—El hecho de que la brevedad tenga relación con la sabiduría —aseguró Mason— no quiere decir que esté emparentada con la discreción.

Della Street introdujo su dedo índice en un tarro de crema.

—Bueno, hagamos una prueba para ver el resultado que las cremas caras dan sobre la piel de una chica que trabaja y...

Se interrumpió repentinamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mason.

—Aquí hay algo —dijo ella—. Algo duro.

Sacó el dedo lleno de crema.

—Hay algo duro aquí dentro, jefe. Parece cristal o algo así...

La muchacha cogió una servilleta para desmaquillarse y frotó el objeto; luego separó el papel de la servilleta.

—¡Cielos! —dijo Mason.

Las facetas de un brillante admirablemente tallado brillaban irisadas.

—¿No hay nada más? —preguntó Mason tras un momento de asombro.

Della introdujo de nuevo el dedo en el tarro, y de nuevo extrajo un objeto duro, que esta vez resultó ser una esmeralda, de un color profundo y maravilloso.

—No entiendo mucho de piedras preciosas, pero me parece que

éstas pertenecen a las más escogidas —dijo Della Street.

—No intentes convencerme; me las quedo todas —bromeó Mason.

Ella le miró un instante atónita, y luego sonrió:

—Bien, veamos qué más hay en esta crema, ¿quieres?

Mason hizo un signo de conformidad.

Tras haber vaciado el frasco, Della se encontró con una colección de quince brillantes, tres esmeraldas y dos rubíes.

—Aquí quedan aún varios tarros y algunas botellas y...

—Vamos a registrarlo todo —dijo Mason.

—¿Y qué dirá Eleanor cuando sepa que nos hemos tomado estas libertades con su maletín?

—Ya tendremos ocasión de saberlo —dijo Mason—. Pero, de momento, vamos a registrarlo.

—Es posible que a ella no le parezca bien.

—Soy su abogado.

—Eso no es lo que ella dijo. Fue la familia quien lo decidió.

—Tienes razón.

—¿Continuamos, a pesar de todo?

—Definitivamente sí. Continúa buscando, Della.

Veinte minutos después, Della tenía ante sí una resplandeciente colección de piedras preciosas.

—¡Cielos, jefe! Aquí hay una fortuna. ¿Qué vamos a hacer con ellas?

—Ante todo, contarlas —dijo Mason—. Haremos un inventario y envolveremos cada piedra por separado en un trozo de servilleta desmaquilladora.

—¿Y luego?

—Luego lo pondremos todo a buen recaudo.

—¿Qué entiendes por «buen recaudo»?

En los ojos de Mason brilló la perplejidad.

—Esa es una pregunta bastante difícil de contestar —dijo.

—¿En la caja fuerte de la oficina?

Mason denegó, sacudiendo la cabeza.

—¿En una caja fuerte de alquiler?

—No me parece adecuado.

—¿Qué quieres decir?

—Ignoramos la historia de estas piedras preciosas. Pueden ser

propiedad de Eleanor. Pueden ser el producto de un robo, o de un acto de contrabando. Pueden ser o representar una prueba contundente, en un momento dado.

—¿Y qué decides en vista de todo esto?

—Es una situación especial y muy delicada. Mi obligación es proteger los intereses de mi cliente, Eleanor Corbin o Hepner, según el caso.

—Olvidas el buen nombre de la familia Corbin —subrayó Della—. Sospecho que éste fue el motivo capital que les indujo a contratar tus servicios.

Mason afirmó.

—¿Así, pues? —preguntó ella.

—Así, pues, voy a telefonar a Paul Drake. Le diré que envíe un guardaespaldas para protegerte. Este detective te acompañará a uno de los hoteles más importantes de la ciudad. Puedes escoger el que más te guste y el que preferirías si estuvieses en poder de una cuenta corriente ilimitada.

Della enarcó las cejas.

—Te inscribirás en el registro del hotel con tu verdadero nombre —añadió Mason—, para que no se nos pueda acusar de encubrimiento. Llevarás contigo tu equipaje, y en cuanto te hayas inscrito en el registro y te hayas instalado en tu habitación, bajarás de nuevo y le dirás al director que tienes objetos de valor que deseas depositar en la caja de caudales del hotel. Te darán una caja; depositas en ella las gemas. El director del hotel cerrará la caja y te entregará la llave.

—¿Qué hago después?

—Entonces —dijo Mason—, empezarás a vivir una doble vida. Durante el día, acudirás como de costumbre a la oficina, pero a última hora de la tarde y por la noche, serás la atractiva y misteriosa Della Street, una bella y cautivadora huésped del hotel, vistiendo un traje de baño estrecho y elástico para bañarte en la piscina, y mostrándote calmosa y reservada, aunque no inaccesible. En el caso de que algún joven conquistador se dedique a seducirte, te divertirás mucho. Permitirás que te invite a beber un trago y luego a cenar, y entretanto, Paul Drake y sus muchachos, que te mantendrán bajo estrecha vigilancia, harán averiguaciones sobre la identidad del joven en cuestión, pondrán en claro si, en realidad, él

se siente atraído tan sólo por tu persona, o si sus intenciones son de otra índole.

—¿Y qué haré con la llave de la caja? —preguntó ella.

—Esa llave me la entregarás a mí tan pronto te la entreguen. Así evitaremos que te la extraigan del bolso mientras estás bailando o comiendo. De este modo, el que lo intente se encontrará tan sólo con una determinada cantidad de dinero que tú llevarás para tus gastos... y que provendrá de la familia Corbin.

—Me lo presentas de una manera muy emocionante y atractiva —dijo Della Street.

—Pues, en tal caso —dijo Mason—, ocupémonos de conseguir cuanto antes ese guardaespaldas.

Mason cogió el teléfono y marcó el número de Paul Drake.

—Perry Mason al habla. Deseo hablar con Paul, ¿está ahí?... Bien, gracias.

Al momento sonó la voz de Paul a través del auricular.

—Paul, necesito un guardaespaldas —le dijo Mason—. Consígueme uno que sea despierto, listo y que sepa su obligación.

—De acuerdo.

—¿Cuánto tardarás en enviármelo?

—Media hora o tres cuartos de hora, si tanto te urge.

—Me urge muchísimo.

—¿A dónde quieres que te lo envíe?

—Al piso de Della.

—¿A quién debe vigilar?

—A Della.

—¡Diablo!

—Me interesa que sea un hombre que sepa desenvolverse —dijo Mason—. Della va a instalarse en un hotel de primera clase y deseo que se la mantenga disimuladamente bajo vigilancia en él.

—Oye —dijo Paul Drake—, ¿has dicho un hotel de primera clase?

—Sí, el mejor de la ciudad.

—No nos será posible hacerlo, a no ser que se trate de un hotel en el que yo conozca al detective titular, y aun así...

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Mason.

—Pues, eso, que no es posible hacerlo. No podrá vigilar a una mujer como Della, en un hotel de esa clase, sin que se den cuenta

y...

—¿Y no puede el guardaespaldas inscribirse en el hotel como huésped y...?

—Claro que sí, si te empeñas. Pero hospedarse en un hotel de primera va a costar un dineral.

—No importa —dijo Mason—. Que se inscriban como huéspedes los hombres que necesites. Por mi parte sugiero que uno de ellos sea joven, para que pueda hacer de acompañante, si la ocasión lo requiere, y otro de más edad, que dé la impresión de interesarse más por las finanzas que por las bellezas en traje de baño. Alguien que no se sienta hipnotizado a la vista de unas hermosas medias de nylon, y que sepa ver lo que ocurre alrededor. Y, como ya te he dicho, si crees que necesitas más hombres, no te preocupes y ponlos.

—¿Qué es lo que pretendes? —indagó Paul.

—No puedo explicártelo ahora. ¿Qué hay de tu trabajo personal?

—Han ocurrido ciertas cosas. ¿Has leído los periódicos?

—Según me ha informado Della, hemos atraído hacia nosotros bastante publicidad.

—Eso no es más que una parte del asunto. Mira, Perry, no hay manera de averiguar dónde Eleanor y ese tipo de Hepner contrajeron matrimonio. Se suponía que en Yuma, Arizona. Pues bien, hemos indagado en todas partes, incluso admitiendo la posibilidad de que se hubiesen inscrito con nombres falsos, y hemos localizado todos los matrimonios celebrados entre el dos y el tres de agosto. No hemos podido averiguar nada. Y lo mismo ha ocurrido con el accidente de automóvil; no se ha registrado ninguno en las noches del día dos y tres. Tampoco hemos conseguido la más ligera pista de Douglas Hepner...

—¿Y qué se sabe de su madre, en Salt Lake? —preguntó Mason.

—Pues, aquí sí que hay algo que contar.

—¿Qué es?

—La tal madre —dijo Drake— ha resultado ser una morenita muy atractiva, de unos veintisiete años, y que vive en un apartamento alquilado cuando se encuentra allí, pero que, durante la mayor parte del tiempo, pasea más que una ardilla en primavera. Viaja en avión y va de aquí para allá...

—¿Y se hace pasar por madre de Douglas Hepner? —preguntó Mason.

—Al parecer, eso ocurre tan sólo cuando habla por teléfono. El nombre del apartamento está a nombre de Sadie Hepner.

—¡Rayos! —exclamó Mason—. ¿Será otra esposa?

—No lo sé.

—¿Ella qué dice?

—No dice nada. Al parecer, en cuanto colgó el teléfono, tras haber hablado contigo, salió de allí a toda velocidad. Es posible que cuando tú llamaste, ella estuviese haciendo su equipaje. Regresó esta mañana de una misión misteriosa, y como ya te he dicho, se fue de nuevo a los quince minutos de haber hablado contigo. Sacó una serie de maletas y puso en marcha su bonito y brillante «Lincoln», tras decirle al mozo del garaje que se dirigía a Denver. Cuando mis empleados llegaron a su apartamento, ya se había marchado. Su pista se nos ha perdido a partir de la blanca pared del garaje. ¿Quieres que tratemos de seguir su huella a lo largo de la carretera?

—Sí. Probad en Denver, en San Francisco y aquí.

—Es como buscar una aguja en un pajar. Podemos localizarla gracias a la matrícula de su coche, si es que, por casualidad, se detiene en alguna estación de servicio de California. Pero ¿crees que realmente ha ido a Denver?

—Si mencionó Denver, lo más probable es que quisiese decir California. Intenta averiguarlo, Paul. ¿Y qué se sabe del telegrama enviado desde Yuma?

—Ese telegrama fue enviado desde una cabina telefónica. Es todo lo que hemos conseguido poner en claro. Miles de telegramas, con textos parecidos, son expedidos diariamente desde Yuma.

—Seguid haciendo pesquisas, y en cuanto encontréis la más remota pista —dijo Mason—, me lo comunicas.

—De acuerdo —contestó Drake— todo está en marcha. Tengo a varios hombres en Las Vegas. Estamos en vías de obtener unas bonitas fotografías, pues ya están revelando los negativos. Acabo de enviar a otro hombre a Las Vegas, en aeroplano. A última hora de la noche, podré darte más noticias.

—Continúa como hasta ahora —dijo Mason—. Dedicar más hombres al trabajo.

—Perry —sugirió Drake—, me sería de ayuda que me dijese
qué resultados esperas de este trabajo y qué es lo que pretendes.

—Pretendo conseguir informes.

—Es lo que me figuraba —dijo concisamente Paul Drake.

CAPÍTULO VI

Cuando Mason entró en la oficina de Drake, eran cerca de las diez. El detective se hallaba ante su escritorio en mangas de camisa, bebiendo una taza de café, y sosteniendo a la vez el auricular del teléfono.

Sonrió a Mason, apartó la taza y dijo:

—Acabo de descubrir algo importante en Las Vegas, Perry. ¡Diantre, tengo todo un ejército de hombres trabajando en este asunto! He encargado a cada uno de ellos que me telefonee en cuanto encuentre algo interesante, por nimio que sea. No hay rastro de ese matrimonio en Las Vegas, Nevada. Creo que eso ya te lo dije. Ya no sé lo que te he dicho y lo que no. Todo ocurre demasiado de prisa. El hombre que tengo en Las Vegas, dice que es mil quinientos y... ¿Diga? ¿Diga?... Bien, siga buscando... ¡De acuerdo!

Drake colgó el auricular y dijo:

—¿Qué se propone Della?

—Della —dijo Mason— está levantando la caza. Se ha unido a los ricos y se limita a observar a su alrededor.

—Lo he notado. ¿Sigue trabajando?

—Durante el día, sí. Por la noche se instala en el hotel, y tus hombres se encargan de vigilarla.

—¿Es una trampa? —preguntó Drake.

—Podría ser. ¿Qué se sabe de Doug Hepner?

—Cosas bastantes curiosas —contestó Drake.

—¿Qué cosas son ésas?

Drake apartó lejos de sí un montón de papeles y dijo:

—Envié a uno de mis hombres a Las Vegas, Nevada, con un montón de fotografías de Hepner. Alguna de ellas estaba ampliada...

—Todo eso ya lo sé —interrumpió Mason.

—Sí, pero quiero que te des cuenta de cómo van las cosas. Mi

empleado repartió algunas de estas fotografías a mis asociados de Las Vegas y les encargó hiciesen también averiguaciones. No tienes idea, Perry, de la cantidad de gente que va a Las Vegas en el lapso de una semana.

—Me figuro que serán muchos los que se dirigen allí —dijo Mason—. Pero ¿qué pretendes? ¿Es que vas a explicarme con todo detalle una novela policíaca?

—¡Diantre, no! Admitiendo la posibilidad de que ese Hepner se hubiese enredado en un asunto de juego, y que todo eso fuese el resultado de ello, enseñamos la fotografía de ese tipo a algunos asiduos del juego que conocemos. Era una posibilidad remotísima, una entre un millón de que nos diesen razón de él. Pues bien, vas a saber lo que ocurrió.

—Bien, ¿qué fue?

—Uno de esos individuos conocía a nuestro Hepner.

—¿A Douglas Hepner?

—Sí. Hacía poco más de un año que no había vuelto a verle, pero sabía todo cuanto se refiere a él.

—No te detengas —dijo Mason.

—Era un jugador profesional. Solía lanzarse de lleno al póquer. Jugaba a la ruleta y a veinte juegos más. Era rápido, astuto y eficiente. Además, era bien parecido, simpático, con una voz agradable y...

—¿Cuánto hace de eso?

—Pues hará unos dos o tres años.

—Sigue —dijo Mason—; hablemos del momento presente. ¿A qué se dedica?

—Tanto si lo crees como si no, vive muy bien, gracias a las recompensas que recibe.

—¿Recompensas?

—Así es —contestó Drake.

—¿Quién se las da?

—El Gobierno de los Estados Unidos.

—¿Cómo es posible?

—¿Sabes lo que ocurre cuando la gente se va a Europa? —preguntó Drake.

—Sí. Envían postales. Traen recuerdos y...

—Y una de cada tres mujeres hace un pequeño contrabando. A

veces es poco, y otras veces es mucho.

—Sigue —dijo Mason con impaciencia.

—El Gobierno de los Estados Unidos paga una recompensa a quien le facilita datos que ayuden a desenmascarar a los contrabandistas. Supongamos que la señora Rearbumper intenta pasar de contrabando un brillante de diez mil dólares. Puede pasarlo con la mayor tranquilidad, a no ser que haya alguien que pueda demostrar que lo compró en una joyería de un país situado al otro lado del Océano.

Mason afirmó con un gesto de cabeza.

—En cuanto el Gobierno recibe un aviso acerca de lo que pretende la señora Rearbumper —añadió Paul—, pasan revista en el acto a todos los objetos de su pertenencia, hasta dar con el diamante. En cuanto lo encuentran, lo confiscan. Se entrevistan con ella, y si la señora se empeña en conservar el diamante, debe comprarlo de nuevo. Este es un bonito ingreso para el Gobierno, y como no tiene intención de privarse de tales ingresos, le conviene asegurarse fuentes de información. En vista de ello, las paga.

—Ya —dijo Mason secamente.

—Ahora comprenderás por qué he insistido en darte informes atrasados de Hepner. Hace unos dos años realizó un viaje a Europa. Se permitió jugar durante la travesía y pudo darse cuenta de que aquél era un hueso fácil de roer. Pero las compañías de navegación importantes no gustan de llevar a bordo jugadores profesionales que se queden con el dinero de sus pasajeros. Entonces, Hepner, con su trato agradable, su aspecto distinguido, se dedicó a hacer amistades a bordo, y al mismo tiempo abrió los ojos y aguzó el oído. Hizo amistades y las conservó cuando llegó a Europa. Hacía ver que era entendido en finanzas, y sobre todo en joyería... Me parece que verdaderamente entiende mucho en diamantes. El caso es que veinte días le bastaron para descubrir un contrabando de joyas importantísimo. El viaje le dio óptimo resultado, y desde entonces, Hepner se dedicó más y más a viajar.

—Y hace tres meses conoció a Eleanor Corbin, cuando regresaban de un viaje a Europa —dijo Mason.

—Así es —convino Drake.

—¿Crees que Eleanor proyectaba algún pequeño contrabando?

—Eleanor es capaz de hacer la clase de contrabando que sea. Ha

estado envuelta en bastantes enredos. Es una mujer arriesgada.

—Lo que interesa es saber si alguien la delató o si fue cogida intentando pasar contrabando.

—Nunca fue «atrapada» pasando contrabando —contestó Drake.

—Todo esto se pone cada vez más interesante —comentó Mason.

—Hizo una gran amistad con Hepner. Ahora bien, ¿crees que Hepner cultivaba su trato tan sólo por interés, o sospechas que sabía que ella iba a pasar el contrabando, y por un motivo u otro, no tenía intención de denunciarla?

—Despliegas un interesantísimo horizonte de posibilidades, Paul. ¿Cómo vamos a arreglárnoslas para encontrar a Hepner?

—Ahí está precisamente el problema. Hay montones de personas que se están haciendo esa misma pregunta.

—¿Quiénes?

—Los periodistas. Les encantaría poder hacer esto un tema de candente interés. Una novia que no recuerda ni su boda, ni su noche de bodas, ni su luna de miel. Bonito tema. Tampoco queda mal el de la muchacha de familia renombrada que asegura haber contraído matrimonio con Douglas Hepner, en tanto éste afirma que no es cierto. Una joven que ostenta un anillo de casada y que ha perdido la memoria. Interesante. También puede enfocarse de otra manera: una muchacha que se va a pasar un fin de semana, acompañada de un chico guapo al que ha conocido en un viaje por mar. He aquí un escándalo de lo más sabroso. Hay montones de personas que se permiten una escapada durante los fines de semana. A menudo se preguntan lo que ocurriría si los descubriesen. Por eso, cuando se enteran de que a alguien le ha ocurrido, el asunto les interesa doblemente.

—Visto desde el ángulo del contrabando, este caso adquiere un aspecto muy diferente. Paul.

—Sí, todavía lo complica más. Los hombres que se dedican a este oficio reciben el veinte por ciento de las multas impuestas. Entablan amistades sin otro fin que el de conseguir informes. Se dedican a tratar amablemente a las mujeres de cierta edad, las cuales les consideran como una pareja de baile encantadora... Así se hacen muy amigos. Un día ella confía que ha comprado un regalo para una hermana suya. Le ha salido muy barato, y si consigue pasarlo libremente por la aduana, aún le resultará más. Pide al

amigo su opinión. Como es de esperar, él la aconseja que trate de pasar el objeto sin declararlo. Luego, en su cuaderno de notas apunta el nombre de la dama y la multa aproximada que le será impuesta. Y además del veinte por ciento que le corresponde, aún le queda una nueva oportunidad.

—¿Coacción? —preguntó Mason.

—Sí —afirmó Drake—. La señora Rearbumper no se considera merecedora de ser tratada como un vulgar criminal. Sería terrible. Eso la colocaría exactamente en el lugar que le corresponde.

—Y aún hay más —intervino Mason—. Supongamos que John K. Bigshot, gran importador de piedras preciosas, ha dado con un sistema acertado para camuflar sus joyas en la aduana. Los empleados no han conseguido descubrirle, pero Hepner sí. Las piedras preciosas están escondidas en una muleta previamente vaciada. O en una pierna de madera...

—Sí, hay muchas posibilidades —dijo Drake.

—Pero unas son más posibles que otras —contestó Mason.

—Desde luego.

—Supongamos, pues —prosiguió Mason—, que Hepner se dedica a descubrir contrabandistas, para cobrar un veinte por ciento de las multas que se les imponen. Supongamos a la vez que alguien se entera de ello. Las reacciones de la gente son muy diversas. Algunos desearán vengarse de él. Otros decidirán abandonar el país y esperar a que el tiempo aclare la situación. Algunos tratarán de un modo u otro de obligarle a callar. Si esto se consigue, y el negocio es bastante importante, y los réditos responden... —Mason se encogió de hombros.

De nuevo sonó el teléfono colocado sobre el escritorio de Drake.

—Bien, dígame... —murmuró el detective.

El segundo teléfono sonó a su vez y Drake dijo:

—Espera un momento; voy a ver de qué se trata.

Luego habló sobre el receptor:

—Dígame, Drake al habla...

Permaneció a la escucha durante unos veinte segundos y finalmente dijo:

—Eso es importante. Vaya informándome de lo que ocurra. Adiós.

Cogió el segundo teléfono.

—Lo lamento, pero estoy ocupado en un asunto urgente. Llámeme dentro de veinte minutos.

Drake colgó el aparato con un golpe seco y se volvió a Mason, con no disimulada excitación.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—La policía acaba de descubrir el cuerpo de un hombre en *Sierra Vista Park*. Se hallaba a unas doscientas yardas del lugar en que Eleanor fue vista bailando sonriente y poco vestida.

—¿Qué se sabe de ese cuerpo? —interrumpió Mason.

—Muy poco hasta ahora. El cadáver presenta el agujero de una bala en la parte posterior de la cabeza. No se aprecia orificio de salida de la bala.

—¿Cuánto tiempo hace que debió fallecer ese hombre?

—Unas veinticuatro o treinta y seis horas —contestó Drake.

—¿Fue la policía quien encontró el cadáver?

—No, una pareja de enamorados abandonó el coche para internarse en la oscuridad. El cadáver estaba tendido sobre un gran montón de maleza. Se advertía un pequeño rastro, y el cuerpo del hombre estaba en medio de él.

—¿Se trata de Hepner? —preguntó Mason.

—Mientras no le identifiquen, no es más que un cadáver con un tiro en la cabeza.

Mason se dirigió a uno de los teléfonos y dijo a la muchacha encargada de la centralita de Drake.

—Póngame línea para el exterior, por favor.

Al momento marcó un número y dijo:

—Soy el abogado Perry Mason. Necesito hablar con el doctor Ariel, para un asunto de la mayor importancia.

Unos instantes después, el doctor Ariel se ponía al aparato. Mason dijo:

—Estoy muy preocupado por su paciente, doctor.

—¿Se refiere a Eleanor Hepner?

—Sí.

—Mejora satisfactoriamente.

—Según tengo entendido, cuando se trata de pacientes de esta clase, es imprescindible evitarles toda emoción. Cualquier impresión podría dar lugar a funestas consecuencias.

—Sí, claro —dijo el doctor Ariel prudentemente—. La paciente es una persona muy peculiar. Parece muy decidida, y, además, posee un buen sentido del humor...

—No cabe duda de que una impresión violenta podría ser de resultados fatales para ella.

—Bueno, yo en su lugar, no me preocuparía demasiado. Usted...

—Sí, ya sé que una emoción sería desastrosa para ella.

El doctor Ariel permaneció unos momentos pensativo y luego dijo:

—Discúlpeme, esta noche estoy algo torpe. Podría ser; sí.

—En tal caso, conviene mantenerla alejada de todo lo que pudiera trastornarla.

—Bien, eso no es precisamente lo que «indicarían» los doctores.

—Temo —dijo Mason— que muchos van a tratar de ponerse en contacto con ella.

—Nadie sabe dónde se encuentra, Perry.

—Por el momento, no; pero no sería difícil que lo descubriesen.

—¿Se refiere usted a los periodistas?

—Sí... y a otros.

—¿Parientes?

—Reporteros... y me figuro que «otros».

—¿No se referirá usted a la policía?

—Nunca se sabe —contestó Mason.

—No es posible —dijo el doctor Ariel—. La policía nada tiene en contra de ella. La vieron bailando en el parque, pero no iba completamente desnuda. Ni tan siquiera la encontraron en actitud provocativa. No tienen pruebas, y, además, ya han pasado un trapo por la pizarra.

—Acaba de expresarse con propiedad. Han pasado un trapo por la pizarra. ¿Para qué?

—Para borrar lo que había escrito en ella —dijo el doctor Ariel incomodado.

—No; han pasado el trapo para empezar a escribir —corrigió Mason—. Considero conveniente que nuestra enferma sea trasladada a algún lugar en el que no pueda ser molestada.

El doctor Ariel permaneció unos momentos pensativo y dijo:

—Verdaderamente, tratándose de asuntos como éste, nadie puede prever lo que ocurrirá.

—Por ello creo que debe usted tomar las medidas necesarias para prevenir cualquier eventualidad —insistió Mason.

—Conforme —dijo el doctor Ariel—; voy a ponerme a trabajar.

—Debe ser conducida a un lugar en el que «nadie» pueda molestarla —repitió Mason.

—Ya le he entendido. Será algo difícil, pero espero lograrlo —dijo el doctor.

—Cuanto antes —indicó Mason.

—Descuide. Es un caso de máxima importancia. ¿No me puede dar alguna noticia reciente?

—No.

—¿No hay nada nuevo?

—Para usted, no —dijo Mason—. Más vale que se ponga a trabajar cuanto antes. Estoy muy preocupado por esa paciente, que es, a la vez, cliente mía.

—Yo también. Me alegro de saber de usted, Perry. ¡Adiós!

Mason colgó el auricular y se volvió a Drake:

—Paul, ¿podrías saber de algún modo lo que ocurre y se dice en la Jefatura de Policía?

—Hay algunos periodistas que se prestan a hacer algún favor, después de haber dado por teléfono las noticias a su periódico... A menudo no se publica en ellos todo lo que se sabe.

—Echa mano de todos aquellos sobre los que tengas algún ascendiente. Gasta lo que creas necesario, pero entérate de todo lo relativo al cadáver encontrado en *Sierra Vista Park*. Averigua si puede tratarse de un suicidio; qué clase de proyectil se empleó; cuánto tiempo hace que falleció; dónde vivía Hepner. Localiza su automóvil y trata de conseguir una pista de sus últimas actividades.

—Todo esto lo debe estar ya haciendo la policía —dijo Drake—, y no podemos competir con ella.

—Tampoco es eso lo que te he pedido —dijo Mason—. Sencillamente, lo que yo deseo es que consigas todos estos informes. Y no me importa cómo, ni quién va a obtenerlos primero. Los quiero y nada más.

—Bien —dijo Drake preocupado—. ¡Y yo que esperaba poder marcharme a casa! ¿Dónde podré encontrarte, Perry?

—Estaré donde nadie me pueda encontrar —respondió el abogado—, antes de que Eleanor esté en lugar seguro, y hasta que

se haya identificado ese cadáver. Esto quiere decir que estaré fuera del alcance de cualquiera hasta mañana por la mañana. Entonces estaré en mi despacho, como de costumbre. Y no pierdas tiempo buscándome, porque no tienes tiempo que perder.

CAPÍTULO VII

Mason miró su reloj cuando abandonó el despacho de Paul Drake, y comprobó que eran las ocho y cuarto.

Condujo su coche a una estación de servicio, y mientras el empleado llenaba el depósito de gasolina, telefoneó a los *Apartamentos Belinda*.

—Ya sé que es tarde —le dijo a la joven de la centralita que contestó a llamada—, pero deseo hablar con la señorita Suzanne Granger, de la habitación 358. Quedamos en que la llamaría tarde.

—Un momento, por favor, voy a conectar.

Pocos momentos después, se oyó una voz femenina.

—Sí... ¿diga?

—Lamento molestarla a estas horas —dijo Mason—, pero se trata de Douglas Hepner.

—¿Hepner? ¿Hepner? ¡Ah, sí! ¿Y quién es usted?

—Quiero hacerle unas preguntas.

—Le he preguntado que quién es usted.

—Mi nombre es Perry Mason. Soy abogado y he dejado una nota para usted en la conserjería.

—Ya recuerdo.

—¿Se la dieron?

—Naturalmente.

—Pensé que le convenía a usted ensayar.

—¿Ensayar qué?

—El relato de su historia.

—¿Qué historia?

—La historia que más adelante va usted a tener que contar a los periodistas y a la policía. Puede empezar contándomela a mí, y yo le haré notar los lugares en que incurra en contradicciones.

—¿Intenta usted atemorizarme, señor Mason?

—No, en absoluto.

—¿Por qué iba yo a contar historias a la policía?

—Van a interrogarla.

—¿Acerca de Douglas Hepner?

—Sí.

—¿Dónde está usted ahora?

—Muy cerca de su casa.

La joven vaciló unos instantes y rompió a reír.

—Me resulta usted interesante, señor Mason. He leído mucho acerca de usted y de su técnica del contrainterrogatorio. Me parece que me va a resultar emocionante ser analizada por sus penetrantes ojos y ver cómo trata de desenmascaramme. Bueno, será mejor que suba a verme.

—Voy ahora mismo —dijo Mason, colgando el receptor.

Cuando llegó a los *Apartamentos Belinda*, Mason sonrió confiadamente al conserje, que afortunadamente no era el mismo con quien habían hablado él y Della a primeras horas de la mañana.

—La señorita Granger, del 358, me está esperando —dijo el abogado.

—Sí, acaba de indicármelo por teléfono —dijo el empleado—. Puede usted subir, señor Mason.

Cuando llegó ante el número 358, Mason pulsó el timbre. La puerta se abrió casi instantáneamente, apareciendo una mujer joven y hermosa, que miró a Mason con ojos retadores.

—Le felicito, señor Mason —dijo—. ¿Quiere hacer el favor de pasar?

Mason entró en el departamento.

—¿Por qué?

Ella le mostró una silla.

—Por el sistema que ha empleado.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a ese truco de decirme que me conviene ensayar mi historia, antes de que sea interrogada por otros.

—¡Oh! —dijo Mason sin añadir comentarios.

—Es una buena táctica. ¿La emplea a menudo?

—Es uno de mis sistemas favoritos, y suele darme muy buenos resultados. Es sugestivo. Le alarma a una un poco, y, sin embargo, no puede decirse que se trate de una coacción.

—Me satisface comprobar que sabe usted aquilatar los términos

—dijo Mason.

Ella le tendió un cigarrillo.

—Si no tiene inconveniente, fumaré uno de los míos —dijo Mason sacando su pitillera y su encendedor.

La joven cogió un cigarrillo y lo acercó a la llama que Mason le ofreció. Tras haber aspirado una profunda bocanada, se arrellanó en el sillón y miró fijamente al abogado:

—Bien, señor Mason. ¿Nos enzarzaremos en una pequeña disputa preliminar, para poder medir nuestras fuerzas, o nos lanzamos sin rodeos a la lucha?

—Eso depende del adversario.

—En tal caso, esté sobre aviso.

—Creo que lo mejor será hablar sinceramente. Usted me cuenta su historia, y yo le haré después las preguntas que juzgue oportunas.

—El procedimiento no me gusta. Será mejor que me haga usted las preguntas que crea convenientes.

—De acuerdo. ¿Conocía usted a Douglas Hepner?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que le conocía?

—Le conocí hará tres o cuatro meses, cuando regresaba de Europa en barco.

—¿Eran ustedes amigos?

—¿A bordo?

—A bordo y después.

—Digamos que fuimos amigos a bordo, y también después del viaje. Debo hacer constar, sin embargo, que hubo un intervalo durante el cual ni tan siquiera vi a ese hombre. Un día me tropecé con él en una tienda de objetos de arte, y fue entonces cuando reanudamos nuestra amistad. Me invitó a beber una copa y convinimos una cita para cenar juntos. Nos reunimos la noche siguiente. Y ahora, ¿puedo saber por qué me hace estas preguntas señor Mason, y qué le hace suponer que puedan interesar a la policía?

—Represento a una joven que padece de amnesia temporal.

—Ya entiendo. Una joven que asegura ser la señora Douglas Hepner. ¡Qué interesante! Y quizá supone usted que voy a corroborar sus declaraciones para convertirla en una señora

decente, ¿no es eso? Han hablado bastante de usted en los periódicos, señor Mason.

—Eso me han dicho —contestó Mason secamente—. Ahora me gustaría averiguar algo acerca de determinadas fechas. ¿Ha visto usted recientemente a Douglas Hepner?

—¡Oh, sí!

—¿Cuándo fue eso?

—Pues... creo... creo que la noche del día quince, fue la última vez que le vi.

—¿Le dijo él que se había casado?

—Claro que no.

—¿Le dijo él que no se había casado?

—No me lo dijo así precisamente... Creo que... Bueno, señor Mason, no es éste un tema que me guste comentar. Es mejor que le haga estas preguntas al señor Hepner en persona. Personalmente, me parece que él se sentirá bastante sorprendido cuando se entere de que se le supone casado con esa joven que ha perdido la memoria.

—¿Ha visto usted a menudo al señor Hepner, después de la noche aquella en que fueron a cenar?

—Sí, me reuní con él a menudo.

—¿Ha estado en este apartamento?

—Sí.

—¿Quiere explicarme cómo sucedió esto?

Los ojos de la muchacha brillaron burlones.

—Pues, claro que sí, señor Mason. Le invité yo misma a que viniera. Sepa usted que pago el alquiler de este apartamento.

—¿Cuántas veces estuvo aquí?

—No me preocupé nunca de contarlas.

—¿Hay algo que usted recuerde principalmente?

—No. Me tomaría mucho tiempo el recordar, uno por uno, todos los acontecimientos.

—¿Sería tan amable de hacerlo?

—Ahora no, señor Mason.

—¿Conoce usted a su familia?

—¿A la familia de Hepner? No.

—Parece imposible —dijo Mason—; yo hablé con la madre de Hepner por teléfono, y me dijo que había hablado con alguien desde

Barstow, que dijo ser... Probablemente, se trata de un error.

—Conque *este* es el golpe de la victoria final —dijo ella mirándole a los ojos—. Estaba preguntándome cuándo iba usted a lanzarse al ataque. De acuerdo, fui a Las Vegas con Douglas Hepner. ¿Y qué? Soy lo bastante mayor para saber lo que deseo, y lo bastante joven para no sentirme indiferente. Tenía ganas de jugar, y Douglas se dirigía a Las Vegas. Me invitó a acompañarle y fuimos. ¿Tiene usted algo que decir a eso?

—No, nada.

—Y —prosiguió la joven—. Douglas detuvo el coche en un momento que debía considerarse como de máximo romanticismo, para llamar a su madre, en Salt Lake City. Para mí fue una sorpresa conocer esa faceta ignorada del carácter de Douglas. A decir verdad, no fue ese un detalle que me entusiasmase. La devoción por la familia me parece muy recomendable, pero en ciertos momentos y circunstancias. No habíamos tomado decisión alguna al dirigirnos a Las Vegas. Tan sólo convinimos realizar juntos un viaje, pero me parece a mí que en la situación de Hepner, cualquier hombre se habría hecho determinadas ilusiones sobre la evolución de los acontecimientos. Podía haber intentado algún... acercamiento. No quiero decir que lo lógico hubiera sido que quemase sus barcos, pero, en fin... pudo haberse producido un ligero acercamiento. En lugar de esto, nos detuvimos en Barstow para repostar gasolina, y aprovechó la ocasión para telefonar a su madre y decirle que se hallaba en compañía de una muchacha encantadora, y que no se atrevía a decir que sus intenciones fuesen definitivamente serias porque ignoraba mis sentimientos respecto a él, pero que, a pesar de todo, deseaba que nos conociésemos. Dicho esto, me puso el auricular en la mano.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Mason.

—No salía de mi asombro. No esperaba tener que hablar por teléfono. No esperaba escuchar a Douglas Hepner discutiendo con su madre sus posibilidades matrimoniales, y menos aún, que me enredase con ella en una conversación de cumplido.

—¿Le dijo a su madre quién era usted?

—Ya lo creo. Le dijo mi nombre, le dio mi dirección y le hizo una descripción —por cierto bastante halagüeña— de mi persona. No pasó por alto ni tan siquiera mi peso y medida. Me sentía como

si estuviesen haciendo mi ficha para presentarme a un concurso de belleza.

—¿Y dice usted que le dio su dirección?

—Sí; no sólo eso sino hasta los más nimios detalles de todo lo que a mí se refería. Luego me hizo hablar con ella.

—¿Qué le dijo usted?

—Que me alegraba de conocerla, y un par de cosas más de estilo parecido. Recuerdo que ella me contestó: «Mi hijo me dice que va usted camino de Las Vegas». En aquel momento yo me sentí disgustada y molesta, y decidí la actitud que iba a adoptar frente a Douglas Hepner. Permití que me llevase a Las Vegas, me invitase a cenar y alquilase dos habitaciones en un hotel, una para cada uno de los dos. Fíjese bien, señor Mason, dos habitaciones —dijo mostrándole dos dedos.

—O sea —dijo Mason—, que el acercamiento no tuvo lugar.

—Diga usted lo que le parezca, pero le aseguro que lo pasé muy bien.

—¿Recuerda usted la fecha?

—Tengo motivos para recordarla.

Mason enarcó las cejas.

—Apenas me hube marchado —dijo ella—, invadieron mi apartamento y cometieron verdaderos actos de vandalismo en él. Pero yo... en fin, no di parte de ello a la policía. Sabía quién había hecho todo aquello y por qué.

—¿Se refiere al vandalismo? —preguntó Mason.

Ella hizo un gesto de afirmación y sus ojos se ensombrecieron el recordar aquel hecho.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Soy artista. No una artista creadora. Mi trabajo consiste en estudiar ciertos aspectos del arte europeo. En realidad, soy lo que se llama una *amateur*, y no pretendo influir decisivamente en la orientación del mundo artístico. Sin embargo, me intereso por la pigmentación en su aparición primitiva, es decir en el poder que ejercen sobre el arte el color y la luz. A mi entender, puede conseguirse un mayor conocimiento de las diferentes escuelas de pintura, por medio de la iluminación. Pero usted ha venido aquí a hablar de aventuras amorosas y amnesias, y si le empiezo a hablar de arte europeo, va a sentirse defraudado.

—Dijo usted algo sobre unos actos de vandalismo.

—Suelo realizar algunos viajes. Por lo general voy a Europa dos o tres veces al año. Estoy escribiendo un libro que no va a resultar muy lucrativo, pero que me dará cierta categoría en los círculos artísticos. He puesto en él grandes esperanzas. Sea como sea, estoy estudiando los temas con tal cuidado, y los presento de tal forma, que espero que mi libro será reconocido como de positivo interés. He hecho un buen número de copias de varias obras maestras. No cuadros enteros, sino los fragmentos que considero interesantes, escogidos en relación con mis teorías. Por ejemplo, es un truco de iluminación la forma en que se degradan las sombras del interior de una mano, que ha sido pintada de manera que la palma quede lejos del pintor y en la oscuridad. En el cuadro original, esa mano es pequeñísima, pero en mi libro la he ampliado, hasta hacerla ocupar toda una página. Puedo enorgullecerme de hacer copias muy buenas. Después de todo, no reparo en esfuerzos.

—¿Y ese acto de vandalismo? —preguntó Mason, muy interesado.

—Alguien entró en mi departamento y destrozó material pictórico, por valor de varios cientos de dólares.

—¿Puedo preguntarle de qué manera?

—Cortaron los tubos de pintura con unas tijeras y vaciaron su contenido. Por todas partes encontré pintura; en mi paleta, en el lavabo y también dentro de la bañera. Aquello era un verdadero arco iris.

—¿Y no dio parte a la policía?

—No, aunque sabía quién había sido el autor de la fechoría.

—¿Puedo preguntarle quién fue?

—Sí, puede preguntarlo —contestó la joven indignada—. Fue su cliente quien lo hizo. Y si la he librado del castigo que merece, es porque no deseo dar publicidad a este asunto.

—¿Insinúa usted que fue Eleanor Hepner quien hizo eso? —preguntó Mason con incredulidad.

—Eleanor Corbin.

—¿Cómo lo sabe?

El teléfono sonó estridentemente.

—Perdóneme un momento —dijo cogiendo el aparato—. Sí. ¿Diga? ¡Oh, sí!...

Durante unos instantes, la joven escuchó en silencio lo que le decían al otro lado de la línea, y luego dijo:

—¿Está seguro?... ¿Han hecho...? ¿Cree que es?... —De nuevo escuchó en silencio y después añadió—: Tengo visita... Gracias... Adiós. —Colgó el auricular.

No se volvió inmediatamente, sino que permaneció inmóvil, sin apartar la vista del teléfono. Finalmente suspiró y se volvió hacia Mason:

—Basta por hoy. Ya se ha enterado de todo lo concerniente al viaje de Las Vegas.

De repente, se enjugó unas lágrimas.

—Desearía saber que le hace suponer...

—Lo lamento, señor Mason, no deseo seguir hablando.

Se levantó y cruzando el vestíbulo, mantuvo la puerta abierta.

—En realidad —dijo Mason—, he procurado ser considerado, señorita Granger. Usted tendrá que contar toda esa historia a la policía.

—Este truco ya lo empleó usted antes, señor Mason. Le dio resultado y consiguió lo que deseaba. Pero no va a darle resultado por segunda vez; ya no me resulta divertido. Buenas noches.

Mason se levantó de la silla, pero no abandonó el apartamento.

—¿Acaso he dicho algo que la haya molestado?

La joven contestó perdiendo los estribos:

—¿Quiere hacerme el favor de marcharse al infierno, señor Mason? Quiero llorar a mis anchas y me molesta verle sentado, mirándome.

—Es decir —dijo Mason sin animosidad—, que acaban de comunicarle por teléfono que han encontrado e identificado el cadáver de Douglas Hepner.

—¡De manera que ya sabía usted que él había muerto, cuando vino a hacerme el interrogatorio! ¡Usted sabía...! ¡Señor Mason, jamás podré perdonarle esto!

Mason la miró largamente y salió al pasillo.

Tras él, la puerta se cerró de golpe.

CAPÍTULO VIII

Della Street cantaba una canción al abrir la puerta de la habitación y quedó muy sorprendida al ver a Perry Mason ante el escritorio.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó la joven.

—Esperando acontecimientos. Ha habido algunos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los periódicos no hablan de ello, pero el cadáver encontrado en *Sierra Vista Park* ha sido identificado como el de Douglas Hepner.

—¿Qué le produjo la muerte?

—Una bala en la parte posterior de la cabeza. Se ha hallado el orificio de entrada de la bala, pero no el de salida. Esto quiere decir que va a serle fácil a la policía hacer examinar la bala y saber a qué revólver pertenece. Suponiendo que encuentren algún revólver. Y tú, ¿qué cuentas, Della?

—He pasado una velada muy agradable.

—¿Trataron de acercarse a ti?

—¡Ya lo creo! Muchos.

—¿Sospechosos?

—No lo creo. Me parece que pertenecían en su mayoría al grupo de los conquistadores de muchachas. Como es natural, en un hotel de esa clase, los avances se efectúan de manera elegante y refinada, pero las intenciones son las mismas que en todas partes.

—¿Qué ocurrió?

—¡Oh!, me preguntaron con mucha discreción si quería bailar. Hubo otros que me enviaron una nota por el camarero, en la que me decían que yo estaba muy sola y que, si sentía deseos de bailar, los caballeros que estaban sentados dos mesas más allá, se sentirían muy felices de poder complacerme.

—¿Caballeros?

—Eran dos.

—¿Y qué hiciste?

—Bailé con ellos.

—¿Cómo se comportaron?

—Bailaron e hicieron algunos comentarios con fines explorativos.

—¿Se propasaron?

—No. Se limitaron a enterarse verbalmente del grado de mis defensas.

—¿Y qué tal estaban tus defensas?

—Firmes, aunque no invencibles. No les di la impresión de que hubieran de enfrentarse precisamente con una línea Maginot. Les hice comprender que el territorio podía ser atacado, invadido y conquistado, pero no gracias a una ligera escaramuza. En una palabra, estuve sofisticada y alegre. No di portazos. Hice lo que tú me indicaste.

—Sí, eso es lo que yo deseaba entonces, pero ahora ya no sé lo que deseo.

—¿Por qué?

—Porque temo que ocurran hechos que nos compliquen las cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Eleanor Hepner, o Eleanor Corbin, llámala como quieras, desapareció durante quince días. Fue descubierta bailando en un parque, indebidamente vestida. Su cutis es luminoso, suave...

—¡Ah, sí, su cutis! —murmuró Della—. Has hablado varias veces de él.

Mason sonrió.

—Es un simple comentario, Della, pero, al mismo tiempo, es un punto de referencia. El hecho es que si ella hubiese estado paseando durante mucho tiempo al aire libre, con aquella indumentaria, su piel habría adquirido una sequedad e incluso cierta irritación. También se habría tostado con el sol y...

—Naturalmente —dijo Della—. Como buen detective, estas cosas no se te pasan por alto.

—La observación es siempre de gran utilidad.

—No lo dudo. Pero no te detengas; sigue hablándome de ese cutis admirable.

—Pues, verás —dijo Mason—, en él no había rastro de haber

sido tostado por el sol. Era evidente que no había sido expuesto ni al aire, ni...

—Sí, tan sólo había sido expuesto a las tamizadas luces de un dormitorio —interrumpió Della mordazmente.

Mason hizo caso omiso de la interrupción.

—Esto es lo que me hizo suponer que debía hospedarse cerca del lugar en el que fue arrestada, es decir, *Sierra Vista Park*. Entonces, fuimos a casa de Ethel Belan y me ingenié para que ella reconociese que la muchacha había estado allí. Naturalmente, no pudimos averiguar porqué estuvo allí. Es posible que tampoco Ethel Belan lo supiera. Ahora, creo que lo he adivinado.

—¿Por qué?

—Por Suzanne Granger. Y esto me hace sospechar que Eleanor, en realidad, no había contraído matrimonio.

—¿Qué te lo hace suponer?

—De haberse casado —dijo Mason—, no es fácil que su marido la hubiese abandonado en plena luna de miel para irse de paseo con Suzanne Granger. También es posible que Hepner se hubiese llevado a Eleanor, sin más fin que el de pasar un alegre fin de semana, y que ella se pusiese pesada y él se aburriese...

—¿Aburrirse en compañía de esa tez maravillosa y esas piernas inigualables? —preguntó Della Street.

—Un hombre que viaja tanto como Douglas Hepner, está acostumbrado a esas cosas.

—Comprendo. *Tú* no viajas. Así, pues, ¿crees que llegó a cansarse de los encantos de Eleanor?

—Lo creo posible.

—¡Vaya, vaya! —comentó Della—. Jamás lo hubiera creído, después de la descripción que me hiciste de ella.

—En tal caso —prosiguió Mason—, no sería extraño que Eleanor se hubiese hospedado en casa de Ethel Belan, con el fin de no perder de vista a Suzanne. Esta se marcha a Las Vegas con Douglas Hepner, y en cuanto su rival abandona el apartamento, Eleanor entra en él, perpetrando los actos de vandalismo. Es lo único que a una mujer celosa y vengativa se le ocurre para vengarse de una rival.

—¿Qué hizo?

—Cortar tubos de pintura muy cara y esparcirla por todo el

apartamento.

—¿Fue Eleanor quien hizo esto?

—Eso es, al menos, lo que dice Suzanne.

—¿Te dijo por qué?

—No; nuestra conversación quedó sin terminar.

—Todo esto es muy interesante —dijo Della—, y ¿a qué nos conduce?

—A una situación muy aceptable —dijo Mason—. Nos da una idea de lo que es Eleanor Hepner...

—O Eleanor Corbin —corrigió Della.

—O Eleanor Corbin —convino Mason—, la cual queda bastante mal parada. Me pregunto si...

—¿Qué es lo que te preguntas?

—Suzanne Granger —dijo Mason— es una artista. Estudia técnicas pictóricas. Se interesa por los pintores antiguos y está escribiendo un libro sobre iluminación natural.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticuatro o veinticinco... quizá veintiséis años.

—Lo cual quiere decir, veintisiete, veintiocho o veintinueve —dijo Della Street—. ¿Es guapa?

—Mucho.

—¿Y cómo tiene la tez?

—Tan sólo me fijé en su rostro y en sus manos.

—Muy bien —dijo Della—; celebro poder comprobar que alguna de tus actividades es conservadora.

—Creo que no comprendes el verdadero fin de mis actividades; lo desconoces y te estás equivocando.

—No creo haberme equivocado respecto a Eleanor.

—Eso es lo que ignoramos —sonrió Mason.

—Prosigue.

—Suzanne Granger está convencida de que Eleanor entró en su apartamento cuando ella se marchó con Hepner a Las Vegas, y que cortó los tubos de pintura...

—Sí, esto ya me lo has contado —cortó Della Street—. Discúlpame si no me comporto esta mañana como una secretaria dócil y respetuosa, pero ten en cuenta que he sido durante la última velada la señorita «Millones», que ha estado alternando con importantes caballeros.

—No importa, Della —sonrió Mason—, me gustas así. Ahora, lo que interesa es averiguar si la agresión al apartamento de Suzanne ha sido algo más que un acto de sabotaje.

—No sé lo que quieres decir.

—Imagínate que Eleanor obrase impulsada por un motivo determinado.

—¿Qué motivo podía tener para cortar los tubos y derramar las pinturas?

—Reflexiona —dijo Mason—. Das como cierta la versión de Suzanne Granger.

—Así, pues, ¿tú no crees que haya sido Eleanor quien lo hizo?

—No es esto a lo que me refiero ahora —dijo Mason—. Fíjate en Suzanne Granger; es una joven atractiva y consciente, que está escribiendo un libro sobre arte. Esto la obliga a recoger ciertos datos que debe ir a buscar a Europa. Ha de viajar mucho, y en sus viajes, naturalmente, lleva un buen número de tubos de pintura. Probablemente se las ha arreglado para ser considerada por los empleados de la aduana como una muchacha seria y formal, enteramente dedicada a la copia de obras de arte. Le dicen: «¿Cómo está usted, señorita Granger? ¿Ha comprado algo en este último viaje?» Y ella contesta: «Sí, un frasquito de perfume, que llevo aquí, en mi saco de mano.» Los empleados abren el saco, meten las manos entre la ropa interior femenina, encuentran el perfume y dicen: «Muy bien, señorita Granger, puede cerrar sus maletas.» La señorita Granger llama entonces al mozo, y su equipaje sale de la aduana.

—Y entretanto —dijo Della—, los tubos de pintura están llenos de piedras preciosas.

—Veo que empiezas a comprender a dónde voy a parar —dijo Mason—. Sin embargo, hay en todo esto un detalle que una mente fría, cínica y escéptica no puede dejar de advertir. Por un lado tenemos a la señorita Granger, sería, formal e interesada en estudios artísticos, y por otro lado, tenemos a esta misma señorita, marchándose a pasar un alegre fin de semana en compañía de Douglas Hepner, quien, dicho sea de paso, se mostró bastante inepto en su conducta respecto a la mencionada señorita.

—Pero la convenció para que le acompañara, ¿no?

—Sí, y aquí tropezamos de nuevo con un hecho extraordinario.

Se detuvieron en Barstow, para repostar gasolina, y allí nuestro amigo se vio asaltado por el vehemente deseo de hablar con su mamá, residente en Salt Lake. La telefoneó y le dijo que estaba con Suzanne Granger y que ésta se iba con él a pasar el fin de semana en Las Vegas.

—¡Qué detalle encantador! —dijo Della—. ¡Suzanne debió sentirse muy feliz!

—Así fue —dijo Mason—. Y, si tenemos en cuenta que la madre de Hepner ha resultado ser una morenita atractiva de misteriosa personalidad; si consideramos lo ocurrido en el apartamento de Suzanne Granger cuando ésta se hallaba ausente, y si seguimos considerando que Eleanor escondía una pequeña fortuna en unos tarros de crema y que Suzanne Granger no dio parte a la policía del asalto a su apartamento, entonces nos encontraremos con una serie de circunstancias que invitan a la reflexión.

—¡Ya lo creo que invitan a la reflexión! —exclamó Della Street.

—Todo esto presenta el aspecto de un plan preconcebido.

—Sí, un plan muy interesante —comentó Della.

—Así es —dijo Mason pensativamente—. Ponte en lugar de una muchacha que se va a pasar el fin de semana en compañía de un hombre joven y bien parecido, como Douglas Hepner. Emprenden el camino, el ambiente está cargado de emoción y romanticismo. Se evaden de la ciudad, de todo lo convencional, de todos aquellos a quienes conocen y que les conocen. Juntos hacia la aventura, un hombre y una mujer, solos en un automóvil. Estarán ausentes dos, o, tal vez, tres días. Seguramente, no hay nada equívoco en sus relaciones. Es indudable que están solos, pero se sobrentiende que un hombre no tiene por qué privarse de una compañía suplementaria y, en nuestra época es lícito que una joven que es mayor de edad, libre, intachable y sofisticada... Y he aquí que Douglas Hepner se detiene a repostar gasolina y dice, sin dar importancia sus palabras: «Voy a telefonar; ven conmigo.» Como es natural, la joven le sigue. Desea averiguar si es que el otro se dispone a encargar alguna reserva y qué clase de reserva encarga. No quisiera que su compañero tomase iniciativas anticipadas, porque pretende reservarse el derecho de conceder privilegios, suponiendo que se decida a concederlos. En lugar de lo que ella espera, el querido y pequeño Douglas llama a su mamá y le dice:

«Mamá querida, deseaba hablar contigo. En momentos como éste, el pensamiento de un hombre se centra en el recuerdo de su madre. Salgo a pasar el fin de semana a Las Vegas y llevo conmigo a una amiguita. Se llama así y así. Mide metro sesenta y cinco, pesa cuarenta y ocho kilos, su busto mide noventa centímetros y calza el treinta y seis. Su dirección es *Apartamentos Belinda*, habitación 358, Los Angeles. Deseo que la conozcas, porque a lo mejor tienes ocasión de verla algún día. Ahora se pone al aparato, mamá.»

—Me imagino cómo debió sentar esto a la pobre chica —dijo Della.

—El resultado fue que Hepner tuvo que pagar dos habitaciones en el hotel —dijo Mason.

—Y a su regreso, Suzanne Granger se encontró con que habían destrozado sus pinturas... Jefe, ¿te das cuenta de que lo que hizo con Suzanne coincide exactamente con la conducta que siguió con Eleanor?

Mason hizo un signo de afirmación.

—¿Qué crees que encontraría Eleanor a su regreso?

—No regresó. O, cuando menos, no regresó a su residencia habitual —dijo Mason.

—Todo esto resulta interesantísimo —murmuró Della Street—. Lo cierto es que alguien alojó una bala en la cabeza de Hepner. Teniendo en cuenta la táctica que el muchacho empleaba durante el desarrollo de sus aventuras amorosas, este final me parece inevitable.

—De acuerdo, Della. Pero es evidente que tus juicios acusan la influencia que los hoteles de primera categoría ejercen sobre las mujeres intachables. Será mejor que endoses tu indumentaria de trabajo y...

La joven cogió un fajo de pliegos, que no eran otra cosa que cartas por contestar, y terminó:

—Para empezar, puedes dictarme alguna carta.

Mason se encogió de hombros.

—Hemos puesto todo en claro, a excepción de lo más importante...

La convenida llamada de Paul Drake sonó en la puerta, interrumpiéndoles.

—Déjale pasar, Della —dijo Mason.

—La interrupción te salva, jefe —dijo Della—, pero no vas a librarte de contestar estas cartas hoy mismo. Hay alguna de ellas muy interesante, y es una vergüenza que lleven olvidadas sobre la mesa tanto tiempo.

Abrió la puerta del despacho y dijo:

—¡Hola, Paul!

Paul dedicó a la secretaria una amplia sonrisa.

—Dos de mis empleados me han presentado informes acerca de ti, Della. No cabe duda de que circulaste mucho anoche.

—Circularon más los demás que yo misma —dijo ella.

—¿Qué te propones, Perry? Por más que pienso en ello, no consigo entenderlo.

—Tampoco es necesario que lo entiendas —convino Mason—. ¿Qué se sabe del cadáver? ¿Ha sido definitivamente identificado?

—Sí, se trata de Hepner. Le mató un disparo con bala del calibre 38. Perry, te traigo malas noticias.

—¿Muy malas?

—Depende —dijo Drake—. Eres tú quien conoce todas las bazas del juego. Yo me limito a darte los informes, pero no entiendo una palabra de este asunto. Sin embargo, tengo la impresión que las noticias que voy a darte no son buenas.

—Empieza —dijo Mason—. ¿De qué se trata?

—Esa Ethel que vivía en los *Apartamentos Belinda* ha hablado.

—¿Mucho?

—Todo, de cabo a rabo.

—¿A quién?

—A la policía.

—Nunca pensé que tuviese el valor moral de soltarlo. ¿Qué sabía?

—Lo que preguntas entra de lleno en los archivos secretos de la policía. Pero debe ser algo apetitoso, pues se relamen como un gato que acaba de comerse un plato de nata.

—¿No hay forma de hablar con ella?

—Es tan fácil hablar con ella, como enviar mensajes desde tu casa a los habitantes de la luna. La vigilan tan de cerca, que es imposible acercarse al hotel en que la han confinado. La conminaron a echar cuatro cosas en su maleta, y se la llevaron a un hotel, en el que vive rodeada de policías. Sus habitaciones están a

un extremo del pasillo. Las habitaciones contiguas están ocupadas por un par de jueces del distrito, los cuales se dedican a interrogarla, por relevo. El final del pasillo está bloqueado por una muralla de policías y más policías, vestidos de paisano, que entran y salen del hotel, como hormigas en un hormiguero. Te cuento todo esto, si bien tú ya lo habías previsto.

—¿Qué quieres decir?

—Enviaste a Della a ese hotel, horas antes de que la policía se instalase en él. La habitación de Della se encuentra en el mismo piso que las habitaciones que ocupa Ethel Belan. No quiero saber nada. Y te informo de todo esto con el único fin de que no digas después que ha sido otro quien te ha dado la noticia.

Mason y Della cambiaron una mirada de inteligencia.

—Bueno, sea lo que sea lo que Ethel Belan ha confesado a los policías, es seguro que es importante y va a serles de gran ayuda.

—¿No sospechas qué puede haberles dicho?

—En absoluto, y lo que es más, no tengo tiempo para tener sospechas. El juez del distrito va a convocar un juicio, que promete ser espectacular, y activará las cosas para que la vista se celebre cuanto antes.

—¿Presentará una acusación?

—No presentará acusación, ni informe, ni reunión preliminar; no vas a tener ocasión de contrainterrogar a los testigos, a no ser en la Sala y ante el jurado. Esta vez se van a poner las botas, Perry.

Mason permaneció pensativo durante unos momentos.

—¿Qué más hay? —preguntó.

—Al parecer, Eleanor Corbin tenía permiso de armas para usar revólver del calibre 38. No ha sido posible hallar ese revólver. Lo llevó consigo cuando abandonó su casa. La policía no ha podido dar con él.

Mason le escuchaba atentamente.

—Ya sé que tienes a Eleanor fuera de circulación —prosiguió Drake—, pero en cuanto se pronuncie una orden de arresto y la policía os notifique a ti y a los médicos que la muchacha está bajo la acusación de asesinato en primer grado, ella pasará a ser una fugitiva de la justicia, y los que la oculten serán considerados como cómplices. De momento, ellos no tienen más remedio que reconocer que les has ganado la partida, pero a las dos o las tres de la tarde,

las cosas habrán variado; ella será una emboscada, y ellos se sentirán felices de poder inculparte a ti de complicidad.

Mason frunció el ceño sin ocultar su preocupación.

—Prosigue, Paul —dijo.

—La policía ha encontrado el coche de Hepner, y lleva las huellas de una fuerte colisión; sin embargo, no ha conseguido aún averiguar dónde y cuándo tuvo lugar el presunto accidente.

—Es muy extraño que no lo puedan localizar —dijo Mason.

—Al parecer, nadie ha dado parte de él.

—¿Dónde han encontrado el coche?

—En un garaje. Fue llevado allí por un coche remolque. Dieron la orden de que se ocupasen de su reparación y dijeron que Hepner lo recogería a las veinticuatro horas. El coche entró en el garaje a última hora de la noche del domingo.

—¿Y no han podido averiguar nada a través de los del coche remolque?

—No se acostumbra a tomar las matrículas de los coches remolque que se presentan a entregar automóviles. Es una cosa que ocurre a diario. Entran en el garaje, entregan el auto y se marchan.

—¿Es un garaje de esta ciudad?

—Sí. Se trata del garaje de la «Compañía de reparaciones ininterrumpidas para casos de emergencia».

—¿Habló la policía con ellos?

—La policía habló con ellos y mis hombres también. Pero han resultado ser muy reservados. Personalmente, creo que saben más de lo que dicen. Lo que cuentan es la clásica historia anodina para salir del paso. El coche remolque entró y dejó el «Oldsmobile» de Hepner. La parte delantera estaba completamente hundida. Las ruedas posteriores estaban en buen estado. Levantaron el coche por delante y lo colocaron a un lado. Era un trabajo como tantos otros de los que se presentan continuamente. El coche estaba allí, pero ellos no tenían la menor intención de empezar la reparación sin haber hablado antes con el dueño. Así, pues, lo dejaron junto a otros automóviles en reparación. Ni tan siquiera se detuvieron a considerar la importancia de los daños y desperfectos sufridos en él, ni en calcular lo que podía costar la reparación. Es decir, no hicieron absolutamente nada. Sabían que el valor del coche era lo bastante costoso como para garantizar el cobro de su custodia.

Esperaban a Hepner, pero éste no se presentó.

—La policía habrá examinado el coche —dijo Mason.

—¿Que si lo han examinado? Me figuro que todavía están examinándolo. Lo han mirado palmo a palmo, con lupa. Trabajan contra reloj y quieren estar preparados para la gran convocatoria de las dos de la tarde. De momento, han descubierto que el coche con el cual chocó Hepner estaba pintado de negro. El análisis de la pintura hace suponer que se trata de un coche de carga. Ahora están registrando todos los garajes de los alrededores.

—¿Nada más? —preguntó Mason.

—Por ahora, eso es todo —dijo Drake—. Siento no poderte informar de nada más, Perry, pero es que tengo un montón de empleados ocupados en no encontrar nada. Si, por ejemplo, tratas de localizar a una pareja que se ha casado, habrás de revisar las licencias de matrimonio y los hoteles. Es probable que los encuentres en el tercer o cuarto hotel, pero los localizas. Sin embargo, si esa pareja no ha contraído matrimonio, has de visitar todos los juzgados y hoteles antes de llegar a la conclusión de que no ha habido tal matrimonio, y todo esto acarrea la consiguiente pérdida de tiempo.

—Lo sé, lo sé —reconoció Mason.

—Me he pasado la noche en pie —dijo Drake—. Podré resistir aún unas doce o quince horas, pero después tendré forzosamente que dormir un rato. Tienes un plazo fijo, Mason. Todo lo que puedas hacer habrás de hacerlo antes de las dos y media o las tres. A esa hora debes coger un teléfono y llamar a tu amigo el fiscal del distrito y decirle que te has enterado de que hay una acusación contra tu cliente Eleanor Corbin, *alias* Eleanor Hepner, y que, si tiene interés en averiguar su paradero, tú tendrás el gusto de comunicárselo, ya que no quieres obstaculizar el trabajo de la justicia e incurrir en desacato y demás faltas legales.

—¿Y qué ocurrirá si no llamo al fiscal del distrito? —preguntó Mason.

—En tal caso, los periódicos de las cinco proclamarán a los cuatro vientos que existe un deliberado desacato a la ley, que la acusada es una fugitiva de la justicia, y tu amigo el doctor se verá en una situación en que no desea verse y en la que tú lamentarás haberle colocado. Ahora bien, ¿qué deseas que haga?

—Permanece al frente del trabajo hasta el momento en que se dicte la acusación, y después ve a dormir. Sigue intentando conseguir más informes. Que tu empleado de Las Vegas dé una batida por todos los hoteles. Interesa saber si Hepner y Suzanne Granger se inscribieron bajo sus verdaderos nombres, en dos habitaciones separadas, en la noche del trece... o sea, el viernes.

—¡Vaya! —dijo Drake—. Viernes y trece, y dos habitaciones separadas.

—Eso es.

—De manera que se fueron juntos a Las Vegas y luego pidieron dos habitaciones individuales. ¿Lo he entendido bien?

—Así me lo han dicho —contestó Mason—, pero deseo comprobarlo.

—¿Qué te juegas a que no hay forma de verificarlo?

—Tengo el presentimiento de que vas a comprobarlo y que va a ser exactamente lo que te he dicho: dos habitaciones separadas.

—No pretendo mostrarme incorrecto —dijo Drake lanzando a Della una maliciosa ojeada—, pero debo reconocer que mi curiosidad no conoce límites.

—El señor Hepner era un inepto —dijo Della.

—¿Cuándo podrás darme esa información? —preguntó Mason.

—A las dos, tal vez —contestó Drake—. Si lo que dices es cierto, es posible que la consiga antes. Como te he dicho...

—Sí, ya sé —dijo Mason—. Ve a trabajar.

—¡Conforme! —exclamó Drake abandonando la oficina.

Della Street miró inquisitivamente a Mason.

—Y, ahora, ¿qué? —dijo.

—La situación es mala —dijo Mason—. Tu hotel está plagado de policías. En cuanto te vean, caerán sobre ti. Investigarán y se enterarán del «valioso» depósito que dejaste en la caja de caudales del hotel. Querrán saber en qué consiste y si lo necesitan, acudirán con una orden de registro; pero no lo necesitarán.

—Si eso ocurre, estamos listos —dijo la joven.

—Tienes allí toda tu ropa, ¿no es cierto?

—Mis mejores ropas.

Mason reflexionó en silencio.

—Este es un problema que habremos de resolver más adelante, Della. Ahora hemos de aprovechar los minutos. Pídeme una

conferencia con el doctor Ariel.

Della hizo la llamada y el doctor tardó unos dos o tres minutos en ponerse al aparato.

—¡Hola, doctor! Soy Mason. Siento mucho tener que molestarle, pero...

—Estaba a punto de empezar una operación —dijo el doctor Ariel—. ¿Qué ocurre ahora?

—Se trata de nuestra paciente. ¿La envió a un lugar donde no pudiese ser localizada?

—Sí.

—Vamos a tener que dejar que la localicen.

—¿Entonces? —preguntó el doctor.

—Esta tarde, de dos y media a tres, se dictará acusación contra ella, por homicidio de primer grado. A partir de entonces, ella pasará a ser una fugitiva de la justicia. Suponiendo que usted leyera todo esto en un periódico y no diese parte inmediatamente...

—No acostumbro a leer periódicos —dijo el doctor Ariel—. ¿Es eso lo que le preocupaba?

—No —contestó Mason—, pero creo que esta vez la cosa va a ser de mucha trascendencia y no quiero que usted se arriesgue.

—Haré todo lo que pueda, Perry.

—No, creo que lo mejor es entregar a la señora Hepner y usted es el más indicado para hacerlo. Cuando salgan los periódicos, llame usted a la policía y dígales que la señora Hepner está hospitalizada y bajo su cuidado. Que no es conveniente que la molesten, porque se halla bajo la influencia de una impresión muy violenta. Insista en advertir a la policía que la paciente está bajo tratamiento psiquiátrico, y demás cosas parecidas.

—¿Cuándo debo llamar a la policía?

—En cuanto lea los periódicos. Y por cierto, ¿dónde está?

—En el Oak and Pines Rest Home.

—Muchas gracias, doctor. Ya sabe, en cuanto aparezcan los periódicos, llame a la policía. Procure que haya alguien junto a usted, para que escuche la conversación. Si tiene una enfermera de confianza, que sea ella quien pida la comunicación con la policía. Entonces les dice usted que Eleanor Hepner es su paciente y que se halla bajo custodia, etc. ¿Me ha comprendido?

—Del todo.

—¡Adiós! —dijo Mason.

Mason colgó el auricular y miró a su reloj.

Della retiró del escritorio la correspondencia.

—Me parece que no es el momento de dedicarnos a la correspondencia —dijo.

—Temo que no, Della.

Mason sonrió.

—Tendrás que hacer algunas cosas.

—¿Qué?

—Has de llamar al hotel y decir que vas a marcharte a México City con unos amigos, pero que desees conservar tu habitación durante el tiempo que estés ausente, y que para que no haya complicaciones con motivo de la cuenta, les envías doscientos cincuenta dólares por adelantado.

—¿Y esos doscientos cincuenta dólares? —preguntó Della.

—Los cargas a la cuenta de gastos de trabajo —dijo Mason—. Es decir, a la cuenta de los Corbin. No hemos estado acertados al escoger hotel, pero ahora no puedes volver a él, ni tampoco despedirte.

—Bien —dijo Della con cierta nostalgia—, pero pone fin a mi interesante vida nocturna. Esta noche alguno me echará de menos, y más de uno hará discretas averiguaciones.

—¿Tú crees que cuando se enteren de que te has ido con unos amigos a México City, se decidirán a salir en tu busca?

—No lo creo, pero tengo la certeza que lamentarán no haber sido algo más insistentes anoche. «Ir a México City con unos amigos» se prestará a sugerir determinadas ideas a mis feos admiradores.

—Comprendo tu punto de vista. Sin embargo, no nos queda otra solución.

—Es una suerte el que Eleanor tenga una familia tan cuidadosa. Contratan a un abogado para defenderla de una acusación de homicidio, aún antes de ser descubierto el cadáver de la víctima.

—Esta es una curiosa e interesante coincidencia —dijo Mason.

CAPÍTULO IX

Della Street entregó a Perry Mason los periódicos de la mañana. El abogado se recostó en su sillón forrado de cuero, abrió los periódicos y los leyó.

—Ha telefoneado Paul Drake —dijo la joven—. Sus hombres han comprobado que, en efecto, Hepner y Suzanne Granger ocuparon dos habitaciones separadas en la noche del viernes, trece.

Mason se mordió los labios.

—Bueno —dijo—, así ya sabemos lo que debemos hacer.

—Ha quedado muy bien en la fotografía —comentó Della Street contemplando en el periódico la efigie de Eleanor, acompañada de una matrona de la policía y de un detective.

—Sí, se ve que Olga le envió alguno de sus vestidos.

—Los lleva bien —contestó Della.

—Tiene una bonita figura —dijo Mason.

—No te olvides de su delicadísima piel.

—¿Cómo te imaginas que podría olvidarla? —dijo Mason sonriendo.

—De manera que sigue sin recordar lo ocurrido...

—Así parece. Aquí está todo explicado en el más clásico estilo periodístico. «Bella aparición... Fin de semana fallado... ¿Se trata de una novia abandonada o de una chica que se fue a pasar un fin de semana a Las Vegas?»... «Desde aquel espantoso accidente, no me es posible recordar nada» —dice la maravillosa aparición a los policías, sollozando amargamente.

—¿Se sabe algo del revólver? —preguntó Della.

—Ella tenía uno. Hace algún tiempo que desapareció. Cuando hizo el equipaje para marcharse con Hepner, tuvo ocasión de comprobar que no estaba entre sus cosas. No es que pretendiera llevarlo consigo. Por cierto, no recuerda dónde dejó su equipaje.

—Me pregunto si la policía lo habrá averiguado —dijo Della

Street.

—Si hemos de creer a Paul —dijo Mason—, Ethel Belan «lo ha dicho todo».

—¿Lo crees así?

—Hasta ahora la policía no ha hecho ninguna pregunta que se relacionase con equipajes.

—Y Ethel Belan ha debido decirles...

Sonó el teléfono, y Della tomó el auricular.

—Diga... Sí, Gertie, ponme la comunicación.

Della se volvió hacia Perry Mason y dijo:

—Una llamada personal, para mí, jefe. Una mujer dice que es importante...

Della Street se dirigió de nuevo al receptor.

—¿Sí? Bien, deme todos los detalles...

Della permaneció a la escucha durante unos minutos y tomó algunas notas taquigráficas. Luego soltó la pluma y dijo:

—Muy bien, señora Fremont. Es lo único que podía usted hacer. Gracias. Le agradezco también que me haya avisado.

Della colgó el aparato seguidamente y se volvió hacia Perry Mason.

—Paul tenía razón; Ethel Belan ha hablado —dijo.

Mason enarcó las cejas en muda interrogación.

—Era la señora Fremont, gerente de la casa de apartamentos donde vivo. El teniente Tragg se presentó con una orden de registro que le autorizaba a registrar mi piso, con el fin de encontrar un equipaje a cuadros blancos y rojos, perteneciente a Eleanor Corbin, acusada de homicidio. Le entregaron una copia de la orden de registro a la señora Fremont y le pidieron la llave de mi piso. Entraron y encontraron lo que buscaban. Dejaron un recibo con la relación de los tres objetos que se llevaron.

—Muy considerados y muy amables —dijo Mason—. Se han atendido exactamente a lo que la ley manda y aconseja, en casos como éste.

—¿Y bien? —preguntó Della.

Mason se encogió de hombros.

—¿Qué habrá pasado con las piedras preciosas? —preguntó Della.

—Esta es una pregunta interesante —comentó Mason.

—¿Cuál será su contestación?

—La desconozco.

—Pues si tú la desconoces, ¿quién es capaz de conocerla?

—Tal vez nadie.

—Jefe, suponiendo que esas joyas sean una prueba, ¿no resulta ilegal que la detengas?

—¿Prueba de qué? —preguntó Mason.

—Pues... no lo sé... De contrabando, tal vez.

—¿Qué motivos tienes para suponer que esas piedras sean objeto de contrabando? Tengo mis deberes respecto al cliente. Si la policía demuestra que esas piedras están relacionadas con el caso de homicidio, entonces sí que cambiará la situación. Pero, entretanto, esas joyas están en mi poder, en calidad de depósito que se me hace como abogado. Pueden servir para probar muchas cosas. Pueden ser prueba evidente de una coacción. ¿Cómo quieres que lo sepa? No voy a entregárselas a la policía, sugiriendo que están relacionadas con la muerte de Hepner, para que, en el acto, lo hagan saber a los periodistas. Ya están las cosas bastante complicadas. Van a hacer un inventario detallado de lo contenido en ese equipaje y encontrarán un modelito de camisón que les orientará sobre la manera de ser de Eleanor. Ya puedes figurarte lo que va a pasar.

—¿Y vas a conservar tranquilamente las joyas?

—De acuerdo con la situación actual de los acontecimientos, no me queda otro remedio.

—¿Y si se enteran?

—Cuando llegue ese momento, superaré las dificultades que puedan presentarse.

—Jefe, dice Paul Drake que la policía está loca de alegría; que Hamilton Burger, el fiscal del distrito está radiante, y que se disponen a hacerte saltar por los aires.

—¿Y qué?

—¿No puedes evadirte de todo esto?

—No, ya no. Estoy enredado en ello —dijo Mason meneando la cabeza.

—Quisiera que no te aferrases a la idea de conservar esas piedras preciosas.

—¿Qué quieres que haga? ¿Entregárselas a la policía?

—No.

—¿Qué, entonces?

—Podrías hablar con tu cliente y averiguar...

—Mi cliente dice que no recuerda nada de lo ocurrido —terció Mason.

—Tu cliente es una condenada mentirosa —dijo Della—. Sabe que miente, tú lo sabes también, y ella sabe que tú lo sabes.

—Pero se da el caso de que si ella me hablase de esas piedras y *consiguiese* recordar algo relacionado con ellas, *entonces* sí que esas joyas serían pruebas concretas y yo me vería obligado a declarar lo que supiera. Por el contrario, en la situación actual ignoro todo cuanto se refiere a ellas.

—Bueno —dijo Della—, un día u otro tenía que ocurrir, pero me molesta pensar lo contento que va a ponerse Hamilton Burger.

—También me molesta a mí —dijo Mason—. Pero ten en cuenta que todavía no ha ganado la partida. Está forzando los acontecimientos para conseguir una rápida victoria, y esto es precisamente lo que a mí me conviene.

—¿No sería mejor para ti demorar el desarrollo de los acontecimientos?

—No, Della. Hamilton Burger carece de rapidez de reflejos y también de seguridad. Si se presenta al juicio sin demoras, es posible que exista un fallo en sus alegatos. Si se le da tiempo, tendrá la oportunidad de que sus ayudantes afiancen su posición. Dejémosle que avance a toda prisa, mientras los focos iluminan su apuesta figura.

—¿Crees que tropezará?

—Mira —dijo Mason—, digamos que *sería posible*.

CAPÍTULO X

Perry Mason contemplaba la sala del Juzgado, completamente abarrotada de público, mientras hacía un repaso mental de la situación.

Sentada detrás de él, estaba su cliente la señorita Eleanor Corbin, alias Eleanor Hepner.

Frente a ellos podía verse al padre de la joven, Homer Corbin, hombre bien vestido y de aspecto respetable, el cual daba un cierto aire de seriedad al grupo de los testigos.

Pero Homer Corbin era personalidad relevante en el comercio de joyería al por mayor. El difunto Hepner había sido un hombre cuyo oficio consistía en investigar actos de contrabando, informando de los resultados de sus pesquisas al Gobierno. ¿Estaría el fiscal del distrito al corriente de esto?

Si Homer Corbin subía al estrado para responder de la bondad de su hija, o de cualquier otra cosa relacionada con el crimen, Mason se imaginaba a Hamilton Burger diciendo:

«—¿Y sabía usted, señor Corbin, que el difunto señor Hepner se dedicaba a denunciar al Gobierno casos de contrabando, cobrando por sus informes el veinte por ciento, y que ésta era la fuente de sus ingresos?

»Hamilton Burger inclinaría la cabeza y diría, tras haber oído la contestación:

«—Según tengo entendido, señor Corbin, usted conoció al difunto en un barco, cuando regresaban de Europa.

»Entonces, Hamilton Burger se alejaría unos pasos del asombrado testigo y diría, como por casualidad:

«—¿No es verdad, señor Corbin, que usted se dedica al comercio de joyería, y que el viaje que realizaba era de negocios?

»La insinuación se grabaría en la mente de los que integrasen el jurado. Ninguna de estas preguntas podía ser rebatidas legalmente.

No darían a conocer más que vagamente las actividades del testigo y nada aclararían sobre sus relaciones con el difunto, pero su impacto sobre el auditorio sería de resultados fatales».

Sentada junto a su padre, estaba Olga Jordan, mujer de delgados labios, de la que se desprendía una expresión inconfundible de falsedad. Esta impresión no la causaban sus labios, sabiamente ensanchados por medio de un opaco lápiz rojo, sino la forma en que miraba a su alrededor, considerando a todos inquisitivamente, como si estuviese al acecho de una oportunidad que le permitiese aprovecharse del desarrollo de los hechos, en su propio beneficio.

Junto a su esposa, Bill Jordan no era tampoco persona que pudiese inspirar demasiada simpatía al jurado. Era un muchacho de aspecto deportivo, tostado por el sol, demasiado joven para haberse retirado del trabajo, y al parecer, más joven que su esposa. Un hombre como aquél, no iba a despertar la benevolencia de un jurado integrado por hombres y mujeres que se habían pasado la vida trabajando.

Y esas eran las únicas personas con que Mason contaba para rebatir las acusaciones que el fiscal guardaba dentro de la manga.

De las anteriores declaraciones de los testigos, se desprendía que Eleanor Corbin había mantenido relaciones amistosas con Douglas Hepner, que abandonó su casa en compañía de Hepner y que había enviado un telegrama desde Yuma, anunciando su matrimonio. Que dos semanas después, había aparecido el cadáver de Hepner con la cabeza atravesada por una bala del calibre 38 y que la acusada reconocía haber tenido en su poder un revólver de este calibre. Que la acusada había confesado a Ethel Belan que Douglas Hepner era su novio, que Suzanne Granger trataba de inmiscuirse entre ellos dos y que estaba dispuesta a matar a Hepner, si éste la abandonaba. Que cuando hizo estas declaraciones, la acusada tenía en su poder el revólver de calibre 38 y vivía con Ethel Belan, la cual ocupaba un apartamento junto al de Suzanne Granger, la joven que había seducido a Douglas Hepner y que salía con él.

Todo aquello formaba una tela de araña lo bastante tupida como para sugerir a un jurado, incluso bien dispuesto, un veredicto de culpabilidad. Sin embargo, no sería suficiente para que un Tribunal dictase sentencia. Mason conocía lo bastante a Hamilton Burger para tener la seguridad de que éste disponía de alguna prueba que,

a su entender, debía dar resultados definitivos. Pero ni Mason, ni Paul Drake con su Agencia, habían conseguido averiguar en qué podía consistir tal prueba.

Y es así como, por primera vez en su vida, Mason se vio en un juicio en el que tenía la certeza de que su cliente se iba a ver enfrentada con una prueba que sin duda sería desastrosa para el curso de la causa. Además, él ignoraba la verdad del asunto, ya que no había hablado con su cliente. Por todo ello, suponía que iba a tener que basar su defensa exclusivamente en su facultad de observación y en el contrainterrogatorio, y que habría de conseguir todos los datos inherentes al caso, de labios de unos testigos hostiles.

Hamilton Burger avanzó triunfalmente, y con rostro resplandeciente, hizo su declaración al jurado. Tras haber expuesto, en breves palabras, los hechos ya conocidos, dijo:

—Pretendo demostrarles a ustedes, señoras y señores del jurado, que la acusada obró impelida por los celos. Se procuró un revólver del calibre 38 y alquiló a Ethel Belan la mitad de su apartamento para estar cerca de Suzanne Granger y poder espiarla. Su finalidad era sorprender a Suzanne Granger con Douglas Hepner en situación comprometedora. Según recordarán, ella aseguraba haberse casado con Hepner y dijo que, si éste no había de ser para ella, no sería para nadie. Y es así, señores del jurado, como nos encontramos con el cadáver de Douglas Hepner con la cabeza atravesada por una bala del revólver de la acusada, y a la acusada tomando medidas para asegurarse irresponsabilidad mental, es decir una amnesia, que podríamos llamar sintética, cuidadosamente tratada para eximirla de contestar a preguntas embarazosas. Una amnesia que los psiquiatras declararan como simulada.

—Permítame, Señoría —dijo Mason—; lamento tener que interrumpir al fiscal del distrito en plena declaración, pero quiero hacer constar que la defensa rebatirá los testimonios que facultativamente puedan presentarse, alegando la salud mental de la acusada. La ciencia psiquiátrica no está lo bastante adelantada para que nadie pueda asegurar con certeza absoluta...

Hamilton Burger le interrumpió con marcada amabilidad:

—Me avengo a ello, señoras y señores del jurado. Retiro toda declaración que haya hecho acerca de los psiquiatras. Más adelante

les convocaremos, les interrogaremos y escucharemos su declaración. Permitiremos que la defensa presente sus controversias y que el Tribunal decida. Pero, de momento, retiro toda alusión que pueda haber hecho acerca de los psiquiatras. Aquí tienen ustedes, señoras y señores, la exposición de la pauta que vamos a seguir en el transcurso de este juicio. Teniendo en cuenta que muchas de las pruebas se prestan a controversias y que nos interesa ganar tiempo, no voy a entrar, de momento, en la relación de los detalles.

Y aprovechando así la interrupción de Mason, como excusa para no extenderse más sobre el caso, Hamilton Burger regresó a su sitio y se sentó.

Mason se volvió y le dijo a Paul Drake:

—Fíjate, Paul, que ha dicho que la bala alojada en la cabeza de la víctima procedía del revólver de la acusada.

—¿Eso ha dicho? —preguntó Paul Drake.

—Lo ha dicho, al parecer, casualmente.

El juez Moran preguntó:

—¿Desea hacer el defensor alguna declaración?

—No, señoría. De momento preferimos abstenernos. Tal vez no sea ni tan siquiera necesario que intervengamos. El fiscal ha dado pruebas de querer asegurar la culpabilidad de la acusada, prescindiendo de toda duda razonable, y me figuro que el jurado se habrá dado cuenta de ello. Si la actitud del señor fiscal sigue siendo la misma, su teoría caerá sola, por su propia base, y no será necesaria mi intervención.

—¿Quiere usted decir con esto, que no va a presentar pruebas en favor de la acusada? —preguntó Hamilton Burger.

—No, mientras usted no demuestre su culpabilidad. Según la ley, ella es inocente.

El juez Moran intervino seguidamente:

—Ya está bien, señores. Les agradeceré eviten entre sí todo coloquio; deben dirigirse directamente al Tribunal. Señor fiscal, el defensor ha hecho una declaración y es el momento de que presente usted su primer testigo.

Hamilton Burger sonrió, inclinándose. Era evidente que nada podía ensombrecer su optimismo.

—Mi primer testigo —dijo— es Raymond Orla.

Raymond Orla prestó juramento y declaró que era el forense que

fue a *Sierra Vista Park*, al ser descubierto el cuerpo de la víctima, a las 9:15 de la noche. Se encargó de llevar a cabo el formulario de rigor en tales casos y encargó a los fotógrafos que tomaran varias instantáneas. Les ordenó que retratasen al cadáver desde diferentes ángulos, sin moverlo del sitio en que había sido hallado. Hizo un preliminar reconocimiento del cadáver, antes de que éste fuese trasladado al laboratorio forense, donde llevaron a cabo la autopsia. Habían sido hechas más fotografías en el curso de la misma, todas las cuales se hallaban en su poder.

Hamilton Burger declaró que las fotografías serían estudiadas por el Tribunal, pero que creía que eran demasiado crudas para ser mostradas al jurado, el cual no estaba familiarizado con los procesos de una autopsia.

Orla declaró después, que no habían sido apreciados en el cuerpo de la víctima, además del orificio de la bala, más que unas ligeras contusiones, y que el cirujano que había llevado a cabo la autopsia había recuperado la bala del interior de la cabeza.

—Eso es todo —dijo amablemente Hamilton Burger—, a no ser que el defensor desee hacer un contrainterrogatorio.

—Tan sólo le haré unas preguntas sin importancia —intervino Mason—. ¿Qué hicieron con las ropas de la víctima?

—Las doblaron y las colocaron en un compartimiento del despacho del forense, donde todavía se hallan. Estas ropas están a disposición de la defensa —recalcó Hamilton Burger—. Yo mismo me encargaré que sean presentadas para su reconocimiento a cualquier hora del día o de la noche, si la defensa lo desea.

El fiscal hizo una ligera reverencia, como para recoger el aplauso que sus amables palabras merecían.

—¿Qué se hizo de sus objetos personales? ¿De lo que se encontró en los bolsillos de ese hombre? —siguió preguntando Mason, haciendo caso omiso de las palabras del fiscal.

—Hice una lista de ellas —contestó Orla. Sacó de su bolsillo un cuaderno de notas y continuó hablando, fijos sus ojos en él—. En posesión del difunto se encontraron los siguientes artículos: un permiso de conducir, un cuaderno de apuntes, una pluma estilográfica, un llavero de piel conteniendo cuatro llaves, un pañuelo, un dólar y noventa y seis centavos, en moneda fraccionaria, una pitillera de plata y seis cigarrillos.

—¿Y nada más? —preguntó Mason.

—Nada más, señor.

—¿Dónde se hallan estos objetos?

—En la oficina del forense.

—Deseo que sean considerados como pruebas.

—Vamos, vamos —dijo Hamilton Burger—, estos artículos son completamente anodinos y ningún interés pueden ofrecer en este caso...

—¿Cómo sabe usted la orientación que pretendo dar a este caso? —preguntó Mason.

—Muy bien, si desea incluirlos como prueba, hágalo por su cuenta. Pero nada tienen que ver con el caso, tal como yo lo enfoco.

—Señoría —dijo Mason—, desearía que esos objetos fuesen introducidos y declarados como prueba. Desde mi punto de vista, son interesantes, sobre todo, el cuaderno de apuntes.

—El cuaderno de apuntes estaba en blanco —terció Orla.

—¿Quiere decir que en él no había ninguna anotación?

—No había ninguna. Todas sus páginas están en blanco. Se trata de un cuaderno forrado de cuero con un compartimiento para el permiso de conducir, y un bloc que podía separarse. Evidentemente, el bloc antiguo había sido cambiado por otro nuevo, poco antes de la muerte de la víctima.

—¿Y la licencia de conducir? —preguntó Mason.

—Estaba en el cuaderno de apuntes, en un recuadro de celofán transparente, destinado a ese fin.

—Con la venía del Tribunal —dijo Mason—, quisiera que archivaran aquí esos objetos. Estoy dispuesto a asegurar que serán parte de mi defensa y deseo que sean incluidos ahora entre las demás pruebas.

—Señoría —intervino Burger—, opino que la vista debe continuar, exponiendo la defensa sus alegatos cuando le llegue el turno. No creo que sea oportuno detenernos a estudiar este caso, fragmentándolo.

—En las actuales circunstancias —dijo Mason—, insisto en que mi contrainterrogatorio se basa en que esos objetos sean considerados como pruebas.

—Esto no forma parte del contrainterrogatorio, y usted no puede considerarlo así.

—Puedo pedir que este testigo presente esos artículos al Tribunal —dijo Mason.

—Vamos, vamos —dijo el juez Moran—, no veo qué ventaja puede tener el estudiar técnicamente el problema que integran estos artículos. ¿Estaban en poder del difunto, señor Orla?

—Así es, señor.

—¿Estaban en sus bolsillos?

—Sí, señor.

—¿Y fue usted quien los sacó de los bolsillos del difunto?

—Sí, señor, fui yo mismo.

—Esos objetos serán colocados bajo la custodia del Tribunal, y serán marcados como pruebas de la defensa. «Material de la defensa en vías de ser considerado como pruebas». De momento, tan sólo la defensa podrá contrainterrogar a los testigos en cuanto a ellos pueda relacionarse. Si más adelante la defensa lo desea, tales objetos serán considerados como pruebas definitivamente.

—Gracias, señoría —dijo Mason—. La defensa desearía ver las fotografías referentes a la autopsia del difunto.

—Obra en mi poder —dijo Hamilton Burger— una colección de ellas del tamaño 8x10, tan perfectamente logradas, que juzgo cortés no impresionar al jurado con su crudeza.

—Gracias —dijo Mason—. Doy por terminado el contrainterrogatorio.

El testigo siguiente fue el doctor Julius Oberon. Informó primero sobre su calidad de médico forense y cirujano. Declaró que había llevado a cabo la autopsia del cuerpo del difunto, que había recuperado la bala de calibre 38 que se hallaba en la cabeza de la víctima, y que ésta falleció instantáneamente al recibir el disparo. Describió el lugar exacto del orificio de entrada de la bala y los daños que ésta había causado en el cerebro del difunto. Declaró también, que en el cadáver no se apreciaba ninguna otra herida susceptible de haber contribuido a su fallecimiento y que, según se desprendía de la autopsia, la muerte debió producirse unas veinticuatro o treinta y seis horas antes de su hallazgo. Le era imposible calcular el tiempo con precisión absoluta.

—¿Y qué hizo usted con la bala, cuando la hubo desalojado de la cabeza del difunto? —preguntó Burger.

—La entregué a un experto en balística.

—La defensa puede contrainterrogar —dijo Hamilton Burger.

Mason miró al doctor, el cual se hallaba sentado en la silla de los testigos, fuertemente asido a ella, como si se dispusiera a resistir un ataque verbal.

—¿Dice usted que la muerte sobrevino instantáneamente, doctor?

—Sí, señor.

—¿En qué basa su afirmación?

—En el estado de la herida del cerebro.

—¿Esa herida provocó instantáneamente la inconsciencia?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿No existen casos en que las heridas en la cabeza producen una hemorragia, o, mejor dicho, no se ha encontrado usted en casos en que los tejidos del cerebro, al ser dañados, han dado lugar a una hemorragia?

—Así es. Me he encontrado en casos de fuertes hemorragias.

—¿Cómo se presentan esos casos, doctor?

—La sangre del cuerpo mana a través las venas rotas.

—Y es el corazón el que actúa como una bomba, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—O sea, que en tales casos, mientras el cuerpo se halla inconsciente, aún hay un período de vida que manifiesta su actividad, en tanto el corazón continúe enviando sangre a las venas, ¿no es así?

—Sí, señor, eso es exactamente lo que ocurre.

—¿Fue el caso que nos interesa uno de estos?

—No. La herida sangró muy poco.

—¿Observó si había algún coágulo de sangre en el suelo, junto a la cabeza del difunto?

—Sí, señor, había *algo* de sangre, pero era poca.

—¿E interiormente?

—También la había, pero la hemorragia no era considerable.

—Y usted dedujo que la muerte había sido instantánea, basándose en la importancia de la hemorragia, ¿no es cierto?

—No sólo en la importancia de la hemorragia, sino en el lugar que se hallaba la herida y en los desperfectos que había sufrido el cerebro.

—¿Ha visto usted heridas similares, con daños de la misma

importancia, que hayan presentado hemorragias considerables y en los que el difunto, en consecuencia, vivió algún tiempo en estado inconsciente?

—Sí, señor.

—Y, doctor, ¿no ha admitido usted la posibilidad de que el difunto hubiese sido asesinado en algún otro lugar y hubiese sido transportado al sitio en que fue encontrado?

—Sí, señor, la admití.

—¿Excluye usted esta posibilidad?

—A mi modo de ver, sí.

—¿Puedo preguntarle en qué fundamenta usted su criterio, doctor?

—En la clase y extensión de la herida, en la importancia de la hemorragia, en el lugar que ocupaba el coágulo de sangre, en la ausencia de huellas verticales de sangre... y en cosas parecidas.

—¿Así, pues, doctor —continuó preguntando Mason—, usted opina que alguien se colocó detrás de la víctima, disparándole una bala del calibre 38, y que la muerte fue instantánea o virtualmente instantánea?

—Todo esto concuerda, excepto en una cosa.

—¿Qué es ello?

—Cuando le sobrevino la muerte, la víctima se hallaba sentada. Por lo que yo deduzco, y apoyando mi teoría en la forma en que estaba colocado el cuerpo, el hombre se hallaba sentado sobre la hierba, con las piernas dobladas hacia el lado izquierdo, y apoyando la mano izquierda en el suelo. Considerando que la trayectoria de la bala no es vertical, habrá que creer que la persona que disparó se encontraba sentada algo más atrás que él. O bien, esa persona se hallaba colocada o inclinada a la altura de la cabeza de la víctima.

—Gracias, doctor. He terminado —dijo Mason.

—No he de hacer más preguntas —dijo Hamilton Burger—. Deseo llamar ahora a Merton C. Bosler para que suba al estrado.

Mason observó cómo Hamilton Burger miraba atentamente a su reloj, como si estuviese calculando cuidadosamente el tiempo y el curso de los acontecimientos.

Merton C. Bosler presentó sus credenciales de experto en balística. Según declaró, se había hallado presente en el momento de la autopsia, y había visto al doctor Oberon extraer la bala del

cerebro del difunto y a continuación marcarla. Los jurados examinaron la bala gravemente, como si su mera contemplación bastase para dictar un veredicto justo. Durante los quince minutos en que Hamilton Burger interrogó al testigo, se puso en claro que, siguiendo los trámites habituales, la bala había sido estudiada y analizada, llegándose a la conclusión de que pertenecía al calibre 38 y que había sido disparada por un revólver *Smith y Wesson*, del mismo calibre.

—¿Hicieron alguna búsqueda por los alrededores del lugar en que se halló el cadáver, con el fin de encontrar el arma que le había causado la muerte?

—Yo mismo asistí a esa búsqueda.

—¿Encontraron cerca algún arma?

—Entonces, no.

—¿Hicieron más adelante otro registro, empleando algún aparato eléctrico? —dijo Hamilton Burger con voz triunfante.

—Sí, señor.

—¿Qué clase de aparato?

—Empleamos lo que se llama un detector de minas.

—¿Qué clase de aparato es ese?

—Es un ingenio electrónico, preparado de forma que acuse la presencia del hierro cuando se le pasa por la superficie del suelo.

—¿Qué encontraron ustedes?

—Pues, encontramos una serie de objetos anodinos: un cortaplumas oxidado, una llave para abrir latas de sardinas, que aún llevaba la tapa de una de esas latas y...

—Sí, sí —interrumpió Hamilton Burger—, no nos interesan esos objetos. ¿Qué encontraron ustedes digno de ser considerado de importancia?

—Encontramos un revólver *Smith y Wesson*, de calibre 38, con un cartucho descargado. El número del revólver era C-48809.

—Bien —dijo Hamilton Burger—. ¿Hicieron pruebas balísticas con ese revólver?

—Sí, señor.

—¿Dispararon balas con él?

—Sí, señor.

—¿Y cuál fue el resultado de esa prueba?

—El resultado fue que apreciamos que la bala disparada por

nosotros era exactamente igual que la hallada en la cabeza del difunto.

—¿Fotografiaron esas balas?

—Sí, señor.

—¿Será tan amable de presentarnos las fotografías para su estudio?

El testigo entregó una amplia fotografía de 8x10, que fue exhibida y explicada detalladamente a los miembros del jurado.

—¿Dónde encontraron el arma?

—Enterrada a unas ocho pulgadas del suelo. Había sido colocada en una madriguera, hecha probablemente por algún animal roedor, y luego la habían recubierto con maleza y tierra. Sobre todo ello, habían colocado hojas secas y pinaza, de forma que era totalmente imposible advertir el menor rastro sospechoso.

—Cuando localizaron el arma, ¿qué hicieron?

—Examinamos el suelo cuidadosamente, apartamos las hojas secas y las ramas y entonces pudimos apreciar el lugar en que había sido removida la tierra. La extrajimos y entonces encontramos el arma.

—¿A qué distancia se hallaba del lugar en que fue encontrado el cuerpo?

—A unos dieciocho metros en dirección al Norte.

—¿Había alguien con usted en el momento de ser hallada el arma?

—Sí, señor, conmigo había varias personas.

—¿Entre ellos un inspector?

—Sí, señor.

—¿Ese hombre colocó una estaca en el lugar en que había sido encontrada el arma, orientándola en dirección al lugar en que fue encontrado el cadáver?

—Así fue, sí, señor.

—¿Sabe cómo se llama el inspector?

—Sí, señor; se trata de Stephen Escalante.

—¿Hizo usted averiguaciones en el registro de los permisos de tenencias de armas, para saber el nombre del dueño del revólver?

—Sí, señor, las hice.

—¿Encontró usted algún registro de un *Smith y Wesson*, calibre 38, vendido en este condado?

—Sí, señor, lo encontré.

—Y de acuerdo con ese registro, ¿quién estaba en posesión de dicha arma?

—Eleanor Corbin.

—¿La acusada de este juicio?

—Sí, señor.

—¿Su firma aparece en ese registro?

—Sí, señor.

—¿El registro de armas está obligado en este condado por la ley?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted una copia fotográfica del registro?

—Sí, señor, obra en mi poder.

La actitud de Hamilton Burger era excesivamente amable.

—Señoría —dijo—, se aproxima la hora del aplazamiento de la vista. Deseo que la fotocopia de ese registro sea presentada ahora. Aún no he tenido tiempo para reunir las pruebas que acrediten la firma de este registro como auténtica de la señorita Eleanor Corbin, pero espero poder reunir las y presentarlas mañana por la mañana. Sin embargo, creo que con lo expuesto basta para que dicho registro sea incluido y considerado como prueba, desde ahora.

—No tengo nada que objetar —dijo Mason sonriendo indiferentemente, como si la declaración no hubiese tenido la menor importancia y como si hubiese sido ya prevista por la defensa—. Estamos de acuerdo en que el registro figure entre las pruebas y, además, para evitarle molestias al señor fiscal, estamos dispuestos a reconocer que la firma estampada en el registro es de puño y letra de la acusada.

Burger no fue capaz de disimular su sorpresa:

—¿Lo reconocen ustedes? —preguntó.

—Claro que sí —dijo Mason, sonriendo afablemente.

—De acuerdo —dijo el juez Moran— la fotocopia será incluida y numerada como prueba. La vista se suspende hasta las diez horas de mañana.

Cuando el público se hubo dispersado, Della Street y Paul Drake se dirigieron hacia Perry Mason. Este se volvió hacia Eleanor Corbin.

—¿Era ese su revólver? —preguntó.

—Sí, lo era.

—¿Cómo fue a parar al sitio en que lo encontraron?

—Señor Mason, le juro, le doy mi palabra de que no recuerdo nada. Ya sabe usted las muchas historias que se cuentan sobre mujeres que han sido ultrajadas... Mi vida era muy agitada. Solía llevar encima, y en muchas ocasiones, joyas valiosas, para trasladarlas desde el despacho de mi padre a casa. La misma policía sugirió que llevase un revólver. Era uno de esos modelos diseñados para poderlos llevar en un bolsillo o en el bolso de una mujer.

—Y cuando abandonó usted su casa para emprender su, llamémosle luna de miel, ¿llevaba usted el revólver consigo?

—Sí, me lo llevé. No me importa que lo reconozca desde ahora; al fin y al cabo, ya lo saben.

—¿Y no lo llevaba usted encima cuando fue arrestada por la policía?

—Es evidente que no lo llevaba encima, señor Mason —dijo sonriendo con suavidad—. No llevaba muchas cosas encima. Según la descripción de la Prensa todo lo que llevaba eran unas gasas diáfanas y vaporosas.

—Será mejor que no lo tome a broma —dijo Mason enfadado—. Ese revólver va a ser causa de que la condenen por homicidio. Se marchó usted con Douglas Hepner, éste ha aparecido muerto y se ha probado que el asesinato se perpetró con el revólver de usted.

—Pero eso ocurrió dos semanas después de que yo me marchase con él y, en unas semanas pueden ocurrir muchas cosas.

—Eso no tiene la menor importancia —prosiguió Mason, muy enfadado—. Fue asesinado el día dieciséis con su revólver, y usted fue encontrada unos metros más lejos, corriendo medio desnuda, a la luz de la luna.

—Está usted enfadado conmigo, ¿verdad?

—Lo que yo quiero es que me diga usted exactamente lo que pasó, para darme facilidades que me ayuden a librarla de la pena de muerte o de la reclusión perpetua. Si realmente le asesinó, podría enfocar mi defensa alegando homicidio justificado o defensa propia, o...

—Me parece —dijo la muchacha— que olvida usted que el disparo fue hecho por la espalda, y que esto excluye la teoría de la defensa propia.

Un policía acudió en busca de la acusada. Mason, aún enfadado, dijo:

—Espero que procure usted recobrar la memoria antes de las diez de mañana por la mañana, porque de lo contrario...

Se interrumpió cuando vio que se acercaba un reportero.

El periodista dijo:

—Señor Mason, ¿sería tan amable de hacer alguna declaración?

—La única que, de momento, voy a hacer —dijo el abogado sonriendo con suficiencia— es que la acusada es completamente inocente.

—¿Es cierto que no recuerda lo que ocurrió en la noche del asesinato?

—La amnesia es una enfermedad, y debe ser tratada por expertos. Yo no soy ningún experto; pregunten a los psiquiatras sobre la amnesia que sobreviene después de una impresión violenta. Eso es todo cuanto puedo decirles.

—¿Basará su defensa en la amnesia de la acusada?

—La forma en que pienso enfocar la defensa es tema del que me abstengo de hablar por causas que pueden ustedes adivinar. Lo que sí voy a decirles es que Hamilton Burger tendrá una sorpresa antes de que termine esta causa.

Con sonrisa confiada, Mason recogió los papeles que se extendían ante una mesa y los colocó en una cartera que cerró. Luego cogió a Della Street por el codo e hizo una señal a Paul Drake.

—Marchémonos de aquí cuanto antes —dijo y retirémonos a donde podamos hablar libremente.

Tras abandonar la sala, cruzaron varias habitaciones y finalmente entraron en una destinada a los testigos. Mason cerró la puerta y dijo:

—Estamos en un callejón sin salida.

—¿Qué podemos hacer en una situación semejante? —dijo Paul Drake.

—Ahora comprenderás por qué se sentía tan alegre Hamilton Burger, Perry. No vas a poder salir adelante en un caso como éste.

Mason echó atrás su americana y metiendo los pulgares en las sisas de su chaleco, dijo:

—Si al menos esa chica quisiera decirme la verdad de lo

sucedido...

—Si no te dice la verdad —dijo Drake—, es porque no puede. Ella mató a Hepner. Hay una probabilidad entre un millón, de que no lo hiciera.

—Jefe —dijo Della—, ¿no sería posible hacer hincapié en la propiedad del revólver? Es evidente que le pertenecía, pero pudieron robárselo.

—Sí —dijo Mason—, éste es el único punto en que podemos apoyarnos, pero no hay que olvidar la trampa que intenta tenderme Hamilton Burger.

—¿En qué consiste?

—Él quiere que yo lleve mi contrainterrogatorio por ese lado, con el propósito de, a última hora, presentar a la testigo-*vedette* al jurado.

—¿A quién te refieres?

—A Ethel Belan.

—¿Qué declarará?

—Eso es difícil de saber —dijo Mason—, pero seguramente dirá que vio a Eleanor Corbin con el revólver en la mano, unas horas antes del momento del homicidio. Y sabe Dios qué más puede decir, pero no dudéis de que será algo irrevocable, pues, de lo contrario, Hamilton Burger no se hubiese metido en el gasto de trasladarla a un hotel, rodearla de guardianes y aislarla de todo contacto que pudiera darnos una pista que nos orientase sobre la historia que va a contar.

—Tienes razón, Perry —dijo Drake cariacontecido—. ¿Qué te parece si llegásemos a un acuerdo con Burger?

—¿Qué clase de acuerdo?

—Aceptar un veredicto de culpabilidad con pena de cadena perpetua y salvar así la vida de tu cliente. Al fin y al cabo, con su buen aspecto y algo de suerte, la soltarán cuando aún le queden bastantes años de vida.

—No puedo hacer eso —dijo Mason.

—¿Por qué?

—Porque ella no me dirá que mató a ese hombre, y yo no puedo condenar a una mujer inocente al horror que representa un encierro permanente, en virtud de un pacto parecido. Piensa bien en lo que esto representa, Paul. Es joven, atractiva, tiene una bonita figura. Le

gusta mostrarla. Ha sido libre como el aire. Viaja por Europa y Sudamérica, ha comido en los más famosos restaurantes. Ha tenido el mundo a sus pies. Enciérrala ahora en una cárcel, prívale de toda iniciativa, encanto, variedad. Condénala a vivir, uno a uno, días monótonos. Luces que se apagan cada noche a la misma hora. Levantarse a diario a una hora determinada y tragarse un insulso desayuno. El tiempo escapará entre sus dedos como la arena, y nada alterará su inercia de confinada entre sus cuatro paredes. La dieta de la cárcel es alimenticia, pero se basa en féculas, en lugar de proteínas. Engordará, la celulitis invadirá su cuerpo y perderá su esbelta figura. Dejará que sus hombros caigan en desmadejada postura. Y después de quince o veinte años, saldrá de la cárcel. ¿Qué hará entonces? No gustará ya a los hombres y habrá perdido esa radiante espontaneidad que es ahora su principal atractivo. Su vida ha terminado, la rodea el estigma de la prisión...

—Preferirá mil veces encaminarse a la sala de ejecución —dijo Della—, y a mí me pasaría lo mismo.

—Este es el caso —dijo Mason.

—Algo hemos de hacer —dijo Drake— no podemos cruzarnos de brazos.

—Claro que vamos a hacer algo —dijo Mason—. Estoy tratando de concentrarme, para ver si encuentro algo que le haya pasado por alto al fiscal. Hemos de dar pronto con ello, para poder demostrar lo que realmente sucedió.

—Lo que sucedió en realidad —dijo Drake— es que tu cliente mató a Hepner. Sintió celos cuando vio que el hombre quería librarse de ella y lo mató. Pero me pregunto por qué no ha de ser normal. Por qué no sube al estrado, cruza las piernas y enseña al juez y al jurado parte de su hermosa piel. Podría decirles, de paso, que la noche en que Hepner venció su virtud, le aseguró que se casaría con ella y que al ver que él no cumplía su palabra, ella sacó el revólver, con el único fin de asustarle. Que de repente todo le dio vueltas y que lo único que recuerda es el silencio de muerte y el cuerpo exánime, tendido a sus pies. Y que entonces perdió la cabeza y se lanzó a interpretar la danza de los siete velos.

—Es una defensa de baratillo, pero no deja de ser una defensa —dijo Della—. Si, además sabe hacer uso de su simpatía y encanto, es fácil que se salga con la suya. Al fin y al cabo, parte de ese jurado lo

integran unos caballeros, que muy bien pueden sentirse hipnotizados por unas medias de nylon.

—Pasas por alto el detalle de que el abogado es un hombre que representa a la justicia. Representa también el derecho. No tengo derecho a interponerme entre un testigo culpable y la ley del país. Mi deber consiste en proteger a mis clientes y defender sus intereses. Así, pues, Paul, vamos a considerar este asunto bajo el punto de vista de la lógica. No nos obcequemos. ¿Qué es lo que llevas en el bolsillo?

—¿Yo? ¿En mi bolsillo?

Mason afirmó.

—Un trozo de chatarra.

—Ponlo sobre la mesa —dijo Mason.

Drake le miró, mudo de sorpresa.

—No pierdas tiempo —insistió Mason.

Sin más discusiones, Drake comenzó a vaciar sus bolsillos.

—No salgo de mi asombro —dijo Della—. Y después habláis de las muchas cosas que llevan las mujeres en sus bolsos.

Drake sacó un lápiz, una pluma estilográfica, un cuaderno de notas, un cortaplumas, una pitillera, un encendedor, un llavero, pañuelos, cambio en moneda fraccionaria, un permiso de conducir, un par de cartas abiertas, un envoltorio con goma de mascar y una cartera.

Mason contempló silencioso aquellos objetos.

—Bueno —dijo Drake—, ¿qué he probado con esto?

—No sé lo que has probado —contestó Mason—, pero has probado algo.

—No te entiendo —dijo Drake.

—Estoy comparando lo que tú llevas en los bolsillos —y que es probablemente lo que lleva cualquier hombre trabajador—, con los objetos que el forense dijo haber encontrado en los bolsillos de Hepner.

—Pues, la verdad es...

—Veamos. Hepner fumaba. Llevaba consigo la pitillera, pero ¿dónde estaban sus cerillas? ¿Dónde estaba su cortaplumas? Todos los hombres llevan un tipo u otro de cortaplumas. En sus bolsillos se encontró una pequeña multa, pero ninguna factura. Llevaba encima su permiso de conducir, pero ninguna tarjeta que le acreditase como

miembro de alguna entidad. Ni clubs, ni direcciones, ni nada parecido.

A su vez, Drake permaneció pensativo:

—Pensándolo bien, Perry, hay que reconocer que nuestro hombre llevaba poca cosa encima.

—Claro que sí —dijo Mason—. ¿Dónde vivía Hepner?

—Esto —dijo Drake— es algo que vuelve locos a los policías. Al parecer, él vivía en los *Apartamentos Dixiecrat*. Al menos, allí tenía alquilado un apartamento, pero la verdad es que no vivía allí. Hay un servicio de camareras que se ocupan de ellos y la encargada de éste ha declarado que a menudo, durante dos semanas, nadie dormía en la cama y que también las toallas permanecían intactas en el lavabo. Nunca había comida en la nevera. Jamás enviaba su ropa a la lavandería, y...

Mason chasqueó los dedos.

—¿Qué hay? —preguntó Drake.

—¡Eso es! ¡La lavandería! Vamos, Paul.

—¿Adónde?

—Al despacho del forense —dijo Mason—. Nos han autorizado a inspeccionar la ropa del difunto. Iremos y buscaremos la marca de la lavandería. Como es natural, Hepner no se lavaba él mismo su ropa.

—De acuerdo —dijo Drake—, pero ten en cuenta que, de haber habido alguna marca, la policía la habría ya visto.

—¿Y quién nos dice que no la han visto?

—Bueno, si la han visto, ya lo sabrás a su debido tiempo.

—A mí me conviene saber las cosas antes de que sean ventiladas en el juicio —dijo Mason—. Imagínate que mi cliente es inocente, que dice la verdad y que no es capaz de recordar nada de lo ocurrido. Supón que ha sido cargada con la acusación de un homicidio y no puede...

—Las probabilidades de que sea inocente —interrumpió Drake—, son de una entre un millón. El fiscal del distrito la ha hecho visitar por siquiátras y han declarado que su amnesia es fingida. En cuanto suba al estrado y declare que se siente incapaz de recordar nada, Burger lanzará contra ella un contrainterrogatorio que la dejará más seca que una hoja en otoño. Además, convocará a un ejército de psicoanalistas que declararán que miente.

—Conforme —dijo Mason—, pero, suponiendo que mienta, yo no puedo consentir que ella suba al estrado en estas condiciones. Ante todo, quiero demostrarme a mí mismo que miente. ¿Tienes en tu despacho alguna luz de rayos ultravioletas, Paul?

—Sí, tengo una pequeña lámpara que, conectada a una corriente AC, difunde esos rayos a través de un filtro en dos...

—Ve a buscarla. En la actualidad son muchas las lavanderías que marcan la ropa con tinta fluorescente. Esto nos puede facilitar una pista. ¿Y qué hay de las llaves? Eran cuatro las que llevaba en el llavero. ¿Sabes si la policía ha averiguado a qué cerraduras pertenecen?

—Una de ellas es correspondiente a su piso de los *Apartamentos Dixiecrat*. De las demás, no sé nada.

—Bien —dijo Mason—, coge un taco de cera, Paul. Mientras yo retengo la atención de la autoridad hacia otro punto, tú toma la impresión de esas llaves.

—¿Vas a proporcionarte unas iguales? —preguntó Drake vacilante.

—¿Existe alguna ley que lo prohíba?

—¡Diablo, Perry, yo no lo sé! Eres tú quien entiende de leyes.

—Entonces haz lo que te digo. Quiero la impresión de esas llaves y no podemos perder tiempo. Estamos empezando el trabajo ahora, mientras Hamilton Burger tiene ya una montaña a punto, y dispuesta para lanzárnosla encima.

—¿Ethel Belan? —preguntó Drake.

—Aseguraría que su declaración va a darnos el golpe de gracia —aseveró Mason.

—Burger ha urdido este embrollo, con el fin de que nos pasemos la noche haciendo cábalas sobre ese revólver y estudiando las cosas para presentarlas de modo que parezca que le fue robado a Eleanor. Y en cuanto estemos para demostrarlo, presentará a Ethel Belan, con lo que hundirá el terreno a nuestros propios pies. Entonces Hamilton Burger sonreirá y dirá con mucha amabilidad: «La defensa me entrega el caso en bandeja.» Si dejo que Eleanor suba al estrado, la harán pedazos. Si lo evito la declararán culpable. Estamos cercados. Bueno, vámonos, Paul.

CAPÍTULO XI

En la oficina del forense, un empleado bastante malhumorado dijo:

—Tendré que consultar al señor fiscal o a la policía.

—A estas horas va a serle difícil localizar a Hamilton Burger —dijo Mason—. A última hora de esta tarde, el Tribunal me ha autorizado a inspeccionar las ropas de Douglas Hepner.

—Bueno, me figuro que será verdad; no hay motivo para que no lo sea. ¿Ha declarado hoy Raymond Orla?

—Sí.

—Bien, en tal caso le telefonearé. Tengo un número al que puedo llamarle por las noches. Espérenme un momento.

El empleado se dirigió a un despacho contiguo y cerró cuidadosamente la puerta. Un momento más tarde regresó.

—Todo está en orden. Dice Orla que pueden inspeccionar esas ropas. Pasen.

Les cedió el paso, cuando tras haber atravesado un largo pasillo, se encontraron en una espaciosa habitación. Toda ella estaba flanqueada de compartimientos numerados. El hombre sacó una llave de su bolsillo y dijo:

—Vean, estas son las ropas.

—Había además algunos objetos, como una pluma estilográfica, un cuaderno de notas y algunas cosas más —dijo Mason.

—Están en esta caja cerrada. —El empleado sacó de ella todos los objetos y se disculpó—: He recibido orden de no perderles de vista —dijo.

—No tiene importancia —dijo Mason cambiando con Della una mirada significativa.

—¡Cuánto trabajo debe tener usted! —exclamó Della Street, dando unos pasos por la habitación y contemplando los demás compartimientos—. Como secretaria, estoy capacitada para apreciar

el trabajo que todo esto supone.

El empleado siguió los pasos de Della.

—No lo sabe usted bien —dijo—. Desde luego, aquí las cosas varían constantemente. Hay casos que sólo duran una semana, otros, cuando hay juicio, se prolongan durante mucho tiempo. Todo esto se lleva con mucho orden. En la habitación de al lado se conservan los cuerpos en compartimientos, numerados también. Esos números concuerdan con el de aquél en el que se guardan todos los objetos de las pertenencias de cada difunto. Me temo que todo esto va a parecerle bastante truculento. A las mujeres les impresionan estas cosas. Desde aquí puede ver una hilera de lo que podríamos llamar cajones. Pues bien, cada uno de ellos contiene un cuerpo, conservado con la refrigeración necesaria.

—Estas cosas no me asustan —dijo Della, con una voz en la que traslucía el interés—. Soy realista; sé que la muerte es el final del curso de una vida, al igual que el nacimiento es un principio. Y hay buen número de muertes en las que se desconoce el motivo que la provocó. Son ustedes los encargados de mantener las cosas en orden.

Entró decididamente en la habitación contigua y el empleado, tras haber lanzado a los demás visitantes una mirada por encima de su hombro, la siguió, continuando sus explicaciones.

Mason examinaba las ropas del difunto.

—Este es un traje de confección —dijo—, pero las etiquetas han sido descosidas cuidadosamente. ¿Crees que habrá sido la policía quien lo habrá hecho?

—No lo sé —dijo Drake—; es difícil de adivinar.

—Coge esta prenda interior, Paul, y sostenla mientras le enfoco la luz ultravioleta.

Paul sostuvo la prenda y el haz de luz ultravioleta cayó sobre ella. Instantáneamente surgió un número fosforescente.

—Fíjate, Paul, ahí está —dijo Mason excitado.

Ambos se acercaron más a la prenda y continuaron sosteniendo la luz. El número

N-4464

pudo leerse con toda claridad.

—Pronto, Paul —dijo Mason—, aparta esa luz. No quiero que el empleado se dé cuenta de esto e informe a la policía de lo que

hemos estado haciendo. Sería darles nuevas ideas.

—¿Qué hay del traje?

—No nos ocupemos de él ahora. Aprovechémonos de que Della se ha llevado al empleado, para tomar las impresiones de las llaves. Yo aguantaré el traje como si lo estuviese mirando y te ocultaré a la mirada del empleado.

Este último se dirigía ya hacia ellos. Della le retuvo, haciéndole una última pregunta:

—¿Qué es esto? —dijo, mostrando un armario ubicado en un rincón.

Pero el empleado, súbitamente desconfiado, corrió en dirección a Mason. Este maniobró con el traje, como podía haberlo hecho un torero con el capote, y ocultó a Paul Drake.

—¿Qué están ustedes haciendo? —preguntó el hombre.

—Han descosido la etiqueta de este traje —dijo Mason acusatoriamente—, y a nosotros nos interesaba ver esa etiqueta.

—¿Quién la ha descosido? —preguntó el empleado.

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? —preguntó Mason—. Estas ropas están bajo su custodia, ¿no?

—Pues debieron descoser esa etiqueta antes de guardar aquí el traje.

—¿Está usted seguro? ¿No lo hizo la policía?

—Pues, no lo sé. Aquí tan sólo guardamos las cosas. Pero nadie corta, ni descose nada.

—¿Así, pues, ustedes no descosen las etiquetas para saber...?

—Aquí no se toca nada de lo que está bajo custodia. Si tanto le interesa saber eso, habrá de entenderse con la policía. Por mi parte, he recibido órdenes del señor fiscal para que puedan ustedes ver esta ropa. ¿Qué está haciendo ese hombre?

Drake, con el llavero en la mano, se adelantó y dijo:

—He estado estudiando estas llaves con el propósito de ver si llevaban estampillado algún número.

El empleado rió:

—En esto se entretuvo también la policía. Estuvieron mucho rato mirándolas con una lupa. No había ningún número.

—¡Ah! —dijo Drake—, en tal caso, no vale la pena que siga mirándolas. ¿Qué Perry, has encontrado alguna cosa de interés?

—Temo que no —dijo Mason de mala gana—. ¿Qué te parecen

los zapatos?

—Sobre ese particular sí que puedo decirles algo —dijo el empleado—. Sólo que no quisiera pecar de indiscreto.

—Lo que usted nos diga quedará entre nosotros —dijo Mason.

—Esos zapatos fueron comprados, como pueden ustedes ver, en una tienda de la ciudad. La policía hizo indagaciones y se evidenció que allí nadie conocía a ese tipo. Los zapatos en cuestión, pertenecían a un lote que pasó de contrabando hace unos meses. De momento, la policía creyó tener una pista, pero resultó ser un callejón sin salida.

—¿Qué es lo que buscaban? —preguntó Mason.

—Todo lo que pudieran encontrar. Al parecer, había algo de misterioso en el apartamento de ese hombre. No estaba jamás en él. La policía intentó averiguar dónde y cómo empleaba su tiempo.

—Probablemente viajaría —dijo Mason distraídamente.

—Eso debe ser —dijo el hombre—. ¿Han terminado?

—Sí, hemos terminado.

El empleado recogió los objetos y los guardó en la caja, luego colocó en el compartimiento las ropas y la caja. Sonrió a Della.

—Ha sido un placer —dijo—. ¿Puedo servirles en algo más?

—De momento, no, gracias —dijo Mason—. Nos vamos a cenar. Ya sabe usted lo que pasa; le describen a uno las ropas, los objetos, pero, a pesar de todo...

—Sí, claro —dijo el empleado—. Supongo que ahora ya sabe exactamente cómo son.

—Eso creo —dijo Mason.

—Bien, buenas noches.

Abandonaron el lugar y aspiraron con placer el fresco aire nocturno. Quedaba atrás el denso aire viciado por los medicamentos, los desinfectantes y la muerte.

—¿Y bien? —dijo Drake.

—Ya tienes tu trabajo a punto, Paul —dijo el abogado—. Has de localizar esa lavandería, sin pérdida de tiempo.

—Tengo hambre, Perry; soy de carne y hueso. Esperemos a...

—Has de conseguir averiguar qué lavandería es ésta. La policía tiene fichadas casi todas ellas. Tendrán una lista...

—Claro, y están *ansiosos* por ayudarnos a nosotros —dijo Drake.

—Inténtalo por medio de la oficina del *sheriff* —dijo Mason—.

Sírvete de alguno de tus enlaces. Comunícate con la secretaria de la lavandería.

—Sí, ya veo que me espera una noche deliciosa —dijo Drake malhumorado.

—Es muy posible que encuentres esa lavandería antes de lo que te figuras. Esas marcas son importantes. Hamilton Burger se sentía demasiado seguro para profundizar en las investigaciones, y por ello, éstas fueron bastante superficiales. La policía podía haberle orientado sobre estas lavanderías, ya que no ignorarán que actualmente, buen número de ellas emplean este sistema de rayos ultravioletas. Así, les es fácil marcar un número de gran tamaño que facilita el reparto de las prendas sin desdoblarlas. ¿Tienes la impresión de las llaves, Paul?

—Sí. Estaba terminando con la última llave cuando el empleado se acercó a mí. Por un momento temí que me cogiera con las manos en la masa.

—Eso hubiera sido lo de menos —dijo Mason—. Teníamos permiso para estudiar ropas y objetos, y ello quiere decir que incluso podíamos hacer fotografías de ellos si así nos convenía.

—Yo puedo encargarme de mandar a hacer las llaves —dijo Della—. Cerca de mi casa vive un cerrajero. Suele trabajar hasta muy entrada la noche, y, en el caso de que no estuviese en su tienda, sé dónde encontrarle. Que Paul se encargue de la lavandería, yo de las llaves, y tú, Perry, nos esperas en la oficina.

—De acuerdo —dijo Mason—. Pero recomiéndale que debe mantener la boca cerrada.

—Puedes estar tranquilo —dijo la joven—. Es un gran admirador tuyo, y sigue todos tus casos en la prensa. Sabiendo que trabaja para ti, es capaz de dejarse partir a pedazos antes que decir una palabra.

—Pues en esta ocasión me puede ser de gran ayuda. Paul, ocúpate sin demora de localizar esa lavandería. Della, en cuanto tengas las llaves, ven a la oficina, y allí esperaremos a que Paul nos participe el resultado de sus averiguaciones.

Mason se dirigió a su despacho, Drake empezó su trabajo con una llamada telefónica y Della cogió el automóvil y se dirigió a casa del cerrajero.

Mason entornó la puerta de su despacho privado, apagó las luces

y paseó por la habitación, concentrándose en sus pensamientos. Los minutos transcurrieron, hasta convertirse en una hora.

De repente, el teléfono privado empezó a sonar. Mason cogió el auricular y escuchó, a través del hilo, la voz de Paul.

—Creo que hemos llegado a algún resultado, Perry. He hablado con el secretario de la Sociedad de Lavanderías. No sospecha el motivo de mis investigaciones. El número marcado en la ropa es una clave. El 64 quiere decir que se trata del Servicio de Lavandería Utilitario en 24 horas, y el

N-44

es la marca individual. El secretario me dice que, seguramente, el nombre del dueño de esas ropas empezará con una N y que en la lista ocupa el número cuarenta y cuatro. Me ha dado el nombre del gerente de la entidad y estoy tratando de ponerme en contacto con él. Espero poder darte pronto más noticias. ¿Cuándo vamos a comer?

—Cuando hayamos puesto todo esto en claro.

—Oye, Perry, podrían enviarnos una hamburguesa al despacho. No es gran cosa una hamburguesa, pero si se le añade una taza de café, reconforta bastante.

—Lo haremos cuando regrese Della —dijo Mason—, si para entonces conservamos el apetito.

—De acuerdo, tan sólo deseaba darte esa información. Pero ¿qué te parece a ti? ¿Crees que figurará en la lista con una N? ¿Sería posible que Hepner usase un nombre supuesto?

—No me extrañaría —contestó Mason—. Hay mucho mar de fondo en todo lo que se relaciona con este Hepner.

—Bien —dijo Drake—, ya iré teniéndote al corriente.

Unos minutos más tarde, llegó Della, haciendo sonar un manajo de llaves.

—¿Ya están? —preguntó Mason.

—Ya están, jefe. He mandado hacer dos de cada una de ellas, para que, si tenemos la suerte de encontrar las cerraduras, tengamos doble oportunidad de usarlas. Además, el cerrajero me ha dado una lima, pues parece ser que cuando se reproducen llaves por medio de impresiones en cera, es posible que alguna pequeña imperfección entorpezca su uso. En el caso de que esto ocurra, no tenemos más que pulir un poco los ángulos.

—¿Guardará el secreto? —preguntó Mason.

—Es el hombre más feliz del mundo —dijo Della—. Me ha encargado que te diga que siempre que necesites algún trabajo de este género, está a tu disposición y que puedes confiar absolutamente en su discreción.

—Así está bien —dijo Mason—. El cerrajero y tú parecéis creer que, en cuanto hayamos encontrado esas cerraduras, no vamos a tener más trabajo que entrar en la correspondiente habitación.

—Pues —dijo Della—, ¿para qué sirven las llaves, si no es para usarlas?

—Tienes toda la razón —dijo Mason—. Vamos al despacho de Drake y esperemos su llegada. Espera darnos noticias dentro de poco y ha sugerido que lo celebrásemos tomando unas hamburguesas y café.

—No me vendrá mal esa celebración —dijo Della—. Vamos.

Apagaron las luces y recorrieron el pasillo hasta llegar al despacho de Drake. La encargada nocturna les invitó a entrar.

—Paul está telefoneando —dijo—; lleva casi toda la noche cogido al teléfono. Pasen; no hace falta que les anuncie.

Mason sostuvo la puerta de madera mientras Della la cruzaba, y juntos se adentraron por un estrecho pasillo al que se abrían las puertas de las habitaciones en que trabajaban los empleados de Drake, interrogando a testigos, preparando informes y comparando textos.

Cuando entraron Della y Mason, Drake estaba hablando por teléfono e iba tomando notas. Les hizo con la mano un gesto lleno de entusiasmo y dijo:

—Esperad un segundo a que haya tomado nota de esto. Veamos. Es Frank Ormsby Newberg, de los *Apartamentos Titterington* de la plaza Elmwood. ¿Puede usted decirnos cuánto tiempo hace que es cliente de ustedes? Ya entiendo... Siempre con la misma contraseña en la lavandería, ¿eh?... Bien, gracias. No, se trata de encontrar una maleta perdida. Todo esto se debe a exigencias del seguro de pérdida de esa maleta; estamos tratando de probar la identidad de su contenido. Siempre hemos de tomar estas medidas rutinarias. Lamento haberle molestado a estas horas, pero me urgía poner esto en claro. Sí, aquí es la Agencia de detectives Drake... Estoy a su disposición. Tal vez podamos serle de utilidad en alguna ocasión.

¡Adiós!

Drake colgó el aparato y dijo:

—Bueno, pues ya lo hemos logrado. Frank Ormsby Newberg, *Apartamentos Titterington*, en la plaza Elmwood.

—Bien —dijo Mason—. ¡Vamos allí!

—¿Y la cena? —preguntó Drake.

Mason lanzó una mirada a su reloj de pulsera y dijo:

—Aún no.

—Bastaría un minuto para tomar...

—No sabemos de cuántos minutos disponemos —dijo Mason—. Ignoramos dónde nos vamos a meter. Trabajamos contra reloj y contra la policía. Tal vez el empleado de la oficina del forense no ha sido tan crédulo como nos figuramos.

CAPÍTULO XII

Los *Apartamentos Titterington* resultaron ser un edificio de vastas proporciones; tenía tres pisos, su fachada era de ladrillo y tendría más de treinta metros de profundidad. No había allí ni portero ni conserje. A un lado de la pared había una lista de los inquilinos del inmueble, junto con el número del piso que les correspondía. Un tubo acústico provisto de un timbre, se hallaba al lado de cada nombre.

—Un sistema muy antiguo —dijo Paul Drake—. ¿Qué hacemos?

Mason encontró el nombre de Frank Ormsby Newberg inscrito frente al número del apartamento 220 y apretó el timbre.

No hubo contestación.

Mason esperó unos momentos y de nuevo apretó el botón, mirando a Della Street. Esta le tendió el llavero con las llaves.

Mason probó la primera llave sin éxito. La segunda entró sin dificultad y no se resistió a la presión que hacia la izquierda le imprimió Mason.

—Me parece que hemos acertado —dijo Mason—. Entremos.

—¿No nos estaremos metiendo en complicaciones, Perry? —observó Drake.

—Tienes toda la razón —dijo Mason—. Pero de momento, sólo estoy probando llaves.

—¿Piensas entrar en el apartamento?

—Depende —contestó Mason.

Frente al edificio había una pequeña garita en la que se leía: *Encargado: apartamento 101*, y una flecha indicaba el apartamento en cuestión.

Mason se dirigió hacia el ascensor, y seguido por Paul y Della, entró en él, apretando el botón que indicaba el segundo piso. El número 220, inscrito sobre una puerta apenas se distinguía a la mortecina luz del pasillo. En la puerta había una rendija por la que

no asomaba el menor resplandor, en tanto que en las demás puertas se destacaban con precisión varias franjas de luz.

A un lado de la puerta había un timbre, que Mason apretó, escuchando cómo sonaba en el interior del apartamento.

—Todo esto me pone malo, Perry —dijo Drake—. Hablemos con el encargado, y al menos, tengamos las manos limpias.

—Antes de hablar con el encargado —dijo Mason—, quiero estar enterado de algo.

—No quiero entrar ahí dentro —dijo Drake.

—Tampoco a mí me gusta, pero ando a la caza de pruebas.

Permanecieron inmóviles, esperando. El pasillo estaba mal ventilado. Se percibía en él un olor a guisos y a humanidad hacinada. Al fondo del pasillo alguien estaba entretenido viendo la televisión, y las palabras se oían a través de las delgadas paredes del apartamento.

Mason introdujo una llave en la cerradura e intentó darle una vuelta, pero no le fue posible.

—Probaré esta otra —dijo.

De nuevo la llave se resistió a la presión de Mason.

Della Street dijo:

—¿Y si probáramos de usar la lima, jefe? El cerrajero dijo que tal vez deberíamos limar algún ángulo.

Mason continuó probando sin éxito las llaves, hasta que finalmente, la última de ellas dio suavemente la vuelta en la cerradura.

—¡Oh, oh! —dijo Drake.

Mason cogió el pomo de la puerta, no sin antes cubrirlo con un pañuelo, y empujando cuidadosamente, la abrió.

—Y ahora —dijo Drake— llegó el momento de decir que me desentiendo de todo esto.

Por unos instantes, Mason se quedó inmóvil en el umbral: luego buscó el interruptor y encendió la luz.

Parecía que un ciclón hubiese pasado por aquella habitación. Cajones y gavetas habían sido abiertos, la ropa estaba esparcida por el suelo, y montones de papeles se hallaban repartidos por doquier.

—Me parece que alguien se nos ha adelantado —dijo Della.

Se oyó como se abría la puerta del ascensor y alguien se adentró en el pasillo.

—Entremos —dijo Mason dejando paso a sus amigos. Della entró inmediatamente y Paul Drake vaciló un poco, pero entró también. Mason cerró la puerta.

—No toquéis nada —advirtió el abogado.

—Mira, Perry —dijo Drake—, estamos practicando un juego, en el que ignoramos quién tiene los triunfos. Lo único que sabemos es que no los tenemos *nosotros*.

Oyeron pasos y voces en el pasillo. Paul dijo en voz baja:

—Perry, estamos llevando las cosas demasiado lejos. Si nos encuentran aquí...

Della puso un dedo sobre los labios.

—¡Chitón, Paul! —dijo.

Las voces se fueron acercando y de repente reconocieron la voz del sargento Holcomb, de la Brigada de Homicidios, que decía:

—Así, pues, señora, usted ha reconocido su retrato.

Los pasos se detuvieron ante la puerta.

—Eso es —dijo una voz femenina—, he reconocido en la fotografía que publican los periódicos, a Frank Ormsby Newberg, el inquilino de este apartamento.

—Bueno —dijo el sargento—, identificar a alguien por medio de una fotografía es algo arriesgado. Veremos si hay alguien en el piso.

El timbre sonó. Paul Drake miró con desesperación a su alrededor.

—Hemos de buscar un sitio por donde escapar —musitó.

—No tenemos tiempo para buscarlo —contestó Mason cuchicheando—. Tienen una ganzúa. Della, ¿tienes un cuaderno de apuntes?

La joven afirmó.

—Sácalo.

De nuevo sonó el timbre.

—Escribe en seguida cualquier cosa, Della —dijo Mason.

Della Street se puso a escribir unas palabras taquigráficamente en el cuadernillo que acababa de sacar de su bolso.

De nuevo sonó el timbre, e inmediatamente, los nudillos del sargento golpearon la puerta.

—Probaremos con la ganzúa —dijo finalmente.

Mason hizo girar el pomo de la puerta y abriendo de golpe, dijo:

—¡Vaya, vaya, buenas noches, sargento Holcomb! ¡Esta sí que es

una sorpresa!

El rostro del sargento traicionó su asombrada incredulidad.

—¿Qué demonios hacen aquí? —dijo en cuanto consiguió recuperar el uso de la palabra.

—Estamos haciendo un inventario —dijo tranquilamente el abogado.

—¿Qué? ¿Con qué derecho está usted aquí y de qué hace usted ese inventario?

—De lo que hay aquí, claro está —dijo Mason.

Holcomb le miró en silencio, buscando unas palabras que no acudían a su mente.

—Mi cliente. Eleanor Hepner —dijo Mason— es la viuda de Douglas Hepner. De momento nos debatimos con una acusación de homicidio, pero es evidente que en cuanto todo quede aclarado, ella será la heredera de los bienes de su difunto esposo. En calidad de abogado suyo, estoy haciendo el inventario. Cinco camisas —continuó, dirigiéndose a Della—; uno, dos, tres, cuatro pantalones de deporte. Dos, tres, cuatro...

—Oiga —dijo el sargento Holcomb—, ¿insinúa usted que Frank Ormsby Newberg es el mismo Douglas Hepner?

—Pues, claro que sí —contestó Mason—. ¿Es que no lo sabía?

—¿Cómo diablos iba a saberlo? —exclamó el sargento—. De no ser porque esta mujer telefoneó, diciendo que había reconocido en la fotografía de los periódicos a Ormsby Newberg, jamás se nos hubiese ocurrido venir a este apartamento.

—Bueno —dijo Mason—, ¿y por qué no me lo preguntó a mí?

—¿A usted? —exclamó el sargento.

—Naturalmente —dijo Mason.

—¿Cómo han entrado?

—Con la llave.

—¿Con qué llave?

Mason hablaba con la voz indulgente que emplearía un padre afectuoso para explicar a un niño un problema de poca importancia.

—Ya le he dicho, sargento, que la señora Hepner, mi cliente, es la viuda del difunto Douglas Hepner. ¿Qué cosa más natural que ella tenga la llave del apartamento en que pasó su luna de miel?

La mujer, que a todas luces era la encargada de la casa, dijo:

—No sabía yo que él estuviese casado.

Mason le sonrió.

—Comprendo —dijo—; era un hombre bastante misterioso, ¿verdad?

—¡Vaya si lo era! —dijo la mujer—. Se presentaba a las horas más extraordinarias, a menudo desaparecía y no se le veía en algún tiempo. Luego regresaba y... nos volvía locos para hacer la limpieza semanal del apartamento.

—Sí, es comprensible —dijo Mason—. Eleanor ya me lo había contado. Sin embargo, en las actuales circunstancias, será mejor que esperemos a que sea la misma Eleanor quien cuente su historia en el banquillo de los testigos.

El sargento, totalmente amansado, dijo:

—Tal vez, puedan ustedes explicarme lo que todo esto significa. ¿A qué se debe que el apartamento esté en este desorden? ¿Lo han hecho ustedes para llevar a cabo su inventario?

—No, no hemos sido nosotros; quienes han revuelto todo se adelantaron a nuestra visita, y por lo visto, buscaban alguna cosa determinada. Sugiero que en cuanto hayamos terminado con el inventario, la policía registre las huellas dactilares. Ya habrá usted podido notar, sargento, que no hemos tocado nada. Nos mantenemos inmóviles en el centro de la habitación, haciendo inventario de los objetos visibles. Mira, Della, allí hay un armario con trajes. No empujes la puerta con la mano, sino con el pie, pues no conviene borrar huellas. Eso es. Un traje de tuxedo, tres trajes de trabajo, cinco pares de zapatos... Sí, al fondo del armario hay una maleta y...

—Oiga usted —interrumpió el sargento—, todo lo que hay aquí es material para pruebas.

—¿Pruebas de qué? —preguntó Mason.

—No lo sé aún, pero lo es con toda seguridad. Alguien ha estado aquí antes.

—Elemental, querido sargento —dijo Mason.

—¡Rayos! Ataca usted los nervios con su dichoso sentido del humor, Mason. ¿Asegura usted que Frank Ormsby es Douglas Hepner?

—Pues claro que sí —dijo Mason, como si aquel fuese el hecho más evidente de todo el caso.

—Hemos estado haciendo averiguaciones para saber dónde vivía

ese hombre, y teníamos la certeza de que debía tener un escondrijo como éste en alguna parte.

—Todas sus dudas se hubieran resuelto si me hubieran consultado —dijo Mason.

—Pues, al parecer, usted acaba de llegar ahora mismo —dijo Holcomb.

—Tiene usted razón, sargento. ¡He tenido tanto trabajo!

—Vamos a encargarnos de registrar todo esto. De momento, me pondré en contacto con la Comisaría. Que tomen nota de las huellas dactilares y que no dejen de estudiar uno por uno todos los objetos. No quiero que *nadie* toque nada de esto.

Mason vaciló unos momentos y dijo finalmente:

—Bien, no creo que la viuda tenga inconveniente en ello. Lo único que le recomiendo es que se respete cuidadosamente la propiedad individual. Como usted sabe, hay además una madre envuelta en este asunto y no quisiera que hubiese acusaciones contra la viuda...

—Si conoce el paradero de la madre, haga el favor de decírnoslo. No nos ha sido posible encontrarla.

—Hemos tropezado con la misma dificultad —dijo Mason—. Se diría que se la ha tragado la tierra. ¿No le parece a usted esto bastante sospechoso?

—No necesito sus sugerencias, Mason —dijo el sargento súbitamente agresivo—. ¿Sabe usted o no, dónde se encuentra la madre de Hepner?

—No.

—¿Tiene usted la llave de este apartamento?

—Sí la tengo.

—Démela.

Mason denegó con la cabeza.

—No, la encargada le dejará la llave siempre que usted la desee. En cuanto a la llave que está en mi poder, pertenece a mi cliente. Espero que se hará usted cargo de mi situación.

—Temo que no —dijo Holcomb—; hay algo que me da qué pensar en todo este asunto.

—Ya lo creo que lo hay —convino Mason con mucha benevolencia—. Es indudable que alguien ha estado aquí buscando alguna cosa. Yo creía que se trataba de la policía, hasta que usted

me ha asegurado lo contrario. No dudo de sus palabras, a pesar de que hay ocasiones en que se muestran ustedes algo reacios a confirmar la verdad.

—¿Cuánto tiempo hace que han llegado ustedes aquí? —preguntó Holcomb a Della Street.

—Hace un momento —dijo Mason pacientemente—. He tenido trabajo con la vista de este caso, y después con la preparación de mi defensa. No he tenido tiempo de ocuparme de los intereses civiles, a causa del trabajo que me ha dado la acusación de homicidio dictada en contra de mi cliente. Sin embargo, creo que...

—No hace falta que me empiece a soltar de nuevo ese disco —dijo Holcomb—. Yo le he hecho una pregunta a su secretaria y es ella quien debe contestar.

—Yo tan sólo quería darle la información que usted pedía —dijo Mason.

—¡Maldita sea! —exclamó el sargento—. Salgan de aquí ahora mismo. Voy a telefonar a la Comisaría, para que vengan a tomar las huellas dactilares. Váyanse y no vuelvan hasta que yo les autorice a ello.

—Su actitud es algo autoritaria —dijo Mason—, y dándose el hecho de que...

—¡Vamos, fuera de aquí! —dijo el sargento enfadado—. ¡Váyanse al infierno!

Se enfrentó con la encargada de la casa, mujer bastante entrada en carnes y de unos cuarenta y tantos años, que no perdía palabra ni detalle de cuanto allí ocurría.

—Vamos a precintar este apartamento, para que nadie pueda penetrar en él. Si es usted tan amable de salir al pasillo, obligaré a los demás a que la sigan y así seré el último en abandonar esta habitación. Voy a comunicarme con la Comisaria.

La mujer salió del apartamento.

—Vamos, salgan —dijo el sargento dirigiéndose a Mason.

Paul Drake salió al pasillo con celeridad; Della le siguió y Mason cerró la marcha, no sin antes decir:

—Debes hacer constar en tus apuntes, Della, que el inventario fue interrumpido por la policía, la cual se dispone a hacer una investigación acerca de un presunto robo. Indicas la fecha y la hora. Por el momento —dijo dirigiéndose al sargento—, sólo me queda

hacer constar que me propongo hacer responsable a la policía de los inconvenientes que sobrevengan en caso de que no se me avise a tiempo, para hacer el inventario.

Invitando a Della para que le siguiera, Mason se adentró por el pasillo, en dirección al ascensor.

Cuando estuvieron encerrados en la estrecha cabina, Drake se apoyó en un rincón de la misma y se enjugó con un pañuelo el sudor de la frente.

—Haces las cosas más endiabladas, Perry —dijo.

Della Street preguntó con voz preocupada:

—¿Cómo vas a explicar el hecho de que Eleanor, que se halla privada de memoria, y según le ha dicho a la policía, es incapaz de recordar todo lo ocurrido después de su matrimonio, te haya revelado todo lo relativo al apartamento en que vivía Hepner y te haya dado la llave del mismo?

—Cuando llegue el momento —dijo Mason—, ya encontraré alguna escapatoria.

—¡No la encontrarás! —exclamó Drake—. No hay escapatoria posible. Te encontrarás ante un precipicio, y no podrás salvarlo.

CAPÍTULO XIII

Cuando, a la mañana siguiente, se reanudó la vista de la causa, la sala ofrecía un aspecto muy distinto al que por lo corriente presentaban los juicios en que intervenía el abogado Perry Mason. Tan sólo había escasos espectadores, y ello significaba que para el público en general, el caso de Eleanor Hepner estaba perdido y que ni el ingenio de Perry Mason iba a poder presentar los hechos bajo un prisma que los convirtiera en dramáticos y susceptibles de controversia.

Hamilton Burger, el fiscal del distrito, se fijó en las plazas vacantes y se sintió desilusionado. En aquellos casos en que se había visto derrotado y puesto en ridículo por Mason, la sala estaba abarrotada y plagada de periodistas, y ahora que iba a tener ocasión de cubrirse de gloria, tan sólo se encontraría ante un escaso auditorio.

—Señoría —abrió la marcha Hamilton Burger—, deseo llamar al estrado a la testigo Ethel Belan.

—Conforme —dijo el juez—. Señorita Belan, acérquese y preste juramento.

Ethel Belan se presentó muy bien arreglada y resplandeciendo seguridad en sí misma. Sentía un incontenible deseo de medir sus fuerzas con Mason. Levantó la mano para prestar juramento y se colocó en el banquillo de los testigos, donde contestó a las preguntas preliminares, relativas a su ocupación y residencia. Luego se volvió a Hamilton Burger.

Este, con el gesto del mago que en escena se dispone a asombrar al público con su actuación, dijo:

—¿Vive usted en los *Apartamentos Belinda*?

—Sí, señor, mi apartamento es el 360.

—¿Quién ocupa el apartamento contiguo al suyo y orientado al Sur?

—La señorita Suzanne Granger ocupa el apartamento 358.

—¿Conoce usted a la señorita Granger?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que esa señorita vive en el apartamento?

—Creo que unos dos años.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted viviendo en el apartamento 360?

—Algo más de dos años.

—¿Conoce usted a la acusada, Eleanor Corbin?

—Sí, señor.

—¿Cuándo la conoció?

—El día nueve de agosto.

—¿Del año en curso?

—Sí.

—¿Cómo entró usted en relación con la acusada?

—Se presentó en mi casa para hacerme una proposición.

—¿Y le hizo esa proposición?

—Sí.

—¿Por escrito, o verbalmente?

—Verbalmente.

—¿Dónde tuvo lugar su entrevista?

—En mi apartamento.

—¿Quién estuvo presente en la entrevista?

—Estábamos solas, la acusada y yo.

—Díganos, con la mayor exactitud, lo que en aquella ocasión le dijo la acusada.

—La acusada me dijo que tenía gran interés en averiguar cosas relacionadas con la señorita Suzanne Granger.

—¿Le dijo por qué?

—Dijo que Suzanne Granger la había robado su novio.

—¿Dijo novio y no marido?

—Ella dijo novio.

—¿Le dijo el nombre de su novio?

—Sí, señor.

—¿Qué nombre era el de su novio?

—Douglas Hepner.

—¿Y en qué consistía la proposición que le hizo a usted la acusada?

—Deseaba venir a vivir conmigo. Quería comprobar si Douglas

Hepner se trataba con Suzanne Granger. Según me dijo, Hepner le había dicho a ella que estaba en tratos de negocios con Suzanne Granger, pero ella no lo creía y deseaba salir de dudas. Se ofreció a pagarme doscientos dólares como bonificación y ochenta y cinco dólares semanales, durante dos semanas.

—¿Y qué contestó usted a la proposición que le hizo?

—Pues, como es natural, no desprecié la ocasión. El alquiler del apartamento es bastante alto, mi anterior inquilina se había marchado y yo me sentía muy sola. Habíamos compartido el apartamento durante dieciocho meses, y luego tuve que correr yo sola con todos los gastos, pues deseaba encontrar a alguien que congeniase conmigo. No fue tan fácil como yo esperaba. La oferta de la acusada era de las que no se rechazan.

—¿Y es así como la acusada se instaló en su apartamento?

—Sí, señor.

—Tengo aquí un plano del piso de usted y otro del piso de la señorita Granger. ¿Quiere decirme si la distribución de las habitaciones coincide con este esquema?

—Coincide con mi apartamento, pero yo jamás estuve en el de la señorita Granger.

—No importa. Otro testigo informará de ello. De momento, lo que interesa es saber si el esquema del piso de usted coincide con éste que le presento.

—Sí, señor, coincide.

—¿Escogió la acusada algún lugar concreto del apartamento para instalarse en él?

—Sí, señor. Mi dormitorio tenía un armario muy grande y estaba junto al dormitorio ocupado por Suzanne Granger, en el departamento 358. La acusada insistió en que yo me trasladase de habitación para poder disponer del armario de mayores dimensiones, y al mismo tiempo, estar cerca de Suzanne Granger.

Hamilton Burger se levantó con poderoso empaque y puso en su voz una entonación de afectada solemnidad:

—Le enseño la prueba G; un revólver del calibre 38, de la marca *Smith y Wesson*, número C-48809 y le pregunto: ¿Ha visto esta arma antes de ahora?

—Señoría —dijo Mason—, me opongo a esta pregunta, por considerarla capciosa y tendenciosa.

—Puede contestarme con un sí o un no —dijo Hamilton Burger.

—Eso es cierto —dijo Mason—, pero usted ya ha indicado la pregunta que desea. Si desea interrogar a la testigo acerca de un arma, puede hacerlo, pero sin colocarla frente a un arma determinada, mostrándosela y diciendo incluso el número que ostenta. Si ella vio un revólver del calibre 38, déjela que lo reconozca por sí misma.

—Todo esto es evidente, señoría —dijo Hamilton Burger—. Esta objeción no tiene más fin que...

—Bajo el punto de vista técnico —interrumpió el juez Moran—, la objeción es acertada.

—De acuerdo —dijo Hamilton Burger, colocando el revólver sobre el escritorio del pasante, con un gesto de disgusto—; ¿poseía algún arma la acusada?

—Sí, señor.

—¿Qué clase de arma?

—Un revólver.

—¿De qué clase?

—Del calibre 38.

—¿Sabría usted describir ese revólver?

—Era de acero azulado y tenía el cañón corto. Era igual al revólver que acaba usted de enseñarme.

Burger se volvió hacia el jurado y sonrió a Mason con ostensible expresión de triunfo.

—¿Le enseñó ella ese revólver?

—Lo vi en su neceser.

—A propósito —dijo Burger—, ¿qué equipaje llevaba consigo la acusada cuando se presentó en el apartamento de usted?

—Llevaba dos maletas, el neceser y un saco de mano, todo ello a cuadros blancos y rojos.

—¿Qué se hizo de ese equipaje?

—Me telefoneó para hablarme de él.

—¿Quién le telefoneó?

—La acusada.

—¿Habló con ella por teléfono?

—Sí, señor.

—¿Reconoció su voz?

—Sí, señor.

—¿La nombró a usted por su nombre?

—Sí, señor.

—¿Y usted la nombró a ella por el suyo?

—Sí, señor.

—¿Qué día sostuvieron esa conversación?

—El diecisiete de agosto.

—¿Y qué le dijo la acusada?

—Dijo: «Ethel, va a tener que ayudarme. Finjo padecer amnesia. No diga a nadie que me hospedo en el apartamento de usted. No haga declaraciones a policías o reporteros. Limítese a callar. Enviaré a por mi equipaje en cuanto me parezca prudente.»

—¿Está usted segura de que fueron éstas sus palabras?

—Sí, señor.

—¿Entonces, la acusada le dijo a usted que fingía padecer amnesia?

—Sí, señor.

—¿Y eso ocurrió el diecisiete?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las ocho y media de la mañana.

—¿Así, pues —dijo Burger, dando a sus palabras una entonación que demostraba que consideraba aquel momento como el instante álgido del caso— fue entonces cuando le preguntó a la acusada el motivo de tanto secreto y de que fingiese verse atacada de amnesia?

—Sí, señor.

—¿Contestó la acusada a su pregunta?

—Sí, señor.

—¿Dio la acusada alguna explicación que aclarase los motivos de su actitud?

—Sí, señor.

—¿Qué explicación fue esa?

—Puedo repetirle las palabras exactas que pronunció la acusada, pues se me quedaron grabadas. Me dijo así: «Ethel, estoy en un lío y he de ver la manera de salirme de él».

Hamilton Burger se colocó frente al jurado, con las manos extendidas y guardó silencio, con el fin de acentuar el dramatismo del momento.

El juez Moran, dándose cuenta de la táctica del fiscal del

distrito, dijo con voz que acusaba irritación:

—No se detenga y proceda con su interrogatorio, señor fiscal, de lo contrario lo consideraré como terminado y la defensa procederá al contrainterrogatorio.

—No, señoría —dijo Hamilton Burger—, no he terminado aún con la testigo. Tan sólo estaba haciendo acopio de ideas, para continuar mis preguntas.

—Pues hágalas y siga preguntando —dijo el juez.

—Sí, señoría.

Hamilton Burger se dirigió a la testigo:

—¿No es cierto que cuando la acusada le hizo estas declaraciones, el cadáver de Hepner aún no había sido encontrado?

—Protesto esa pregunta que conduce a una conclusión capciosa y tendenciosa por parte de la testigo —dijo Mason.

—Aceptada la protesta —concedió el juez Moran.

Burger atacó por otro lado.

—¿Qué hizo usted con el equipaje perteneciente a la acusada y que, según afirma, se encontraba en posesión de usted?

—Lo entregué a su abogado.

—¿Se refiere usted al señor Perry Mason, el abogado que encabeza la defensa?

—Sí, señor.

—¿En qué día le entregó ese equipaje?

—En la tarde del día diecisiete de agosto.

—¿Por qué se lo entregó?

—El señor Mason se presentó en mi domicilio acompañado de su secretaria, la señorita Della Street. Estaba al corriente de que la señorita Eleanor Corbin había compartido mi apartamento y... en fin, por lo que dijo, pensé que... Bueno, él me dijo que le entregase el equipaje y permití que se lo llevase.

—¿El equipaje que se llevó el señor Mason era el mismo que había llevado la acusada?

—Sí, era el mismo.

Hamilton Burger prosiguió:

—Observe el maletín que le enseñó. Lleva marcadas las iniciales E. C. ¿Lo ha visto en alguna otra ocasión?

—Sí, señor.

—¿Dónde lo vio con anterioridad?

—En mi apartamento.

—¿Cuándo?

—Cuando Eleanor lo llevó a mi apartamento, y cuando el señor Mason se lo llevó de allí.

—¿Asegura usted al Tribunal y al jurado que éste es el equipaje que la acusada llevó a su apartamento?

—Sí, señor.

—¿Así, pues, estas dos maletas, el saco de mano y el neceser, son el equipaje que la acusada llevó a su apartamento?

—Sí, señor.

—Pido que sean considerados como pruebas, señoría.

—¿Tiene algo que objetar? —preguntó el juez a Mason.

—No he de objetar acerca de los equipajes, pero el contenido no ha sido identificado.

—Los bultos se hallan vacíos —sonrió Burger—. Esperaba esta protesta de la defensa.

—En tal caso, nada he de objetar en contra de que sean considerados como prueba. Estoy convencido de que se trata del mismo equipaje que me fue entregado por la testigo.

Burger se volvió de pronto hacia Mason:

—Puede usted empezar la contrainterrogación.

El fiscal del distrito se dirigió con ostentosa satisfacción a su asiento, sonriendo a los dos pasantes que se sentaban a cada uno de sus lados.

—¿Pretende usted —dijo Mason a Burger— incluir este esquema como prueba?

—Sí.

—¿Aseguró usted que otro testigo reconocería la exactitud de coincidencia de este plano con el piso de la señorita Granger?

—Así es.

—Si se encuentra en la sala ese testigo, aplazaré mi intervención hasta que le haya usted interrogado y se haya demostrado que, en realidad, el plano corresponde a la distribución de las habitaciones de ese apartamento.

—Conforme —dijo Hamilton Burger—. Que se presente Webley Richey. Por favor, señorita Belan, deje por unos instantes el sitio al señor Richey. El testimonio de ese señor será brevísimo y de nuevo ocupará usted el banquillo.

—Sí, señor —dijo la testigo.

—Siéntese junto a la barandilla —indicó el juez Moran—. El señor Mason proseguirá su contrainterrogatorio en cuanto haya hecho algunas preguntas al señor Richey. Me figuro que dichas preguntas serán una mera rutina, ¿no es cierto, señor fiscal?

—Sí, señor.

—Adelántese, y preste juramento, señor Richey —dijo el juez Moran.

Mason miró al hombre que subía al estrado y le dijo por lo bajo a Della, que se encontraba a su lado:

—¡Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí! Al conserje suspicaz que nos plantó cara.

Richey se adelantó, prestó juramento y dijo su nombre, edad, dirección y ocupación, y después miró fijamente a Hamilton Burger. Este, con una voz que indicaba al jurado que todo aquello no obedecía más que a un deliberado propósito de entorpecer la marcha del proceso, por parte de la defensa, dijo:

—Según tengo entendido, se llama usted Webley Richey, y está empleado como conserje en los *Apartamentos Belinda*. ¿No es cierto?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted empleado allí?

—Algo más de dos años.

—¿Conoce usted bien todos los apartamentos?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted a la señorita Suzanne Granger, la inquilina del apartamento número 358?

—Sí, señor; la conozco.

—¿Y conoce también a Ethel Belan, la testigo que acaba de prestar declaración?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted la distribución de las habitaciones de los apartamentos ocupados por Suzanne Granger y Ethel Belan?

—Sí, señor.

—Dígame si el plano que le enseñó se ajusta fielmente a la distribución de las habitaciones de los apartamentos 358 y 360.

El testigo miró el plano y dijo:

—Sí, señor, concuerdan. Los dos apartamentos son idénticos. La única diferencia que existe entre ellos es que el armario de uno de

los dormitorios del número 360 mide un metro menos que los que se reproducen en este plano. A no ser por este detalle, los apartamentos son iguales a los del plano.

—¿Este plano está hecho a escala?

—Sí, señor.

—¿Quién lo hizo?

—Yo mismo, señor.

—¿A petición de quién?

—A petición suya.

—¿Y es un plano exacto, calculado y detallado?

—Sí, señor, así es.

—Reclamo que este plano sea considerado como prueba —dijo Burger—. Eso es todo.

—Perdone, debo hacer unas preguntas en calidad de contrainterrogatorio —dijo Mason.

—No es posible que pueda objetar nada al plano —dijo Hamilton Burger.

—Tan sólo deseo aclarar algunos detalles acerca de la identidad del testigo —dijo Mason.

—Muy bien —asintió el juez Moran—; en tal caso, proceda a contrainterrogar.

Su voz indicaba que consideraba aquel contrainterrogatorio como una pérdida de tiempo para el Tribunal y el jurado.

Richey miró a Mason con la misma expresión suspicaz con que le había atendido cuando en la recepción de los *Apartamentos Belinda*.

—¿Recuerda la primera que me vio, en agosto del año en curso?

—Sí, señor, lo recuerdo muy bien.

—Le pregunté por Suzanne Granger, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y me dijo usted que había salido y no la podía ver?

—Así es, señor.

—¿Le dije yo quién era y le indiqué que deseaba dejar una nota para ella?

—Sí, señor.

—Protesto, señoría —dijo Hamilton Burger—. No hay motivo para un contrainterrogatorio. El testigo sólo ha subido al estrado para declarar acerca de la exactitud del plano de los apartamentos.

Ya lo ha hecho y la defensa no ha presentado objeción alguna. Este contrainterrogatorio es improcedente, completamente fuera de lugar. Su único fin es hacernos perder el tiempo.

—Así parece —dijo el juez Moran—. Señor Mason, comparto el criterio del señor fiscal.

—El objeto de este contrainterrogatorio es demostrar la animosidad de este testigo.

—¿Pero qué beneficio puede reportar la declaración de este hombre, ya que...? —El juez Moran se detuvo a tiempo y terminó sosegadamente—: Muy bien. Técnicamente, está usted en su derecho de interrogar al testigo. Siga, pues, adelante. La objeción no es atendida.

—Tan sólo deseo que me conteste usted a una pregunta —dijo Mason fijando su penetrante mirada en el testigo—. Cuando yo le dije que deseaba ver a Suzanne Granger, ¿no es cierto que se retiró usted a un compartimiento privado y encristalado, desde el cual telefoneó a la señorita Ethel Belan?

Mason se asombró de la expresión consternada que adquirió el rostro del testigo.

—Yo... yo acostumbro a llamar a muchos apartamentos —dijo.

—Le estoy preguntando —tronó Mason—, si en aquella determinada ocasión se retiró usted al compartimiento privado y telefoneó a la señorita Belan.

—Pues... como usted comprenderá, señor Mason, no me es posible recordar todas las llamadas que efectué a los apartamentos. Yo...

—Le estoy preguntando —vociferó Mason— si en aquella determinada ocasión no se retiró usted al compartimiento y llamó a la señorita Ethel Belan. Contesté sí o no.

—Eso será, desde luego, si recuerda lo que hizo en aquella ocasión —terció Burger.

—No lo recuerdo —dijo Richey, lanzando al fiscal una mirada de agradecimiento.

Mason sonrió y preguntó al testigo.

—¿Lo hubiese usted recordado de no intervenir el señor fiscal del distrito?

—Señoría —dijo Hamilton Burger—, me opongo a esta pregunta que no es propia de un contrainterrogatorio.

—Creo —dijo el juez— que la pregunta está indicada. Todos hemos podido observar el cambio de actitud del testigo ante el giro que tomaba el interrogatorio. Debe usted contestar a esa pregunta, señor Richey...

—Yo... yo no recuerdo haber llamado al apartamento de Ethel Belan.

—¿No recuerda haber llamado jamás al apartamento de Ethel Belan? —preguntó Mason.

—¡Claro que sí! Llamo a menudo a los apartamentos.

—¿Qué pretende dar a entender cuando dice que no recuerda haber llamado?

—Quiero decir que no recuerdo haberlo hecho en esa precisa ocasión.

—¿No recuerda haber entrado en el despacho privado?

—No.

—¿Recuerda la conversación que sostuvo conmigo?

—Sí.

—¿Recuerda lo que hizo en cuanto terminó esa conversación?

—No.

—Dígame —dijo Mason—, si en cualquier momento de ese día habló usted con Ethel Belan y le dijo que había un abogado llamado Perry Mason, que deseaba verla. ¡Conteste sí o no! ¿Lo hizo?

—Pues... no lo creo.

—¿Hizo usted uso de palabras que dieran a entender lo que le he preguntado?

—Yo... sencillamente, me es imposible recordar lo que usted desea, señor Mason.

—Gracias, eso es todo. Estoy conforme con que el plano de los apartamentos sea incluido entre las pruebas. Ahora agradeceré a la señorita Belan que suba al banquillo de los testigos.

Richey abandonó el banquillo y la señorita Belan ocupó su lugar. Al sentarse, miró al abogado con una expresión que equivalía a decir: «Vamos, empieza. A ver si puedes conmigo».

—¿Está usted segura de que la acusada tenía un revólver cuando vivía en el apartamento de usted? —preguntó Mason.

—Tengo la seguridad absoluta.

—¿Era un revólver de acero azulado?

—Sí.

—¿Era del calibre 38?

—Sí.

—¿En cuántos calibres se fabrican los revólveres?

—No soy experta en revólveres. Lo ignoro.

—¿Qué quiere decir «calibre 38»? —preguntó Mason—. ¿A qué hace referencia este término?

—Es así como se describe un revólver.

—Es cierto —dijo Mason—; así es como se describe un revólver. Pero ¿a qué hace referencia el término empleado?

—Tendrá algo que ver con el peso de los cartuchos, ¿no?

—¿Con el peso de las balas?

—Sí.

—¿Es decir, que una bala larga será de mayor calibre que una corta?

—Protesto, señoría —intervino Burger—. La defensa está intentando desorientar a la testigo. Estas preguntas no son adecuadas a un contrainterrogatorio. La testigo no está calificada como experta y...

—Desestimada la protesta —dictó el juez Moran—. La testigo ha afirmado que el revólver que vio en posesión de la acusada era del calibre 38. La defensa está en su derecho al querer averiguar lo que ella entiende por esa denominación.

—Adelante —dijo Mason—. Conteste usted a la pregunta.

—Pues, si la bala es larga y tiene más peso, entonces es de mayor calibre, o al menos, así lo creo yo.

—¿Eso es lo que usted entiende por «calibre»?

—Sí, señor.

—Así, pues, cuando usted describe un revólver del calibre 38, se refiere a un revólver que dispara balas de cierto peso. ¿No es cierto?

—Señoría —insistió Hamilton Burger—, estas preguntas son impropias de un contrainterrogatorio y no tienden más que a confundir a la testigo.

—Se desestima la protesta —dijo el juez Moran—. Que la testigo conteste a la pregunta.

Ethel Belan miró al fiscal con cierta vacilación y finalmente contestó:

—Sí, señor. Así lo creo.

—Cuando se refirió al revólver como del «calibre 38», ¿aludía

usted al peso de las balas?

—Sí, señor.

—¿Supone usted que la bala era de un determinado peso?

—Es lo que creo, sí, señor.

—¿No es cierto que usted ignora si el revólver pertenecía al calibre 38, 32, o al 44?

—A mí me lo nombraron como un revólver del calibre 38 —dijo la testigo ostensiblemente confusa.

—Por lo tanto, usted se ha limitado a repetir las palabras que ha oído, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y cuando dijo que se trataba de un revólver del calibre 38, igual pudo decir que el calibre era del 32, o del 44, ¿no es verdad?

—Sí, señor, pero el señor fiscal me dijo...

—No interesa lo que dijo el señor fiscal, sino lo que usted sabe acerca del asunto —dijo Mason—. ¿Conocía usted o no el calibre del revólver?

—Pues, si tanto insiste, tendré que reconocer que no sé lo que se entiende por «calibre».

—¿Hemos de deducir de ello que usted ignora si la acusada tenía un revólver del calibre 38 o del calibre 44?

—Pues bien —estalló la testigo—, lo ignoro.

—A eso es precisamente a lo que yo quería llegar —prosiguió Mason—. Y ahora veremos si su memoria es algo mejor que la del señor Richey. ¿Recuerda cuando el señor Richey la telefoneó a su apartamento para decirle que el abogado Perry Mason se encontraba en el edificio y preguntaba por Suzanne Granger? ¿Y no le dijo que, al parecer, el abogado desconfiaba de algo, pero que él, Richey, había hecho lo posible por alejarle para que no la molestase? Bien, fácilmente, las palabras del señor Richey no fueron exactamente éstas, pero su significado equivalía a ellas. ¿Recuerda el momento de esa conversación?

Ethel Belan levantó la cabeza y su mandíbula se contrajo, miró a Mason con desafío, pero al encontrarse sus ojos con los grises y fríos del abogado, vaciló, bajó los párpados y dijo:

—Sí, lo recuerdo.

—¿Recuerda el día y la hora?

—Era por la tarde del día diecisiete de agosto. No sé con

exactitud la hora que era.

—¿Pero podría usted localizar el momento, si se acordase de la hora en que yo llamé a su puerta? —preguntó Mason—. Fue precisamente antes de mi llegada, ¿no es cierto?

—Bueno... que sea como usted quiera.

—No se trata de lo que quiera yo, ni de lo que quiera usted, se trata de una pregunta que debe usted contestar ante el Tribunal y el jurado.

—Pues bien, sí; el señor Richey me llamó por teléfono y me dijo, más o menos, lo que usted ha indicado.

—¿Qué clase de relación existe entre usted y el señor Richey?

—Señoría, protesto. Esta pregunta es improcedente, impropia e inadmisible en un contrainterrogatorio —dijo Burger.

El juez Moran dudó unos momentos y decidió:

—Es aceptada la protesta.

Mason, demostrando disgusto e indignación, de manera que su gesto no pasase inadvertido al jurado, se sentó y dijo a Della:

—Me interesa llevar este interrogatorio de forma que los jurados tengan la impresión que me veo atado de manos por el juez y por las constantes protestas del fiscal. Deseo que tengan la sospecha de que en este caso hay algo importante que se les oculta deliberadamente. Estoy hablando contigo, para que crean que estamos discutiendo acerca de lo mucho que sabemos y no podemos declarar.

Della Street afirmó.

—Ahora —dijo Mason—, debes mover gravemente la cabeza.

Ella obedeció. Mason suspiró e hizo con las manos un gesto de impotencia. Luego dijo:

—Señoría, ésta es una parte del caso que la defensa considera como vital.

Miró de nuevo a Della y prosiguió, encogiéndose de hombros:

—Si es ésta la decisión del Tribunal, no he de hacer más preguntas.

—El Tribunal no pretende poner cortapisas —dijo el juez Moran, advirtiéndole que Mason le había colocado en una situación que se prestaba a conclusiones erróneas—. Está usted autorizado para proseguir las preguntas.

—¿Puso usted al señor Richey en antecedentes de su relación

con la acusada? —preguntó Mason.

—Protesto la pregunta por tratarse de un tema ajeno e impropio de un contrainterrogatorio —dijo Burger.

—Apruebo la pregunta, teniendo en cuenta que aclarará la actitud de la testigo —dijo el juez Moran.

—Conteste a la pregunta —dijo Mason.

—En cierto modo, sí.

—¿Y le aconsejó él?

—Repito la protesta —saltó Burger.

El juez Moran tamborileaba con sus dedos en el ángulo de su sillón.

—Lo que un tercero haya dicho a la testigo —dijo— no tiene que ver con lo que nos interesa ahora. Conteste sí o no a la pregunta que le han hecho.

—Sí.

—¿Qué le aconsejó Richey?

—Protesto, señoría. Esto entra de lleno en...

—Soy de la misma opinión —dijo el Juez—. La protesta se acepta.

—¿Pidió usted consejo y lo recibió antes de que la acusada fue arrestada?

Burger intervino agresivamente:

—Protesto, alegando que ésta es una pregunta capciosa, e impropia de contrainterrogatorio.

El juez Moran reflexionó.

—¿No le es posible evitar esa pregunta, señor Mason?

—No señoría.

El juez miró perplejo al fiscal.

—Veo que mi objeción ha recibido buena acogida, señoría —dijo Hamilton Burger—. Es obvio que la defensa no actúa con rectitud. Si existe alguna relación entre los testigos, que pueda ofrecer algún interés en lo referente a este caso, la defensa no tiene más que especificarlo.

—Mi pregunta es lo bastante amplia como para darlo a entender así —dijo Mason.

—Precisamente es una pregunta demasiado amplia —recalcó Hamilton Burger—; lo incluye todo. Tanto es así, que no está indicada en el contrainterrogatorio.

—De acuerdo —dictó el juez Moran—, el Tribunal acepta la protesta.

—Eso es todo —dijo Mason.

—Eso es todo —espetó Burger.

La testigo se disponía a abandonar el banquillo, cuando Hamilton Burger, dando muestras de haber recordado algo repentinamente dijo:

—¡Oh, no! No he terminado aún. En realidad debí aludir a ello en mi interrogatorio. Ruego al Tribunal y a la defensa que me disculpen. Se trata de algo que había olvidado y que uno de mis pasantes acaba de recordarme.

—Bien, le autorizo a hacer esa pregunta —dijo el juez Moran.

Hamilton Burger se enfrentó con la testigo:

—¿Vio usted a la acusada en posesión de algo más que ese revólver? Me refiero a objetos de más valor.

—Sí.

—¿Qué objetos eran esos?

—Una gran cantidad de piedras preciosas.

—¿Ha dicho usted piedras preciosas? —dijo Burger muy excitado.

—Eso es.

Los miembros del jurado se habían sentado en el borde de sus asientos y escuchaban fascinados a la testigo.

—¿Cuándo tuvo usted ocasión de ver esas piedras preciosas?

—Me disponía a entrar en la habitación de Eleanor. La puerta estaba entornada y la empujé. Como recientemente habían sido engrasados los goznes, ella no me oyó.

—¿Qué estaba haciendo la acusada?

—Tenía encima de la cama un montón de piedras preciosas, colocadas sobre un papel. Se hallaba arrodillada ante la cama, de espaldas a mí. Estaba contando las piedras.

—¿Cuántas había?

—Muchas.

—¿Supo ella que usted la había visto?

—No, señor. Me marché en cuanto me di cuenta de que me inmiscuía en algo que no me atañía. Entorné de nuevo la puerta y ella no llegó a saber...

—No importa que ella supiese o no que usted la había visto —

interrumpió Burger—. No es usted adivina del pensamiento. ¿Vio usted esas piedras preciosas?

—Sí, señor.

—¿No sabe a dónde fueron a parar esas piedras?

—No, señor.

—¿Pero usted las vio en poder de la acusada?

—Sí, señor.

—¿Y por lo que ha llegado a saber, esas piedras podían muy bien encontrarse en las maletas que entregó al señor Perry Mason?

—Protesto, por ser ésta una suposición que carece de fundamento que es, además, tendenciosa e impropio —dijo Mason.

—Aceptada la protesta.

—Contrainterrogatorio —indicó Burger.

Tras larga vacilación, Mason dijo a Della Street:

—Me está tendiendo una trampa, Della, y voy a tener que soslayarla. Presenta las cosas como si yo tuviese algo que ver con estas piedras preciosas, y da así la impresión de que oculto algo al jurado. Bien, lancémonos.

Mason se levantó y dando la vuelta a la mesa se detuvo ante la testigo y la miró detenidamente.

—¿Dice usted que se quedó en el umbral de la puerta? —preguntó.

—Sí.

—¿Y vio las piedras sobre la cama?

—Sí.

—¿A qué distancia se encontraba usted?

—A unos tres metros y medio.

—¿Se dio usted cuenta de que se trataba de piedras preciosas?

—Sí, señor.

—¿De qué clase?

—Diamantes, esmeraldas y algunos rubíes.

—¿De cuántas piedras preciosas ha sido usted dueña en toda su vida? —preguntó Mason.

—Pues... tengo algunos diamantes pequeños.

—¿Eran las piedras que usted vio, como sus diamantes?

—No.

—¿Cuántos diamantes bien tallados ha tenido usted?

La testigo desvió la vista.

—¿Cuántos? —insistió Mason.

—Ninguno —confesó Ethel Belan.

—¿Cuántos rubíes auténticos le han pertenecido?

—Uno. Es decir, me lo regalaron y supongo que era auténtico.

—¿Durante cuánto tiempo lo conservó en su poder?

—Sigo teniéndolo.

—¿Cuándo se lo dieron?

—Hace diez años.

—¿Y dice usted que es auténtico?

—Supuse que lo era. Ya le he dicho, señor Mason, que me lo regalaron, y, por lo tanto, no puedo tener la seguridad absoluta de que lo sea. Sin embargo, yo siempre lo tuve por auténtico.

—¿Y qué me dice de los rubíes que vio sobre la cama? ¿Eran auténticos, sintéticos o de imitación?

—Eran rubíes.

—¿Genuinos?

—Sí, señor. Al menos, esa es la impresión que me dieron. Lo declaro apelando a mi mejor buena voluntad.

—Perfectamente —dijo Mason—. ¿Y ha cambiado usted a menudo de opinión cuando ha tratado de este tema con el señor fiscal?

—Le dije cuanto había ocurrido y no tuve que variar mis declaraciones.

—¿Le dijo usted lo que se disponía a declarar?

—Sí, en cierto modo.

—Le dijo usted todo cuanto ocurrió, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y le dijo usted que aquellos eran rubíes auténticos?

—Sí.

—Usted se encontraba a unos tres metros y medio de ellos, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿No se encontraba más cerca?

—No, no lo creo.

—¿Cuánto tiempo permaneció usted en el umbral de la puerta?

—Quizás unos diez segundos.

—Ese rubí que le pertenece, ¿cómo está montado? ¿En forma de

sortija?

—Sí.

—¿Es el rubí la piedra que corresponde a su fecha de nacimiento?

—Sí.

—¿Siente usted un interés sentimental por él?

—Sí.

—Lo habrá llevado usted en su dedo en repetidas ocasiones, me imagino.

—Sí.

—Y lo habrá contemplado a pocos centímetros de sus ojos.

—Sí.

—Y, aun así —dijo Mason—, duda usted de que su rubí sea auténtico. Sin embargo, pretende hacer creer al jurado que, estando a unos tres metros y medio de esas piedras preciosas y contemplándolas solamente durante unos segundos, usted no vacila en afirmar que son auténticas. ¿No es eso?

—Bueno, claro está que si presenta así las cosas, todo parece absurdo.

—Si parece absurdo —dijo Mason— es porque lo es. Usted no es experta en joyas.

—No lo soy, pero se sabe cuándo unas piedras son auténticas o no.

—¿Cómo?

—De una manera instintiva. Se nota en su resplandor.

—Pero, por lo visto, su instinto falla en cuanto a ese rubí que posee desde hace diez años. Usted solamente supone que es genuino. Ignora si es auténtico, o de imitación, y qué clase de rubí es.

—Bien... es diferente a los rubíes que tuve ocasión de ver entonces.

—¿En qué sentido?

—Los rubíes que vi tenían más fuego.

—¿Así, pues, llega usted a la conclusión de que el rubí que le pertenece desde hace diez años, no es auténtico, sino una imitación o sintético?

—No lo sé.

—¿Cuántas piedras preciosas vio usted entonces sobre la cama?

—Quizás unas cincuenta.

—¿Cree usted que pudieron ser más?

—Es posible. Tal vez había unas setenta y cinco.

—Si tuvo usted tiempo para fijarse en setenta y cinco piedras preciosas, creo que emplearía más de diez segundos en su contemplación, ¿no cree?

—Tal vez.

—¿No sabe usted que un experto en joyas necesita muchos segundos, además de una lupa, para asegurar que una gema es genuina?

—Sí, supongo que sí.

—¿Y usted, sin entender en piedras preciosas, sin haber tenido en su vida más que un rubí, que ignora si es auténtico, se atreve a jurar que son auténticas unas gemas que ha visto durante diez segundos, a una distancia de tres metros y medio?

—Yo no he dicho tal cosa. No puedo asegurar que cada una de esas gemas sea genuina.

—¿Cuántas de ellas cree usted que son espúreas?

—No lo sé.

—¿Qué porcentaje de ellas cree usted que es espúreo?

—Lo ignoro.

—¿Cuántas supone que eran auténticas?

—No lo sé.

—¿Había, cuando menos, una que fuese auténtica?

—Sí, claro que sí.

—¿Cuántas? ¿Dos?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—¡En una palabra —dijo Mason—, que ignora usted si eran falsas o no!

—Yo creo que eran auténticas.

—Lo supo por instinto, ¿no es así?

—Sí.

—Usted únicamente comprobó que brillaban como un montón de gemas, ¿no?

—Sí.

—Eso es todo —dijo Mason, sonriendo al jurado.

Hamilton Burger se adelantó con sonrisa triunfante.

—Ahora bien, teniendo en cuenta que Douglas Hepner falleció el

dieciséis de agosto y alrededor de las cinco de la tarde, ¿vio usted esas gemas antes, o después de su muerte?

—¡Protesto! —dijo Mason—. Considero esta pregunta tendenciosa, susceptible de desorientar el criterio del jurado y ruego al Tribunal que la omita.

—Se acepta la protesta. El jurado no la tendrá en cuenta —dijo el juez Moran severamente.

—Muy bien —dijo Burger—. En tal caso, ¿cuándo vio usted esas gemas?

—El dieciséis de agosto.

—¿A qué hora?

—Aproximadamente a las seis de la tarde.

—Eso es todo —dijo Hamilton Burger.

—No deseo preguntar más —dijo Mason.

—En tal caso —dijo Burger—, llamaremos a la señorita Suzanne Granger, para que se presente al estrado.

Suzanne Granger, se adelantó y prestó juramento.

—¿Es usted Suzanne Granger y ocupa el apartamento 358 en el edificio de los *Apartamentos Belinda*?

—Sí, señor.

—¿Es usted señora o señorita Granger?

—Señorita.

—¿Vive usted sola en ese apartamento?

—Sí.

—¿Ha estado usted en Europa en varias ocasiones?

—El arte me interesa y gasto cuanto tiempo y dinero tengo en visitar los museos europeos, estudiando pigmentación y, en general, la pintura de los artistas antiguos, con el fin de editar un libro que estoy escribiendo.

—¿Regresó usted de Europa hace poco tiempo?

—Sí.

—¿Conoció usted a bordo a Douglas Hepner?

—Sí.

—¿Hizo usted amistad con Hepner?

—Sí, fue una amistad de a bordo.

—¿Y qué más ocurrió?

—Pues... estuve sin ver a Douglas durante un mes, hasta que un día le encontré casualmente, y entonces, él me pidió que saliésemos

juntos un día...

—¿Cuándo fue eso?

—A finales de julio.

—¿Qué más ocurrió?

—Fui a cenar con él dos o tres veces y me dijo...

—No creo que tengamos derecho a conocer sus conversaciones privadas —dijo Burger, dando pruebas de gran respeto a sus derechos legales—, pero le agradecería que nos informase acerca del desarrollo de su amistad.

—Nos hicimos tan amigos que él llegó a confiarse a mí.

—¿Se reunieron a menudo?

—Sí, señor.

—¿Solía acompañarla a su apartamento?

—Naturalmente, me acompañaba a casa.

—¿Subía a su apartamento a tomar una copa?

—Sí, yo le invitaba a subir por mera cortesía, y él solía aceptar.

—Así, pues —dijo Hamilton Burger—, el hecho de no poder enterarnos de la conversación que sostuvieron no nos facilita precisamente la comprensión del asunto. Pero, cuando menos, le preguntaremos si en alguna ocasión Douglas Hepner le mencionó a Eleanor Corbin.

—Sí, lo hizo.

—Como es natural —dijo Hamilton Burger—, no estamos autorizados para considerar esta conversación como prueba conminatoria, pero nos interesa saber si por casualidad él se refirió en alguna ocasión a la señorita Corbin, como si fuese su mujer.

—Desde luego que no. Más bien, al contrario...

—No importa, no importa —dijo Burger levantando la mano como lo habría hecho un guardia parando el tráfico—. Mi deseo es mantener el interrogatorio en los más estrictos términos legales. Teniendo en cuenta que la acusada proclama que es la esposa del finado, yo deseo saber sencillamente si en alguna ocasión se refirió a ella como a su esposa. Usted asegura que no, y eso contesta la pregunta. Ahora contésteme a esta otra. ¿Tuvo usted alguna vez con la acusada una conversación acerca de Douglas Hepner?

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue eso?

—Fue el quince de agosto.

—¿Qué es lo que dijeron?

—Douglas había estado en mi apartamento, y cuando se despidió, me di cuenta de que la puerta del contiguo, que ocupaba la acusada, estaba entreabierta y que ésta se disponía a vigilar a Douglas mientras se alejaba por el pasillo.

—¿Qué le hizo suponer que era la acusada la que estaba vigilando?

—Yo sabía que ella se había trasladado al departamento de Ethel Belan, con el propósito de espiarme...

—No interesan los propósitos —dijo Burger—. Señorita, esto es una mera conclusión de la testigo. Ruego se la amoneste para que se limite a contestar a las preguntas que se le hacen, sin añadir comentarios.

—Muy bien —dijo la testigo con hostilidad—. Yo sabía que la acusada se había trasladado al apartamento de Ethel Belan. Sabía que en cada ocasión en que Douglas me visitaba, se entreabría la puerta del apartamento de Ethel Belan. Y como no había motivos para ello, era fácil comprender lo que ocurría.

—¿Qué ocurrió en esa determinada ocasión?

—En cuanto Douglas hubo entrado en el ascensor y antes de que ella tuviese tiempo para cerrar la puerta, me adelanté, y empujando la puerta, la abrí del todo.

—¿Quién se encontraba al otro lado de la puerta?

—Eleanor Corbin.

—¿Se refiere usted a la acusada?

—Sí, señor.

—¿Es decir, la mujer que está sentada junto al abogado señor Perry Mason, en el banquillo de los acusados?

—Sí.

—Continúe y díganos lo que ocurrió.

—Hice saber a la acusada que se estaba poniendo en ridículo. Le dije: «No conseguirás retener a un hombre, conduciéndote de esta forma. Eres una histérica celosa, y de ahora en adelante te prohíbo que sigas investigando lo que ocurre en mi apartamento. No estoy dispuesta a tolerar que ni tú ni nadie escuche mis conversaciones privadas. Según creo, existe una ley relativa a esto y estoy decidida a hacer lo que convenga.»

—¿Y qué contestó la acusada?

—Se puso furiosa. Me dijo que era una falsa y que estaba intentando robarle a Douglas Hepner. Que, al igual que todos los hombres, él era un oportunista y que yo, deliberadamente, le estaba ofreciendo una oportunidad.

—¿No mencionó en aquella ocasión ser la esposa de Hepner?

—Dijo que quería casarse con él. Y que, si no iba a ser para ella, no sería para nadie.

—¿Profirió amenazas?

—¡Oh, no recuerdo todo lo que dijo! Desde luego, profirió amenazas. Amenazó con matarnos a él y a mí. Dijo que le mataría si intentaba abandonarla a ella para venir conmigo. Aseguró algo así como que, si no había de ser para ella, no sería para ninguna.

—¿Estuvo alguien presente, mientras sostenían esta conversación?

—Tan sólo estábamos las dos.

—¿Dijo la acusada algo acerca de la forma en que se proponía realizar sus amenazas?

—Sí. Abrió su bolso, me enseñó un revólver y me dijo que era una mujer desesperada y que no era prudente jugar con ella. Esto es, más o menos, lo que me dijo.

—¿Qué llevaba en el bolso la acusada?

—Un revólver.

—Le ruego compruebe si este revólver que le enseñé marcado como prueba G, es el mismo revólver que le mostró la acusada.

—No lo sé; aunque se parece muchísimo a él.

—¿A cuál?

—Al que la acusada llevaba en el bolso.

—¿Qué sucedió tras la conversación que sostuvieron?

—Regresé a mi apartamento.

—Creo —dijo Hamilton Burger—, que ha llegado el momento de que proceda usted al contrainterrogatorio, señor Mason.

Mason se sentó de nuevo ante su mesa con una sonrisa que indicaba a las claras la satisfacción que sentía.

—Fue usted —comenzó Mason— quien provocó esta conversación, ¿no es cierto, señorita Granger?

—¿Quiere usted decir que fui yo quien tomó la iniciativa de llevarla a cabo?

—Sí.

—Pues, sí, lo reconozco. Estaba harta de que me espiasen y quería terminar con ello.

—¿No tuvo nadie ocasión de escuchar la conversación que sostuvieron? ¿No se hallaba presente la señorita Belan?

—La señorita Belan había salido y la acusada se hallaba sola en el piso.

—Es decir —dijo Mason sonriendo ligeramente—, es su palabra solamente la que se enfrenta contra la de ella.

—No estoy acostumbrada a que se pongan en duda mis afirmaciones —dijo Suzanne Granger ofendida.

—El caso es que nadie escuchó esa conversación —dijo Mason.

—Está usted equivocado —rectificó la joven con voz tajante—; es cierto que estábamos solas en la habitación, pero alguien más tuvo ocasión de oírla. El señor Richey la escuchó, y más tarde me habló de ella. Me dijo que aquella casa era de apartamentos de primera clase, y que, por lo tanto, los inquilinos no tenían derecho a escandalizar...

—No importa lo que otro le dijera a usted; eso entra en el campo de la habladuría. Lo que aquí conviene es que conteste concretamente si había alguien presente en el momento de su discusión con la acusada.

—El señor Richey se encontraba en el apartamento contiguo. Tenía la puerta abierta y escuchó toda la conversación.

—Eso es todo —dijo Mason.

—Un momento —dijo Hamilton Burger—, usted no me había dicho que el señor Richey hubiera escuchado la conversación.

—Usted no me lo preguntó.

—Después de todo —dijo Mason—, esto no es más que una conclusión a la que ha llegado la testigo. En realidad, *ella* no sabe si la escuchó o no.

—Yo lo que sé es que después de mi discusión con la acusada, el señor Richey me amonestó a causa de ella...

—Bien, bien —terció Hamilton Burger—, este es un hecho que presenta una nueva e interesante fase en este caso. Yo no tenía conocimiento de ello. ¿Cómo se explica que usted no me pusiese en antecedentes, señorita Granger?

—¿En antecedentes de qué?

—Del hecho de que hubo alguien presente en su conversación

con la señorita Corbin.

—El señor Richey no se hallaba presente. Oyó la conversación y eso es todo. Por otra parte, no me gusta que se pongan en duda mis afirmaciones.

—Este es un Tribunal de justicia, señorita —dijo Hamilton Burger.

Suzanne Granger hizo un pequeño gesto con la cabeza y dijo:

—He dicho lo que ocurrió, y he dicho la verdad.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—, eso es todo.

El fiscal del distrito miró a su reloj y dijo:

—Señoría, sé que es temprano todavía, pero suplico que se aplaze esta vista para tener ocasión de repasar detenidamente, en compañía de mis ayudantes, el giro que está tomando este caso. Tengo la seguridad de que el Tribunal se da cuenta de la celeridad con que se desarrolla este proceso, y convendrá conmigo en que hay problemas que deben estudiarse con especial atención, para poder seleccionar con acierto lo que debe considerarse como primordial y lo que, por el contrario, debe desecharse. Me creo, por lo tanto, con derecho, para poder solicitar del tribunal que se suspenda esta vista hasta las dos de la tarde. Tengo la certeza de que la parte fiscal podrá esclarecer el caso antes de las dos y media.

—Se acepta la sugerencia del fiscal —dijo el juez Moran—, y por lo tanto, se aplaza la vista hasta las dos de la tarde.

Mason se acercó al policía que se disponía a hacerse cargo de la acusada.

—Deseo hablar unos momentos con la acusada —dijo—. Deseo entrevistarme con ella en la sala de los testigos.

—Muy bien, señor Mason —dijo él—; es temprano todavía, por lo que pueden ustedes disponer de un cuarto de hora o veinte minutos.

—Con esto me bastará —dijo Mason.

Le hizo un gesto a Della Street y dijo:

—Sígame, por favor, señora Hepner.

Eleanor le siguió a la sala de los testigos y Mason cerró la puerta.

—Muy bien —dijo Mason—, así es.

—¿Es qué?

—La situación en que se encuentra —contestó Mason—. ¿No se

da usted cuenta de que han minado la tierra que pisa? Yo no soy todopoderoso y ha llegado el momento de saber todo lo que sucedió. A las dos y media de la tarde, el fiscal presentará su informe al Tribunal. Se hallará en poder de un perfecto caso de homicidio de primer grado. Si no sube usted al banquillo, está lista, y si se presenta y sigue alegando amnesia, la harán pedazos. Si reconoce haber sostenido con Ethel Belan la mencionada conferencia telefónica, no hay nada que hacer. Se demostrará positivamente que su amnesia es un fraude. En caso de que niegue haber hablado con ella, es seguro que Hamilton Burger presentará un informe de la centralita del hospital, en el que se demostrará que usted telefoneó a ese número. Seguramente debió usted aprovechar para llamar, un momento en que la enfermera la supondría dormida. Además, el fiscal tiene preparado un ejército de psiquiatras, que la han visitado y que atestiguan que su amnesia es fingida. Así, pues, he de saber la verdad.

La joven le miró con ojos asombrados.

—¿Por qué habrá pedido que se aplase la vista? —preguntó.

—Porque —dijo Mason— desea ponerse en contacto con Richey y asegurarse de que éste escuchó la conversación. En el caso de que la declaración de Richey coincida con la de Suzanne, le hará comparecer de nuevo al estrado de los testigos. Ahora bien, si su declaración no coincidiese, alegará que, tras haber estudiado el caso con sus ayudantes, ha llegado a la conclusión de que considera que ha presentado ya todos los factores de interés y que nada más tiene que añadir.

—¿Y usted no cree que digo la verdad, al declarar que no recuerdo nada de lo sucedido, señor Mason?

Mason se encogió de hombros.

—Usted verá lo que le conviene —dijo Mason—. Se está poniendo en juego su propia vida. Es usted la que va a ser conducida a una cabina, sentada en una pequeña silla de acero, frente a un ventanal de cristal. Se cerrará la puerta y podrá oír cómo las pastillas de cianuro caen en el ácido. Después percibirá un ligero silbido y...

—¡Cállese! —gritó la muchacha— ¡Por Dios, cállese! ¿No comprende que esta pesadilla me tortura noche tras noche?

—Le digo todo esto —dijo Mason—, porque es su última

oportunidad. Es la última oportunidad que usted tiene para que la ayuden. No se detenga y hable. Ha llegado el momento.

Eleanor lanzó a Della Street una mirada idéntica a la de un animal acorralado.

—¿Quiere un cigarrillo? —preguntó Della.

Eleanor asintió y Della encendió un cigarrillo que tendió a la acusada. Esta aspiró una gran bocanada de humo y dijo:

—Es algo tan desastroso, señor Mason, que, en cuanto se entere, me dejaré plantada.

—Dígamelo —indicó Mason.

—Es la verdad —dijo ella.

—¿A qué se refiere?

—A lo que han estado diciendo.

—¿A lo que han dicho los testigos?

La joven hizo un gesto de afirmación.

—¿Le mató usted? —preguntó Mason.

—No le maté, pero ¿de qué va a servirme el decirlo?

—Será mejor que me lo cuente todo desde un principio —dijo Mason—, pero tendrá que ser con pocas palabras, pues no nos sobra tiempo. Cuando haya algún detalle que me convenga dilucidar, le haré preguntas y usted las contestará.

—Siempre he sido bastante imprudente —dijo Eleanor—. Me he visto ya envuelta en varios enredos. Mi padre es un conservador, da gran importancia a su nombre, al lugar que ocupa en sociedad y demás detalles parecidos.

»En nuestro viaje de regreso de Europa, conocí a Douglas Hepner. A mi padre no le gustó. Las cosas se fueron enredando y mi padre me dijo que, si me casaba con Douglas, todo terminaría para mí en cuanto hacía referencia a la parte financiera. Él me había asignado una cantidad muy generosa, y además, pagaba mis deudas, pero ya en varias ocasiones me había amenazado con suprimir mis ingresos y yo comprendí que en esta ocasión estaba dispuesto a hacer lo que decía.

—Siga —dijo Mason— ¿qué sucedió?

—Doug y yo nos habíamos enamorado... y no fue precisamente un amor de travesía. Él fue para mí mucho más que una pareja de baile. Bien, yo pensé que todo aquello no sería más que una aventura, pero no lo fue. Para mí se convirtió en algo muy

importante; y creo que a él le ocurrió lo mismo.

—Siga —dijo Mason.

—Bien, empezamos a tomárnoslo en serio y a hablar de matrimonio. Entonces, papá me dijo que, si me casaba con él, dejaría de considerarme como de la familia.

—¿Le dijo a usted Hepner en qué se ocupaba? ¿De qué vivía?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En las últimas semanas; cuando hablamos de casarnos. Me habló mucho de sí mismo. Había sido una bala perdida. Un aventurero y un oportunista. Se había convertido en lo que él llamaba un «detective sin cortapisas». Investigaba contrabandos de joyas y por ello recibía primas.

—Prosiga —dijo Mason.

—Pues, esa Suzanne Granger... a esa mujer la odio.

—Olvídese de ello —dijo Mason—. No es esto lo que interesa ahora. Dígame lo que sucedió.

—Pues bien, a Douglas se le metió en la cabeza que Suzanne Granger era la clave de una organización de contrabando. No me pregunte por qué se le ocurrió esta idea, porque no lo sé. No sé en qué basó sus sospechas.

—¿Trabajaba de acuerdo con los agentes de la aduana? —preguntó Mason—. En tal caso, sería posible que ellos le dieran el soplo.

—No lo creo. Los de la aduana no sospechaban en absoluto de Suzanne Granger. La dejaban cruzar por las oficinas como si se tratase de un potentado que viniese de visita. Es una de esas mujeres aristocráticas y distinguidas, que siempre se presentan manifestando un indisimulable aire de superioridad que hace que los demás tengan que ponerse a la defensiva.

—Procure olvidar el odio que siente por ella y relátame los hechos lo más clara y rápidamente que pueda.

—Pues bien, Doug me dijo que si conseguía descubrir la organización de contrabando que capitaneaba Suzanne, le sería posible, gracias a la prima que cobraría del Estado, comprar una parte en una compañía de importación. Precisamente conocía a un amigo que estaba dispuesto a cederle su parte de asociado, a muy buen precio, y con la ayuda de sus amistades y conocimientos,

estaba seguro de llegar a forjar un negocio de verdadera importancia.

—¿Así es que él suponía que Suzanne Granger era una contrabandista?

—No sabía a ciencia cierta si lo era, o si se actuaba solamente como enlace, pero se inclinaba a creer que era la cabeza de la organización.

—¿Y qué es lo que hizo Hepner?

—Dijo que iba a intentar un acercamiento con Suzanne, que no le interesaba ni tenía intención de dejarse conquistar por ella, y que lo único que pretendía era tener acceso a su departamento. Dijo que iba a enviar a unos socios suyos a que registrasen el apartamento de Suzanne, para asegurarse de que sus suposiciones eran ciertas. Le interesaba poder situarse lo más cerca posible del apartamento de Suzanne, porque tenía un aparato electrónico que, ajustándose a la pared de la habitación que ocupaba ella, le permitiría escuchar distintamente cuanto en la habitación de ella se hablase. Así fue como decidimos trabajar juntos. Yo debía fingir ser una mujer celosa y cerrar el trato con Ethel Belan, para poder escuchar cuanto en la habitación de Suzanne se hablaba. Pero algo sucedió y Suzanne se enteró de mi presencia en el apartamento vecino. No sé lo que fue, pero Doug sí lo supo. Me dijo que debía marcharme de la habitación durante largos períodos de tiempo para que Suzanne se confiase y volviese a hacer planes relativos al contrabando de piedras preciosas. El mozo del ascensor de servicio odia a los *snoobs* y Douglas le sobornó. De este modo le fue posible subir en el ascensor sin que nadie se enterase de ello.

»Las cosas sucedían así: Ethel trabajaba en una tienda y pasaba el día fuera. En cuanto ella se marchaba, yo me vestía y bajaba directamente a la conserjería, procurando hacer mucho ruido y dándole a entender a la telefonista que me proponía pasar todo el día fuera. Me marchaba, y, por lo corriente, me quedaba fuera.

—¿Y entonces llegaba Douglas?

—Sí, cogía el ascensor de servicio y subía.

—Pero podía haber ido al apartamento de Suzanne si lo hubiese deseado.

—De haberlo querido, sí.

—Y usted sospecha que fue.

—De ser así, ¿por qué había de decirme que me instalase yo en el apartamento de Ethel Belan?

Mason reflexionó.

—¿Tenía él una llave?

—Claro que sí. Le di la mía con el tiempo suficiente para que sacase un duplicado. Tengo la seguridad de que si comprueban las llaves que llevaba encima cuando murió, una de ellas abre la puerta del apartamento de Suzanne Granger.

—¿La policía está al corriente de esto? —preguntó Mason.

—Me parece que lo ignora.

—Y, como es natural, Ethel Belan no sabía que Douglas Hepner hacía uso de su habitación, con el fin de enterarse de lo que ocurría en la de al lado.

—Claro que no. Con este fin representamos la comedia. Hicimos ver que Douglas estaba locamente enamorado de Suzanne y yo celosa de él y dispuesta a acechar el momento de sorprenderlos. Nos vimos obligados a fingir todo esto, porque Ethel es más lista que una ardilla, y nos hubiese estropeado la combinación si se hubiese enterado de la verdad. A pesar de todo. Ethel empezó a sospechar. Le pareció que Douglas me visitaba en el apartamento y eso le hizo desconfiar de mis celos. Fue entonces cuando empezó a pensar que tal vez mis celos eran una farsa que ocultaba algo. Habló un poco con Suzanne y, por un momento, Douglas temió que ésta fuese lo bastante lista como para atar cabos. Entonces Douglas me dijo que organizase una escena, de manera que Suzanne me interpelase; entonces yo abriría mi bolso y le enseñaría un revólver, a la vez que profería amenazas como una mujer celosa e histérica, de las que, en un momento dado, pueden ser peligrosas. Pues bien, hice lo que él me había dicho y dio resultado. No sé lo que debió ocurrir, pero media hora después de haber tenido la escena con Suzanne, Doug regresó a mi apartamento y colocó el aparato en la pared. Se puso a la escucha y pareció excitado al paroxismo por lo que pudo escuchar. Me dijo que le parecía que ya lo había descubierto todo. Me pidió que le prestara mi revólver porque iba a salir, pero que regresaría más tarde.

—¿Y usted se lo dio?

—Claro está —dijo Eleanor—, yo le hubiera dado cuanto me hubiera pedido.

—No estaban ustedes casados, ¿verdad?

—Íbamos a casarnos en cuanto...

—¡Pero no *estaban* casados!

—Doug dijo que convenía esperar, pero en el viaje a Yuma y Las Vegas, viajamos en calidad de marido y mujer.

—¿Por qué dijo usted que estaban casados?

—Doug dijo que era como si lo estuviéramos ya y me dijo que enviase un telegrama a mi familia, desde Yuma. No quería que se inquietasen.

—¿Y ese choque de automóviles?

—Fue una invención mía.

—Pero su coche había sufrido un percance.

—Ya lo sé. Esto me sirvió para justificar mi falta de memoria.

—¿Cuándo se produjo el percance?

—El domingo por la noche..., o sea, en la víspera de su muerte. Un camión cogió una curva muy abierta y se tiró sobre él. Fue un milagro que Doug se salvase. Y lo que deseaba el conductor era, precisamente, matar a Doug. Tengan en cuenta que estaba comprometido en una lucha seria... Esa gente jugaba sucio. Quise que Doug se llevase el revólver porque sabía que esa gente andaba tras él. Me prometió que aquel asunto estaría liquidado en un par de días más. Estaba seguro de conseguir un éxito rotundo, que le iba a ayudar a empezar con el nuevo negocio.

—Después de darle el revólver, ¿qué hizo usted?

—Salí.

—¿Cuándo regresó?

—Más tarde —dijo la muchacha bajando los ojos.

—¿Mucho más tarde?

—Un poco más tarde.

—¿Estaba Doug de regreso cuando usted volvió?

—No.

—¿Estaba Ethel Belan?

—No, había ido a pasar fuera el fin de semana y no debía regresar hasta el lunes.

—¿Y cómo consiguió usted esas piedras preciosas?

—Señor Mason, debe usted creerme cuando le digo que no sé nada de esas gemas. Es una historia que ella ha inventado.

—¿No las escondería usted en algún lugar de su equipaje? —

preguntó Mason fríamente.

—No diga tonterías, señor Mason. Ahora estoy diciendo la verdad.

—Eso ya me lo ha dicho antes.

—Le doy mi palabra de honor.

—Eso también lo ha dicho antes.

—Tiene usted que creerme.

—Me es imposible creerla —dijo Mason—. Hay demasiadas pruebas en contra de usted. He de ganar este caso, y todas las pruebas la acusan. La han atrapado en muchas mentiras. Se ha probado que Hepner fue asesinado con el revólver de usted, que poco antes de su muerte, usted aseguró que era su novio, que Suzanne Granger se lo estaba robando, que a nadie más que a usted iba a pertenecer y que mataría a quien se interpusiera entre él y usted.

—Lo sé —dijo Eleanor—, pero acabo de decirle que todo esto lo dije por orden de Douglas. Era una comedia que interpreté a su petición.

—No hay más que una sola persona que pueda salvarla de la muerte, atestiguando que lo que usted dice es verdad.

—¿Quién?

—Douglas Hepner; y ha muerto. Si dice la verdad, se pone usted a merced del azar, y si no la dice...

—¡Pero si le digo la verdad, señor Mason! Le digo la pura verdad.

—Miente usted en lo que se refiere a esas piedras preciosas.

—No miento, señor Mason.

—Suponga que esas gemas se encuentran... tal vez en su equipaje.

—Pues, en tal caso, puedo encaminarme a la cámara de gas. Sería la prueba de que la declaración de Ethel fue cierta. Dirían que Doug había recuperado las joyas, y que yo le había matado para apoderarme de ellas. Y... ¿quién sabe qué más dirían?

—Está usted metida en un lío —dijo Mason—, y no sé cómo va a poder salir de él.

—Y ¿no puedo decirles la verdad? ¿No puedo decirles que Doug me dijo que interpretase esa comedia? ¿No puedo decirles que Doug era algo así como un detective de aduanas? ¿No podemos traer a

algún oficial que atestigüe que eso es cierto? Y, finalmente, ¿no podemos insinuar que Suzanne Granger es una contrabandista? Según tengo entendido, mientras se dirigía a Las Vegas, asaltaron su apartamento y cortaron todos los tubos de pintura que le pertenecían. ¿No sería posible que en ellos estuviesen escondidas las gemas?

—Sería posible. ¿Quién acompañó a Suzanne a Las Vegas?

—Eso es algo que ignoro.

—Pero —dijo Mason—, en el caso de hacer eso y de tener la suerte de que alguno de los miembros del jurado nos creyese, resultaría que la historia de Ethel Belan acerca de haberla visto a usted con una colección de piedras preciosas la colocaría a usted en la situación de explicar por qué cortó los tubos de pintura y por qué se apoderó de las joyas, y en conclusión, todos afirmarían que, intentando conservar a Douglas Hepner, sostuvo con él una disputa en el transcurso de la cual le mató.

—Es que Ethel miente, en lo que se refiere a las piedras preciosas.

—Bien, dejemos eso, por el momento —dijo Mason con cansancio—. Ahora quiero que me cuente la verdad acerca de sus bailes provocativos a la luz de la luna...

—No se trataba de ningún baile, señor Mason, yo intentaba pedir socorro, para que aquella mujer viniese en mi ayuda.

—Pues no lo parecía —dijo Mason—, porque cuando la mujer fue hacia usted, echó a correr gritando...

—Ella no vino hacia mí; me atacó con una llave maestra.

—¿Para qué quería usted que ella la siguiera? —preguntó Mason.

—Quería que ella encontrase el cuerpo de Douglas.

—¿Qué dice? —preguntó Mason en el colmo del asombro.

—Que quería que encontrase el cuerpo de Douglas y me disponía a conducirla hasta él.

—¿Usted sabía que Douglas se hallaba allí, muerto?

—Claro que sí.

—¿Cómo se explica que lo supiese?

—Porque Doug y yo teníamos una cita en el parque. Siempre que ocurría algo, que fallaban nuestras señales, o que necesitábamos comunicarnos alguna noticia, nos encontrábamos en

aquel lugar del parque. Pues bien, esa noche me encontré con Douglas tendido allí, con el revólver a su lado.

—Siga —dijo Mason, mirando a Della con expresión de desánimo.

—Pues, verá —continuó la muchacha—, como es natural, la impresión que sentí fue fortísima, pero en el acto comprendí la gravedad de la situación en que me veía envuelta, señor Mason. Había caído en una trampa. El día anterior, le había hecho a Suzanne las declaraciones que usted ya conoce, había dicho que iba a matar a Doug, que no sería de nadie más que mío, y había mostrado mi revólver. Desde luego, se trataba de mi revólver. Siempre había estado en mi poder y tan sólo se lo había dado a Doug cuando él me lo pidió. Seguramente alguien debió seguirle hasta aquel lugar del parque, y, una vez allí, debieron atacarle, y cogiendo el revólver que llevaba en el bolsillo, le dispararon un tiro en la cabeza. En una palabra, que yo me encontré ante el cadáver de Doug, sin saber qué hacer.

—Me lo figuro —dijo secamente Mason—: ahora haga el favor de relatarnos lo que hizo, y trate de decir la verdad.

—Cogí el revólver y lo llevé a donde pudiera enterrarlo. Sabía que cada segundo que transcurría, que cada instante que me sorprendía con el revólver en la mano, significaba para mí de un peligro mortal. Finalmente encontré un lugar que me pareció a propósito para enterrar el arma. Era un agujero que una ardilla, u otro animal, había ahondado en el suelo. Metí allí el revólver y cubrí el agujero con tierra, hojas secas y briznas, hasta que me pareció que sería imposible que nadie llegase a encontrarlo.

—¿Y después? —preguntó Mason.

—Entonces me sentí aterrada. No se me ocultaba la gravedad de la situación... Ya sabe lo que ocurre en tales casos, señor Mason. El miedo me nublaba el entendimiento.

—¿Y qué es lo que se le ocurrió hacer?

—Pues, pensé que, si me encontraban en el parque apenas vestida, me sería fácil contar una historia acerca de un hombre que nos había atacado a Doug y a mí y que, tras matarle a él, había intentado violarme, que yo había luchado y había conseguido escapar y que a la sazón me encontraba deambulando en estado de semiinconsciencia.

—Siga —dijo Mason.

—Entonces, corrí a mi apartamento y me quité la ropa, me eché encima un impermeable de Ethel y me dirigí de nuevo al parque. Allí removí la tierra para que pareciese que había tenido lugar una lucha y diseminé mi ropa por el suelo. Luego escondí el impermeable bajo una piedra y anduve por el parque hasta encontrar un automóvil aparcado. Me acerqué a él e hice señas a la mujer que se encontraba en él. Obré así, pues pensé que me convenía demostrar que no me acercaba más por modestia, ya que allí había también un hombre que podía verme. Yo tan sólo deseaba una ayuda femenina y... ya sabe lo que ocurrió. La mujer se lanzó hacia mí, blandiendo una llave maestra, ya que se figuró que lo que yo quería era apartar de ella a su novio. Eché a correr y grité tratando de huir de ella. Comprendí que me encontraba en un lío tremendo. No podía repetir el intento y supuse que lo mejor era regresar de nuevo al apartamento y pensar otra solución más acertada. Recogí mis ropas y las escondí en otra madriguera que cubrí como la anterior...

—¿Dónde se encuentran ahora? —preguntó Mason.

—Me figuro que en la misma madriguera.

—¿Qué más?

—Cogí el impermeable del lugar en que lo había escondido, y poniéndomelo, me encaminé de nuevo al apartamento de Ethel y... entonces es cuando la fatalidad tomó cartas en el asunto y todo se vino abajo. La policía me arrestó por el camino y no supe qué decir. Comprenda que la situación en que me encontraron era difícil de aclarar. En otra ocasión en que me había visto metida en un lío, había echado mano del truco de la amnesia, con muy buenos resultados. Un doctor muy simpático se prestó a ayudarme y conseguí salvar la situación cómodamente. Decidí llevar las cosas como en aquella otra ocasión, pensando que me sería fácil probar que estaba sujeta a esa clase de ataques... y eso fue lo que hice.

—Eleanor, ¿cree usted que hay en el mundo alguien capaz de creerse esta historia? —preguntó Mason.

La muchacha desvió sus ojos de los del abogado y finalmente dijo:

—No, ahora ya no.

—Si cuenta usted esta historia a los miembros del jurado —dijo

Mason—, el fiscal la hará migas en el contrainterrogatorio. Demostrará que ha estado mintiendo una y otra vez. Subrayará lo incongruente de su relato y acabará acusándola de homicidio de primer grado.

—Por lo que veo —dijo Eleanor mirándole de frente—, todo depende de que podamos demostrar que no es cierta la aseveración de Ethel, acerca de haberme visto con las piedras preciosas. Es evidente que la única explicación posible de que yo las tuviera es que yo se las quité a Suzanne mientras ella estaba en Las Vegas y que tras haber discutido con Douglas, pretendí quedarme con ellas y por eso sostuvimos una pelea.

—Exactamente —dijo Mason fríamente—. En el contrainterrogatorio se pondrá en evidencia la forma en que Hepner se ganaba la vida. El fiscal ha hecho repetidas veces hincapié en ello. Cuando suba usted al banquillo, va a acribillarla en el contrainterrogatorio. Y si no se presenta a declarar lo atribuirá a que no tiene pruebas que oponer a su acusación.

—Pero si yo no presento pruebas y testimonios, no podrá rebatirlos, ¿no es cierto?

—Si no presentamos pruebas, no necesitaré rebatirlas —dijo Mason.

—Bueno, yo le he confesado a usted toda la verdad. Es cuanto puedo hacer.

—Esta es la última oportunidad que tiene para decir la verdad.

—La he dicho.

Mason se levantó.

—Vamos, Della —dijo.

Al llegar a la puerta, hizo una seña al policía.

—Hemos terminado —dijo.

CAPÍTULO XIV

Mason, Della Street y Paul Drake, estaban sentados a la mesa del restaurante y hablaban en voz baja.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Drake.

—¡Al diablo si lo sé! —dijo Mason—. Pero he de hacer algo, y ha de ser pronto. De la manera en que se presentan las cosas, no hay, de momento, ni la menor esperanza.

El encargado se acercó y les presentó la cuenta.

—¿Ha estado todo a su gusto? —preguntó.

—Todo ha estado perfectamente —contestó Mason.

—Nadie que te viera sospecharía que te estás dirigiendo a la Sala dispuesto a dejar que Hamilton Burger te corte el pescuezo —dijo Drake.

—Sin embargo no ha perdido el apetito por eso —comentó Della.

—No puedo permitirme perder el apetito —dijo Mason—. He de alimentarme para conservar la energía. No he comido cosas pesadas, pero sí generadoras de fuerza, que me ayuden a pasar la tarde de hoy, que va a ser de prueba.

—¿No puedes permitir que Eleanor suba al estrado y cuente su historia, por increíble que parezca? —preguntó Paul Drake.

Mason denegó con la cabeza.

—En tal caso, ¿no podrías inventar un trabalenguas que les convenciese, más o menos? ¿No te sería posible presentar a Suzanne Granger como una mujer siniestra? ¿Por qué no presentarla como una contrabandista que tuviera montones de tubos de pintura, llenos de piedras preciosas? Supongamos que Eleanor se apoderó de esas gemas. En tal caso, Suzanne haría cualquier cosa para recuperarlas. Imagínate que Eleanor se las entregó a Douglas Hepner. En tal caso, sería fácil probar el motivo y la oportunidad. Vamos, Perry, ensáñate con esa tal Granger. Vuélcate en el

contrainterrogatorio y aclara a qué se debe ese amor que siente por el arte. Insinúa que es una contrabandista. Pregúntale por qué no dio parte a la policía cuando saquearon su apartamento. Acorrálala.

Mason meneó la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Drake.

—Porque —dijo Mason— eso no es verdad.

—No seas cándido —dijo Drake—. Conozco a un montón de abogados famosos que hacen caso omiso de la verdad. Cuando la verdad no reporta resultados prácticos, no hay más remedio que echar mano de todo lo que sea.

—Temo a todo lo que se aparta de la verdad —dijo Mason—. Mi cliente me ha contado una historia que es casi imposible de creer. Si yo, como abogado, me atengo a la veracidad de su historia, no hago más que ser fiel a los ideales de mi profesión. Yo podré pensar que todo ello no es más que una mentira, pero en realidad no lo es. Si, por el contrario, invento una historia por mi cuenta, sé que lo que digo no es cierto, y todo lo que se aparta de la verdad me repele. Un abogado tiene el deber de servir a la verdad.

—Pero —dijo Drake—, por lo que yo he podido escuchar, la historia de tu cliente no se ajusta a la verdad.

—En tal caso, mi obligación es hallarla —dijo Mason.

—Olvidas que el motivo que tiene para ocultar la verdad es que no puede enfrentarse con ella.

—¿Crees que fue ella quien mató a Hepner?

—Es posible que sea así. Y también lo es que los acontecimientos la hayan acorralado de una manera que la impidan declarar la verdad.

—Si le ha matado, está lista. Si no le mató, tan sólo la verdad es capaz de salvarla. Su miedo a la verdad es lo que va a condenarla ante el jurado, y es mi deber descubrir esa verdad, para exponérsela, sea cual sea.

—Sí —dijo Drake—, tu deber es demostrar que Ethel Belan es una mentirosa, que Suzanne Granger es una contrabandista y que tu cliente es una pobre niña acosada por la fatalidad. Veremos cómo lo consigues. Hay algo en Eleanor que inspira desconfianza. Cuando la Granger sube al banquillo, resplandece en ella la sinceridad. Se la ve honrada y aristocrática. Al hablar elude todo subterfugio, y sus declaraciones suenan limpias como el cristal. Por el contrario,

tenemos a Eleanor, manejando revólveres, inventando matrimonios, asegurando que matará al hombre que ama si éste la abandona, y contradiciéndose cada vez que abre la boca. Cuando suba al banquillo y reconozca que Hepner fue asesinado con su revólver... —Paul Drake miró su reloj—. Bueno, Perry —dijo—, es hora de que vayamos a la Sala. Lamento tener que presenciar como Burger te gana la partida, pero, por una vez va a ser imposible evitarlo.

—Tienes razón —dijo Mason—. Hamilton Burger ha estado esperando este momento durante muchos años, y ahora se siente completamente feliz. Esta vez, todo le está saliendo bien.

—Pero ¿qué vas a hacer, jefe? —preguntó Della Street.

—No lo sé —admitió Mason—. Eleanor es mi cliente y he de hacer por ella cuanto pueda. Burger habrá estado hablando con Richey. Si la declaración de Suzanne Granger no es cierta, es obvio que Richey no se atreverá a corroborarla en el estrado. Por eso es por lo que Burger ha demorado el curso de la causa. Si Webley Richey resulta ser un testigo capaz de corroborar la declaración de la Granger, Hamilton Burger le hará comparecer al estrado.

—Pero no va a ser posible contrainterrogar a Richey acerca de esa conversación, durante más de un minuto o dos —dijo Drake.

—Encontrare una escapatoria, de una manera u otra —dijo Mason—. De momento, sólo nos queda una esperanza: que Burger no haga declarar a Richey. Ello indicará que hay un fallo en la declaración de Suzanne Granger. Si, por el contrario, hace que Richey declare, podemos decir que la causa de Eleanor está perdida. Webley Richey es el barómetro.

Cuando entraron en la sala, pudieron darse cuenta de que Eleanor había estado llorando. Sus ojos, irritados e hinchados, no eran precisamente una ayuda para Mason, Della Street se dio cuenta de la expresión hosca con que los ojos del jurado contemplaban a la acusada y se inclinó hacia Mason.

—¡Cielos, jefe —murmuró—, me siento mareada! Mira las caras de los del jurado.

—Ya veo —dijo Mason.

Hamilton Burger, sonriente y acompañado de sus dos pasantes, hizo una entrada triunfal, y el juez Moran no tardó en tocar la campanilla para llamar al orden.

—¿Están todos dispuestos para continuar la vista de la causa? —

preguntó.

—Así se escribe la historia —murmuró Mason.

Hamilton Burger se puso en pie.

—Señoría —dijo—, dispongo de un nuevo testigo. De un testigo que acreditará como cierta la declaración de la señorita Suzanne Granger. Cuando subió al estrado, la señorita Granger no me dijo que hubiese un testigo presente, en el momento de su discusión con la acusada. Bien es verdad que a mí no se me ocurrió preguntarle si lo había. Hago estas aclaraciones para demostrar al Tribunal mi absoluta buena fe. Señor Webley Richey, ¿hará el favor de subir al estrado de los testigos? No es preciso que vuelva a prestar juramento.

Con estudiada dignidad, Webley Richey se adelantó y subió al estrado. Por unos momentos fijó en Mason una mirada displicente, y después miró a Hamilton Burger, levantando las cejas en muda interrogación. Su actitud indicaba a las claras que se dignaba dar permiso al fiscal para que comenzase el interrogatorio.

—¿Escuchó usted —dijo Burger— una conversación que tuvo lugar el día quince de agosto, entre la acusada y Suzanne Granger?

—Sí, señor, la escuché.

—¿Dónde tuvo lugar esa conversación?

—Ante la puerta del apartamento número 360.

—¿Quiénes se hallaban presentes cuando tuvo lugar esa conversación?

—Únicamente la acusada y la señorita Granger.

—Díganos lo que hablaron —dijo Hamilton Burger.

—Con la venia de la Sala —dijo Mason—, desearía hacer una pregunta preliminar.

—No está autorizado a ello —dijo Hamilton Burger—. Si lo desea, puede presentar una objeción.

—De acuerdo —dijo Mason—, entonces me opongo, porque esa pregunta no coincide con la anterior declaración del testigo. El Tribunal recordará que el testigo ha afirmado que tan sólo se encontraban presentes dos personas. Por lo tanto, él no se hallaba presente.

—Pero esto no impide que él pueda atestiguar lo que oyó —sentenció el juez Moran.

—Él puede identificar las voces —dijo Mason—, pero al no

encontrarse allí, no existe en su declaración fundamento irrevocable.

—Oh, muy bien —dijo Hamilton Burger—, usted conoce a la acusada, ¿no es cierto, señor Richey?

—Sí, señor, la conozco.

—¿Y conoce usted su voz?

—Pues... sí, conozco muy bien su voz.

—¿Era ella una de las personas que tomó parte en aquella conversación?

—Sí, señor.

—¿Y quién era la otra persona?

—La señorita Granger.

—¿Conoce usted su voz?

—Muy bien.

—Adelante; díganos lo que hablaron.

—La señorita Granger dijo que no estaba dispuesta a consentir que la espíasen, que era independiente, que pagaba sus facturas y que no permitía que nadie la molestase.

—¿Qué respondió a esto la acusada?

—Le dijo que ella estaba intentando quitarle a su novio.

—¿Dijo novio, o marido?

—Novio.

—Continúe.

—La acusada dijo que no estaba dispuesta a permanecer inactiva, mientras otra le robaba a su novio, y que, si Suzanne Granger se interfería, la mataría. Añadió que, si no conseguía recuperar a su novio, estaba decidida a matarle a él, antes de verle en compañía de otra mujer que no fuera ella misma.

—¿Qué dijo que iba a hacer si Hepner no volvía a su lado?

—Matarle.

—¿Fue entonces cuando enseñó el arma?

—Como puede usted comprender, yo no pude verlo, pero por lo que se desprende de la conversación, creo que se la debió mostrar, pues oí que decía algo así como: «Puede comprobar que estoy bien preparada para cumplir mis amenazas.»

—Puede usted proceder a contrainterrogar al testigo —dijo Burger.

Mason miró a su reloj. Fuera como fuera, tenía que encontrar un

medio estratégico para que aquel testigo rutinario se convirtiese en el eje de una controversia que motivara la suspensión de la vista hasta el día siguiente.

—Por consiguiente —dijo Mason—, ¿usted habló más tarde con las protagonistas de esta escena?

—Hablé de ello con la señorita Granger, sí.

—¿Se entiende que en funciones del cargo que usted ocupa?

—Ciertamente.

—¿Usted era el responsable de que fuese mantenido el orden en la casa de apartamentos?

—Eso es.

—¿Y en virtud de esta obligación, usted amonestó a la señorita Granger? Amonestar es la palabra que ella empleó.

—Sí, señor.

—¿Qué le dijo usted?

—Le dije que en los *Apartamentos Belinda* solían vivir personas de relevante categoría y que en él no se permitían escándalos.

—¿Y qué dijo a la acusada?

—No hablé con ella. Se marchó inmediatamente después de su altercado con la señorita Granger.

—¿Tuvo ocasión de hablar con ella más tarde?

—Pues, yo... oficialmente, no estaba enterado de que la acusada residiese en la casa. Estaba allí en calidad de invitada de un inquilino. Ella había llegado a un acuerdo financiero con la señorita Belan, pero este hecho era privativo de ellas dos. La acusada, al ser considerada como invitada, no tenía por qué constar oficialmente en el registro.

—Comprendo. ¿Quién le enteró del acuerdo concertado entre la acusada y la señorita Belan?

—La misma señorita Belan.

—¿La acusada no?

—No.

—Así, pues, ¿usted jamás había hablado con la acusada?

—La veía de cuando en cuando.

—¿Pero hablaba usted con ella?

—No, en el exacto sentido de la palabra.

—En tal caso —dijo Mason—, ¿cómo puede usted estar seguro de conocer su timbre de voz?

El testigo vaciló:

—Yo... yo la había oído en varias ocasiones.

—¿Cómo la había oído?

—Pues, la había oído hablar.

—¿En qué ocasión la oyó hablar?

—Pues... no lo sé... alguna vez, supongo.

—¿Por teléfono?

—Sí, por teléfono.

—¿Se encarga usted a veces de la centralita?

—Pues... a veces estoy al tanto de las llamadas.

—¿Pero no manipula usted mismo la centralita?

—No.

—¿Sabe cómo funciona?

—No, temo que no.

—Así, pues, cuando dice que está al tanto de las llamadas, ¿quiere decir que escucha usted lo que hablan los inquilinos por teléfono?

El testigo dio muestras de nerviosismo.

—Yo no diría eso, señor Mason. A menudo conviene intervenir en las llamadas para organizar el uso de las líneas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sí, por ejemplo, solicitan una conferencia de larga distancia, con un inquilino que en aquellos momentos está hablando por teléfono de trivialidades, es conveniente interrumpir su conversación, para conectar su línea con la de la conferencia.

—Entiendo. ¿Y para esto se necesita determinado criterio?

—Se necesita gran cantidad de discreción.

—¿Ello supone que usted conoce las costumbres de la gente?

—¡Oh, sí, desde luego!

—Me refiero a sus costumbres en cuanto al uso del teléfono.

—Sí, señor.

—¿Y también supone tener una noción de la importancia de la conferencia de larga distancia?

—Pues, sí.

—¿Y la única manera de llegar a este criterio es interviniendo de cuando en cuando las conversaciones?

—Yo no diría tanto.

—¿De qué otra manera podría conseguir esa información?

—No lo sé. Tal vez, por intuición.

—Usted interviene algunas conversaciones, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Acostumbra usted a hacerlo?

—Le aseguro que no.

—¿Y, cuando no tiene otra cosa que hacer?

—Pues, alguna vez escucho ciertas conversaciones. Es decir, cuando considero que hay motivo para ello.

—Y la centralita está ingeniada de forma que puede usted escuchar desde su despacho cualquier conferencia que tenga lugar en cualquier apartamento del edificio, ¿no es así?

—Bueno, la centralita es de esas que...

—Conteste a la pregunta —dijo Mason—. ¿No es cierto que puede usted, desde su despacho, intervenir todas las llamadas que se hacen a cualquier hora en el edificio?

—Yo... verá usted...

—Quiero que conteste a mi pregunta —tronó Mason—. ¿Es así o no?

—Sí.

—Y ahora —dijo Mason sonriente—, dígame si existe algún motivo por el que no haya contestado directamente a mi pregunta. ¿Se avergüenza acaso de haber estado escuchando las conversaciones de los inquilinos?

—No, decididamente, no.

—Siento haber llegado a esta conclusión, pero sus continuas evasivas me han instigado a ello.

Hamilton Burger saltó de su asiento.

—Este comentario es improcedente, señoría. El testigo no ha evadido constantemente las preguntas.

Mason sonrió al juez.

—No voy a discutir este punto, señoría. Que el jurado lo estime como le parezca.

—Pero —dijo Burger—, no me gusta la insinuación que apuntan estas palabras.

—Eso es algo que no pongo en duda —dijo Mason.

El juez Moran intervino:

—Vamos, vamos, caballeros. No personalicemos. Señor Mason, prosiga con su contrainterrogatorio.

—Así, pues —dijo Mason—, de acuerdo con su declaración, la señorita Granger es una verdadera dama. ¿No profirió amenazas?

—No, señor.

—¿*Ella no* le enseñó un revólver a la acusada?

—Con toda seguridad: no.

—¿*Ella no* amenazó matar a la acusada?

—No, señor.

—¿*Ella no* amenazó con matar a Douglas Hepner?

—No, señor.

—¿*Ella se* comportó constantemente de forma respetable?

—Sí, señor.

—En tal caso, ¿por qué juzgó conveniente amonestarla a ella?

—Yo... la verdad... en fin, fue ella quien inició la pelea. Fue ella quien abrió la puerta y le dijo a la acusada que no quería que la espiesen.

—¿Y usted se encontraba en un apartamento contigo?

—Sí, señor.

—¿Cómo pudo usted oír con tanta claridad lo que se dijo?

—La puerta del apartamento se hallaba abierta.

—¿Y usted estaba allí en funciones de su cargo?

—Sí, señor.

—En tal caso, ¿cómo no intervino usted para poner fin al altercado?

El testigo vaciló.

—Vamos, conteste —dijo Mason—. ¿Por qué no intervino? ¿Qué se lo impidió?

—Bien, como es natural, después de haber estado empleado en establecimientos de primera clase, uno adquiere cierto grado de discreción. Cuando uno interviene en una pelea entre dos mujeres furiosas...

—¿Ha dicho usted *dos* mujeres furiosas? —preguntó Mason.

—Yo... sí, señor.

—Me había parecido entender que tan sólo había una mujer furiosa y que la otra se mantenía serena y digna...

—Bien, creo que la señorita Granger estaba furiosa cuando empezó la conversación.

—¿Abrió la puerta y se enfrentó con la acusada?

—Yo... yo no sé si abrió la puerta. No pude verlo. Tan sólo

podía escuchar.

—¿Estaba muy enfadada?

—Creo que se sentía llena de indignación.

—Ha trazado usted una bonita línea divisoria, señor Richey —aseveró Mason—. Una de las dos mujeres estaba furiosa, la otra indignada. Pero cuando explica por qué no intervino en el altercado, alega que es porque no deseaba inmiscuirse entre dos mujeres furiosas.

—¡Oh, sea como usted quiera, señor Mason! No voy a ponerme a polemizar con usted.

—No estamos polemizando —dijo Mason—; estamos tratando de reconstruir con exactitud los hechos, tal como se produjeron.

—Después de todo —dijo Hamilton Burger—, ¿qué importancia tiene esto?

—Tiene mucha importancia, porque explica la actitud del testigo —dijo Mason.

—Este es un testigo completamente imparcial y recto —afirmó Hamilton Burger con apasionamiento.

—¿De veras? —dijo Mason—. Diga, señor Richey; declaró usted que en aquellos momentos se encontraba en un apartamento contiguo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y la puerta se hallaba abierta?

—Sí, señor.

—¿Se refiere a la puerta del apartamento que daba al pasillo?

—Sí, señor.

—¿Y usted pudo oír las voces de la discusión?

—Sí, señor.

—¿En qué apartamento se encontraba usted? —dijo Mason poniéndose en pie y levantando la voz—. Diga, ¿en qué apartamento se encontraba?

—Yo... yo estaba en un apartamento contiguo.

—¿Contiguo a qué?

—Contiguo... quiero decir cercano.

—Ha empleado usted la palabra «contiguo» en doce ocasiones distintas. ¿Era un apartamento contiguo o no?

—Era un apartamento cercano.

—¿Era o no era contiguo?

—En estos momentos, señor Mason, me sería difícil decir de qué apartamento se trataba.

—¿De manera que es usted capaz de recordar una conversación, palabra por palabra, pero no lo es de recordar en qué apartamento se encontraba?

—No me he detenido a pensar poco ni mucho en este detalle.

—Pues deténgase ahora y piense. ¿En qué apartamento se encontraba usted?

—Yo... estoy seguro de no poder... me sería muy difícil...

—¿Era un apartamento contigo?

—¿Contiguo a qué?

—Usted se ha expresado en estos términos —dijo Mason—. ¿Qué quería decir con ello?

—Pues... no sé lo que quería decir.

—¿O sea, que usted emplea palabras sin conocer su sentido?

—Sí que sé el sentido de la palabra «contiguo».

—¿Y usted empleó esa palabra?

—Yo... sí... en aquellos momentos no pensaba.

—¿Recuerda usted que habla bajo juramento?

—Sí, señor.

—Y ahora, cuando dice «contiguo» y reflexione en el significado de esta palabra, ¿no cree que la emplease adecuadamente cuando lo hizo?

—Bien, esto no es expresarlo de manera exacta.

—Expréselo usted mismo con fidelidad —dijo Mason—, y expréselo claramente.

—Señoría —cortó Hamilton Burger—, lo que hace el señor Mason es intimidar al testigo.

—No lo intimido —dijo Mason—. He aquí a un testigo que se presenta con aires de marcada suficiencia. Un testigo que ha afirmado una docena de veces que se hallaba en un apartamento «contiguo». Y yo trato de averiguar si, realmente, es cierto lo que afirma.

—Bien, si tan exactamente quiere saberlo, tan sólo puede haber dos apartamentos contiguos. Uno a cada lado —estalló Richey.

—Ahí es precisamente, a dónde yo voy a parar —dijo Mason—. ¿Conoce usted el significado de la palabra «contiguo»?

—Sí, señor.

—¿Cuál es?

—Quiere decir inmediatamente adjunto.

—De acuerdo. ¿Se hallaba usted en un apartamento inmediatamente adjunto al apartamento 360?

—Me sería difícil decírselo, señor Mason.

—Con la venia del Tribunal —terció Hamilton Burger—, esta pregunta ya ha sido hecha una docena de veces y el testigo ha contestado que no recuerda.

—El testigo no ha dicho tal cosa —protestó Mason—. Ha afirmado tan sólo que le sería difícil decírmelo. ¿Estaba usted en un apartamento contiguo?

—Pues... es posible que estuviese.

—Lo ha declarado así una docena de veces, ¿no?

—No sé cuántas veces.

—¿Empleó usted la palabra «contiguo»?

—Creo que sí, pero la empleé inconscientemente.

—¿Prestaba usted declaración inconscientemente, es decir, sin pensar?

—No es eso. Yo tan sólo dije una palabra sin detenerme a pensar exactamente en su significado.

—Eso es lo que ocurrió —dijo Mason—: se traicionó usted a sí mismo, al emplear esa palabra. Tan sólo había un apartamento contiguo con la puerta abierta y era el apartamento 358. El apartamento de Suzanne Granger. Ella acababa de abandonarlo. Según sus propias palabras, había salido disparada, al ver que la acusada espiaba a Douglas Hepner cuando se alejaba en dirección del ascensor. Ella salió disparada y dejó la puerta abierta. Por eso fue por lo pudo usted escuchar la conversación. Se encontraba usted en el apartamento de Suzanne Granger, ¿no es cierto?

—Yo... yo, no lo recuerdo.

—¿No es capaz de recordar si estaba usted en el apartamento de Suzanne Granger cuando tuvo lugar esta conversación?

—Yo... yo..., pues..., pensándolo bien, ahora recuerdo que sí, estaba en él.

—¿Así, pues, usted se encontraba en él?

—Sí, señor.

—¿En visita oficial?

—Me encontraba allí en ejercicio de las funciones de mi cargo.

Sí, señor.

—¿Estaba usted en el apartamento, cuando Suzanne Granger salió de él disparada, dejando la puerta abierta?

—Sí, señor.

—¿Y, al marcharse Hepner, se había despedido ante aquella puerta y después se había dirigido al ascensor?

—Sí, señor.

—Y Suzanne Granger se había detenido ante la puerta del apartamento 360, para comprobar si se entreabría la puerta. ¿No es cierto?

—Ignoro las intenciones que tenía Suzanne Granger.

—Pero ella se dirigió a la puerta, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Y mientras estaba usted allí, oyó el ruido del ascensor, cuando Douglas Hepner bajaba en él?

—Sí, señor.

—¿Después vio a Suzanne Granger salir disparada, pasillo adelante?

—Pues... no sé lo que entiende usted por «salir disparada». Ella se adentró en el pasillo.

—¿Con rapidez?

—Sí.

—¿Enfadada?

—Sí.

—¿Y, usted se mantuvo detrás de la puerta escuchando la conversación?

—Sí, señor.

—Y ahora —dijo Mason apuntando con el dedo a Richey—, ¿por qué trató de ocultar que se hallaba en el apartamento de la señorita Granger?

—Yo no hice tal cosa. Me limité a decir que me hallaba en un apartamento contiguo.

—¿Es decir, que cuando decía que se encontraba en un apartamento contiguo, se refería al apartamento contiguo al de Ethel Belan, o sea en el apartamento de Suzanne Granger?

—Eso es.

—En tal caso ¿por qué declaró que le sería difícil decirnos en qué apartamento se encontraba?

—No deseaba entrar en tantos detalles.

—¿No será que intentaba usted crear la impresión de que le era difícil recordar el apartamento en que se encontraba?

—Desde luego que no. Yo dije que me sería difícil *decírselo*. Tuve buen cuidado en escoger las palabras.

—Sin embargo, usted se dio cuenta de que el señor fiscal, confundido por sus palabras, declaraba al Tribunal que usted no recordaba. ¿No oyó usted cómo él hacía esta declaración?

—Sí, señor.

—En tal caso, ¿por qué no le rectificó o le dijo que lo que ocurría era que a usted le era difícil decirlo?

—Pues... en mi opinión, el señor fiscal es quien debe preocuparse de lo que dice.

—¿Según su criterio, no debe usted preocuparse de lo que piense él?

—Dígalo así, si quiere.

—Entonces, reconoce que primero dijo que no recordaba nada y luego, de repente, dijo que recordaba, ¿no es cierto?

—Es posible; estaba confuso.

—¿Pero luego consiguió recordar?

—De momento recordé, luego me sentí confuso y lo olvidé todo. Cuando dije que me sería difícil *decírselo*, es esto lo que quise decir.

—Sin embargo, en un momento dado, ¿dijo usted que no recordaba?

—Es posible.

—¿Mintió usted?

—No mentí. Estaba confuso.

—¿Dijo usted que no conseguía recordar?

—Me acorraló usted de tal modo, que no sabía lo que decía.

—¿Y por qué le era difícil decir que se encontraba en el apartamento de Suzanne Granger?

—Porque me pareció que en tales circunstancias, aquello podía ser embarazoso.

—¿Para quién?

—Para la señorita Granger.

—De modo que usted intentaba soslayar la pregunta para salvaguardar los sentimientos de la señorita Granger.

—He intentado conducirme como un caballero.

—¿Había algún motivo que justificase su presencia en el apartamento de la señorita Granger?

—En ejercicio de las funciones de mi cargo, no.

—¿Pero no se encontraba usted allí oficialmente?

—Sí, señor.

—¿Qué hacía usted allí?

—Yo... yo estaba discutiendo ciertos asuntos con la señorita Granger.

—¿Un asunto que se relacionaba con cada uno de ustedes, según su posición respectiva de inquilina y conserje?

—Sí, señor.

—¿De qué trataba la discusión?

—Con la venia del Tribunal —dijo Hamilton Burger—, me opongo a esta pregunta por considerarla improcedente, inadecuada y ajena a un contrainterrogatorio.

—Pero presenta una faceta muy interesante, en cuanto a la personalidad del testigo. Considero que es una pregunta de interés —dijo Mason.

El juez Moran habló con lentitud:

—En determinadas circunstancias, estaría de acuerdo con el señor fiscal, pero dada la evolución que el caso presenta, gracias al interrogatorio de este testigo, desestimo la protesta.

—¿De qué trataba la discusión?

—No lo recuerdo.

—¿En esta ocasión, no dice usted que le sería difícil *decirlo*, sino que no recuerda?

—Digo que no recuerdo.

—¿Recuerda usted la conversación que sostuvieron la señorita Granger y la acusada?

—Sí, señor.

—¿La recuerda casi, palabra por palabra?

—Recuerdo lo que dijeron, sí, señor.

—¿Pero no recuerda la conversación que tuvo inmediatamente antes del altercado de las dos mujeres, y que trataba de un tema oficial, entre usted y la señorita Granger?

—No señor, no la recuerdo.

—Entonces, ¿cómo sabe que se trataba de un asunto oficial?

—Porque, de lo contrario, no había motivo para que yo me

encontrase allí.

—¿Está usted seguro de esto?

—Completamente.

—¿Jamás estuvo en el apartamento de la señorita Granger, sin un motivo oficial?

El testigo vaciló y lanzó una mirada de aprensión a Hamilton Burger.

—Protesto, señoría —intervino el fiscal—, nos estamos alejando de lo que realmente interesa. Esto es un intento de desacreditar al testigo y de atacar la reputación y el buen nombre de otro testigo que...

—La verdad es —dijo el juez Moran—, que este contrainterrogatorio está tomando un giro bastante inesperado.

—El motivo de que tome este giro —dijo Hamilton Burger—, es sencillo. La defensa, a falta de argumentos, está intentando ganar tiempo. Intenta, a fuerza de tecnicismos, dar la impresión de que sigue una pauta asentada sobre hechos concretos que conoce.

—Considero —dijo el juez Moran— que ese comentario es improcedente. Ruego al jurado que no lo tenga en cuenta. Ningún comentario de este género, que sea pronunciado por uno de ambos lados, influirá en el proceso. Me figuro, señor fiscal del distrito, que convendrá usted conmigo en que su declaración se presta a influir equivocadamente en el ánimo del jurado.

—Lo lamento, señoría, retiro mi declaración. La hice bajo el influjo de... la exasperación.

—Repito —prosiguió el juez Moran— que este contrainterrogatorio toma un giro inesperado. Sin embargo, el giro es lógico, dada la declaración del testigo. No hago más comentarios porque no es de mi incumbencia. Yo tan sólo estoy aquí para sentenciar acerca de las cuestiones legales que puedan presentarse. Por ello, estoy dispuesto a conceder a la defensa un amplio margen de facilidades para que desarrolle su contrainterrogatorio. La objeción del señor fiscal queda desestimada.

—¿Se encontraba usted en el apartamento de la señorita Granger, tan sólo para tratar de temas relativos a negocios? —preguntó Mason.

—Bien, de cuando en cuando he entrado allí con el único fin de pasar un rato.

—¿Si el ocupante de algún apartamento vecino, no de un apartamento contiguo, sino tan sólo de un apartamento vecino, declarase que le vio entrar allí docenas de veces, sería cierta la declaración?

—Protesto, señoría —dijo Hamilton Burger—. La pregunta de la defensa es tendenciosa e impropia de un contrainterrogatorio y da por ciertos, hechos que carecen de fundamento.

—La pregunta es tendenciosa —dijo el juez Moran—, y se acepta la protesta.

—¿Estuvo usted en ese apartamento varias docenas de veces? —preguntó Mason.

El testigo, acosado, cambió de postura en el banquillo, sacó un pañuelo y comenzó a sonarse.

—Cuando haya terminado —dijo Mason—, haga el favor de contestar a mi pregunta.

—Pues... depende de lo que usted llame docenas de veces.

—¿En qué sentido? —preguntó Mason.

—¿Cuántas docenas?

—Lo dejo a su criterio. ¿Cuántas veces estuvo usted allí, para asuntos que no fueron oficiales?

—Yo... yo... No lo recuerdo.

—¿Cinco docenas de veces?

—¡Oh, no creo que fuesen tantas!

—¿Cuatro docenas de veces?

—Quizá no tantas.

—¿Tres docenas de veces?

—Pues... tal vez.

—En tal caso, ¿por qué nos dijo usted que nunca había estado allí, a no ser por motivos oficiales?

El testigo pareció dudar unos momentos; luego una expresión de triunfo iluminó su rostro y dijo:

—Me refería al día en cuestión, señor Mason. Su pregunta se refería al día quince de agosto del año en curso, y yo contesté que no me hubiera encontrado allí ese día, de no ser en visita oficial.

—¿O sea, que usted se refería a un día concreto?

—Sí, señor.

—¿Y qué diferencia había entre ese día y los demás en que estuvo usted allí en visita extraoficial? Me refiero a esas tres

docenas de visitas que hizo anteriormente.

—Yo no he dicho que fueran tres docenas.

—De acuerdo —dijo Mason—. ¿Qué diferenciaba ese día quince de agosto de los demás días?

—Bien... aquel día se habían producido hechos desacostumbrados.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted en el apartamento cuando tuvo lugar la conversación?

—Unos... Lo lamento, pero la memoria me falla de nuevo.

—¿Entró usted después de que se hubo ido Hepner?

—No, señor.

—En ese caso, debió usted entrar antes.

—Sí, señor.

—¿Vio usted allí a Douglas Hepner?

—Yo... yo tan sólo le oí.

—Eso es, precisamente lo que yo me figuraba. Pongamos las cosas en claro —dijo Mason.

Mason se dirigió a su mesa, cogió unos papeles y removió algunos documentos, como si estuviese buscando un informe de gran interés. Luego, habiéndolo, al parecer, encontrado se colocó frente al testigo y dijo:

—Usted estaba escondido en el apartamento, escuchando la conversación que sostenían Douglas Hepner y la señorita Granger. ¿No es cierto?

El testigo carraspeó y se movió nerviosamente en la silla. Mason miró hacia el papel que sostenía en la mano e hizo ademán de leer en él. Se enfrentó con el testigo diciendo:

—Está usted bajo juramento. Conteste sin rodeos. ¿Estaba usted escondido en el apartamento, escuchando la conversación, o no?

—Sí, señor. Estaba escuchando.

—Eso está mejor —dijo Mason lanzando los papeles sobre la mesa, con gesto dramático—. Y ahora, dígame, ¿por qué se hallaba usted allí escuchando?

—Porque comprendí que las cosas habían llegado a un punto en que... en que me convenía saber lo que estaba sucediendo.

—¿Entre Suzanne Granger y Douglas Hepner?

—Bien, yo quería saber lo que ocurría. Quería estar enterado del grado a que habían llegado las cosas. Quería saber con qué fin se

alojaba allí la acusada y hasta dónde...

Suzanne Granger saltó en pie y gritó indignada:

—Ese hombre miente. No se encontraba en mi apartamento. El...

—Permita, señorita Granger, permita —exclamó enfadado Hamilton Burger, dirigiéndose a Suzanne Granger.

—Síntese, señorita Granger —dijo el juez Moran, sin animosidad—. No pueden tolerarse disturbios en la sala. El testigo se halla declarando.

—Pero lo que declara son falsedades, señoría.

El juez Moran contestó esta vez con cierta severidad:

—No es el momento indicado para que comente la declaración del testigo. Si tiene usted algo que alegar, debe dirigirse al fiscal del distrito y también está autorizada para exponer sus problemas al abogado de la defensa, pero en modo alguno, puede usted interrumpir la declaración de un testigo. Si no es usted capaz de reportarse, me veré obligado a expulsarla de la sala. ¿Me ha comprendido?

—Lo comprendo, pero me es difícil permanecer impasible cuando se ataca mi buen nombre. El testigo me dijo a mí que estaba en un apartamento contiguo. Esa fue la declaración que yo hice esta mañana y...

—No puede usted discutir con el Tribunal, en presencia de los testigos, señorita Granger. Haga el favor de sentarse.

Suzanne Granger se sentó.

—Ahora, haga el favor de no volver a intervenir —dijo el juez Moran—. Si desea discutir con los representantes de ambas partes, lo hará durante la tregua. No queremos más interrupciones.

El juez Moran se dirigió a Mason:

—Prosiga con su contrainterrogatorio, señor Mason.

—¿Estaba usted, tal vez, en el apartamento de la señorita Granger, sin conocimiento de ésta?

—Yo... yo...

—Protesto —dijo Hamilton Burger, poniéndose en pie—. El testigo no es quién para saber y atestiguar lo que la señorita ignoraba o no.

—Se admite la protesta —dijo el juez Moran, sonriendo tenuemente.

—¿Quizá tomó *usted* precauciones para asegurarse de que la señorita Granger no supiese que estaba usted en su apartamento?

—Yo... yo... Me es difícil decirlo.

—¿Quiere decir que no lo recuerda o que le es difícil decirlo?

—Bien... no puedo decir que ella lo supiese.

—¿Cómo consiguió entrar en el apartamento?

—Empleé mi llave maestra.

—¿Estaba la señorita Granger en el apartamento cuando usted entró?

—No, señor.

—¿La señorita Granger llegó más tarde?

—Sí, señor.

—¿Se hallaba el señor Hepner allí, cuando usted entró?

—No, señor.

—¿Fue usted allí a petición de la señorita Granger?

—No, señor.

—¿Con qué fin fue usted allí?

—Fui a... a hacer una investigación.

—¿Qué clase de investigación?

—La señorita Granger me había dicho que en su habitación habían cometido actos de sabotaje.

—¿Qué clase de sabotaje? —preguntó Mason.

—Protesto —intervino Hamilton Burger—. Esta pregunta es improcedente e inadecuada en un contrainterrogatorio.

—Denegada la protesta —sentenció el juez Moran—. Estoy dispuesto a facilitar las oportunidades necesarias para aclarar la situación. La defensa está capacitada para conseguirlo a través del contrainterrogatorio. Que el testigo conteste a la pregunta.

—La señorita Granger me dijo que mientras ella se hallaba ausente durante un fin de semana, alguien había irrumpido en su apartamento y... en fin, que alguien había cortado sus tubos de pinturas y había derramado su contenido por...

—Con la venia del Tribunal —dijo Hamilton Burger—, estas declaraciones entran en el campo de la chismografía. Insisto en que, cuanto la señorita Granger pudo decirle al testigo, no fue declarado bajo juramento y es por lo tanto pura habladuría y en consecuencia impropio en un contrainterrogatorio.

El juez Moran vaciló:

—A mi entender —dijo—, estamos intentando averiguar lo que se dijo en esa conversación. No se trata de conseguir pruebas basándose en ella. Sin embargo..., voy a permitirme interrogar yo mismo al testigo.

El juez Moran miró al testigo, del que tan sólo veía el perfil.

—Haga el favor de mirar hacia aquí, señor Richey —dijo.

El testigo levantó los ojos a disgusto, y los fijó en los del juez Moran.

—¿Fue usted personalmente al apartamento, con el fin de inspeccionar el acto de sabotaje?

—Sí, señor.

—¿Tuvo usted mismo ocasión de ver los tubos cortados y la pintura esparcida por el apartamento?

—Sí, señor. Se hallaba esparcida por el lavabo y la bañera y... aquello era un verdadero revoltijo.

—¿Cuántos tubos de pintura había? —preguntó el juez Moran.

—¡Cielos, no lo sé! Me figuro que habría varias docenas... Ya le digo que aquello era un revoltijo.

—¿Quién limpió el apartamento?

—El encargado de la limpieza.

—¿Se dio parte de este hecho a la policía?

—Creo que no.

—¿Por qué?

Hamilton Burger intervino:

—Permítame, señoría, estoy intentando proteger el curso de esta vista, con el fin de que no se encamine por derroteros ajenos a lo que verdaderamente interesa y que no nos llevarían más que a callejones sin salida. A mi entender, lo que se quiere dilucidar no tiene la menor relación con los actos de sabotaje que hayan podido cometerse en el apartamento de la señorita Granger. No pretendo colocarme en la penosa situación de objetar en contra de las decisiones del Tribunal, pero sí deseo hacer constar que existe un límite de pertinencia y relevancia.

—Así lo creo —convino el juez Moran, con cierta reserva—; existe la posibilidad de que ninguna relación exista entre estos hechos, pero a mí no me lo parece... Sin embargo, estoy, dispuesto a retirar mi última pregunta.

—Según mi criterio —dijo Mason— la defensa debería tener

ocasión para indagar sobre este asunto, señoría. A mi modo de ver, es obvio que existe una relación definitiva entre lo ocurrido en el apartamento de la señorita Granger, y lo que ocurría en el de Ethel Belan. Teniendo en cuenta que el señor fiscal ha tenido oportunidad de referir lo ocurrido en el apartamento de Ethel Belan, creo que la defensa está en su derecho al querer hacer una indagación acerca de los extraños acontecimientos que se produjeron en el apartamento de Suzanne Granger.

Suzanne Granger se levantó de nuevo.

—Señorita Granger —dijo el juez Moran—, haga el favor de sentarse y no abra la boca... No se mueva, ni se levante de la silla, si no quiere que la expulse definitivamente de la sala. ¿Me ha entendido?

La joven obedeció, mordiéndose los labios con indignación.

—Bien —dijo el juez Moran—, pongamos las cosas en su sitio. Dadas las circunstancias, el Tribunal se abstiene de hacer más preguntas. Señor Mason, estaba usted interrogando al testigo. Prosiga con sus preguntas. El señor fiscal podrá presentar las objeciones que crea pertinentes y el Tribunal decretará en pro o en contra.

Hamilton Burger miró a su reloj y luego lanzó una mirada a su apabullado testigo, llegando a la conclusión de que los proyectos que tan cuidadosamente había planeado empezaban a peligrar.

—Señoría —dijo—, creo que el Tribunal debería decretar que se desestimase todo lo concerniente al tema últimamente tratado. Esas preguntas no han sido apropiadas...

—No lo creo yo así —cortó el juez Moran—. Señor Mason, prosiga con su interrogatorio.

Mason le dijo al testigo:

—Concretemos. Usted entró en el apartamento de Suzanne Granger, empleando su llave maestra. ¿Fue en ejercicio de sus funciones?

—Yo así lo consideraré. Sí.

—¿Pretendía usted hacer alguna investigación?

—Sí.

—¿Eso fue el día quince?

—Sí.

—¿Era domingo?

—Sí.

—¿Previamente le habían notificado que se había producido un sabotaje, un acto de vandalismo?

—Sí.

—¿A qué hora le dieron parte de él?

—Alrededor de la una del mediodía.

—¿De ese mismo día?

—Sí.

—¿Quién le dio cuenta de lo sucedido?

—La señorita Granger.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que había ido a pasar el fin de semana a Las Vegas y...

—¿Le dijo en compañía de quién había realizado ese viaje?

—Protesto —dijo Hamilton Burger— la pregunta es improcedente e inadecuada, y contraindicada en un contrainterrogatorio.

—Se acepta la protesta —dijo el juez Moran—. Opino que toda esta conversación es improcedente.

—Por ello presento mi objeción —dijo Burger.

—Se acepta la objeción.

—¿Fue usted al apartamento de la señorita Granger el día quince?

—Sí, señor.

—¿Entró en él con su propia llave maestra?

—Sí, señor.

—¿Fue esa la primera vez en que entraba en ese apartamento en tal día?

—No, señor.

—¿Cuándo había usted entrado?

—Cuando la señorita Granger me invitó a subir para enseñarme lo ocurrido en su apartamento.

—¿Fue entonces cuando vio los tubos de pintura cortados y las pinturas esparcidas por el lavabo y la bañera?

—Sí, señor.

—¿Quiere hacer el favor de describirnos el estado del apartamento en aquellos momentos?

—Señoría —intervino de nuevo Hamilton Burger—, la defensa

está desorbitando el tema. Nos hallamos ante un caso de homicidio, y la opinión ha hecho ya sus conclusiones. Por mi parte me atrevo a decir que es éste un caso que se revela con claridad meridiana, y he aquí que nos ponemos a analizar actos de vandalismo que...

—A pesar de ello —dijo el juez Moran—, yo opino que, puesto que el testigo ha subido al banquillo para atestiguar la conversación sostenida entre la señorita Granger y la acusada, la defensa está autorizada para investigar el extraordinario hecho de que el testigo se encontrase en el apartamento de la señorita Granger, sin el conocimiento de ésta.

—Creo que el Tribunal debiera abstenerse de comentar los hechos —dijo Hamilton Burger.

—No los comento —dijo el juez Moran—. Me limito a repetir lo que el testigo acaba de declarar. Su objeción queda desestimada. Prosiga con el interrogatorio, señor Mason.

—Conteste a mi anterior pregunta, señor Richey —dijo Mason—. Describa el estado en que se encontraba la habitación.

—Estaba todo revuelto.

—¿Qué quiere decir con estas palabras?

—Habían hecho un registro.

—¿Qué clase de registro?

—Un registro a fondo. Habían sacado todas las cosas de los armarios y...

—Protesto —dijo Hamilton Burger—. El testigo no está capacitado para declarar que se hubiese hecho un registro. Se trata tan sólo de una conclusión.

—Es demasiado tarde para presentar una protesta —sentenció el juez Moran sin ocultar el interés que le inspiraba la declaración del testigo—. El señor Richey ha contestado ya a la pregunta. Prosigamos y tratemos de esclarecer los hechos.

—¿Solicitó la señorita Granger su presencia como representante oficial de la gerencia de la casa de apartamentos?

—Sí, señor.

—¿Ordenó usted que limpiasen el apartamento?

—Sí, señor.

—¿Dio parte a la policía?

—No, señor.

—¿Dio parte la señorita Granger a la policía?

—Protesto por tratarse de una conclusión personal del testigo —
intervino Hamilton Burger.

—Aceptada la protesta.

—¿Le dijo la señorita Granger que no avisase a la policía?

—La misma objeción.

—Denegada.

—Sí, señor, me lo dijo.

—¿Qué le dijo?

—Le pregunté si debíamos avisar a la policía y me contestó que sabía quién había sido el autor del sabotaje y que no le interesaba dar parte a la policía.

—¿Fue entonces cuando usted avisó al encargado de la limpieza?

—Sí, señor.

—¿Y le ordenó que limpiase todo aquello?

—Es decir, le ordené que limpiase el baño y el lavabo con trementina, y después, las criadas se encargaron de limpiar la trementina y todo lo demás.

—¿Fue entonces cuando usted abandonó el apartamento?

—Lo abandoné antes de que las criadas se hubieran marchado.

—¿Y más tarde, cuando el encargado de la limpieza y las criadas hubieron abandonado el apartamento, usted penetró de nuevo en él, haciendo uso de su llave maestra?

—Sí, volví al apartamento.

—¿La señorita Granger no estaba allí?

—Le he dicho repetidas veces que no se encontraba allí.

—¿Sabía usted que ella no estaba allí?

—Bien, yo... yo la había visto salir.

—¿Qué hizo usted cuando regresó al apartamento?

—Me puse a examinarlo.

—¿Comprobando los daños sufridos?

—Sí, señor.

—Sin embargo, los desperfectos habían sido subsanados para entonces, ¿no?

—Pues... creo que sí.

—En tal caso, ¿para qué fue allí?

—Para ver si habían dejado el apartamento limpio.

—¿Fue entonces cuando regresó la señorita Granger?

—Sí, señor.

—¿Le dio a conocer que se encontraba en su apartamento?

—No, señor, no lo hice.

—¿Qué es lo que hizo?

—Cuando la oí entrar me escondí en un armario ropero.

—¿Y se quedó allí?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo la señorita Granger?

—Parecía tener prisa. Se desvistió rápidamente y se duchó.

Luego se quedó ante un tocador.

—¿Se *quedó* ante un tocador?

—Sí, señor.

—¿Eso quiere decir que usted estaba vigilando?

—Había abierto un poco la puerta y miré a través de la rendija.

—¿De modo que usted podía ver cuánto ocurría?

—Sí.

—¿Por qué hizo eso?

—Me veía cogido allí y acechaba una ocasión para poder escapar.

—¿De modo que estaba usted allí, escondido y vigilando a la señorita Granger para ver si se le presentaba la ocasión de marcharse sin ser visto?

—Sí.

—¿Cómo iba vestida la señorita Granger?

—Acababa de salir de la ducha.

—¿Quiere decir que iba desnuda?

—Yo... me parece que sí, señor.

—¿Qué quiere decir que le parece? Estaba usted vigilando, ¿no?

—Bien, sí.

—¿Iba vestida?

—No.

—¿Y usted tan sólo miraba con el fin de encontrar una oportunidad para escapar?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no se marchó usted mientras ella estaba duchándose?

—Yo... en aquellos momentos no se me ocurrió.

—Sí, así parece —dijo Mason brevemente.

—Era una situación embarazosa.

—¿De manera que cuando se encuentra en situaciones embarazosas, no se le ocurre nada?

—Eso suele ocurrirme, sí.

—¿Se encuentra usted ahora en situación embarazosa?

—En cierto modo.

—¿Se siente confuso?

—Nada tiene eso que ver. Estoy diciendo la verdad.

—Eso es todo —dijo Mason.

Hamilton Burger exhaló un suspiro de alivio.

—Eso es todo, señor Richey. Puede abandonar el estrado. Señoría, el caso está ahora en manos del Tribunal.

—Permítame —dijo Mason—, deseo hacer alguna pregunta adicional a alguno de los testigos.

—Protesto —dijo Hamilton Burger—; el señor Mason ha tenido sobradas ocasiones para interrogar a todos los testigos.

—También el señor fiscal ha sido autorizado a interrogar de nuevo a uno que ya había abandonado el banquillo de los testigos, y acerca de un tema al que no había aludido previamente.

—Esto fue porque el fiscal fue cogido por sorpresa, señoría —alegó Hamilton Burger.

—Es lo mismo que le ha ocurrido a la defensa —dijo Mason—. Y, en tales circunstancias, me creo con derecho a hacer a la señorita Granger algunas preguntas en calidad de contrainterrogatorio. También deseo hacer algunas preguntas al doctor Oberon.

Hamilton Burger, luchando denodadamente para mantener el control de la situación, dijo:

—La parte fiscal no se opone a que el doctor Oberon sea sometido a un nuevo interrogatorio, pero protesta enérgicamente de que se le pretenda hacer de nuevo a la señorita Granger. Esperamos que el Tribunal estime la protesta.

—Ya que no tiene inconveniente a que se interroge de nuevo al doctor Oberon, empecemos por ese interrogatorio —dijo el juez Moran—. El Tribunal se reserva, de momento, la decisión que tomará con respecto al interrogatorio de la señorita Granger.

—Tardaremos unos diez minutos en localizar al doctor Oberon para presentarle aquí —dijo Hamilton Burger.

—De acuerdo. El Tribunal se tomará unos minutos de descanso

—dijo el juez Moran.

Apenas había abandonado el juez la sala, cuando Suzanne Granger, irradiando desconfianza, fue en dirección de Perry Mason. Burger, a su vez, corrió hacia ella.

—Por favor, señorita Granger, seamos razonables.

Mason alzó la voz:

—¿Quería usted hablar conmigo, señorita Granger? —dijo.

Ella vaciló, mirando alternativamente a Hamilton Burger y a Perry Mason.

—No, no —protestó Burger—, es usted una testigo. Vamos a darle una oportunidad para que nos relate los hechos con exactitud, señorita Granger. Tenga calma, por favor.

Mason se acercó.

—Si el señor Hamilton Burger le da facultades para que confiese toda la verdad de lo ocurrido, no me verá obligado a forzarla a ello, señorita Granger. Pero si lo que desea es tan sólo proteger su reputación, no tendré más remedio que...

Un oficial se interpuso entre Mason y la testigo.

Hamilton Burger apartó a Suzanne Granger del lado de Mason y la empujó hacia la sala de los testigos. Otro oficial cerró el paso a Mason.

Mason se volvió en dirección a Paul Drake y le hizo una seña. Luego se adelantó hacia la acusada, que se hallaba custodiada por una matrona de policía. Se acercó a Eleanor y le cuchicheó:

—¿Qué quiere decir todo esto? ¿Por qué se encontraba Richey en el apartamento de Suzanne Granger?

—No lo sé. Creo que está enamorado de ella —murmuró la muchacha.

Mason sonrió.

—¿Cree usted que estaba celoso de Douglas Hepner?

—Doug —dijo Eleanor con dignidad— no le hacía el amor a Suzanne Granger; tan sólo pretendía conseguir una información. La citaba y salían juntos, pero nada más.

—Eso es, cuando menos, lo que usted cree —dijo Mason.

—Esto es lo que me dijo Doug, y Doug no iba a mentir, cuando menos, a mí.

Mason regresó junto a Paul Drake.

—Paul —dijo—, vigila la puerta de la sala en que Burger entró

con Suzanne Granger. Me interesa saber si la conversación que sostiene es amistosa, y si la expresión de la cara de la muchacha es tranquila o no.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Drake—, pero me va a ser difícil permanecer junto a la puerta. Hay una hueste de gorilas custodiando al fiscal del distrito, y éste no está en uno de sus días de optimismo.

—Lo sé, pero asómate al pasillo. Mira alrededor. Observa lo que ocurre cuando salgan. Fíjate en si sonríen amistosamente o no.

Drake asintió y abandonó la Sala.

Unos minutos más tarde, llegó el doctor Oberon, llevando consigo una cartera. El ujier llamó al jurado y el juez regresó al estrado.

—¿Dónde está el señor fiscal? —preguntó el juez Moran.

Uno de los pasantes miró en dirección a la sala de los testigos. Se le advertía nervioso y preocupado.

—El señor fiscal —dijo— se ha retrasado un poco, pero como, según tengo entendido, van a interrogar al doctor Oberon, mi asociado y yo representaremos al señor fiscal en el curso de ese interrogatorio.

—Muy bien —dijo el juez Moran—, he de creer que el señor fiscal no tiene inconveniente en que comience el contrainterrogatorio del doctor Oberon.

—Así es —afirmó el pasante con estudiada amabilidad—. En el caso de que el doctor Oberon declare algo que pueda ampliar la información que la defensa desea, nos sentiremos muy honrados de cooperar, con nuestra mayor buena voluntad.

—Gracias —dijo Mason—, aprecio su amabilidad y espero la misma ayuda en cuanto a lo que con la señorita Granger se relacione.

El pasante del fiscal se hizo súbitamente atrás y exclamó:

—Bueno, de eso no sé nada... Tendrá que hablar con el jefe. Esta cuestión es privativa del señor Burger.

El juez Moran sonrió levemente.

—Ya hablaremos de esto a su hora, señor Mason —dijo—. De momento, proceda a interrogar al doctor Oberon.

Mason se encaró con el doctor:

—Según tengo entendido, doctor Oberon, usted dictaminó el

fallecimiento de Douglas Hepner como producido por una bala del calibre 38, la cual se alojó en su cerebro. ¿Es así?

—Así es, sí, señor.

—¿Examinó usted el cuerpo del difunto para comprobar si algún otro factor contribuyó a su muerte?

—¿Qué quiere usted decir?

—Llamo su atención hacia una fotografía que fue hecha en el momento en que se practicaba la autopsia. Reproduce el brazo derecho del difunto y se advierten dos manchas pequeñas en él.

—Sí, señor.

—¿Por qué tomaron esa fotografía?

—A causa de esas manchas.

—¿Indicó usted que hiciesen esa fotografía?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque esas manchas eran... Decidí que convenía hacer esa fotografía. Opino que toda anormalidad que se presente, al hacer la autopsia en un caso de homicidio; debe ser fotografiada.

—¿Qué anormalidad presentaban dichas manchas?

—Que parecían pinchazos.

—Por lo cual, doctor, usted pensó que pudieron ser producidas por una aguja de inyección, ¿no es cierto?

—Existía esa posibilidad.

—¿Y por qué no mencionó usted esto en su primer interrogatorio, doctor?

—No me preguntaron acerca de ello, ni en el interrogatorio, ni en el contrainterrogatorio.

—Pero ¿por qué no hizo mención a ello?

—No creí que debiese hablar de ello, si no se me preguntaba.

—Pero ¿no consideraba usted este detalle altamente significativo?

—Lo consideraba significativo.

—¿Hasta qué extremo?

—Hice una fotografía de ese brazo, es decir, ordené que fotografiasen los pinchazos.

—¿Están en el brazo derecho?

—Sí, señor.

—Un hombre normal que se administrase una inyección,

seguramente se pincharía en el brazo izquierdo, ¿no es cierto?

—O en el brazo izquierdo, o en la pierna derecha.

—¿Creyó usted que se trataba de pinchazos provocados por una inyección?

—Podían haberlo sido.

Burger apareció en la sala y se sentó entre sus dos pasantes. Su rostro aparecía descompuesto y excitado.

—¿Hizo usted la prueba para averiguar si en el cuerpo había morfina? —preguntó Mason, cuando el fiscal se hubo aposentado.

—No.

—¿Hizo el análisis para comprobar si había alguna droga?

—Protesto esta pregunta por impropio e impropia —terció Hamilton Burger.

—Denegada la protesta —dictó el juez Moran, con los ojos clavados en el doctor.

—Pues... yo... no, no puedo decir que sí.

—¿Embalsamaron después el cuerpo?

—Supongo que sí.

—¿Lo enterraron?

—Sí.

—Doctor, ¿destruiría el embalsamamiento las pruebas de un envenenamiento?

—De determinados venenos, sí. El cianuro de potasio queda completamente neutralizado por el embalsamamiento.

—¿Y en cuanto a la morfina?

—La morfina es un alcaloide. Sería posible, durante un período de unas semanas, hallar su rastro en un cuerpo, a pesar del embalsamamiento.

—Si, por ejemplo, se exhumase el cuerpo actualmente, ¿podría determinarse si hay en él morfina?

—Veamos... ¿cuándo tuvo lugar ese homicidio?... Sí, hay muchas probabilidades de que se pudiera determinar.

Mason se dirigió al Tribunal:

—Señoría —dijo—, solicito la exhumación del cadáver. Tengo motivos para creer que, en el momento de su fallecimiento, Hepner se hallaba bajo los efectos de la morfina que le había sido inyectada por personas que le habían hecho prisionero.

—¿Tiene usted motivos para hacer semejante aseveración? —

dijo el juez Moran.

—Tengo muchos motivos —dijo Mason—. Fíjense en el contenido de los bolsillos del difunto. Todo el dinero que debía poseer en moneda fraccionaria había desaparecido; las páginas de su cuaderno de notas en las que podía haber algún apunte, fueron arrancadas, y en su lugar colocaron un cuadernillo nuevo. El difunto llevaba encima cigarrillos, en una pitillera de plata, pero las cerillas brillaban por su ausencia. Tampoco llevaba encima un cortaplumas. En una palabra, Hepner había sido secuestrado antes de su muerte.

—Con la venia del Tribunal —dijo Hamilton Burger poniéndose en pie de un salto—, nos hallamos de nuevo ante un golpe de efecto que carece de pruebas sobre las que pueda basarse. Se trata exclusivamente de correr un velo sobre un caso evidente de homicidio. Las conjeturas de la defensa no pueden probarse.

—Es obvio que no se podrán probar, si permanecen enterradas —dijo Mason.

—Creo —subrayó el juez Moran— que aunque pueda probarse que el cadáver acusa la presencia de morfina, ello no bastará para probar lo que usted acaba de asegurar.

—Ayudará a probar determinados hechos que espero tener ocasión de presentar —dijo Mason.

—Una orden de exhumación no puede hacerse si no es bajo circunstancias de la mayor importancia —dijo el juez Moran. Luego, volviéndose al doctor, le preguntó—: Dígame, doctor Oberon, ¿notó usted esos pinchazos en el brazo derecho del difunto?

—Sí, señor.

—¿Qué le hizo pensar que se tratase de pinchazos producidos por una aguja hipodérmica?

—El aspecto del brazo y de los pinchazos. Me dio la impresión de que habían sido producidos por una inyección administrada poco antes del fallecimiento.

—En tal caso, ¿por qué no se ocupó en determinar la droga que le pudo ser administrada?

—Recibí instrucciones para abstenerme de ello.

—¿Quién le dio esas instrucciones?

—Telefoneé al fiscal del distrito y le dije lo que había observado. Él me preguntó si había encontrado la causa del fallecimiento, y yo

le contesté que sí, que la causa era un tiro en la cabeza. Entonces él me dijo: «Pues, ¿qué más quiere? Y colgó el aparato.»

Reinó unos instantes el silencio.

—Con ello —dijo Hamilton Burger— intenté simplificar las cosas, porque sé de sobra que para un abogado astuto, es fácil aferrarse a cualquier detalle extemporáneo y presentarlo como...

—A pesar de ello —dijo el juez Moran—, el cirujano encargado de la autopsia debió ahondar en el estudio del cadáver. Permítame que le haga alguna pregunta más, doctor. ¿Encontró usted algo que le hiciera suponer que el hombre era un habitudo a las drogas? Me refiero a si observó en el cuerpo otros pinchazos que pudieron ser hechos con anterioridad.

—No, señor, no había ningún pinchazo. Estudié el cuerpo con detenimiento. En los casos en que se trata de un habitual de las drogas, solemos observar que los pinchazos llegan a formar una especie de tatuaje. Generalmente estas personas desinfectan la aguja con la llama de una cerilla y esto es causa de que algo de hollín o carbón quede detenido en la epidermis, formando a la larga el tatuaje a que antes me he referido. En el caso que nos ocupa tan sólo encontré dos pinchazos en el brazo derecho.

El juez Moran se acarició la barbilla, con reflexivo ademán. Hamilton Burger intervino.

—Creo —dijo— que el jurado no debiera hallarse presente, mientras se discute este tema.

—La defensa está autorizada para... La vista queda aplazada hasta mañana por la mañana a las diez. Lamento tener que suspender a esta hora de la tarde el proceso de un juicio que avanza con extraordinaria rapidez. Por motivos que me abstengo de mencionar, la defensa debe apelar a todos los derechos que le brinda la Constitución, en favor de su cliente.

—No creo que el Tribunal deba hacer declaración semejante —dijo agriamente Burger.

—Soy de su misma opinión —dijo el juez Moran—, pero me limito a subrayar los puntos más elementales. El Tribunal cree oportuno que se suspenda la vista hasta mañana a las diez, si no hay objeción por parte de la defensa. ¿Tiene algo que objetar, señor Mason?

—No hay objeción —contestó el abogado—. La defensa se

adhiera a la decisión del Tribunal.

—La parte fiscal protesta —dijo Hamilton Burger—. Es obvio que el giro que ha tomado el caso se debe a una serie de tácticas de la defensa. La petición de que el cuerpo sea exhumado, a causa de un par de pinchazos, es absurda. No existe la menor duda acerca de lo que provocó el fallecimiento de Douglas Hepner. Su muerte fue causada por una bala disparada por el revólver de la acusada, la cual le había amenazado, poco antes, con matarle.

El juez Moran le escuchó pacientemente y dijo:

—La defensa está autorizada para conocer todos los factores que concurren en el caso, y, al parecer, la parte fiscal fue causante de que no se investigasen ciertos hechos a su debido tiempo, bajo el pretexto de simplificar el proceso. Estos hechos son los que han de ayudar a la defensa en la tarea que le es encomendada en relación con su cliente... ¿Está de acuerdo con el aplazamiento de la vista, señor Mason?

—Sí, señoría.

La excitación de los pocos presentes se puso de manifiesto cuando el juez Moran abandonó el tribunal. Los que integraban el jurado miraron a Mason con curiosidad, y en sus ojos podía leerse una clara simpatía.

Hamilton Burger guardaba en su cartera algunos documentos con innecesario vigor, dando con ello pruebas de un enfado que intentaba disimular. Al mismo tiempo hablaba con sus dos pasantes, en tono breve y conciso. Finalmente abandonó la sala, a grandes zancadas.

Della Street se acercó y cogió el brazo de Mason.

—Lo has conseguido, jefe —dijo.

Mason asintió.

La matrona de la policía acompañó a Eleanor fuera de la sala. Paul Drake se adelantó.

—¿Qué sucedió? —preguntó Mason.

Drake se encogió de hombros.

—No pude acercarme mucho, pero pude ver a Suzanne Granger en el momento que abandonaba la habitación en que había estado con Burger. Se dirigió directamente al ascensor y abandonó el edificio. Estaba pálida y parecía fuera de sí. Ya ves el efecto que el interrogatorio le causó a Burger. Está buscando una oportunidad

para convertirse él mismo en un homicida. ¿Qué te parece que debió ocurrir, Perry?

—Tan sólo ha podido suceder una cosa, Paul. Que la declaración de Suzanne Granger haya contradicho a la de Richey. ¿Dices que fue hacia el ascensor?

—Sí.

Mason sonrió.

—Esto indica que Hamilton Burger le dijo que regresase a su casa, y que no permaneciese en la sala del juicio. La citaremos como testigo, por parte de la defensa. Él no esperará esto. El aplazamiento le cogió por sorpresa.

—¿Cómo te diste cuenta de la huella de esos pinchazos? —preguntó Drake.

Mason sonrió.

—Examinando las fotografías de la autopsia. Había entre ellas una ampliación, en mayor tamaño que las restantes, de un brazo. Teniendo en cuenta la teoría de la parte fiscal, en cuanto a las causas que motivaron la muerte, no había motivo para que se hubiese hecho esa ampliación. No llegaba a comprender su significado. Luego tuve la sospecha de que el cirujano encargado de la autopsia había decidido hacerla, con el fin de protegerse a sí mismo. De momento no conseguí ver nada extraordinario en la fotografía. Existían, desde luego aquellas pequeñas manchas, pero podían ser defectos del revelado. Sin embargo, tenía la certeza de que había algún motivo que no conseguía captar. Cuando llegó el momento de presentar la defensa, me arriesgué. Era mi última oportunidad. En casos semejantes, la única solución es encontrar un fallo en la teoría de la parte fiscal.

—¿Cuántas posibilidades de acertar tienes en este caso? —preguntó Della Street.

—Una muy remotísima —dijo Perry Mason, meneando la cabeza —, pero debo aprovecharla.

CAPÍTULO XV

Después de haber estado paseando durante dos horas por su despacho, Perry Mason le dijo a Della Street:

—Della, ha de haber una explicación para todo esto. Hay algo que no encaja. Aunque no logre ver dónde, no me cabe duda de que hay un fallo... —De repente, Mason se interrumpió y se dio una palmada en la frente—. ¡Ya lo tengo! —exclamó—. Ha estado ante mi vista durante todo el tiempo y no lo he sabido ver. ¡Qué torpe he sido!

—¿A qué te refieres? —preguntó Della.

—A las llaves.

—¿Qué pasa con ellas?

—¡Recuerda! —dijo Mason— ¿Recuerdas que cuando fuimos a los *Apartamentos Titterington*, probé varias llaves, hasta que encontré una que abría la puerta de entrada?

Della asintió.

—Y —prosiguió Mason excitadísimo— entonces nos dirigimos al apartamento que Hepner tenía alquilado bajo el nombre de Newberg y yo probé *aquella* llave en la puerta. Entró perfectamente, pero no hizo funcionar el cerrojo. Supuse por un momento, que me hallaba sobre una pista falsa, pero seguí probando las llaves y una de ellas abrió la puerta.

—No sé lo que puede demostrar eso —dijo Della.

—En esta clase de apartamentos —dijo Mason—, la puerta de entrada suele tener un cerrojo que puede abrirse con cualquiera de las llaves de los apartamentos. Esa otra llave, Della, es la clave que hemos estado buscando.

—La llave clave, ¿no? —dijo Della con una ligera sonrisa.

—¡Vaya que sí! —exclamó Mason—. Della, vas a quedarte aquí y no pierdas contacto con Paul Drake. Si no he dado señales de vida antes de las nueve y media vete a tu casa.

—¿Que me quede aquí, hasta...? Jefe, ¿por qué no he de poder ir contigo?

Mason denegó con la cabeza.

—Es mejor que te quedes al frente del despacho; por otra parte, no sería de extrañar que tuvieses que hacer algo para sacarme de la cárcel.

Cogiendo su sombrero, Mason abandonó el despacho a toda prisa, saltó en su coche y se dirigió a los *Apartamentos Titterington*. Al llegar allí apretó el botón que había bajo un rótulo en el que podía leerse «Conserje». Salió a abrir la misma mujer que acompañó al sargento Holcomb cuando Mason, Della y Drake se hallaban en el apartamento alquilado por Frank Ormsby Newberg.

—No sé si me recordará usted —dijo Mason—, pero...

—Ya lo creo que le recuerdo, señor Mason.

—Quisiera que me diera usted una información.

—Lo lamento, señor Mason, pero si es con relación al apartamento del señor Newberg...

—No se trata de ningún apartamento —dijo Mason—. Tan sólo pretendo comparar una llave que tengo en mi poder, con las llaves duplicadas que debe usted tener de los apartamentos.

—¿Para qué?

—No puedo decírselo. Es un trabajo confidencial.

La mujer sacudió la cabeza. Mason sacó un billete que veinte dólares y dijo:

—No voy a quedarme con *ninguna* de esas llaves; tan sólo voy a *compararlas*.

—¿Para qué?

—Estoy intentando averiguar un detalle acerca de la fabricación de esas llaves.

—Bien —dijo la mujer— creo que... No me dijeron que debiese evitar esto, a pesar de que me previnieron en contra de usted. Me dijeron que era usted muy astuto.

Mason sonrió.

—Los policías no sienten simpatía por los que se proponen hacer investigaciones por cuenta propia. Pero los policías *pueden* equivocarse.

La señora pareció sopesar el argumento y finalmente dijo:

—Me quedaré aquí, señor Mason, observando lo que hace.

—No hay inconveniente —dijo Mason.

Abrió el armarito en que guardaba las llaves y se las entregó al abogado, a la vez que cogía los veinte dólares.

Mason sacó una llave de su bolsillo y empezó a compararla con las demás.

—¿Pertenece esta llave a alguno de los apartamentos de este edificio? —preguntó ella.

—No —contestó Mason—, pero lo que me interesa saber es si esta llave abre alguno de los apartamentos.

—Puede usted tener la seguridad de que no. Las cerraduras de estos apartamentos son las mejores que se fabrican.

A pesar de ello, Mason prosiguió su trabajo y descubrió una llave idéntica a la que sostenía en su mano. No dio la menor señal de haber encontrado lo que buscaba y retuvo el número de la habitación a la que pertenecía la llave.

Era el 281. Siguió comparando las llaves hasta llegar a la última. Entonces se las tendió a la mujer, quien, meneando la cabeza, dijo:

—Podía haberse ahorrado el viaje hasta aquí, y también los veinte dólares. Bastaba con que me hubiese telefoneado preguntándome si otra llave cualquiera podía abrir estos apartamentos. Precisamente tomamos muchas precauciones. En una ocasión tuvimos un disgusto y...

—Sí, pero debía comprobarlo personalmente —dijo Mason con tono contrito.

—¿Y cómo se presentan las cosas, con relación a ese homicidio? —preguntó ella.

—Así, así...

La señora movió despacio la cabeza.

—Me parece que esa chica es culpable —dijo.

—El hecho de que Douglas Hepner tuviera aquí un apartamento alquilado a nombre de Frank Ormsby Newberg, pone en este caso una nota de misterio. Es algo que me gustaría poner en claro.

—También a mí —contestó la mujer.

—¿Tenía él amigos en este edificio?

Ella denegó con la cabeza.

—¿Tiene muchos apartamentos vacantes?

—Poquísimos.

—Veamos, al azar —dijo Mason—. Por ejemplo, aquí tenemos el

apartamento 380. ¿Cuánto tiempo hace que lo ocupa el mismo inquilino?

—Unos cinco o seis años.

—¿El 260?

—Unos dos años.

—¿El 281? —preguntó Mason.

—Bueno, éste es una excepción.

—¿Por qué?

—Se trata de una joven que se instaló aquí porque tiene un pariente enfermo y se ve obligada a estar tan sólo de paso, y a temporadas. Vino de Colorado. Su pariente falleció la semana pasada y se ha despedido definitivamente de los *Apartamentos*.

—Seguramente he debido oír hablar de esto... Se trata de una rubia, ¿no?

—No, es morena, de unos veintisiete años. Aunque no se trata de una mujer llamativa, es de buen ver. Tiene buena figura, va bien vestida. Causa muy buena impresión.

Mason frunció el entrecejo.

—Me pregunto si no la habré visto alguna vez... ¿Cómo se llama?

—Sadie Payson.

—El nombre no me suena —dijo Mason—. ¿Y qué hay en el 201?

—Se trata de un caballero. Lleva con nosotros seis o siete años.

—Por lo visto —dijo Mason—, tienen ustedes aquí gran cantidad de huéspedes estables y adictos.

—Esta es precisamente la clase de establecimiento en que a mí me gusta servir, señor Mason.

—¿Hace mucho tiempo que son ustedes conserjes?

—Diez años. Hice el propósito, desde un principio, de escoger muy bien los inquilinos y procurar que éstos fuesen fijos. Es mucho más conveniente, que tener siempre entradas y salidas de huéspedes desconocidos.

—Tiene usted razón —convino Mason—, lo que no comprendo, es cómo se las arregla usted para seleccionarlos.

—Me enorgullezco de saber juzgar con exactitud a las personas.

—¿Y qué me dice de ese llamado Newberg?

—El tal Newberg no encajaba aquí. Ese es uno de los motivos

por los que di parte a la policía cuando vi la fotografía en los periódicos. Había en él algo equívoco. Era como esos diamantes que al primer golpe de vista brillan mucho, pero que de cerca resultan de una falsedad indiscutible.

—¿Es esta la impresión que la causó Newberg?

—Sí, pero eso fue cuando llevaba una temporada aquí. Cuando se presentó por primera vez, me pareció que era exactamente el hombre que me convenía. Me dijo que estudiaba la carrera de ingeniero y que viajaba bastante. Pero no tardé en comprobar que él no vivía en realidad en el apartamento. Tan sólo lo había alquilado por algún motivo especial. Se nota en seguida cuando un apartamento está habitado. Es algo que se capta en el ambiente. No cabe duda de que el señor Newberg pasaba aquí algunos días. Incluso durmió muchas noches en el apartamento, pero había algo que no estaba claro. Por otra parte, él pagaba puntualmente el alquiler y no había motivo para que yo le dijese que desalojase el apartamento.

—¿Mujeres? —preguntó Mason.

—Pues, no. Le vigilé estrechamente. Comprenda usted. El apartamento de un hombre es su hogar. Por lo corriente no me dedico a husmear, pero en este caso sí lo hice porque me hubiera servido de pretexto para... ¡Cielos, estoy aquí charlando y contándole a usted estas cosas, cuando se me ha prohibido que le dé la menor información acerca de Newberg!

—Nada de particular tiene cuanto usted me ha dicho —dijo Mason—. Me gustaría poderla tener a mi lado a la hora de escoger jurados. No cabe duda de que es usted buena observadora y que sabe juzgar con acierto a las personas.

—Es natural —dijo la mujer, halagada—; cuando lleva una mucho tiempo tratando con el público, adquiere una experiencia que ayuda a saber discernir entre lo bueno y lo que no lo es tanto.

—Muchísimas gracias —dijo Mason—; por mi gusto, permanecería aquí, hablando un rato de la gente y de sus experiencias, pero si la policía le ha dicho que no hable conmigo, será mejor que me vaya.

Mason abandonó el edificio y dio un par de vueltas a la manzana; luego regresó y apretó el timbre correspondiente al apartamento de Sadie Payson.

No hubo contestación.

Rápidamente abrió la puerta de entrada con su llave y subió al segundo piso. Se detuvo ante la puerta del apartamento 281 y llamó al timbre. Al no recibir contestación, metió la llave en la cerradura, y pudo comprobar que ésta giraba suavemente al empuje de la llave. Por unos instantes el abogado permaneció vacilante.

Súbitamente se oyó una voz femenina:

—¿Quién hay ahí?

—Soy el nuevo inquilino —contestó Mason.

—¿El nuevo inquilino? ¿De qué está usted hablando? No he abandonado aún el apartamento.

—Soy el nuevo inquilino —insistió Mason—. Tengo la llave y lamento molestarla, pero...

La puerta se abrió y apareció una joven morena, que cruzaba a toda prisa su bata, mientras le miraba con ojos relampagueantes.

—¡Esto sí que es bueno! —exclamó—. ¡Le aseguro que admiro su atrevimiento! Sepa que no abandonaré el apartamento hasta medianoche. Estoy aún instalada aquí, no he entregado mi llave y he pagado el alquiler hasta el día primero del mes que viene.

—Lo lamento —dijo Mason—, pero es imprescindible que tome unas medidas del apartamento.

La joven permanecía en el marco de la puerta, respirando agitadamente. Tras ella, Mason advirtió que había dos maletas a medio llenar, abiertas sobre la cama. Sobre una silla vio un saco de mano. Era evidente que la mujer no llevaba encima más que la bata.

—Pues si llega usted a entrar me encuentra... sin vestir —dijo ella.

—Yo llamé al timbre y no recibí contestación —dijo Mason.

—Claro que no contesté a su llamada. No deseaba que me molestasen. Acababa de bañarme y estaba haciendo mi equipaje para dirigirme al aeropuerto. No han debido aún alquilar este apartamento.

—Le aseguro que lo siento mucho —dijo Mason—. Yo entendí que usted ya se había ido y como me es imprescindible tomar medidas...

—Le he dicho que me iré a medianoche, y que mi alquiler está pagado.

—Bueno —dijo Mason con su más seductora sonrisa—, reconozca que no le he causado perjuicio alguno.

—No me lo ha causado porque me eché encima la bata en cuanto oí que metía la llave en la cerradura. Pero... ¿no le habré visto antes, en algún sitio? Su rostro me es familiar...

—¿Sí? —dijo Mason, cuando ella se interrumpió.

—¡Usted es Mason! —exclamó ella—. ¡Perry Mason! He visto su retrato en los periódicos. Es usted el abogado de esa mujer. Usted...

La joven intentó cerrar la puerta. Mason se lo impidió y entró decididamente en la habitación. La joven retrocedió hasta el fondo. Mason cerró la puerta.

—¡Salga de aquí! —dijo ella—. ¡Salga de aquí o...!

—¿Llamará a la policía? —preguntó Mason.

La joven se abalanzó hacia una de sus maletas y sacando de ella un revólver, se acercó a Mason con él arma en la mano.

—Haré algo más eficaz que llamar a la policía, señor Mason —dijo.

—¿Y qué dirá usted después a la policía?

—Les diré que... —La joven se interrumpió, mientras retorció nerviosamente el cinturón de su bata—. Les diré que usted entró aquí contra mi voluntad y que intentó... y que yo me defendí como pude.

—Antes de que tome usted una decisión —cortó Mason—, permítame hacerle entrega de este documento.

—¿Qué... qué es esto?

—Esto es una citación para que se presente usted mañana ante el Tribunal, como testigo de la defensa, en el caso de Eleanor Corbin, conocida también como Eleanor Hepner.

Por un instante, los ojos de la joven acusaron consternación; luego recuperaron su firmeza. Su mano izquierda tiró del cinturón que sujetaba su bata, deshaciendo la lazada. Luego desgarró una de las mangas.

Mason saltó hacia adelante y aferró la mano que sostenía el revólver, y haciendo girar el brazo de la muchacha hacia su espalda, se lo arrebató de la mano deslizándolo en el bolsillo de su americana. La joven se lanzó contra él y Mason de un empujón la tiró sobre la cama.

—Ahora —dijo—, siéntese tranquilamente y deje de hacer

locuras. Aunque no lo crea, es posible que sea yo el mejor amigo que tiene.

—¡Usted! —exclamó ella—. ¿Usted, mi mejor amigo? ¡Es lo que me quedaba por oír!

—Soy el mejor amigo que tiene usted en el mundo —repitió Mason—. Dese cuenta del lío en que está metida. Se hizo usted pasar por la madre de Hepner, en Salt Lake. Estuvo usted mezclada en un asunto que empezaba con la denuncia al Estado de bienes pasados de contrabando y que degeneraba en chantaje. Después de esto, se encuentra a Douglas Hepner asesinado, de un balazo en la cabeza, y usted se dispone a abandonar el país en un aeroplano.

—¿Y qué? Estamos en un país libre, ¿no? Puedo hacer lo que me dé la gana.

—Claro que puede hacerlo —dijo Mason—, y de paso, puede poner con ello una soga alrededor de su bonito cuello. Si yo fuese tan poco escrupuloso como usted parece creer, nada me sería más cómodo que dejarla subir a ese avión y hacerla detener para acusarla de homicidio. Esto salvaría definitivamente a mi cliente de esa acusación, que ahora pesa sobre ella.

—Le mataron con su propio revólver —dijo la joven.

—Usted —insinuó Mason—, debe tener familia. Una madre... un padre. Tal vez esté usted separada de su marido y tenga un hijo. No creo que a ninguno de ellos les gustase ver su fotografía...

—¡Maldito sea! —interrumpió ella rompiendo a llorar.

—Me limito a exponerle los hechos —dijo Mason.

—No tiene usted por qué meter en todo esto a mi familia.

—Es usted quien lo ha hecho. Usted y Douglas Hepner eran cómplices. No sé cuál era el trato entre ustedes, con relación a lo que conseguían con las denuncias y el chantaje, pero de lo que no dudo es de que tenían ustedes un código de señales. Cuando Douglas Hepner se proponía hacer víctima de un chantaje a alguien, se congraciaba con la persona escogida. Si se trataba de una mujer, le proponía un fin de semana en cualquier lugar. Entonces la telefoneaba a usted y le facilitaba el nombre y dirección de su acompañante. De esta forma se presentaba usted después como la esposa de Hepner y amenazaba organizar un escándalo en el que iba a verse complicada la acompañante de su marido y...

—No, no, no. Se equivoca usted. No caí tan bajo.

—De acuerdo —dijo Mason—. Explíqueme entonces de qué se trataba.

La muchacha encendió un cigarrillo, con manos temblorosas.

—Conocí a Douglas Hepner cuando viajaba hacia Europa, como secretaria de una agencia gubernamental. Había sido enviada con una misión y regresaba de allí. Me consideraba muy lista y pasé de contrabando algunas joyas. No tenían un valor excesivo; tan sólo lo que yo me podía permitir, dada mi situación económica. Pasé la aduana sin dificultades, pero no conseguí soslayar a Hepner.

—¿Cómo consiguió él enterarse de que pasaba usted esas joyas?

—Temo que hablé demasiado. Se lo había contado a una amiga que hacía el viaje conmigo. Era mi mejor amiga, pero se enamoró como una loca de Hepner, durante la travesía, y charló cuanto sabía. Bueno, una cosa condujo a otra, y me convertí en la compañera de Hepner.

—¿Es decir, en su amante? —preguntó Mason.

—¿A usted qué le parece?

—Continúe —dijo Mason.

—Doug era hombre extraordinariamente listo. Tenía una personalidad arrolladora y nada le costaba congraciarse con quien fuera, cuando se lo proponía. Trabajaba a gran escala. Iba y venía de Europa y ganaba lo suficiente para vivir a lo grande, entre viaje y viaje.

—¿A cuenta del contrabando?

—Esa clase de contrabando —dijo ella— era lo de menos. Doug se había propuesto descubrir una organización dedicada al contrabando de piedras preciosas en gran escala, pero de momento, cubría las apariencias cobrando el veinte por ciento de las denuncias. También hacíamos chantaje.

—¿Quién lo hacía?

—Yo.

—Continúe.

—Yo tenía un piso en Salt Lake. Por teléfono, me presentaba como la madre de Doug. Cuando él tenía conquistada a una mujer, le proponía pasar juntos el fin de semana en algún lugar distante de su residencia habitual. Como es natural, yo debía saber el momento en que emprendía el viaje, y, con este fin, Doug me telefoneaba a Salt Lake, arreglando las cosas de manera que pudiéramos

comprometer a la mujer que le acompañaba. Con este fin, me presentaba por teléfono como a su madre. Si aludía a un cielo despejado, quería decir que intentaría casarse con la joven en cuestión. Ya puede figurarse el efecto que esto producía a la muchacha. Se había propuesto pasar un fin de semana, nada más, y de pronto, se encontraba con que las intenciones de su compañero eran honorables... Pues bien, entonces era cuando entraba yo en escena. En cuanto tenía la seguridad de que Doug se había llevado a la mujer, yo cogía el primer avión y me iba al apartamento de la muchacha, en el cual me dedicaba a hacer un registro. Puede creer que si había algo que encontrar, yo lo encontraba, pues sé cómo se hacen estas cosas. Si lo que encontraba era realmente valioso, me lo apropiaba. Como es natural, la chica no podía presentar una denuncia a la policía. Si, por el contrario, la cosa no tenía gran valor, me presentaba más tarde como empleada de aduanas. Decía que lo lamentaba, pero que me veía obligada a hacer una denuncia y presentar una orden de arresto y algunas cosas por este estilo. Como es natural, la chica se dirigía a Douglas, en busca de consejo. Él, entonces, se ofrecía para actuar de intermediario, y finalmente sugería la idea de que tal vez fuera posible llegar a un acuerdo, sobornándome. Bueno, ya me entiende...

—¿Pero, qué tenía que ver Eleanor en esto? —dijo Mason—. ¿Acaso ella o su familia hacían contrabando?

—Si lo hacían, no lo sé; el caso es que no encontré absolutamente nada cuando registré su apartamento.

—No lo entiendo —dijo Mason—. Hepner parecía estar enamorado de Eleanor y pretendía casarse con ella. ¿Le indicó a usted que registrase su apartamento?

—Doug no estaba enamorado de Eleanor, ni tenía intención de casarse con ella. Él estaba trabajando en algo de verdadera importancia. Seguía la pista a una organización profesional dedicada al contrabando en gran escala. Necesitaba la ayuda de Eleanor y se valía de ella. Eso es todo.

—¿Sabían quiénes estaban mezclados en esto?

—Sí, lo sabíamos.

—¿Quiénes?

—Suzanne Granger, entre otros.

—No se detenga —dijo Mason—, cuéntemelo todo.

—De acuerdo. Doug necesitaba a alguien que reuniera determinadas cualidades. Aquella era una empresa en la que yo no podía ayudarle. Al menos, eso es lo que él me dijo.

—¿Lo puso usted en duda?

—Ha habido muchas mujeres en la vida de Doug —dijo ella con ojos pensativos—. Eleanor era una hoja más del árbol. Siempre llega un día en que las hojas caen y cuando esto sucede, no vale la pena contarlas una a una. Es mejor reunir las todas y quemarlas.

—¿Se siente amargada?

—Claro que sí.

—¿A causa de Eleanor?

—No fue culpa suya. Doug empezó a representar con ella la comedia habitual... o, al menos, esto fue lo que él me dijo. Luego... Bueno, es el caso que se fue a pasar con ella el fin de semana aprovechando la ausencia de toda la familia. Me telefoneó desde Indio y...

—¿Y usted fue a hacer el consabido registro?

—Sí. Lo registré todo inútilmente; después regresé a Salt Lake. Durante una semana, nada supe de Doug; luego se puso en contacto conmigo y me dijo que iba a la zaga de un asunto verdaderamente importante. No creo que él sintiese por Eleanor sincero interés. Sus propósitos eran otros. Se centraban en aquel asunto que, según me decía, iba a reportarle importantes beneficios, que compartiría conmigo.

—Prosiga —dijo Mason.

—Pues bien, Doug dijo que Eleanor le iba a servir para hacer el papel de celosa histérica y que este motivo justificaría el hecho de que alquilase un apartamento vecino al de Suzanne Granger.

—¿Y después?

—Doug puso en práctica un sistema. Se llevó a Suzanne a Las Vegas, y me telefoneó desde Barstow. Una hora después de su llegada, estaba yo en el apartamento de la muchacha. Llevé a cabo un registro minucioso. Desde un principio habíamos sospechado de sus tubos de pintura, como de una buena manera de poder pasar contrabando.

—¿Encontró algo?

—Nada.

—Según la declaración de Ethel Belan —dijo Mason—, ésta vio a

Eleanor con un montón de piedras preciosas. Eso es, por lo menos, lo que ella declaró.

—Lo que voy a decirle ahora, señor Mason, es algo que todos ignoran. En la mañana del día dieciséis, Doug me telefoneó y me dijo: «Anoche estuvieron a punto de sorprenderme, pero ya tengo el asunto en mis manos. Mis sospechas se ajustaban completamente a la realidad. Estaba todo tan bien tramado que habían conseguido desorientarme. Jamás hubieras podido figurarte el lugar en que escondían las joyas. Pero las piedras se encuentran en mi poder, y si logro salir de aquí con vida, habremos resuelto nuestros problemas para una temporada larga. Se trata de una organización de importancia y te aseguro que la parte de ganancias que va a corresponderte, alcanzará cifras altas.»

—¿Estaba nervioso?

—Sí.

—¿Y cree usted que se encontraba en los *Apartamentos Belinda*?

—Debía estar en el apartamento de Suzanne Granger.

—¿A qué hora fue eso?

—Hacia las diez de la mañana del día dieciséis.

—Sin embargo, ¿usted había registrado el apartamento de Suzanne Granger?

—Lo había registrado el sábado, y puedo asegurarle que hice un buen trabajo.

—¿Cómo logró entrar en él?

—Tengo mi propia técnica —contestó ella.

—¿Y qué me dice de este apartamento que ocupa usted ahora?

—Este es mi escondrijo. Fingí ser una joven que cuidaba de un pariente enfermo, que no tenía esperanza de curación. Yo tenía una llave del apartamento de Doug y él tenía otra del mío. Como es natural, no nos atrevíamos a hospedarnos en un hotel.

—Su apartamento fue registrado —dijo rápidamente Mason.

—Lo sé. Y esto es lo que me preocupa... y me asusta.

—¿No fue usted quien hizo ese registro?

—¡Cielos, no! De haber conseguido él las joyas, ya me las hubiera traído a mi apartamento. Estuve esperándole día y noche. En cuanto supe que habían registrado su apartamento, hice mi maleta y me marché a Salt Lake. Allí recogí mis cosas y me mantuve a la espera de su llamada. Fue entonces cuando me llamó usted.

Creí sería algún cómplice de Suzanne Granger y le dije cuanto Suzanne pudo haberle dicho. Apenas hube colgado el aparato, cogí mi equipaje y me marché.

—¿No le pareció peligroso regresar aquí de nuevo?

—Al principio, sí. Pero luego llegué a la conclusión de que nadie me relacionaba con el asunto. Además, tenía pagado el alquiler para tres meses. Aquí me iba a ser relativamente fácil seguir la pista de Doug y enterarme del lugar en que podía haber escondido las piedras preciosas. Si lograba encontrarlas, me iba a ver en muy buena situación. De lo contrario... —se interrumpió encogiéndose de hombros.

—¿Sabe quién le mató?

—Fue Eleanor. Supongo que debió cogerle en el momento en que él se apoderaba de las piedras preciosas... No lo sé. Todo lo que sé es que Doug tenía en su poder las gemas antes de morir.

—¿Y se trataba de una organización de contrabando?

—Sí, al parecer operaban a gran escala.

—¿Y Eleanor no formaba parte de ella?

—En modo alguno. Eleanor le ayudaba. Su tarea consistía en espiar a Suzanne Granger.

—¿Estaba usted al corriente de que ella representaba el papel de mujer celosa, sin otro fin que el introducirse en el apartamento de Ethel Belan? ¿Sabía usted que Eleanor tenía orden de hacer una escena en la que tenía que amenazar con matar a Douglas, si éste la abandonaba por otra?

—Si yo declarase esto —dijo la joven, vacilando—, ¿ayudaría a Eleanor?

—Mucho.

—Y, si no lo hago, ¿será sentenciada culpable?

—Sí.

La joven se quedó mirando a Mason y exhaló un profundo suspiro.

—Ignoro si es o no culpable. Por lo tanto, no tengo que hacer declaraciones —dijo.

—Voy a tener que luchar para conseguir que se incluya su declaración en el sumario —dijo Mason—. Espero que el juez lo permita. Sea como sea, si usted dice la verdad, yo haré cuanto pueda para conseguirlo. El fiscal del distrito protestará alegando

que no es *res gestae*. Sin embargo, antes de trazar mis planes, he de saber la posición de usted y conocer a fondo todo el asunto.

—¿Habré de subir al banquillo de los testigos?

—Sí.

—No puedo hacerlo —dijo ella, denegando con la cabeza—. Usted mismo lo ha dicho; tengo una hija... de ocho años. No quiero figurar en los periódicos. No deseo que se me interrogué acerca de mi pasado.

—Tampoco puede permitir que Eleanor Corbin entre en la cámara de gas por un delito que no ha cometido —dijo Mason con firmeza.

—No le ayudaré, señor Mason —contestó ella.

Las facciones de Mason adquirieron la dureza del granito.

—Sí me ayudará —dijo—. No tiene opción. Con este fin he presentado mi citación.

—Tiene usted muchas consideraciones con Eleanor Corbin, una muchacha que tiene tras de sí una fortuna enorme. Pero fíjese en mí. Me marchó de aquí, sin más bienes que los que ve ahí, sobre mi cama.

—Lo lamento —dijo Mason—. Una cosa es la parte honrada de sus ocupaciones y otra el chantaje. Habrá de empezar una vida nueva.

—¿Con qué? —preguntó ella, amargamente—. ¿Con lo que se esconde bajo mi bata? Es cuanto tengo en el mundo, aparte un billete de autobús para Nuevo Méjico, y trece dólares...

—Creí que iba usted a tomar un avión a medianoche —dijo Mason.

—Los tiempos en que yo viajaba en avión han pasado ya para mí —dijo ella con triste sonrisa—. Me marchó en autobús, pero no he querido decírselo a la conserje.

—Bien —dijo Mason—, no voy a prometerle nada, pero es *muy posible* que, si resuelvo favorablemente este caso, pueda recobrar las joyas que Hepner había descubierto. Tal vez podamos descubrir a los que integran esa organización de contrabando.

—Y usted se quedará...

—No —dijo Mason—, eso es precisamente lo que quiero decirle. El beneficio será para usted.

—Se arriesga usted mucho —dijo la joven, mirándole

pensativamente.

—Mi secretaria, Della Street la recogerá dentro de un momento, y la acompañará a un lugar seguro. Mañana subirá usted al banquillo de los testigos y en el caso de que recuperemos las joyas, la totalidad de la prima de recompensa le pertenece. Después de esto, me prometerá usted abandonar los chantajes y todo lo que se le parezca, para convertirse en una madre de la que su hija se pueda sentir orgullosa.

Durante unos instantes, la joven le miró absorta. Luego se levantó y puso su mano sobre la de él.

—¿Es eso todo cuanto usted desea de mí? —preguntó.

—Sí, eso es todo cuanto deseo —dijo Mason.

CAPÍTULO XVI

Della Street ya se hallaba esperando a Mason, cuando éste entró en la sala de audiencias. Le tendió un bolso de piel de camello en el que estaban las piedras preciosas que habían encontrado en las cajas de cremas de belleza de Eleanor.

—¿Va todo bien? —preguntó Mason.

—Sí, jefe —contestó ella—. Sadie está abajo, esperando en el coche. La acompaña uno de los hombres de Paul Drake. Cuando quieras que se presente, no tienes más que agitar tu pañuelo desde la ventana y la acompañará hasta aquí.

El juez Moran subió al estrado y el ujier llamó a los presentes el orden.

El juez tomó la palabra:

—El Tribunal ha decidido, que bajo las actuales circunstancias, no existe motivo que justifique la exhumación del cadáver de Douglas Hepner. Sin embargo, el Tribunal insiste en hacer constar que la obligación del forense no se limita tan sólo a averiguar las causas de la muerte, sino también los factores que puedan haber intervenido en ella. Al parecer, no existen motivos que acrediten que los pinchazos del brazo del difunto hayan sido hechos por la aguja de una inyección. Esta posibilidad es una mera conjetura a la que ha llegado el forense. Por lo tanto, este Tribunal se abstiene de ordenar la exhumación del cadáver. Si se presentasen nuevos motivos que, independientemente a los alegados, demostrasen que realmente se le administró morfina al difunto, o que se le había mantenido prisionero, este Tribunal volvería a estudiar esa petición. Ahora, si la defensa lo desea, puede proceder al interrogatorio de Suzanne Granger.

—Con la venia del Tribunal —dijo Hamilton Burger—, estamos capacitados para oponernos a esta solicitud de la defensa. Según las normas...

—¿A qué normas se refiere? —preguntó el juez Moran.

—Según las normas, cuando se trata de una causa criminal, la defensa no está autorizada para realizar el contrainterrogatorio parcialmente. Dicho contrainterrogatorio debe darse por terminado en el momento en que el testigo abandona el banquillo.

—No es menester que cite las normas referentes a este punto —dijo el juez Moran— ya que el Tribunal las conoce muy bien. Sin embargo, el señor fiscal del distrito, me sorprende que, en su cuidadoso estudio de las reglas, haya pasado por alto una ley que dice que el juez está autorizado para dirigir el curso de los interrogatorios y que está además obligado a ejercer su autoridad, cuando lo crea oportuno, para defender los intereses de la justicia.

—Bien, señoría —dijo Hamilton Burger—, esta es una ley general, pero en este caso...

—En este caso —interrumpió el juez Moran, dando a su voz un tono de severidad—, usted interrogó a Richey y omitió preguntarle si había escuchado la conversación que Suzanne Granger sostuvo con la acusada. Este hecho salió a relucir más tarde y fue entonces cuando usted reclamó por segunda vez la presencia de Richey en el banquillo de los testigos. El Tribunal le autorizó a ello. En vista de ello, el Tribunal juzga justa la demanda de la defensa, para interrogar de nuevo a Suzanne Granger acerca de las posteriores declaraciones de Richey... Y, repito, señor fiscal del distrito, que bajo las *peculiares circunstancias* de este caso, el Tribunal autoriza a la defensa a proceder al contrainterrogatorio de Suzanne Granger.

Suzanne Granger se levantó y dijo:

—Tengo gran interés en subir de nuevo al banquillo de los testigos, señoría. El señor fiscal del distrito se negaba a...

—Eso no interesa ahora —interrumpió el juez Moran—. Suba al banquillo de los testigos. Ya ha prestado juramento. Va a ser sometida a contrainterrogatorio por la defensa. Se abstendrá de hacer declaraciones espontáneas. Se limitará a contestar a las preguntas que se le hagan, y no hará comentarios que no se relacionen con la pregunta que se le haya formulado. Por otra parte, autorizamos al señor fiscal del distrito para que presente las objeciones que crea convenientes.

Mason inició la serie de preguntas:

—¿Ha escuchado usted la declaración de Richey?

—Sí.

—Cuando regresó usted a su apartamento en el día quince de agosto, ¿comprobó que su apartamento había sido registrado y que había sido objeto de actos de vandalismo?

—Sí, señor.

—¿Se quejó de ello al conserje?

—Hablé acerca de ello al señor Richey.

—¿Y qué ocurrió?

—Subió a mi apartamento para comprobar los daños sufridos y ordenó al mozo y a las criadas que lo limpiasen todo. Me preguntó si deseaba dar parte de ello a la policía, y yo le contesté que no.

—¿Por qué?

—Porque yo suponía que aquello era obra de...

—Protesto, señoría —interrumpió Hamilton Burger—. Esta pregunta es impropia e inadecuada en un contrainterrogatorio. El motivo por el cual la testigo no avisó a la policía es ajeno a los hechos que intervienen en este caso. Por otra parte, la sentencia se dicta por hechos concretos y no por suposiciones. En consecuencia, no ofrece el menor interés lo que la testigo pudo suponer o pensar.

—Mi intención —alegó Mason— es demostrar que han existido animosidad y prejuicio contra la acusada.

—Deberá rectificar la pregunta —dijo el juez Moran—. La objeción del señor fiscal es aceptada.

—¿Dijo usted al señor Richey que aquellos actos de vandalismo habían sido obra de la acusada, Eleanor Corbin, la cual la espiaba a usted desde el apartamento vecino?

—Presento la misma objeción —dijo Hamilton Burger.

—Denegada —dijo el juez Moran—. Conteste a la pregunta.

—Sí, se lo dije.

—¿Tenía usted algún motivo, hecho o prueba que le demostrase que había sido ella la autora del destrozo?

—No tenía ni pruebas, ni hechos concretos que lo demostrasen. Lo supe por intuición, pero tengo interés en hacer constar...

—Absténgase de hacer declaraciones voluntarias —dijo el juez Moran—. Espere a que le formulen las preguntas.

La joven se mordió los labios.

—Así, pues —dijo Mason—, ¿regresó usted más adelante a su apartamento?

—Sí.

—¿Y el señor Hepner la fue a ver aquella noche?

—Sí.

—Antes de que llegase el señor Hepner, ¿se había usted duchado?

—Me había bañado.

—¿Existe la posibilidad de que hubiese habido alguien escondido en su armario ropero?

—Puedo decir con toda seguridad que no. Había abierto el armario, y colgué en él unos trajes que acababa de sacar de mi maleta. En el armario no había nadie.

—Gracias —dijo Mason—; eso es todo.

—Puede usted abandonar el estrado —dijo el juez Moran, sin ocultar su desconcierto.

—El fiscal da el caso por terminado —dijo Hamilton Burger.

Perry Mason se puso en pie de un salto.

—Señoría —dijo—, la defensa desea hacer una pública declaración al jurado con el propósito de demostrar sus teorías.

—De acuerdo —dijo el juez Moran.

La sala se hallaba rebosante de público y un rumor de cuchicheos acogió las palabras de Mason. El ujier impuso de nuevo el silencio, y Mason se adelantó hasta situarse frente al jurado.

—Señoras y caballeros —dijo—, espero poder demostrar que Douglas Hepner se dedicaba a un trabajo poco corriente. Se ganaba la vida actuando como detective libre, investigando contrabandos y cobrando una prima por las multas impuestas. Mi intención es probar que Douglas Hepner fue un jugador, que se enteró de que los Estados Unidos pagan una prima del veinte por ciento sobre las multas que imponen cuando, gracias a un informe, recuperan una mercancía que pasó de contrabando. Esta, señores, era la ocupación de Douglas Hepner.

»Douglas Hepner conocía a la acusada... bien. Habían hablado de matrimonio en varias ocasiones. Pero Eleanor Corbin deseaba que él abandonase aquel medio de vida, y entonces él le prometió comprar una parte en un negocio de importación y abandonar definitivamente su, llamémosle trabajo detectivesco. Sin embargo, cuando le sobrevino la muerte, Douglas Hepner se hallaba trabajando en un último asunto, en el que precisaba la ayuda de la

acusada. Pretendo demostrar que Douglas Hepner se hallaba sobre la pista de una vasta e importante organización de contrabandistas profesionales que se dedicaban a introducir ilegalmente en el país, piedras preciosas.

»Demostraré que Douglas Hepner se propuso desenmascarar a esta organización, con el fin de reunir, gracias a la prima obtenida, lo suficiente para comprar su parte en el negocio a que pensaba dedicarse. Y demostraré que solicitó la ayuda de Eleanor Corbin, la cual se prestó a pasar por una mujer celosa, sin más fin que el de poder vigilar de cerca a Suzanne Granger, a quien él consideraba como uno de los miembros de la organización de contrabando.

»Suzanne Granger hacía muchos viajes a Europa, llevaba consigo grandes cantidades de tubos de pintura, y esos tubos se prestaban a ser empleados para pasar libremente muchas piedras preciosas, a través de la aduana.

Suzanne Granger se puso en pie y fue a hablar, pero se lo impidió inmediatamente un ujier que el juez Moran había hecho colocar a su lado.

—Un momento, señor Mason —dijo el juez—. Señorita Granger, no estamos dispuestos a tolerar que siga usted alterando el orden. Hemos colocado junto a usted a un ujier para intentar evitarlo, pero si insiste en su actitud, nos veremos obligados a tomar medidas más severas. ¿Me ha entendido?

—¿Es que no se me va a dar una oportunidad para...?

—En este momento, ni en este lugar, no —dijo el juez Moran—. Quédese quieta y en silencio. Señor Mason, prosiga con su declaración.

—Espero poder demostrar a ustedes —prosiguió— que Douglas Hepner se hallaba equivocado en cuanto a la identidad de la mujer que se encargaba de la custodia de las joyas de contrabando, y también se había equivocado en cuanto al lugar en que éstas se guardaban. Tengo intención de demostrar a ustedes que el sistema empleado era mucho más ingenioso.

»Demostraré que mi defendida, Eleanor Corbin, obraba bajo la dirección de Douglas Hepner y que llegó a un acuerdo en cuanto a compartir el apartamento de Ethel Belan, en connivencia con aquél.

»Demostraré que, a última hora, Hepner descubrió la verdadera clave de la organización de contrabando; que Hepner tenía otra

compañera que llevaba varios años trabajando con él, y que cuando hubo conseguido apoderarse de las piedras preciosas que equivalían a una pequeña fortuna, se puso en contacto con ella para ponerla al corriente de este hecho, y decirle de paso, que su vida estaba en peligro.

»Demostraré que Hepner consiguió salir de los *Apartamentos Belinda* haciendo uso del ascensor de servicio, y que se dirigía a un apartamento que tenía arrendado bajo un seudónimo, y que era su escondrijo. Que fue seguido por sus enemigos, los cuales le secuestraron con el fin de averiguar dónde había escondido las piedras preciosas. Que no tan sólo le registraron a él, sino que registraron también su apartamento. Que le mantuvieron secuestrado durante todo el día y finalmente le aplicaron morfina, poco antes de su muerte. Que cuando renunciaron a recuperar las piedras preciosas, le mataron, obrando de modo que la culpabilidad recayese totalmente sobre la acusada, la cual, a su vez, tan sólo podría hacer declaraciones que la señalasen como sospechosa a los ojos del fiscal del distrito.

Hamilton Burger, sonrió displicentemente, murmuró algo al oído de uno de sus pasantes y se reclinó en su asiento con mal contenida risa.

—Y —continuó Mason— la prueba de todo lo que acabo de decir es que Douglas Hepner recuperó esas piedras preciosas, las cuales se hallan en poder de la defensa, y que conoce la identidad de los contrabandistas.

Súbitamente, Mason sacó una bolsa de piel de camello de su bolsillo, se acercó a la mesa del Tribunal y dejó caer sobre ella una cascada de fulgentes piedras.

Hamilton Burger se incorporó, como impelido por un resorte.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —dijo inclinándose hacia adelante.

Los miembros del jurado estiraron sus cuellos.

—Pretendemos —dijo Mason— presentar estas piedras preciosas como prueba y...

—Señoría, señoría —gritó Hamilton Burger—, protesto. La defensa no está autorizada para presentar pruebas en estos momentos. Tan sólo tiene derecho a exponer al jurado lo que pretende demostrar.

—Es precisamente lo que estoy haciendo —dijo Mason—; estoy

demostrando al jurado que Douglas Hepner recuperó estas piedras preciosas.

—Estas son las piedras que describió Ethel Belan —dijo Burger—. Se hallaban en poder de la acusada y el mero hecho de que la defensa las saque a relucir ahora, demuestra...

El juez Moran le interrumpió severamente.

—El señor fiscal presentará sus objeciones en otro momento; no ahora.

—Me opongo a que las piedras preciosas sean presentadas al jurado en estos momentos —insistió Hamilton Burger.

—Me limité a demostrar al jurado la verdad de cuanto espero probar, señoría, y declaro que Douglas Hepner cometió una sencilla equivocación. Sabiendo que Webley Richey era uno de los miembros de la organización, supuso que Suzanne Granger, con sus frecuentes viajes al extranjero, era otra de las que integraban la banda. La verdad, por ser tan diabólicamente astuta, no se le ocurrió en un principio. Cuando lo pensó encontró las piedras preciosas y las encontró escondidas en un lugar tan ingeniosamente construido que era casi imposible de descubrir. Sin embargo, al penetrar en el escondrijo, puso en funcionamiento un timbre de alarma y comprendió que había caído en la trampa. Ya anteriormente había sido víctima de un atentado, y comprendió que, si le cogían en el apartamento, no saldría de él con vida.

»Entonces cerró con llave la puerta del apartamento. Telefonó a su amiga para participarle lo ocurrido, y se dedicó a esconder las piedras preciosas en algún lugar en el que no pudiesen ser fácilmente localizadas. Disponía tan sólo de segundos. Luego salió al pasillo con la certeza de ser atacado y registrado, pero dispuesto a luchar por su vida.

»Tuvo la sorpresa de no encontrar a nadie. Nadie se interpuso en su camino. El hecho de no llevar encima las joyas le dio cierta confianza. Se metió en el ascensor de servicio y apretó el botón.

»Parecieron transcurrir siglos, hasta que el ascensor se detuvo en la planta baja. También allí el campo estaba libre. Salió por la puerta posterior del edificio y se dispuso a encontrar refugio en su escondrijo. No creo que Hepner supiese que lo seguían; de lo contrario no hubiera contestado cuando llamaron a su puerta. Probablemente, pensó que se trataba de alguien a quien él conocía

bien. Cuando abrió la puerta, Douglas Hepner comprendió que había jugado... y perdido. Unas manos le asieron, unos brazos le sujetaron y una aguja hipodérmica se clavó en su piel.

—Protesto, señoría —dijo Hamilton Burger—. Todo esto me parece impropio. La defensa tan sólo tiene derecho a exponer las pruebas que acrediten su teoría, y el señor Mason está ideando una historia emocionante, digna de un escenario cinematográfico. Él no puede probar esto. Nos describe los pensamientos y emociones de un hombre que ha fallecido. Está fantaseando y desorbitando los hechos.

—Se acepta la protesta —dijo el juez Moran—. No cabe duda de que el defensor tiene facilidad oratoria. Está relatando una historia y olvida lo que en realidad debe probar.

—Pero me propongo probarlo, señoría —dijo Perry Mason—. Espero poder presentar a un testigo que acreditará la verdad de cuanto he declarado.

—¿Cómo dice que va a probar los hechos? —preguntó el juez Moran.

—Tengo esperando a un testigo que puede hacerlo —dijo Mason—. Bastará tan sólo que haga una seña con mi pañuelo por esta ventana, para que se presente.

Lívido de rabia, Hamilton Burger dijo:

—Me veo obligado a protestar de nuevo, señoría. Tal vez no exista ninguna ley que prohíba a un abogado el hacer discursos dramáticos, pero sí hay una que le obliga a decir la verdad.

Mason se asomó a la ventana de la sala del Tribunal y sacudió su pañuelo.

—Le suplico un instante de paciencia, señoría —dijo—. Acabo de hacer la señal convenida para que se presente el testigo.

Hamilton Burger intervino de nuevo:

—Señoría, me propongo objetar contra todas las pruebas que se relacionen con cualquier declaración que Douglas Hepner haya podido hacer a una o varias personas, acerca del hecho de que su vida estuviese en peligro, o acerca de que hubiese recuperado alguna piedra preciosa. Si dichas declaraciones de Hepner no fueron hechas en el momento de morir, han de ser consideradas como simples habladurías.

Mason se dirigió al Tribunal.

—Señoría —dijo—, esas declaraciones fueron, en realidad, las declaraciones de un moribundo. Es por esto por lo que adquiere importancia la morfina. Hepner dijo específicamente a la testigo que no esperaba poder abandonar la casa con vida. También era una parte de *res gestae*.

Hamilton Burger estaba tan enfadado, que apenas conseguía hablar.

—Señoría, lo que pretende la defensa es poner un caballo ante un carro, para demostrar que allí había un caballo, ya que, de lo contrario, no habría habido un carro. Nos hallamos ante un drama perfectamente urdido. La defensa espera retener la atención del Tribunal, agitando un pañuelo. ¿A qué viene toda esta comedia?

—Porque —dijo Mason— si esta testigo hubiese sido vista en el edificio, hubiera sido asesinada, antes de que tuviera tiempo para declarar. Estoy dispuesto a probar que Webley Richey y Ethel Belan eran cómplices y pertenecían a una organización de enormes proporciones, dedicada al contrabando.

—¡Ethel Belan! —exclamó Hamilton Burger.

—Exactamente —dijo Mason—. ¿Por qué supone usted que uno de sus armarios era un metro más reducido que los demás armarios del edificio?

—Ya empezamos de nuevo —dijo Hamilton Burger, elevando la voz—. La defensa, tras haber hecho una declaración pública que parecía una novela por entregas, se dedica ahora a acusar a los testigos del fiscal. Oblíguenle a callar y a presentar los hechos concretamente.

—Eso es precisamente lo que deseo —dijo Mason—, y, por lo que veo, mi testigo acaba de entrar en la sala. Señorita Payson, haga el favor de acercarse para prestar juramento.

Tras las primeras y preliminares preguntas, Mason dijo:

—¿Conoció usted a Douglas Hepner, en vida?

—Sí.

—¿Qué clase de relaciones les unía?

—Cooperaba en sus negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Recuperábamos joyas que habían sido pasadas como contrabando.

—¿Sabe cuándo falleció Douglas Hepner?

—El día dieciséis de agosto.

—¿A qué hora?

—A la hora en que el forense dictaminó que había fallecido.

—¿Había sostenido con la víctima una conversación poco antes de su fallecimiento?

—Sí.

—¿Le dijo que temía que iba a morir?

—Un momento —intervino Hamilton Burger—. Objeto contra esta pregunta por considerarla tendenciosa. Entra de lleno en el campo de la habladuría.

—Forma parte de la *res gestae*, señoría —insistió Mason—, y es la declaración de un hombre en trance de muerte.

El juez Moran dijo:

—En realidad se necesitarían más hechos para poder considerarlo así, por lo que, en las circunstancias presentes, me inclinaría a aceptar la protesta del señor fiscal. Sin embargo, preferiría que expusiese usted todos los factores susceptibles de contribuir a demostrar su aseveración, antes de que este Tribunal decida sobre el particular.

Mason se colocó frente a la testigo, y levantó un papel que había colocado cubriendo las piedras preciosas que se hallaban sobre la mesa del Tribunal. Los ojos de Sadie Payson se sintieron atraídos por el brillo de las joyas.

—¡Oh, las *ha* encontrado! —exclamó— ¡Las *ha* encontrado! ¡Son las piedras acerca de las cuales Douglas me habló por teléfono! ¡Me dijo que las había encontrado, me dijo que...!

—¡Orden; que haya orden en la sala! —gritó el ujier.

—Ruego a la testigo que se mantenga en silencio —tronó el juez Moran.

Pero las espontáneas exclamaciones de Sadie Payson no se prestaban a dudas. No había exhortaciones que valiesen ante aquella alegría.

El juez Moran intervino de nuevo:

—El Tribunal va a retirarse durante diez minutos. Será del agrado del Tribunal que tanto el señor fiscal, como la defensa acudan a la sala de reunión. Señor Mason, sugiero que retire estas joyas de encima de la mesa y que sean marcadas como prueba, siendo puestas bajo custodia. El Tribunal se retira durante diez

minutos.

CAPÍTULO XVII

En la sala de reunión, Hamilton Burger, jadeante de ira, señaló con el dedo en dirección a Perry Mason.

—¡Esa ostentación de emociones de la testigo no ha sido más que un truco barato! —exclamó—. Ha sido un sistema que ha ideado Perry Mason para impresionar al jurado. Ese papel fue colocado premeditadamente y fue apartado, siguiendo una táctica. Toda esta representación convierte a la sala del juicio en el escenario de una mascarada.

—Cuanto he expuesto —contestó Mason— se ciñe a la realidad. Douglas Hepner encontró esas gemas el día antes de su muerte. Le administraron una droga y le mantuvieron prisionero, mientras trataron de averiguar lo que había hecho con ellas. Sin embargo, todo esto había sido sencillísimo. Tras recuperar las piedras preciosas, se dispuso a abandonar la casa, pero sabiendo que al encontrar las piedras había puesto en funcionamiento un timbre de alarma, tenía la certeza de que sus posibilidades de escapar con vida eran escasas. El neceser de Eleanor Corbin se hallaba abierto sobre la mesa. Entonces abrió todos los tarros de productos de belleza y fue hundiendo las piedras preciosas en ellos, cubriéndolas con las cremas. Hecho esto, abandonó a toda prisa el edificio.

—Ahora no se encuentra usted ante un jurado —dijo Hamilton Burger—. Son pruebas lo que deseamos.

Mason miró a su reloj.

—Las tendrá —dijo— dentro de pocos minutos. Afortunadamente, los oficiales de la vigilancia de aduanas no son tan desconfiados. Provistos de un permiso de registro, están en estos momentos llevándolo a cabo en el apartamento de Ethel Belan. Tengo la seguridad de que comprobarán que el armario de la habitación de Ethel Belan ha sido dividido muy cuidadosamente, de manera que en su interior se puedan esconder los objetos pasados

de contrabando.

»Si observa con detenimiento este plano hecho a escala, comprobará que el armario de la habitación de Ethel Belan es un metro más estrecho que el armario de la habitación de Suzanne Granger. Sin embargo, no hay motivo para que esos armarios sean de distintas medidas.

»Y si desea evitar el tener que sentirse abochornado en público, será mejor que ponga bajo vigilancia a Ethel Belan y a Webley Richey, antes de que la verdad se haga pública y consigan huir. He hecho mi declaración de modo que ellos advirtieran que se les había descubierto la combinación, y tratasen de escapar. Por otra parte...

—No necesito sus consejos —dijo Hamilton Burger ásperamente—, no necesito...

El teléfono colocado sobre el escritorio del juez Moran comenzó a sonar.

—Permitan unos instantes, caballeros —dijo el juez, algo desorientado, y cogiendo el auricular.

—¿Diga? —Durante un momento permaneció a la escucha y finalmente, dijo:

—Conforme, le llamaré más tarde.

Colgó el auricular y se dirigió al fiscal del distrito:

—Al parecer, el señor Mason encargó a los empleados de la aduana que me llamasen en cuanto hubiesen finalizado el registro del apartamento de Ethel Belan. Han encontrado un compartimento oculto en el armario de la habitación. En él no había joyas, pero sí drogas, por un valor de cincuenta mil dólares. Creo conveniente, fiscal, que estudie bien la situación antes de presentarse ante el Tribunal.

La expresión del rostro de Hamilton Burger era la propia de un hombre que ve hundirse el mundo alrededor.

El juez Moran se dirigió a Perry Mason.

—Creo, señor Mason —dijo—, que merece usted ser felicitado, sin embargo, lamento el giro dramático que ha dado usted a la exposición de los hechos.

—*Debía* presentarlos en esa forma —dijo Mason—; de no ser así, Ethel Belan y Webley Richey no hubieran intentado huir. Al actuar como lo hice, tuvieron la certeza de que no les quedaba escapatoria posible.

»Yo no me felicité por mi astucia. Debí comprender a tiempo que era significativo el que las medidas de los dos armarios no coincidieran, y también debí suponer que Richey tan sólo podía haber escuchado la conversación de Suzanne Granger con la acusada, desde dos apartamentos: el de Suzanne Granger o el de Ethel Belan. Le delató el hecho de haber amonestado a Suzanne Granger y suponer que ésta no se lo declararía al fiscal del distrito.

»Si no había escuchado aquella conversación desde el apartamento de Suzanne Granger, tan sólo podía haberlo hecho desde otro apartamento: el de Ethel Belan. Sin embargo, él no podía haber estado en ese apartamento, a no ser que en él hubiese un lugar en el que se pudiese ocultar, pues de lo contrario, Eleanor Corbin le hubiese visto. Ello hacía suponer que allí había un lugar expresamente construido para poder esconderse.

»El hecho de que mi cliente fuese asustadiza y ligera y que incurriese en contradicciones, estuvo a punto de impedirme ver las cosas con frialdad y certero espíritu analítico.

El juez Moran clavó sus ojos en Mason, y en ellos se leía claramente su admiración.

—Sus razonamientos son inteligentes, y acertados —dijo—, pero sigo lamentando el uso que ha hecho usted de la sala de audiencias. —Se volvió hacia Hamilton Burger—. Me parece, señor fiscal del distrito, que le ha llegado el turno. El Tribunal le concede otros diez minutos para que se prepare.

Hamilton Burger pareció querer decir algo, pero desistió. Se levantó de la silla, y sin decir palabra, abandonó la habitación. Un instante después, se oyó un portazo.

El juez Moran miró a Mason, y una sonrisa dulcificó sus facciones.

—Lamento su proceder, señor Mason —dijo—. Pero ¡maldita sea si no admiro la efectividad de su técnica!

FIN



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no sólo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.